

Segunda parte

MAESTROS, AMIGOS Y
COLABORADORES



En este elenco de breves biografías debería figurar la del Abate Jean Guibert, profesor de H. B. en el Seminario y en el Institut Catholique (donde Breuil cursó sus estudios para la licenciatura en Ciencias Naturales). De Guibert, el joven Breuil recibió como regalo la colección de los *Matériaux*, así como unos cuantos libros de Prehistoria y ciencias de la naturaleza. Escribió una obra importante para su tiempo: J. GUIBERT, *Les origines. Questions d'apologétique* (París, 1895, 2ª 1900) que influyó en lo que más tarde sería el pensamiento del Abate Breuil, el Padre P. Teilhard de Chardin, el Conde H. Bégouën y otros. Pero, entre los escritos de H. B. a nuestro alcance no hemos encontrado sobre Guibert más que algunas alusiones. Por ejemplo, infra: infancia y juventud (págs. 41-44); a los 80 años, testimonio del pasado (págs. 105-110); sesenta años de descubrimientos de hombres primitivos (págs. 310-320).

Ocurre lo mismo con E. Cartailhac, otro maestro de Breuil, del que damos, como un mero «añadido», una sucinta nota biográfica para intentar suplir el vacío (págs. 127-129).

Esta sección de la Antología incluye una nómina de los personajes que estuvieron más unidos al Abate. Como es natural, no figuran los que le sobrevivieron, con la excepción de H. V. Vallois (infra, págs. 175-178). Sin hacerlo de una manera sistemática, al ir llegando el momento de la pérdida de amigos y colegas, el Abate reconstruye parcialmente el panorama humano de su entorno. Se ha traducido, por tanto, una serie de necrologías dispersas. Sólo conocemos una oportunidad en que trazó una perspectiva amplia en este aspecto: su homenaje a los difuntos pronunciado en el Congreso de Prehistoria de Madrid de 1954 (infra, págs. 183-192).

Para ordenar estos textos rememorativos nos hemos basado simplemente en el año de nacimiento de cada una de las personas evocadas en estos escritos necrológicos.

Edouard Piette (1827-1906)

[En el cincuentenario de su muerte]. Edouard Piette fue, en los mismos comienzos de mi «vocación» como prehistoriador, uno de los

que más influyeron en mi orientación hacia la civilización y el arte del Paleolítico superior. Debo a G. D'Ault du Mesnil [1842-1920] el haberme puesto en contacto con él desde Abbeville. Allí en 1897, D'Ault me convenció para que realizara por el sudoeste de Francia mi primer peregrinaje a los yacimientos de la Dordoña y de los Pirineos. Además, me aconsejó vivamente fuera a visitar a su amigo Edouard Piette que estaba excavando (por última vez) la Grotte du Pape de Brassempouy, en Chalosse (Landas).

Piette aceptó con agrado mi visita. Llegué hasta allí, no sin dificultades, desde Mont-de-Marsan y Saint-Sever, acompañado desde esta ciudad en carruaje por su colaborador De La Porterie. El trayecto nos ocupó casi toda una jornada y llegamos a una hora avanzada de la tarde radiante. Entonces en el Midi todavía existía un verdadero sol, celebrado con el estrépito de su canto agudo y de su vuelo resplandeciente por las cigarras y las mariposas. Brezos y aulagas florecían bajo los pinos, perfumando la atmósfera. Estaba descubriendo el Midi en su esplendor estival y no sé qué cosa de ancestral se despertaba en mí, como si fuera natural de la región aunque nacido bajo las brumas de La Mancha.

Piette, cansado, estaba tendido bajo la sombra de unos arbustos. Me acogió de forma encantadora y me explicó inmediatamente su yacimiento: el lugar de las estatuillas de marfil, por delante (sólo una) del escalón del umbral de la cueva; la zona de su izquierda, sobre un resalte, del Solutrense y del Magdaleniense IV, descubiertos al comienzo de los trabajos; el rincón de la izquierda del vestíbulo que sirvió como almacén de marfil, tan mal conservado que lo regalaba como pastelillos a las señoras, pues estaba *reducido* a la consistencia de un requesón. En el interior me mostró la excavación en curso de la galería, en medio de una pasta arcillosa blanda. En este lugar, un arroyo provocaba la caída de la masa, revolviendo la estratigrafía y mezclando todos los niveles, desde el Auriñaciense al Magdaleniense IV. En el exterior, a la derecha, a unos 5 ó 6 metros de la entrada de la cueva, hizo abrir en mi honor una trinchera poco profunda de la que surgió inmediatamente un montón de sílex del Auriñaciense típico.

No era aún, me dijo, el nivel con estatuillas, situado más abajo, pero a esta distancia del abrigo, los materiales óseos estaban descompuestos, no esperando que se encontrasen obras de arte. Por ello había abandonado las excavaciones en esta zona. Por el contrario, aunque mezclados,



Ed. Piette

Edouard Piette (1827-1906).

los niveles del interior las contenían al lado de magníficos sílex solutrenses, aunque sin una estratigrafía válida. los ensayos de reconstrucción de la misma, a los que se entregó en vano, no pueden ser tenidos en cuenta.

Al otro lado del espolón rocoso situado a la izquierda de la entrada de la Grotte du Pape (brujo, en el idioma local), me enseñó la abertura que había bautizado con el nombre de «Grotte des Hyènes», en cuya entrada Mascaraux había recogido puntas de Aurignac de base hendida. Pero Piette renunció a excavar en el interior a causa del peligro de hundimiento de la bóveda [...].

Este fue el encuentro con Piette aquel 15 de julio de 1897 [...].

Hablamos de las demás cuevas pirenaicas donde anteriormente había excavado, Arudy, Gourdan, Lortet y, por último, Mas d'Azil, algunas de las cuales vería la semana siguiente.

Me invitó a visitarle en septiembre a su casa de Rumigny (Ardenas), donde conservaba su colección. Esto era fácil para mí, desde el Soissonnais, donde mi familia (a la que había dejado por primera vez para ese viaje personal) pasaba la temporada de caza.

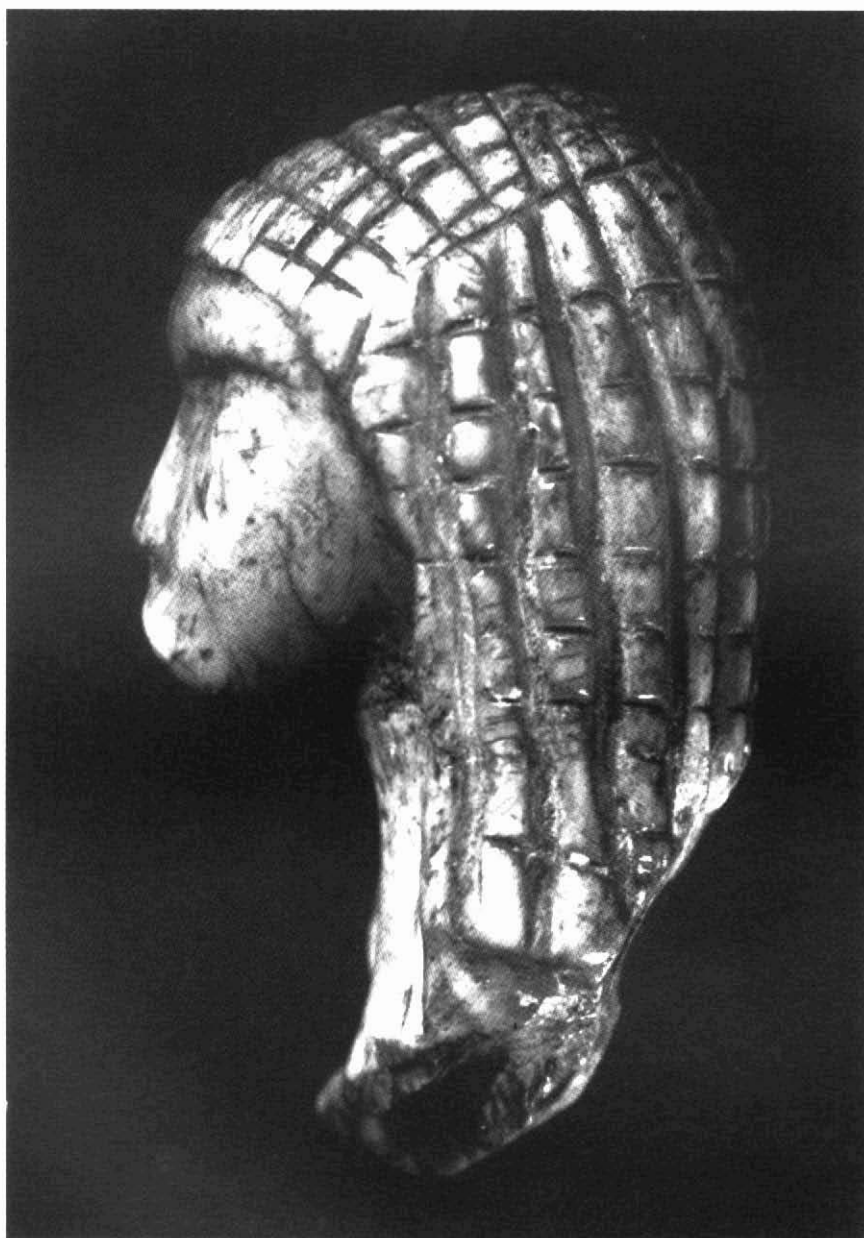
Fui fiel a la cita. Me alojaron en la Cour des Prés, donde vivían sus tres hermanas con sus hijos que estaban de vacaciones y acudía cada mañana a su domicilio. Volvíamos a la Cour des Prés para comer y luego, tras un corto paseo higiénico, seguíamos examinando las maravillas pirenaicas, que me explicaba con una condescendencia muy paternal.

De este modo examinamos las reliquias de Brasempouy, en particular los sílex sacados de la arcilla fangosa de la galería. Tuve la suerte de ajustar los dos fragmentos de una magnífica hoja de laurel (de tipo alargado regional), encontrados a varios metros de distancia uno del otro. Este pequeño éxito le encantó e hizo que tuviera conmigo una cierta consideración. Al propio tiempo puso a prueba mi capacidad para reproducir las figuras grabadas. Pasados bastantes días nos despedimos con la promesa de que volvería el año siguiente y le haría otros dibujos.

Fue así como, cada otoño, fui allí los años consecutivos para aprovechar la experiencia y las reflexiones de Edouard Piette y ponerle al corriente de mis primeros esfuerzos para seguir el camino por él trazado.

Aplaudió mi primera excavación, en el Abri Dufaure (Sordes, Bajos Pirineos), hecha con Dubalen y me animó a reemprender la de Mas d'Azil, lo que hice durante los veranos de 1901 y 1902. Pero él guardaba todavía para sí la vaga esperanza, jamás realizada, de excavar en la orilla izquierda del Arize, soleada una gran parte del día. [En nota:] Más tarde, el matrimonio Saint-Just-Péquart realizó importantes excavaciones en ambas orillas durante los años que precedieron a la guerra de 1939-1945 y que esperamos ver pronto publicadas.

Piette celebró con toda su alma, en 1901, el descubrimiento de las cuevas con arte de Les Combarelles y Font-de-Gaume, recordando que sólo él entre los prehistoriadores franceses, admitió, hacia 1880, la autenticidad del arte de Altamira (Santander), encontrado por el español Marcelino Sanz de Sautuola [1831-1888] sostenido únicamente en España por Juan Vilanova y Piera [1821-1893]. También vio con mucho interés los primeros dibujos parietales que descubrí entonces en la galería oscura de Mas d'Azil, de cuyos trabajos le informaba con detalle. Su entusiasmo todavía creció al saber, en 1902, que con Cartailhac ha-



La Dama de Brassempouy (Landes), marfil esculpido (3,4 cm de altura).
Musée des Antiquités Nationales (St- Germain-en-Laye).

bíamos iniciado el estudio de la cueva pirenaica de Marsoulas (Alto Garona), seguido inmediatamente por el histórico viaje a Altamira aquel mismo año. Supo con alegría que el Congrès de l'Association Française reunido en Montauban, había reconocido la autenticidad de La Mouthe, encontrada por E. Rivière en 1895, el hallazgo de Les Combarelles y Font-de-Gaume [y la reivindicación de Altamira]. Todo ello, al lado del arte miniaturista de los diminutos objetos esculpidos y grabados, primero mezclado con finas esculturas, a cuyo conocimiento dedicó muchos años de su vida, le ponía en presencia de ese gran arte parietal que ha absorbido la mayor parte de la mía desde aquel momento y abriendo vastas perspectivas.

Unos centenares de francos con los que me pagó de forma regular los dibujos realizados en su colección, con los 500 de la Académie des Inscriptions, me permitieron realizar, con E. Cartailhac, en octubre de 1902, los calcos de la desde entonces famosa cueva cantábrica.

En los años 1904 y 1905, Piette donó al Museo de Saint-Germain su rica colección y empezó a organizarla en la sala que lleva su nombre y que preside su magnífico busto modelado por Champion. No terminó la sistematización, pues le llegó la muerte, en 1906, para arrebatarlo al amor de los suyos y la admiración de sus colegas prehistoriadores.

Vine a Rumingny para recibir su último suspiro y su yerno, el señor H. Fischer, me pidió le ayudara a editar el álbum magistral titulado *L'Art pendant l'Age du Renne* [París, 1907], publicado un poco más tarde con nuestro concurso y actualmente agotado. En cuanto a la obra *Les Pyrénées pendant l'Age du Renne*, que debía describir sus trabajos en las cuevas de Arudy, Gourdan, Lortet, Mas d'Azil y Brassempouy, los de Nelly en Les Espélugues de Lourdes y los de Mascaroux en Saint-Michel d'Arudy, los textos de los que disponíamos, insuficientes, no pudieron ser editados antes de la guerra de 1914-1918 y las láminas destinadas a ilustrarlos, preparadas por Pilloy (Saint-Quentin), el hábil litógrafo que las realizó y almacenó, quedaron destruidas por los bombardeos de 1914. No existen más que unos pocos ejemplares en manos de la familia, el Museo de Saint-Germain y en mi poder. Por lo demás, los numerosos artículos publicados, principalmente en *L'Anthropologie*, nos han proporcionado los elementos esenciales y han fijado las ideas, ahora naturalmente anticuadas, que Piette dedujo. Señalé, en 1912, en la *Revue Archéologique*, la síntesis de conjunto de la vasta contribución de Piette había presen-

tado en sus publicaciones y que hay que juzgar en función del tiempo en que este pionero llevó a cabo su obra. [En nota:] Esta memoria en la que sigo la evolución de las ideas de Piette a través de sus excavaciones y las innumerables variantes de su difícil vocabulario, es indispensable a los no iniciados para interpretar sus textos. «L'évolution de l'art quaternaire et les travaux d'Edouard Piette», *Revue Archéologique*, 1909, págs. 378-411, 13 figuras.

Durante mucho tiempo sólo conoció de la Edad del Reno las etapas IV a VI del Magdaleniense, que fueron las que encontró en las cuevas de la cordillera pirenaica. Fue el primero en reconocer el nivel aziliense que le sucede en la aurora de los tiempos actuales, con sus arpones planos y sus numerosos cantos pintados, después de la desaparición del reno, y que venía a llenar el famoso *hiatus* que entonces se admitía. No hizo más que sospechar la importancia del Auriñaciense con estatuillas de marfil que encontró en Brassempouy por primera vez. Se trataba de un vasto período del que tampoco sospechó la dimensión temporal y la importancia, de igual modo como Cristóbal Colón no entendió el inmenso continente americano al que arribó, el primero entre los occidentales, y que tomó por un rosario de islas cercanas a China.

Tras su muerte, las colecciones de Piette fueron colocadas bajo mi dirección en las vitrinas preparadas para recibirlas y están a disposición de los especialistas que lo solicitan. A ellas nunca ha podido acceder el público a causa de la insuficiencia de personal que sufre el Musco. Pero, mediante reproducciones, las principales obras de arte se han presentado en la sala n.º 1, la que, invitado por Raymond Lantier [1886-1960], reorganicé entre 1920 y 1935 para la presentación de toda la antigua Edad de la Piedra. Algunas de aquellas reproducciones figuran asimismo en las colecciones accesibles al público del Musée de l'Homme.

Piette fue pues un gran pionero. Su obra, forzosamente marcada por los métodos todavía imperfectos de su tiempo, pone de manifiesto el extraordinario desarrollo del arte magdaleniense de los objetos pequeños. Con gran acierto, señaló que, en el ahora llamado Magdaleniense IV, la escultura de pequeños objetos tuvo un gran florecimiento, con los contornos recortados y los bajo relieves al lado del grabado por trazo inciso que sólo se encuentra en las fases V y VI del Magdaleniense. Además, estableció la sucesión fundamental de los tipos de arpones entre el Magdaleniense IV y el Magdaleniense VI. Entendió de manera im-

perfecta la anterioridad considerable de los niveles con estatuillas humanas pertenecientes al Auriñaciense y al Perigordense, pero comprendió su edad presolutrense.

A él se debe el descubrimiento de los niveles mesolíticos del Aziliense, en los que el arte sólo subsiste en la forma de cantos pintados, decorados con esquemas. Tal fue la contribución, positiva y definitiva, de su obra prehistórica que hizo época.

En el quincuagésimo aniversario de su desaparición, me siento feliz al poder depositar sobre su tumba este respetuoso y agradecido homenaje, recordando que fui yo a quien estaba reservado el proseguir y desarrollar su obra.

Ocho años después, H. B. añade algunos complementos en el prefacio al libro que contiene el catálogo de la Colección Picte elaborado por Marthe Chollot. El escrito está fechado en enero de 1961.

E. Piette desempeñó en mi vida un papel excepcional. En 1897 era un anciano [70 años] algo volteriano; yo era entonces un seminarista de 20 años al que un profesor del Seminario de Issy [J. Guibert] había mostrado la perspectiva de un evolucionismo espiritualista y las etapas de la Prehistoria.

[...] A partir de 1902 le di a conocer los primeros calcos de las cuevas con arte. Nunca le dije que los 900 francos que generosamente me dio por algunos dibujos de objetos de arte de su colección, me permitieron acabar, con E. Cartailhac, los trabajos y copias que ambos emprendimos en Altamira [...]

La Edad del Reno, la pasión de toda su vida, era también la mía. Esto explica que cuando murió, para cumplir las instrucciones del difunto, Salomon Reinach [1858-1932], Conservador del Musée des Antiquités Nationales, me encargase la puesta en orden de los materiales de Piette legados a esta institución. Me esforcé en conseguirlo en la medida que lo permitían mis demás trabajos. Habiendo llevado a cabo una buena parte de esta labor, en vísperas de la guerra de 1914-1918, me di cuenta (por mis propias investigaciones) que Piette, en casi todas sus excavaciones, de Gourdan a Mas d'Azil, sólo conoció yacimientos de la segunda parte del Magdaleniense. En efecto, las abras

pirenaicas no quedaron libres de sus glaciares hasta poco antes de dicha época.

El Auriñaciense, que es mucho más antiguo, puesto de manifiesto por los hallazgos de Lartet/Christy, así como las estatuillas de marfil que lo caracterizan, había sido suprimido erróneamente por Gabriel de Mortillet [1821-1898]. Piette no conoció el Auriñaciense hasta un momento avanzado de su vida y no lo entendió. En 1905, habiendo reconstruido una clasificación racional de la Edad del Reno, establecí las diversas etapas de esta civilización [...].

Entre las dos guerras mundiales, Raymond Lantier, sucesor de S. Reinach en el Musée des Antiquités Nationales, siguió solicitando mi ayuda, pidiéndome reorganizara por completo toda la gran sala de la piedra tallada cuya instalación remontaba a 1880 [...].

Cuando André Varagnac asumió la dirección del Musée, de nuevo se solicitó mi colaboración para poner en orden los materiales de Piette. Para ayudarme en este trabajo, al que dediqué muchas semanas durante los tres últimos años, Varagnac me propuso como asistente a la señora Marthe Chollot [...].

De paso, contaré una anécdota que me explicó S. Reinach. Ocurrió que un día de la primera década del siglo, la emperatriz Eugenia le pidió solicitara una autorización para una visita al museo cuya fundación ella consiguió en su momento del emperador Napoleón III, siguiendo una sugerencia de Prosper de Mérimée [1803-1870]. Este fue un poco su educador y debió mostrarle no sólo la transformación de los galos bajo la influencia romana, sino también, antes de ellos, de todos los franceses del viejo solar cuaternario. Con todo el respeto de un hombre caballeroso, Reinach acogió a la anciana emperatriz cuyo espíritu permanecía muy vivo. Le hizo de guía y le mostró las obras maestras del grabado y de la escultura de la Edad del Reno, cuyo humilde aspecto contrasta con el esplendor de los finos grabados naturalistas que los decoran. La proecta soberana se mostró tan entusiasmada que hubo grandes trabajos para arrancarla de allí, temiendo que no se fatigase por estar demasiado tiempo de pie. Reinach, que me contó el episodio, todavía se emocionaba al narrarlo.

Aquel entusiasmo acredita la calidad excepcional de estas miniaturas, insignificantes para quien no sabe mirarlas [...].

[De fecha indeterminada]. Hay que pensar que la calidad de mis

dibujos a pluma era bastante buena, pues Piette me hizo hacer bastantes de las obras de arte de su colección conservada en Rumigny. Por ellos me pagó regiamente 400 francos de 1902.

La primera parte corresponde a H. BREUIL, «Paroles prononcées à la Cerémonie Commemorative du cinquantenaire du décès d'Edouard Piette à Rumigny (Ardennes) le 14 octobre 1956», *Bull. Soc. Préh. Française*, LIII, 1956, págs. 337-339.

Esta evocación explica el enorme fervor que H. B. tuvo desde su primera juventud por la figura y la obra de Piette, uno de los principales creadores de la ciencia prehistórica entre finales del siglo XIX y principios del XX. Un ejemplo de esta alta estima se manifiesta en el uso continuado por H. B. de la expresión «Edad del Reno», perteneciente a la nomenclatura de Piette basada en denominar cada período paleolítico con el nombre del animal más característico de sus estratos. El Abate utilizaba siempre esta expresión como sinónimo de «Paleolítico superior», sin haber conseguido la generalización del nombre «Leptolítico» (= «Piedra ligera»), cuyo uso él recomendaba, por cierto que con éxito limitado.

En la segunda parte hemos entresacado algunos párrafos del prefacio que H. B. escribió para el libro de Marthe CHOLLOT, *Musée des Antiquités Nationales. Collection Piette, art mobilier préhistorique*, París, 1964. Dicho «Préface», en las págs. 10-13, parece haber tenido a la vista el texto anterior. Al lado de la cabecera del mismo se reproduce una tarjeta de Piette, cuyas palabras traducimos: «Deseos de felicidad. Conságrese por completo al estudio de la historia natural y de los tiempos prehistóricos. Un bello porvenir se le abrirá. Impreso: Edouard Piette, Juge Honnoraire, Rumigny (Ardennes).» Añadido de la mano de H. B.: «1º de enero de 1900.»

Además de los lógicos elogios para la compilación de M. Chollot, por él supervisada, el texto contiene unos pocos complementos al traducido antes. Es interesante por recordar su vinculación y amistad con los sucesivos Conservadores-directores del gran Museo de Saint-Germain-en-Laye (en las cercanías de París) fundado por el Emperador Napoleón III. Precisamente por ello es en extremo curiosa la anécdota de la visita de la Emperatriz Eugenia de Montijo (1826-1920) al Museo y que seguramente se recogió por el conocido fervor bonapartista de H. B. y su familia.

El parágrafo final, sin fecha precisa, está recogido en HEIM, *Breuil*, pág. 39. Aquellos trabajos del verano de 1902, generosamente pagados con 400 francos oro, permitieron a H. B. y E. Cartailhac el poder terminar el estudio de Altamira en septiembre-octubre del mismo año.

La obra de Piette sigue siendo valorada positivamente: Edouard PIETTE,

Histoire de l'Art primitif, precedido por Henri DELPORTE, «Piette, pionnier de la Préhistoire» (París, Picard, 1987).

Cf. infra: Altamira (págs. 53-56); a los 80 años, balance de una vida (págs. 105-110); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

G. D'Ault du Mesnil (1842-1920)

Geoffroy D'Ault du Mesnil murió el 11 de mayo último [1920] a la edad de 78 años. Nacido en Angers el 17 de octubre de 1842, estudió en Vannes y, bajo la influencia del conde de Limur, se orientó hacia la minerología y la geología. Su matrimonio le llevó a Picardía donde contribuyó al estudio de los niveles de creta y los fósiles que contienen. Estuvo muy relacionado con d'Orbigny, Cotteau, de Saporta, Lartet, Sauvage, Albert Gaudry, de Lapparent, de Mortillet, Piette y muchos otros. Participaba en los Congresos internacionales de Antropología prehistórica y en los de la Asociación Francesa, siendo uno de los más asiduos a las reuniones de la Société d'Anthropologie y de la sección prehistórica de la Commission des Monuments historiques.

Desde el punto de vista de la Prehistoria su atención se dedicó a los depósitos cuaternarios y más recientes del valle del Somme. Los conocía muy bien y efectuó el principal descubrimiento de su carrera científica en los areneros del Champ de Mars de Abbeville, donde encontró, asociados con una abundante fauna muy antigua (*Elephas antiquus, meridionalis, trogontheri, Rhinoceros mercki, Hippopotamus major, Equus stenonis, Machairodus letidens, Trogontherium*, etc.), una industria chelense particularmente primitiva y antigua.

Las observaciones que hizo sobre este yacimiento están consignadas en un breve artículo: «Note sur le terrain quaternaire des environs d'Abbeville» (*Revue de l'École d'Anthropologie*, 1890). En él se encuentran las cualidades de observador muy fino y de geólogo experto que caracterizaban a D'Ault, pero también algunos defectos de claridad en la redacción y la dificultad que sentía al formular lo que, sin embargo, conocía muy bien.

Esta dificultad, y una cierta pereza en vencer su fondo de timidez natural, le impidieron publicar de una forma más completa sus investigaciones, no sólo sobre el Cuaternario, sino también sobre los megalitos de la región de Vannes, a los que consagró la mayor parte de su tiempo

durante los últimos veinte años de su vida. Ha dejado numerosos papeles, notas, dibujos y fotografías, que se espera poder utilizar. En cuanto a su colección, magnífica, prehistórica, paleontológica, geológica y petrográfica, en su mayor parte estaba colocada en una casita de Abbeville, demolida en 1918 por un torpedo aéreo. Personalmente espero que se pueda salvar una parte de los documentos óseos y de los sílex cuaternarios, que él tenía la intención de legar al Estado, aunque este accidente de guerra no deja de ser una catástrofe.

D'Ault tuvo en mi orientación científica un papel demasiado grande para que yo pueda pensar sin tristeza en su desaparición y en la destrucción parcial de sus observaciones. Cuando yo tenía solo unos 14 años, le encontraba con frecuencia en casa de unos parientes, en Bouillancourt (Somme) y con gran afabilidad se esforzaba en satisfacer mi curiosidad infantil, en un rincón donde estaban amontonados unos fósiles acerca de los cuales le interrogaba. Más tarde, dirigió mis primeras visitas a los yacimientos cuaternarios de Saint-Acheul y de Montière (1895-1896). Fue él quien me envió a Campigny para excavar a su lado el hogar que describió luego con *Capitan* en la revista de la *École*. Animó mis primeros trabajos personales, me introdujo en el estudio de la Edad del Bronce en la cuenca del Somme, serie publicada aquí mismo. A él, por último, debo mis primeros contactos con las principales personalidades científicas de entonces, entre los cuales, para citar sólo a los difuntos, estaban Albert Gaudry y Edouard Piette.

Poco hablador y algo huraño en público, D'Ault era, en el trato particular, un amigo condescendiente, servicial y fiel, estando dotado de un espíritu muy juicioso y enemigo de teorías aventuradas. Sólo hay que deplorar que, sabiendo mucho, no haya publicado con más amplitud el fruto de sus investigaciones, pero temiendo la contradicción, poco inclinado a usar la palabra en público, completamente desprovisto de ambición, trabajaba sobre todo por curiosidad personal, y su actividad parecía flaquear cuando, gracias especialmente a largas observaciones, había aclarado para sí mismo el problema que le preocupaba.

Necrología publicada por H. B. en *L'Anthrop.*, XXXI, 1921, págs. 161-162. Como ya se ha visto en las notas autobiográficas (cf. infra, págs. 41-48), G. D'Ault du Mesnil fue uno de los primeros en intuir las capacidades del joven clérigo para la Prehistoria, le puso en contacto con los más importantes estu-



Emile Cartailhac (1845-1921). A la izquierda aproximadamente hacia 1880; a la derecha, en 1911.

diosos de la misma en aquellos momentos y se equivocó al orientarle hacia el estudio de la Edad del Bronce.

Breves referencias en otros escritos aquí incluidos: a los 80 años, testimonio del pasado (págs. 105-110); sesenta años de descubrimientos de hombres primitivos (págs. 310-320).

Emile Cartailhac (1845-1921)

En la tan amplia bibliografía de H. B. no hemos sabido encontrar ningún escrito referido concretamente a E. Cartailhac. Tan sólo tenemos anotado un texto periodístico: H. BREUIL, «Discours à l'apposition d'une plaque sur la maison d'Emile Cartailhac», publicado en *La Petite Gironde* del 18 de junio de 1938, que no hemos conseguido ver.

Más de una docena de artículos bajo la firma de ambos, la reivindicación de Altamira y la gran monografía sobre la cueva de Santillana (1906), la «batalla del Auriñaciense» y muchas otras empresas, atestiguan esa amistad y colaboración que se inició en 1896. Pensamos que al Abate le hubiera gustado que

en una antología de sus escritos figurara el nombre de Cartailhac. Por ello consignamos a continuación algunos datos de su biografía.

Estudiante en Toulouse, obtuvo la licenciatura en Derecho, pero muy pronto dejó el ejercicio de la abogacía para dedicarse totalmente a la nascente ciencia de la Prehistoria. Ya en 1865, Edouard Filhol (1814-1883) le vinculó al Muséum de Toulouse. En 1867 participó en el II Congreso internacional de Antropología (París) y fue nombrado secretario del comité organizador de estas reuniones. Dos años más tarde compró a Gabriel de Mortillet (1821-1898) la revista *Matériaux pour l'histoire positive et philosophique de l'homme* (fundada en 1864), cuyo nombre modificó en ... *histoire naturelle et primitive de l'homme*. Durante veinte años (1869-1889) mantuvo y prestigió esta pionera publicación periódica, la primera dedicada a la Prehistoria, llenando muchas de sus páginas con agudos y acertados comentarios sobre sus avances. En 1890, por la fusión de los *Matériaux*, la *Revue d'Anthropologie* y la *Revue d'Ethnographie*, nació *L'Anthropologie*, ahora más que centenaria. El comité de redactores de la nueva serie estaba formado por E. Cartailhac, E. T. Hamy y P. Topinard, que, en 1894, fueron sustituidos por M. Boule y R. Verneau.

Ocupando desde muy joven un puesto preeminente en la investigación, llevó a cabo numerosos viajes de estudio: África del Norte, Baleares, Rusia, Grecia, Cerdeña, Suiza, Portugal y España. Los resultados de sus expediciones se expusieron en libros y artículos diversos. Entre aquellos cabe mencionar: *L'Âge de la Pierre dans les souvenirs et les superstitions populaires*, París, 1878; *L'Âge de la Pierre en Asie*, París, 1880; *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*, París, 1886, donde no se menciona Altamira; *La France préhistorique d'après les sépultures et les monuments*, París, 1889, *Monuments primitifs des îles Baléares*, Toulouse, 1892; edición facsímil, con texto traducido al castellano e introducción de G. Rosselló-Bordoy, Palma de Mallorca, 1991; «Les stations de Bruniquel, sur les bords de l'Aveyron», *L'Anthrop.*, XIV, 1903, págs. 129-150 y 295-315, 133 figs., con muchas piezas de arte mueble, en particular propulsores; y *Les grottes de Grimaldi, archéologie*, París, 1912.

Acerca de las opiniones de E. Harlé sobre el arte altamirense, a las que Cartailhac se sumó de forma harto irreflexiva, cf. infra: Altamira (págs. 53-58); y E. Harlé (págs. 133-136). También, págs. 9-24 del «Prefacio» del Abate en RIPOLL, *Breuil*, y págs. 36 y 55-63 del mismo.

Artículos biobibliográficos: M. BOULE en *L'Anthrop.*, XXXI, 1921, págs. 587-608; y S. REINACH, «Emile Philippe Cartailhac, 5 février 1845- 25 novembre 1921», *Revue Archéologique*, XV, 1922 (separata de 16 páginas). Nota biográfica: L. MÉROC (ed.), *Cent ans de Préhistoire toulousaine*, Toulouse, 1956, págs. 41-42. RIPOLL, *Breuil*, passim.

Veáse en el presente volumen: la «batalla del Auriñaciense» (págs. 60-66); a los 80 años, testimonio del pasado (págs. 105-110); Niaux (págs. 213-

219); Gargas (págs. 220-222); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340).

Alberto I, Príncipe de Mónaco (1848-1922)

Fue el 10 de noviembre de 1904 cuando, por Emile Cartailhac, supe la decisión de Su Alteza el Príncipe Alberto de Mónaco de hacerse cargo de la costosa publicación de los frescos prehistóricos que, dos años antes, mi viejo maestro me llevó a calcar cerca de Santander. El señor Saige, Presidente del Tribunal de Mónaco, amigo de la infancia de Cartailhac, conocedor de sus apuros económicos, tuvo la idea de mostrar al Príncipe mis bellos pasteles de los magníficos bisontes que decoran el techo de la caverna de Altamira. Después de examinarlos, el Príncipe quiso hacerse cargo de la edición, pidiendo al mismo tiempo que se incluyera en dicho trato cualquier descubrimiento análogo. Para ello nos propuso a Cartailhac, a Capitan y a mí, un contrato formal, origen de los magníficos libros sobre las cuevas con arte de Altamira, Font-de-Gaume, Les Combarelles, las cavernas cantábricas, La Pasiega y La Pileta.

Las circunstancias de la postguerra de 1914-1918 y la muerte del Príncipe el 26 de junio de 1922, cortaron la continuidad de estas publicaciones. Quedaron inéditos cuatro volúmenes de los Pirineos franceses y uno de la Dordoña, así como las rocas pintadas de la España oriental.

Probablemente fue en 1906, en ocasión del Congreso prehistórico de Mónaco, cuando tuve mi primer contacto con él al ser invitado a cenar en Palacio con otros notables. Visitamos entonces las cuevas de Grimaldi, en las que hizo se realizaran muy amplias excavaciones, facilitando el estudio de sus importantes materiales que pasaron al Musée Anthropologique [de Mónaco, fundación del propio soberano].

El 31 de diciembre de 1908, el Príncipe me recibió para manifestar su interés en que se realizaran excavaciones a sus expensas en las cuevas de Santander, enorme trabajo para el que le solicité la colaboración de mi gran amigo alemán Hugo Obermaier, a la sazón profesor en Viena. El Príncipe aceptó gustoso la sugerencia y apreció abiertamente la calidad científica y el elevado carácter moral y humano (era pacifista) de mi amigo. Se decidieron por tanto las excavaciones, de conformidad con mi colaborador local H. Alcalde del Río. El Príncipe me insinuó que vendría a visitarnos.

[Texto de 1960] En 1909, del 20 al 23 de julio, el Príncipe Alberto de Mónaco vino personalmente a Santander en su yate el «Princesse Alice». Con Obermaier, el padre Sierra, Alcalde del Río y yo mismo (en automóvil) nos fuimos a visitar las cavernas de Covalanas en Ramales, El Castillo y Altamira. Pasaré en silencio por el incidente trágico-cómico de unas ridículas pinturas, supuestamente prehistóricas, realizadas en Suances para atraer al Príncipe; por suerte antes de ir allí me había enviado para comprobar su autenticidad, mientras Obermaier le hacía visitar Altamira. No diré quién era el responsable, pero sí puedo decir que se había preparado para él una espléndida recepción que sólo yo aproveché y de bien mala gana. Durante estas visitas a las cuevas, el Príncipe Alberto manifestó su deseo de que se realizaran excavaciones en los yacimientos de la región, y especialmente en El Castillo. Para corresponder a esta voluntad y con la colaboración de Alcalde del Río y del padre Sierra, realizamos el mismo año las excavaciones de alguna importancia del yacimiento de El Valle (Gibaja) y Hornos de la Peña. También empezamos las excavaciones en El Castillo, que, dirigidas por H. Obermaier y Paul Wernert, duraron hasta el mes de agosto de 1914 en que la guerra las paró. Fue durante estos trabajos cuando Obermaier y Wernert descubrieron, a unos centenares de metros, la caverna a la que dimos el nombre de La Pasiega. El mismo año hice los calcos y se le dedicó un fascículo publicado posteriormente al volumen de las cavernas de la región cantábrica publicado en 1912 y al que siguió un año después ... [hasta aquí parte del texto de 1960].

El 31 de octubre [del mismo 1908], un telegrama me pedía acudir al castillo de Marchais, cerca de Laon. Después del almuerzo, el Príncipe, con traje de caza y con su escopeta, me llevó al monte y nos sentamos al borde de una turbera. Me explicó su intención de fundar, bajo la dirección del profesor M. Boule, un Institut de Paléontologie Humaine en el que Obermaier y yo podríamos continuar nuestras investigaciones. Me encargó elaborara para él, junto con Boule, que había tenido la primera idea, un proyecto detallado que le entregué el 21 de diciembre siguiente en el mismo castillo de Marchais. Esta vez me confió una escopeta de la que me serví dignamente al hacer un certero disparo sobre un faisán lanzado hacia mí a toda velocidad.

Respecto a los locales, el proyecto elaborado no pretendía ningún lujo, pero en este punto el Príncipe quiso hacer honor a su alta posición [el palacio de la calle René Panhard, obra del arquitecto Pontremoli].



Príncipe Alberto I de Mónaco (1848-1922) (foto Détaille, Musée d'Anthropologie Préhistorique de Monaco).

La fundación no se constituyó oficialmente hasta el 24 de julio de 1910. El 16 de noviembre se reunió por primera vez el Consejo de Administración. El 25 de enero de 1911 fueron nombrados los profesores y el Príncipe nombró como secretario a H. Neuville, su colaborador en Zoología marítima.

La contienda de 1914-1918 nos privó desgraciadamente de la preciosa ayuda de Obermaier, al que el Príncipe nunca abandonó. El 23 de diciembre de 1920, tuvo lugar la solemne inauguración del nuevo Instituto por el Príncipe Alberto y el Presidente de la República Millerand. La vida de este organismo prosiguió mal que bien y sin grandes facilidades. Durante muchos años, prácticamente solo, aseguré las enseñanzas, mantuve y organicé las colecciones y el resultado de las excavaciones. Pero nuevas liberalidades del Príncipe no hicieron más que atenuar los resultados de una crisis que la última guerra de 1939-1945 hizo aún más aguda. A la dirección algo autocrática del profesor H. Boule, muerto en 1940, sucedió la del profesor H. V. Vallois, llena de cordura y desvelos.

Ahora, último superviviente de la fundación del Príncipe, mi pensamiento respetuoso y agradecido va hacia él. Su fisonomía dulce y triste reflejaba la preocupación de vivir para levantar, promoviendo el ideal desinteresado de la Ciencia, el nivel moral de la Humanidad y su culto por la Verdad mejor conocida, así como el de la Paz entre los hombres de buena voluntad cada vez más numerosos a su servicio.

De H. BREUIL, «Souvenirs sur le Prince Albert de Monaco et son oeuvre préhistorique», *Bull. Soc. Préh. Française*, XLVIII, 1951, págs. 287-288. Por contener algunos otros detalles del viaje del Príncipe a las cuevas santanderinas, hemos sustituido su párrafo quinto por uno del relato que para nosotros escribió el Abate en 1960, «Prefacio» de RIPOLL, *Breuil*, págs. 14-15.

En el aspecto de la Prehistoria completa este texto de H. B. el de H. V. VALLOIS, «L'oeuvre anthropologique du Prince de Monaco», *Bulletin de l'Institut Océanographique*, 45, 1948, págs. 11-16, 1 figura. Biografía muy completa del Príncipe Alberto, con referencias a su labor investigadora y promotora de la Oceanografía y la Prehistoria: Raymond DAMIEN, *Albert I^{er}, prince souverain de Monaco*, París, Institut Valois, 1964. Sobre el Instituto por él fundado y su órgano de expresión: RIPOLL, *Breuil*, págs 89-96; ID., «L'Anthropologie y el Institut de Paléontologie Humaine», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie I, t. 9, 1996, págs. 305-319, 3 figuras.

En el presente volumen: Altamira (págs. 53-56); E. Cartailhac (págs. 127-129); M. Boule (págs. 137-140); H. Obermaier (págs. 161-172); y H. V. Vallois (págs. 175-178).

Edouard Harlé (1850-1922)

Con la defunción de Edouard Harlé, muerto en Burdeos el 22 de julio de 1922, tras seis meses de penosa enfermedad, se abre un nuevo vacío, muy sensible, entre los más antiguos servidores de nuestros estudios. Harlé nació en Toulouse el 13 de mayo de 1850, de una familia de origen picardo. Salió de la Escuela Politécnica en 1869 convertido en ingeniero de Puentes y Caminos. Ocupó diversos puestos para instalarse finalmente como profesional de los ferrocarriles del Midi, con residencia en Toulouse, de 1890 a 1900. Al jubilarse del puesto de ingeniero jefe de dicha compañía, se retiró a Burdeos.

La vida en la proximidad de los Pirineos y la facilidad de desplazarse por sus funciones, le permitieron dedicarse a la paleontología de los mamíferos miocenos y especialmente los pleistocenos. Como paleontólogo, con un espíritu minucioso hasta el escrúpulo, su labor no sólo está atestiguada por las sesenta y dos notas que llevan su nombre; también está señalada en muchos trabajos de prehistoriadores que recurrían a su inagotable amabilidad para determinar las colecciones óseas. Sus principales trabajos están publicados en *L'Anthropologie* (1891, 1894, 1895, 1908), el *Bulletin de la Société d'Histoire Naturelle de Toulouse* (1891 a 1894, 1899, 1900), el *Bulletin de la Société Géologique de France* (1894 a 1902, 1906 a 1913), en los *C. R. de l'Académie des Sciences*, en las series de la *Société Préhistorique* (1913, 1918) y en diversas revistas españolas y portuguesas. Las investigaciones que llevó a cabo en los Pirineos han dado a conocer la vieja fauna cuaternaria de las brechas de Montsaunés, Montoussé, etc., donde descubrió el macaco, el machairodus, la hiena rayada, el puerco espín, etc., igual como en el Lot (con Stehlin), el thar. Las determinaciones y los estudios sobre la fauna del Cuaternario reciente en el sudoeste de Francia, se refieren al saiga, el ciervo megácero, el gamo, el alce, el toro almizcleño, el rebeco, la marmota, el lagomys, el leming, la foca, el león, etc.

Tenía un gusto acentuado por España y sus aspectos pintorescos, lo que dio origen a numerosos viajes y nuevos trabajos. Fue él, el primer

francés que visitó, en 1880, la caverna de Altamira. El frescor y la perfección de las pinturas policromas le hicieron dudar de su autenticidad, pero admitió sin reservas la de los dibujos negros más sencillos de la galería profunda (*Matériaux*, 1881, p. 275). Cuando, con Cartailhac, quisimos revisar este proceso, nos ayudó mucho en nuestro proyecto, dirigiéndonos a los amigos de Santander cuya amistad supo conservar.

Se debe a él el haber señalado la presencia del reno en Cataluña, en Vizcaya y en Cantabria, así como la determinación, como *E. antiquus* y *meridionalis*, de los elefantes de Torralba (Soria), asociados al Chelense. Su fama en la Península hizo que en varias ocasiones se le encargara la determinación de huesos fósiles y en particular los del yacimiento de Furninha (Portugal) que, como los de otros lugares portugueses, le fueron confiados por los museos de Lisboa. Estos trabajos le dieron ocasión de publicar un «Essai d'une liste de Mammifères et Oiseaux quaternaires connus jusqu'ici dans la Péninsule Ibérique», su publicación paleontológica más amplia junto con el «Catalogue de Paléontologie quaternaire des collections de Toulouse».

Le interesaba la Prehistoria, aunque raramente trató de ella, con las excepciones de Altamira, Serinyà (Cataluña) y Aitz-Bitarte (Guipúzcoa). El gusto por lo pintoresco le llevó a veces a la etnografía contemporánea: signos pintados en las casas de España, trapos en las orillas de los manantiales, o monedas en la mano de los difuntos (*Bull. Soc. Préh.*, 1913, 1917, 1918).

En un ingeniero como él era más normal ocuparse de Geología o Petrografía. Así, estudió diversos problemas relativos a los aluviones del Garona y del Adour, acerca de los que escribió diversas pequeñas notas para la Sociedad Geológica (1894, 1895). Es la misma inclinación a entender todo lo que le rodeaba lo que hizo que se dedicara, en sus últimos diez años, al estudio sobre el terreno de las dunas de Gascuña. Empezó este trabajo con su hijo Jacques, pero llegó la guerra y Harlé pasó por el dolor de verle caer gloriosamente por Francia, al igual que el hermano mayor. En parte para acabar la obra común, en parte para buscar un paliativo a ese gran dolor, prosiguió solo la investigación en largos y penosos recorridos, publicando finalmente con los dos nombres la *Mémoire sur les dunes de Gascogne*, editada por el Ministerio de Instrucción Pública. Pero el golpe recibido era demasiado duro y al sentir que sus fuerzas desfallecían quiso disponer en favor del Museo de Historia

Natural de Burdeos la donación de bellas colecciones de Paleontología cuaternaria, y dio los libros a la Facultad de Ciencias y a la Biblioteca de la misma ciudad. Pero no tuvo tiempo, como deseaba, para instalar la colección: la muerte le llegó más pronto de lo que pensaba.

Tal es, en lo que corresponde a nuestros estudios, la obra muy estimable de Edouard Harlé, realizada en los momentos libres del trabajo profesional dentro de su activa vida, siempre vinculada al servicio público, lo que fue dignamente reconocido al concedérsele la Legión de Honor. Al cumplirlo, dio pruebas de un celo ilustrado y continuo, un método riguroso y un profundo saber.

Desde hace veinte años he contado con la amistad de Harlé: en Les Eyzies, en los Pirineos, en España, nos encontrábamos con un placer compartido y con frecuencia pude conocer la afabilidad sencilla de su amical hospitalidad. No es sólo la pérdida del sabio modesto y objetivo, con una labor constante y minuciosa que también aprecié; es asimismo el hombre que, bajo una corteza un poco ruda y una brusquedad algo original, ocultaba un alma muy sensible e idealista capaz de disfrutar intensamente de lo pintoresco de la naturaleza y de la humanidad rústica, con espíritu reflexivo y comedido, una conciencia leal, muy recta, y un corazón profundamente bueno y benévolo, servicial, fiel y devoto de la amistad.

Necrología publicada por H. B. en *L'Anthrop.*, XXXII, 1922, págs. 587-588. En ella se alude con discreción al lamentable episodio de la polémica sobre la autenticidad de Altamira, en la que el informe de Harlé dio lugar a la opinión de que sus obras de arte eran una falsificación: E. HARLÉ, «La grotte d'Altamira, près de Santander (Espagne)», *Matériaux pour l'histoire naturelle et primitive de l'homme*, 17, 1881, págs. 275-283, 1 lámina. Dicha publicación periódica era entonces propiedad de E. Cartailhac. La experiencia de Harlé como reputado paleontólogo de la fauna glacial hubiera debido inclinarle en favor de las representaciones de bisontes del techo altamirense, pero seguramente se dejó engañar por algún «sabio» local que propagó el rumor de que eran obra de un pintor sordomudo acogido por caridad en casa de M. Sanz de Sautuola.

Como recuerda H. B., Harlé publicó excelentes trabajos sobre paleontología animal del Pleistoceno, incluyendo la de yacimientos peninsulares que conocía bien. Así, por ejemplo: E. HARLÉ, «Ossements de renne en Espagne» (*L'Anthrop.*, XIX, 1908, págs. 573-577, 2 figs.); y, un cuarto de siglo anterior,

«La grotte de Serinyà, près de Gérone (Espagne)» (*Matériaux pour l'histoire naturelle et primitive de l'homme*, 18, 1882, págs. 293-299, 4 figuras).

Cf. infra: Altamira (págs. 53-56); Alberto I, Príncipe de Mónaco (págs. 129-133); H. Alcalde del Río (págs. 152-154); H. Obermaier (págs. 161-172); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340).

W. Willoughby C. Verner (1852-1922)

El coronel William Willoughby Verner ha muerto en Algeciras el 25 de enero de 1922 a la edad de 70 años. Su desaparición es una gran pérdida para las investigaciones prehistóricas en el sur de Andalucía. Durante diez años fue colaborador y amigo del que suscribe y su conocimiento del país facilitó mucho nuestras exploraciones. A él se debe el descubrimiento de la célebre caverna pintada de La Pileta (Málaga), organizando su exploración conmigo y con H. Obermaier. El hermoso libro suscrito en común por los tres contiene un notable plano que él levantó. Las investigaciones acerca de las pinturas de la provincia de Cádiz, que llevamos a cabo con su ayuda, todavía permanecen inéditas.

En su brillante carrera militar participó en la expedición de socorro a Khartum y fue gravemente herido en la guerra sudafricana [de los boers]. Ejerció como profesor de topografía en el Colegio Real de Sandhurst, inventando diversos instrumentos destinados a los levantamientos topográficos. Entre sus numerosas publicaciones, su libro *My life amongst the wild birds of Spain* (1909), interesa especialmente a los naturalistas, así como a los aficionados del gran deporte. Su hijo y su yerno perecieron en el mar durante la gran guerra. Era un gran amigo de Francia. Para los que entraban en su intimidad y participaban de sus gustos de excursionista y de amante de la salvaje naturaleza andaluza, era un compañero lleno de humor, de espíritu práctico, de abnegación y de afecto seguro y fiel. Su desaparición nos deja un sensible vacío y un profundo pesar.

Nota necrológica en *L'Anthrop.*, XXXII, 1922, págs. 182-183, seguramente escrita a pie de redacción. H. BREUIL, H. OBERMAIER y W. VERNER, *La Pileta à Benaoujan, Málaga (Espagne)*, Mónaco, Chêne, 1915, VIII + 68 págs., 26 figs. y 22 láminas. En su homenaje a los difuntos (aquí, págs. 183-192), H. B. narra la aventura de la exploración de La Pileta y el lamentable olvido del nombre del Coronel Verner entre los autores del libro sobre sus investigaciones gaditanas:

H. BREUIL, M. C. BURKITT y M. POLLOCK, *Rock paintings of Southern Andalusia. A description of a Neolithic and Copper Age group*, Oxford, Clarendon Press, 1929, XII + 88 págs., 54 figs. y 35 láminas.

E. RIPOLL-PERELLÓ, «Abate H. Breuil y Coronel W. Verner: textos sobre la cueva de La Pileta», *Actas del Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar»*, Ceuta, 1987, Madrid, UNED, 1988, I, págs. 173-181, 2 figuras. Clive FINLAYSON, «William Willoughby Cole Verner», *Gibraltar Heritage Journal*, 3, 1996, págs. 91-99.

En el presente volumen: aventura en la Lagunda de la Janda (págs. 70-73); en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); Ardales y La Cala (págs. 269-272); La Pileta (págs. 266-269).

Marcellin Boule (1861-1942)

[1930?] Es curioso que, a pesar de la recíproca estima que sentíamos el uno por el otro [H. B. y M. Boule], un verdadero y más práctico entendimiento fuera realmente imposible entre nosotros. Incluso para cosas nimias necesitaba muchas horas y jamás las entendíamos del mismo modo.

[1937]. Mi querido director, he sido su colaborador en esta casa [Institut de Paléontologie Humaine] desde hace veintisiete años y recuerdo haberle aportado, en una fecha igual de antigua y de parte de S.A.S. el Príncipe Alberto I, la feliz noticia de su decisión de hacer realidad este Instituto que tiempo antes usted le sugirió. Pero ahora, intervingo en nombre de la Société Préhistorique Française y como su delegado en tanto que presidente saliente, para mostrarle la gratitud y la admiración de la Prehistoria francesa por la obra grandiosa que ha llevado a cabo en el Muséum, en *L'Anthropologie* y en esta misma casa, para levantar la Paleontología humana al rango de una verdadera ciencia, incluyendo la Prehistoria etnográfica. Toda esta labor se basa en un método estratigráfico y paleontológico, el único apto para asentar unas conclusiones cronológicas.

De forma constante también, en el tiempo caduco en que el romanticismo eolítico extendía sus estragos, luchó usted contra él reclamando un estudio más serio de los fenómenos naturales de fractura. Profundamente sensible a la belleza de las obras de arte de la Edad del Reno, animó a Edouard Piette a dar a conocer sus admirables hallazgos y fue gracias a su influencia como el Príncipe Alberto de Mónaco se interesó

por las cavernas con arte que, con Cartailhac, Capitan, Peyrony y otros, antes de que este Instituto existiera, pude copiar y editar gracias a esta ayuda generosa.

En esta misma casa, en mis lecciones y asesoramientos, también en el trabajo de campo, me esforcé en aplicar y hacer comprender a mis alumnos, amigos y colaboradores, toda la importancia fundamental del método que le debemos. Puedo asegurarle que, incluso en el medio de los aficionados, se va extendiendo progresivamente y que en él se entiende mejor su largo alcance.

Las numerosas excavaciones por usted promovidas, tanto en Francia como en España, Sicilia, África del Norte, Siria e incluso China, las que han llevado a término Obermaier, Teilhard, Vaufrey, Saint-Périer, R. Neuville, miss Garrod y tantos otros. Las realizadas en otros lugares, como las del Barón Blanc y su hijo en Italia, se inspiran o se han inspirado en los principios mismos que durante toda su vida usted ha preconizado.

Sus esfuerzos no han resultado vanos, la Prehistoria ya no es una amable manía de coleccionistas de bonitas piezas de sílex. Ahora es una verdadera ciencia, tiene cátedras y laboratorios, más numerosas fuera de nuestras fronteras, hay que confesarlo. Sin embargo, conmigo ha conquistado una cátedra en el Collège de France.

Puede usted contemplar con confianza el futuro de nuestra ciencia. Cada nuevo año consigue para ella nuevos logros y plantea otros problemas. A medida que los trabajos de investigación se generalizan en otras tierras, que los fósiles humanos, o prehumanos, se multiplican, que se afinan los métodos de registro y análisis, los interrogantes se amplifican y su solución cabe esperarla del suelo que no ha librado aun más que una pequeña parte de sus secretos. La perspectiva del trabajo se hace inmensa y por activa que haya sido la generación que usted ha contribuido a formar, por preciosas que hayan sido sus conquistas, muy pronto dejará a la generación que llega un amplio conjunto de problemas por resolver. Esta labor nos rebasa a todos, pues cada uno de nosotros no somos en ella más que unos humildes y efímeros artesanos.

Durante este último medio siglo, ha sido usted el más activo y perspicaz jefe de grupo, contribuyendo, más que ninguno, a fundar la Paleontología humana. Por todo ello le damos las gracias de todo corazón.



De izquierda a derecha: H. Obermaier, H. Breuil, Clotilde Alcalde del Río, E. Cartailhac, M. Boule y H. Alcalde del Río (Torrelavega, 1910).

En 1910, H. B. deja su puesto de profesor en la Universidad de Friburgo para incorporarse, en París, al Institut de Paléontologie Humaine, fundación del Príncipe Alberto de Mónaco que nombró director a M. Boule y profesor al Abate.

El primer párrafo es de fecha incierta y está traducido de HEIM, *Breuil*, pág. 35. El resto corresponde al parlamento de H. B. en ocasión de la jubilación de M. Boule como director del Muséum: H. BREUIL, «Allocution prononcée à l'occasion du jubilé de M. Marcellin Boule», *L'Anthrop.*, 47, 1937, págs. 614-615. Boule siguió como director del Institut de Paléontologie Humaine hasta 1941 en que cedió su puesto a H. V. Vallois. Fue éste quien dedicó una nota a su labor: H. V. VALLOIS, «Marcellin Boule, notice nécrologique», *Revue Scientifique*, 80, 1942, págs. 341-342; luego en *L'Anthrop.*, 50, 1946, págs. 203-210.

Ambos hombres de ciencia tenían temperamentos muy distintos y tuvieron que soportarse durante más de treinta años. El Padre Teilhard de Chardin

hizo un comentario sobre esta diferencia de caracteres: «Es la lucha secular del mediterráneo (Breuil) y el alpino (Boule) que continúa». Sobre dicha institución y el que era prácticamente su órgano escrito: E. RIPOLL PERELLÓ, «L'Anthropologie» y el Institut de Paléontologie Humaine», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie I, 9, 1996, págs. 305-319.

La obra de M. Boule está ampliamente contenida en las páginas de *L'Anthrop.*, de la que fue redactor-jefe durante casi cincuenta años. Su obra mayor es: Marcellin BOULE, *Les hommes fossiles, éléments de Paléontologie*, París, Masson, 1921, con ediciones revisadas y completadas por H. V. Vallois (²1946, ³1952 y la alemana de 1954 e inglesa de 1957).

Cf. infra: Alberto I, Príncipe de Mónaco (págs. 129-133); Hugo Obermaier (págs. 161-172); H. V. Vallois (págs. 175-178).

Benoit-Claude Champion (1862-1952)

Queridos amigos, como Miembro del Institut de France, Presidente de Honor de la Société Préhistorique Française y uno de los decanos de la Prehistoria francesa, vengo hasta aquí, al borde de esta tumba para rendir homenaje al señor B.-C. Champion que nos ha dejado tras una laboriosa y larga vida.

El señor Champion era, desde hacía algunos años, jefe técnico del taller de vaciados del Musée des Antiquités Nationales, en el tiempo en que, muy joven prehistoriador, vine hacia 1897, para estudiar los objetos de bronce de la cuenca de París. Alexandre Bertrand era entonces su veterano conservador y tenía como segundo a Salomon Reinach que pronto le sucedió. De aquel momento son mis primeros contactos con el señor Champion. Hace de ello 55 años. Pronto el estudio de las obras de arte de la Edad del Reno de la colección Lartet, conservada en el museo, y luego, más tarde, después de 1906, la organización de la sala Piette que contenía el producto de las excavaciones pirenaicas de este investigador, hicieron que pasara largas temporadas en el museo. Tuve así ocasión de apreciar y recurrir al señor Champion, experimentando su constante amabilidad e inextinguible cortesía, sus conocimientos amplios y profundos y su alta capacidad como técnico y arqueólogo, así como, puesto que había sido alumno de Bellas Artes, de verdadero artista.

Cuando, entre las dos guerras, R. Lantier, nombrado Conservador-jefe del Musée de Saint-Germain, me pidió me encargara de la reorganización de la gran sala de la Edad de la Piedra Tallada, nada hubiera

podido hacer sin la ayuda constante del infatigable señor Champion, que sabía encontrar antiguos depósitos olvidados desde mucho tiempo en los rincones más ocultos del museo.

En el momento en que los dos grandes episodios bélicos pusieron en peligro las magníficas colecciones acumuladas en el viejo palacio de los reyes, los señores Champion y Lantier atendieron tan perfectamente el embalaje y los envíos a lugares seguros, con un orden tan exacto, que, pasada la amenaza, cada objeto volvió a encontrar su lugar con una increíble celeridad, sin pérdidas ni roturas apreciables. Hazaña que todavía me sorprende.

Al producirse una audaz empresa de falsificación, con complicidades periodísticas, acumulando en los cielos de la Prehistoria la terrible tempestad del asunto de Glozel, en el que Salomon Reinach, todavía Director, perdió por completo el sentido de la realidad, debo excusarme de haber orientado a sus adversarios hacia un dictamen pericial que fue catastrófico para los organizadores del fraude. Pero esto contrarió mucho al hombre poco inclinado a la celebridad y la fama que tenía, en la sombra de su laboratorio, el eminente señor Champion. Acaso me lo reprochó un poco, pero nada hizo que se velara nuestra ya antigua amistad. Por lo demás, nunca rechazó las consultas de los aficionados y, a pesar de su trabajo agotador, siempre acogía con la misma amabilidad a los visitantes extranjeros o de provincias, deseosos de visitar las muy numerosas salas del museo cerradas a causa de la falta de celadores.

Entonces y hasta sus últimos días, se le veía subir y bajar de continuo las agotadoras escalinatas de piedra de este antiguo palacio, del que conocía todos los rincones, desde los sótanos hasta los desvanes, abriendo y cerrando con su llave maestra las innumerables puertas que separan las largas salas de sus cuatro pisos. Se podría decir que sus piernas y su corazón no reflejaban su edad: jamás se quejaba o se excusaba. Durante más de sesenta años, Champion fue el alma misma del museo, como abeja incesantemente activa en su taller, o como consejero discreto y seguro al que todos recurrían. Colocado ante difíciles problemas de restauración o consolidación, con seguridad encontraba en la práctica de su arte y en sus soluciones un verdadero placer que debió derramar en su existencia una gran felicidad.

Como no olvidaba en absoluto que fue un excelente alumno de la Ecole des Beaux Arts, a veces aceptaba efectuar restauraciones de obje-

tos menos antiguos, para lo que le predisponía un verdadero talento profesional, del que vi, en su casa y de su mano, creaciones apreciables. También se recreó en modelar los bustos [y las medallas] de varios notables prehistoriadores del último medio siglo: Piette, Déchelette, Capitan, Henri-Martin, Le Rouzic, Peyrony y yo mismo, consiguiendo un notable y agradable parecido.

Y ahora, al final de una larga vida que no ha conocido el descanso, totalmente consagrado a una obra poco conocida, desinteresado por completo, sin ninguna ambición, acaba de dejarnos, dando un hermoso ejemplo de vida completa, en la que la actividad tenaz, el delicado sentido artístico y los valores del alma florecieron sin cesar. En el vacío que nos deja, sentimos todo lo que a él nos unía. Habló y escribió poco, pero predicó con el ejemplo de su vida completamente dedicada a su obra. Tenemos en él un modelo muy elevado de constancia, bondad y conciencia del trabajo bien hecho. Conservando su magnífico recuerdo podemos inspirarnos en su figura.

Alocución pronunciada en el sepelio de Champion: H. BREUIL, «Discours prononcé aux obsèques de Claude Champion», *Bull. Soc. Préh. Française*, XLIX, 1952, págs. 585-586.

Champion colaboró con todos los arqueólogos que frecuentaron el Musée des Antiquités Nationales durante su larga vida al servicio del mismo. De sus capacidades habla el hecho que, de 1936 a 1939, fuera profesor encargado del curso de Museografía en la Ecole du Louvre.

Como explica H. B., él y Champion estuvieron en lados distintos de la trinchera que dividió a los prehistoriadores franceses, y muchos otros que no lo eran, en el asunto de Glozel (Ferrières-sur-Sichon, Allier). El caso sacudió al país e incluso tuvo su reflejo en la prensa extranjera, hasta llegar a decirse que Glozel era «el affaire Dreyfus de la arqueología». Se trataba de una mezcla de réplicas de objetos paleolíticos y neolíticos cuya naturaleza espuria fue determinada por una comisión internacional.

Precisamente sobre Glozel, Champion se decidió a escribir algo de lo poco que se le conoce (*Revue Anthropologique*, 33, 1923, págs. 23-33, 15 figs.; *Bull. Soc. Préh. Française*, XXV, 1930, págs. 51-61). Después de 1930, el asunto pareció caer en el olvido, pero resurge de vez en cuando, incluso con connotaciones políticas. En cambio es importante: B. C. CHAMPION, «Restauration de statuettes aurignaciennes en ivoire», *Revue Archéologique*, 38, 1951, págs. 129-133, 3 figuras.

Conde Henri Bégouën (1863-1956)

A principios del mes de noviembre pasado murió a una edad avanzada —93 años— el Conde Henri Bégouën, nacido en 1863 en Châteroux, al que conocí bien y traté mucho, primero esporádicamente y luego de forma continuada en una colaboración de más de cuarenta años.

Nuestro primer encuentro (octubre de 1909) tuvo lugar en Gargas (Hautes-Pyrénées). Vino allí para visitar a nuestro común maestro y amigo Emile Cartailhac cuando trabajábamos en esta caverna, donde, poco antes, Félix Regnault había observado las manos siluetadas en rojo y negro realizadas en sus muros en el período auriñaciense. Recuerdo que durante esta visita fue cuando descubrí los innumerables grabados perigordenses de su parte más profunda. Cartailhac lo describía como un amigo muy culto, interesado especulativamente por las investigaciones prehistóricas y católico militante, de talante muy abierto. Entonces nada hacía pensar que se dedicaría con pasión a dichos estudios, ocupando en su desarrollo un lugar más que honorable, y que sucedería a Cartailhac en la Universidad de Toulouse y en sus funciones de Director de las Galerías Prehistóricas de su Museo de Historia Natural.

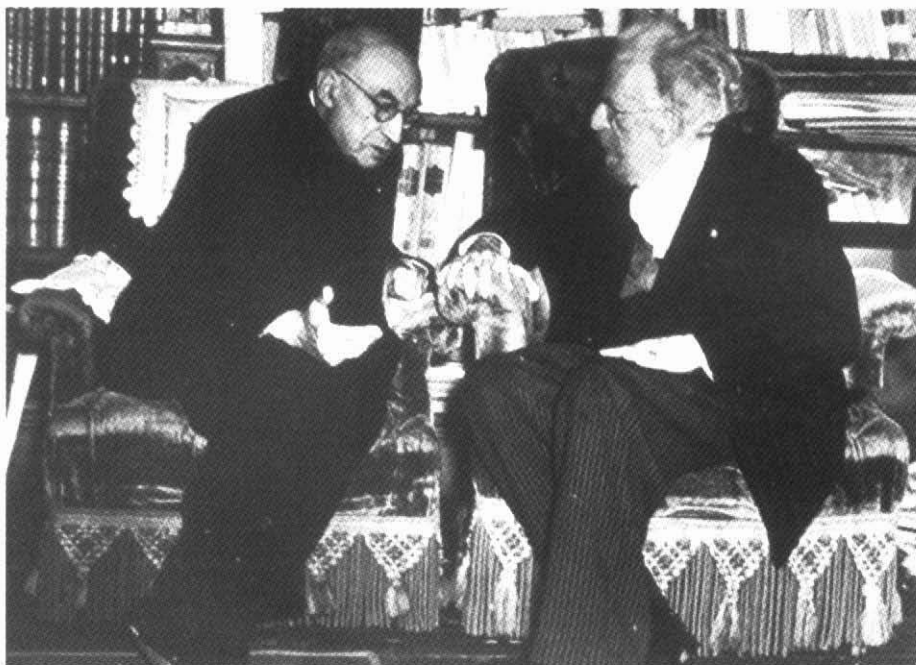
En edad temprana perdió a su padre, Maximilien Bégouën (1885), un hombre dotado de la misma amplia cultura y del que heredó un hueso grabado de Laugerie-Basse, recogido poco después de iniciarse las primeras excavaciones en los alrededores de Les Eyzies. El progenitor era tesorero-pagador en Toulouse. Por ello su hijo Henri hizo allí sus estudios secundarios en Sainte-Marie-Caousson (jesuitas). Tras la jubilación de su padre (1877), los continuó en París, acabándolos en Stanislas. Durante las vacaciones, el cabeza de familia enviaba a sus hijos al extranjero. Esto llevó al joven Henri a visitar las minas de sal de Salzburgo (Austria) de donde se trajo el mango de madera de un hacha de bronce. Alumno de las Escuelas de Derecho y de Ciencias Políticas, el joven Bégouën fue con Raymond Poincaré [1860-1934; Presidente de la República, 1913-1920], secretario de la Conferencia Molé-Tocqueville.

Tras el fallecimiento de su padre y ya diplomado por la Ecole des Sciences Politiques, fue enviado a Alemania —cuya lengua hablaba de forma admirable— por el *Journal des Débats* para seguir la campaña de la Kultur Kampf y luego la del Septenio. Durante su período parisino frecuentó los círculos literarios y artísticos: Moréas, Steinlen, Toulouse-

Lautrec, Henri de Régnier, el salón de Taine, el de José-María de Heredia, etc. En 1888 fue candidato sin suerte a la Diputación del Ariège, empezando así su vinculación con este departamento. En 1892, contra-jo matrimonio con la señorita Mignon, sobrina de Paul Riant, del Institut de France, instalándose progresivamente en su propiedad de Les Espas [Château de Pujol], comprada para su hija por el señor Riant en 1889. Hubo entonces un intermedio africano: fue agregado como interventor civil a la Residencia de Túnez. De regreso, pasó a ocuparse de política local y de cuestiones agrícolas y ganaderas. Al propio tiempo sufrió lutos crueles: en agosto de 1900, su hermano mayor, Capitán de Estado Mayor en Senegal, murió a causa de la fiebre amarilla y su propia esposa y su hija perecieron en 1902 por las fiebres tifoideas.

Sin embargo, en aquel personaje mundano del París finisecular, brillante polemista, que llegó a ser director del periódico político católico-liberal *Le Télégramme*, de Toulouse, nada hacía pensar en la orientación científica de su madurez y de su ancianidad.

Los interesantes datos consignados los debo a su hijo Max Bégouën, pues hasta ahora sólo los conocía por alusiones hechas durante nuestras conversaciones, muy posteriores. Como he dicho, en esa existencia nada anunciaba al futuro prehistoriador, salvo algunas modestas excavaciones emprendidas durante su estancia en Túnez en los dólmenes de el-Mektar, y sus relaciones con el Padre Delattre, del que siguió las investigaciones de arqueología púnica, al propio tiempo que él mismo escribía la historia de la Regencia en tiempos de Carlos V. Pero, la importante obra del ulterior estudioso de la Prehistoria tuvo adecuada preparación en su amistad con Emile Cartailhac del que siguió los cursos libres que daba en Toulouse, así como del ejemplo de él recibido con sus descubrimientos pirenaicos: Marsoulas (1902), Gargas y Niaux (1907). Los hijos de Henri Bégouën —Max, Jacques y Louis—, para los que era tanto un amigo como un padre, eran animados, en su entusiasmo juvenil, a la exploración de las cuevas de Montesquieu-Avantès. Les precedió el hallazgo, en la parte más interna de la cueva de Enlène, de una bella escultura en asta de reno, representando uno de estos animales y correspondiente a la parte superior de un magnífico propulsor que pasó a ocupar un lugar en la serie de obras maestras del arte magdaleniense del Ariège, del que E. Piette descubrió numerosos ejemplares en el gran túnel que atraviesa [el macizo] del Planturel, abierto



El Abate H. Breuil y el Conde H. Bégouën en el Chateau d'Espas (Montesquieu-Avantès, Ariège), el 23 de octubre de 1952 (foto R. Robert).

por el río Arize en Mas d'Azil. Los Bégouën visitaron con frecuencia esta caverna tras la desaparición de aquel gran pionero. El padre no sólo animaba a su hijos, sino que también les acompañaba cuando se producía algún descubrimiento inesperado.

Poco antes del Congreso de Ginebra (1912), en el que H. Bégouën tomó parte, había seguido a sus hijos en su aventura de entrar, con una endeble balsa por ellos fabricada, hasta el fondo accesible [y subterráneo] del río Volp. Ello les permitió alcanzar un rincón de la gran caverna del Tuc d'Audoubert, a unos centenares de metros del castillo familiar. Descubrieron allí un bonito panel de grabados parietales. H. Bégouën los hizo fotografiar y mostró las pruebas a los congresistas, invitándome a verlos. Pero le respondí que al final de un año cargado por muchos viajes y cansado por mis trabajos de calcar arte en la Dordoña, esperaré hasta el verano siguiente para desplazarme. Pocos días después, al igual que Cartailhac, recibí en París el histórico telegrama: *Vous avez*

tort, les magdaléniens modelaient aussi l'argile [Está usted equivocado, los magdalenenses también modelaban la arcilla]. Inmediatamente tomé el rápido para Toulouse y encontré a Cartailhac y los Bégouën en Montesquieu. Cuatro o cinco días después admirábamos su hallazgo: a 700 metros de la luz diurna, nos era dado contemplar los famosos bisontes de arcilla, encontrados por Max y sus hermanos tras romper unas formaciones calcíticas.

He narrado en otro lugar como, dos años después, tuvo lugar un nuevo descubrimiento no menos importante: el de la vasta caverna, por completo desconocida hasta el momento, de los Trois-Frères [los tres hermanos]. Fueron ellos quienes la exploraron, bajando por una chimenea y saliendo al cabo de muchas horas por el corredor final de Enlène y tras realizar, arrastrándose, un penoso recorrido. Esta segunda cavidad se abre cerca de la entrada bajo tierra del Volp, que discurre hasta la otra cueva buscando su salida. Esto permite considerar que se trata de dos partes, accidentalmente separadas por un hundimiento, de un gran conjunto subterráneo. Para el Tuc d'Audoubert, las fotografías de los grabados hechas por el Conde Bégouën y sus hijos bastaban ampliamente para darlos a conocer. No era este el caso de la segunda cavidad, donde se multiplicaba un gran número de enormes paneles sobrecargados de finos grabados embrollados. Para descifrarlos, H. Bégouën recurrió a mi experiencia, formada desde hacía tiempo por una larga práctica en otras cavidades.

Después de la primera gran guerra fue este el motivo de numerosas temporadas pasadas en Les Espas. Primero tuvieron lugar durante los años que siguieron a la guerra, pero las dificultades planteadas por el propietario de Enlène interrumpieron los trabajos durante seis años y se reemprendieron después. Cada año, aprovechando el verano, pasaba un mes prosiguiendo la labor y así se hizo hasta la segunda guerra mundial. Durante los primeros meses de la contienda había empezado y avanzado bastante el trabajo de poner en limpio los calcos. Pero su larga duración y las condiciones penosas de la postguerra interrumpieron la correspondiente edición. Anteriormente, al producirse descubrimientos de importancia, presentábamos notas cortas a las Academias o en los Congresos. De acuerdo conmigo, con su pluma ágil, H. Bégouën redactaba los textos de los que le proporcionaba las figuras, tras mostrarle *in situ* los originales interpretados. Muy pocas veces una colaboración ha

sido más equilibrada y fecunda. Pero la obra de conjunto no ha sido editada [aparecerá en 1957], si bien he dado, bajo nuestros nombres, una síntesis de la que redacté el texto, pues la edad ponía límites a su contribución física: aunque conservaba toda su lucidez, no le era posible emprender la redacción. De este modo, bajo los dos nombres, se publicaron en mis *Quatre cents siècles d'art pariétal* [1952] los textos relativos a las cavernas de Montesquieu-Avantés.

Se dio satisfacción así al deseo de los especialistas de estar informados sobre los descubrimientos realizados por los jóvenes Bégouën desde 1912. El manuscrito de Trois-Frères estaba preparado para ser editado en 1953, pero el fallecimiento imprevisto de nuestro abnegado editor Fernand Windels fue motivo de un nuevo retraso. Con todo, los problemas científicos quedaban expuestos en sus líneas generales en los opúsculos redactados por H. Bégouën y en parte por mí mismo. Ambos habíamos señalado el significado de los aspectos más importantes.

En aquella época, con su hijo Louis, prosiguió las excavaciones de la parte profunda de la cueva de Enlène que proporcionó un gran número de obras de arte —esculturas y grabados sobre hueso y sobre piedra— haciendo de ella uno de los lugares más notables de la Edad del Reno pirenaica. Una buena parte fue publicada por el Conde Bégouën, acompañada de dibujos realizados por la hábil pluma del canónigo J. Bouyssonie. De acuerdo con el Dr. L. Capitan, H. Bégouën se ocupó también de los modelados de arcilla de la caverna de Montespan, hallazgo de su discípulo N. Casteret, publicando, asimismo, otros modelados encontrados en Bédeilhac. Más tarde, Casteret encontró numerosos grabados en la cueva pirenaica de Labastide. Durante la guerra, con los calcos hechos por otros alumnos, Bégouën editó la interesante monografía de otra caverna más alejada, la de La Baume-Latrone, en el Gard.

En los años posteriores a la primera guerra mundial, su excelente conocimiento de la lengua alemana y sus antiguas relaciones en Chequia y Austria, le permitieron dar a conocer al mundo occidental los importantes descubrimientos realizados en los yacimientos del loess de Vestonice (Checoslovaquia) y dio a conocer amplias y muy justificadas observaciones sobre los vestigios de la decapitación en los cráneos mesolíticos de Ofnet (Baviera). En los congresos internacionales de la

especialidad celebrados en el extranjero desempeñó durante mucho tiempo un papel importante como intérprete y conocedor en los países que habían conseguido su libertad —por desgracia, caídos ahora en una esclavitud peor— y le divertía el calificativo de *comte courant* [conde corriente] que por su movilidad tenía ganado. Fiel a la memoria de su viejo maestro Cartailhac, organizó en su honor, en Toulouse, unas emocionantes ceremonias conmemorativas, en las que participé. Sucedió al maestro *no sólo en sus obras y en sus enseñanzas tolosanas, sino también en su título de Correspondiente de la Académie des Inscriptions, siendo a justo título honrado por el Gobierno Francés con la corbata de Comendador de la Legión de Honor.*

Bégouën no era ni geólogo ni naturalista y por ello se abstuvo de intervenir en el estudio de las terrazas fluvio-glaciares pirenaicas y su muy antiguo contenido arqueológico. Por ello animó a su discípulo Louis Méroc —aunque muy absorbido por sus funciones de magistrado— a que se ocupara de estas cuestiones. Lo mismo hizo conmigo, facilitándome la labor al poner a mi disposición su automóvil para mis trabajos de campo: con frecuencia hizo que me llevaran desde Montesquieu a las terrazas del Garona, donde su hijo Louis hizo a su vez apreciables descubrimientos.

Los cursos libres que profesó —siguiendo los de Cartailhac—, en la Universidad de Toulouse, suscitaron más de una vocación científica. Unas mejoras considerables en la Sala de Prehistoria del Museo de Historia Natural, fueron continuación y ampliación de la obra de nuestro común maestro. La cálida hospitalidad que reservaba a los colegas extranjeros o nacionales llegados para visitar las cavernas de Montesquieu-Avantés, inaccesibles sin él, y la amabilidad de su acogida, contribuyeron a asegurarle una popularidad casi mundial. Cuando su curso libre fue transformado en cátedra, pudo hacer que algunos de sus alumnos más aventajados presentaran sus tesis.

Sus últimos años se vieron ensombrecidos por el hundimiento de Francia, aplastada por Hitler. Fue también motivo de tristeza para él ver a los países amigos de la Europa Central, independizados por la otra guerra, al final de la segunda, en una esclavitud infinitamente más dolorosa que aquella de la que se habían liberado.

Durante mucho tiempo, aseguró, para la región pirenaica, la vigilancia de los monumentos prehistóricos. Lo hizo mientras sus fuerzas físi-



Los bisontes de arcilla del Tuc d'Andoubert (Ariège), examinados por Louis Bégouën y sus dos hijos mayores (1950) (foto Yan).

cas se lo permitieron, pero hasta sus últimos años siguió con gran interés los trabajos de sus discípulos y de sus amigos.

Al católico ilustrado y liberal que siempre fue le estuvo reservado el desempeñar un buen papel en la adaptación del pensamiento religioso a las conquistas de la ciencia prehistórica. Algo sé de ello, pues nuestras conversaciones bajo las estrellas de las noches que seguían al trabajo en las cuevas, se ocupaban muchas veces de estos temas. Por ello saludó con alegría el crecimiento del pensamiento de P. Teilhard de

Chardin. En varias ocasiones le acogió por muchos días en Les Espas. Anteriormente, bajo Pío XI, con Obermaier y conmigo, redactó la carta al Papa que su amigo el Nuncio de entonces llevó a Su Santidad. Sobre estos temas publicó unas páginas valientes y perspicaces. Por tanto, con él no ha desaparecido un simple coleccionista de pedruscos y de obras de arte, sino un hombre al que nada de lo realmente humano le era extraño. Con entereza y generosidad, contribuyó a enriquecer con vastas perspectivas nuestra prehistoria de la Edad del Reno y aportó su piedra a la construcción de una mentalidad religiosa para mañana.

Traducción de H. BREUIL, «Henri Bégouën (1863-1956)», *Bull. Soc. Préh. Française*, LIV, 1957, págs. 78-81.

H. B. pondera con emoción la vida de su amigo, uno de los personajes importantes de la ciencia prehistórica europea en los años veinte y treinta del siglo xx. Gran viajero, acudía a todos los congresos y visitaba toda clase de nuevos yacimientos. Además de los mencionados en el texto y entre muchos otros, citaremos tres de estas ocasiones: en 1912, miembro de la comisión internacional ante la que D. Peyrony exhumó los esqueletos de dos niños neandertalenses en La Ferrassie (Dordoña); en 1912 o 1913, visita a Cogul (Lérida), lugar del que le intrigaba su arte «escenográfico», llamado levantino por H. B.; y Lascaux (Montignac), de la que fue uno de los primeros visitantes en los tiempos difíciles de la *débâcle* francesa de 1940.

En 1939 se le dedicaron los *Mélanges de Préhistoire et d'Anthropologie offerts par ses collègues, amis et disciples au Professeur Comte H. Bégouën*, volumen editado por el Muséum de Toulouse. El Abate colaboró en el mismo con su trabajo: H. BREUIL, «Peintures magdaléniennes de la grotte des Églises à Ussat», págs. 271-279, 9 figuras.

Existe una amplia bibliografía sobre las cuevas de Montesquieu-Avantés, pero la obra monográfica básica es: H. BREUIL y H. BÉGOUËN, *Les cavernes du Volp, Trois-Frères et Tuc d'Audoubert*, París, AMG, 1957, 124 págs., 115 figs., 32 láms. y 1 mapa plegado.

El catálogo de una gran parte del arte mueble de la cueva de Enlène, entregada al Musée de l'Homme, en: R. BÉGOUËN, F. BRIOIS, J. CLOTTES y C. SERVELLE, «Art mobilier sur support lithique d'Enlène (Montesquieu-Avantés, Ariège)», *Ars Præhistorica*, III-IV, 1984-1985, págs. 25-80, 67 figuras.

Breve necrología en E. RIPOLL, «El Conde Henri Bégouën (1863-1956)», *Ampurias*, XIX-XX, 1957-1958, pág. 296. Dos de los hermanos fueron recordados por J. CLOTTES, «Comte Louis Bégouën (1896-1981)-Comte Max Bégouën (1893-1981)», *Bull. Soc. Préh. Française*, 78, 1981, págs. 98-100. RIPOLL, *Breuil*, *passim*.

Cf. infra: Lascaux (págs. 89-92); regreso a las cavernas del Volp (págs. 102-105); Trois-Frères y Tuc d'Audoubert (págs. 223-226); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340).

Zacharie Le Rouzic (1864-1939)

En Carnac (Morbihan) el 15 de noviembre de 1939 ha fallecido Zacharie Le Rouzic a la edad de setenta y cinco años. Con él desaparece una de las figuras más notables y simpáticas de las provincias bretonas, el último y no el menor de los componentes de la «generación heroica» de los estudios megalíticos en aquellas tierras. Su obra científica ha sido considerable por el número de estudios que publicó principalmente en revistas locales y de los que *L'Anthropologie* dio a conocer la síntesis hace pocos años.

Nacido en Carnac el 24 de diciembre de 1864, estuvo desde los once años al servicio del arqueólogo escocés James Miln. Bajo su influencia, se dedicó con vivo entusiasmo al estudio de los monumentos antiguos, en especial los megalíticos, de aquella zona privilegiada. Les consagró toda su vida y esperábamos que aún pudiera hacerlo algunos años más.

Bajo las directrices sucesivas de Ph. Salmon, G. D'Ault du Mesnil y de L. Capitan, hasta 1929, con mi apoyo en estos últimos años, localizó, adquirió e hizo catalogar por cuenta del Estado un número considerable de megalitos, menhires y dólmenes. Su experiencia en este tema era incomparable, al igual que su prudente destreza para mover y colocar en su lugar esas piedras gigantescas que llegan a pesar decenas de toneladas.

En 1933 la Comisión de monumentos prehistóricos le designó como uno de sus miembros, atestiguando así la tan merecida estima en que era tenido. Oyendo sus claros informes, precisos y sobrios, y al contemplar su semblante noble y distinguido, se olvidaba que este buen servidor de la ciencia había aprendido muy tarde a leer y escribir.

Junto a su obra científica, en la que, además de sus publicaciones, los monumentos megalíticos de la región de Carnac y el Museo Miln-Le Rouzic conservan los vestigios perdurables, es interesante reconocer que su actividad no retrocedió ante ninguna de las tareas que su superioridad personal y su conciencia le imponían en la vida municipal, cantonal y regional: obras agrícolas, sociales y escolares, inspección municipal y

de distrito, comisiones históricas, protección de yacimientos y monumentos, artes aplicadas, etc. entre las que siempre repartió generosamente su tiempo.

Durante la guerra precedente [1914-1918], a los cincuenta y tres años, se alistó por toda la duración de las hostilidades, sirviendo primero como artillero y después como cabo de la artillería pesada, siendo citado en la orden del día como «modelo de ardor, valor y abnegación».

[Miembro de muchas sociedades científicas y con varias condecoraciones]. Excelente investigador, laborioso y activo en todos los campos de la arqueología y de la vida social por él asumidos, nos deja un vacío que será muy difícil colmar.

H. BREUIL, «Zacharie Le Rouzic», *L'Anthrop.*, XLIX, 1939-1940, págs. 607-608. En nota infrapaginal se citan: Z. LE ROUZIC, «Morphologie et chronologie des sepultures préhistoriques du Morbihan» y «Le mobilier des sepultures préhistoriques du Morbihan», en *L'Anthrop.* respectivamente t. XLIII, 1933, págs. 225-265, 25 figs., y t. XLIV, 1934, págs. 485-524, 33 figuras.

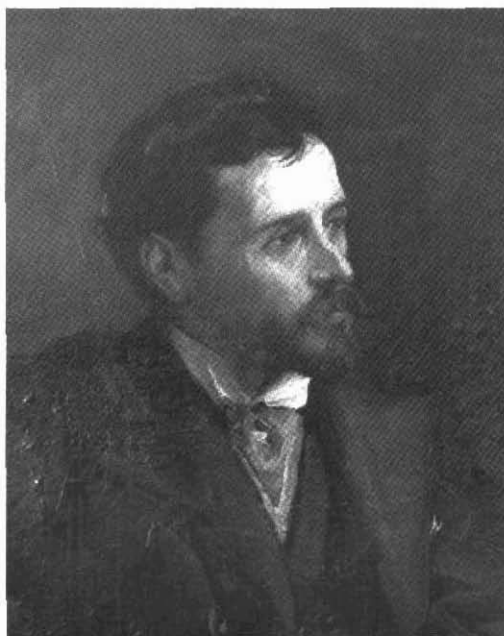
Nota probablemente escrita en Burdeos en 1940 en los inicios de los desplazamientos motivados por la guerra. H. B. no señala las dos colaboraciones que publicó con el sabio bretón: H. BREUIL, Z. LE ROUZIC y M. E. BOYLE, «La figuration humaine dans la décoration des allées couvertes du Morbihan», *Préhistoire*, VI, 1938, págs. 7-48, 13 figs. y 7 láms.; y H. BREUIL y Z. LE ROUZIC, «En marge des mégalithes de Carnac», *Bull. Soc. Préh. Française*, XXXVI, 1939, págs. 488-492. Años más tarde, ya difuntos los dos amigos: H. BREUIL, Z. LE ROUZIC y R. L. DOYZE, «Quelques dolmens ornés du Morbihan. Essai de déchiffrement de leurs décorations», *Préhistoire*, XIII, 1959 (1961), 148 págs., 93 figs., XL láms. y 9 planos.

En este caso, como en tantos otros, H. B. ejercía como «cónsul» en París de muchos colegas de provincias. Por ello se interesó por la preservación de los megalitos bretones, teniendo que actuar en su favor en diversas ocasiones ante las autoridades estatales. Así, entre otros: H. BREUIL, «La grande pitie des mégalithes bretons», *Revue Archéologique*, 6ª serie, XLVI, 1955, págs. 62-63.

Cf. infra: dolmen de la Capilla de Santa Cruz (Cangas de Onís) (págs. 241-243); dolmen de Matarrubilla (Sevilla) (págs. 272-274).

Hermilio Alcalde del Río (1866-1947)

[Durante el primer viaje a Altamira, 1902]. Tuvimos asimismo otro visitante, un hombre pequeño de mirada penetrante, que nos observó



Retrato de Hermilio Alcalde del Río
(1866-1947) (Col. S. Ripoll).

mientras trabajábamos y recogió para su Escuela de Artes y Oficios de Torrelavega, la pequeña y cercana ciudad industrial, algunas piedras talladas que habíamos conservado. Se llamaba Hermilio Alcalde del Río. Algunos años después se oiría hablar de él, pero desde aquel momento no dudé que colaboraría conmigo y se convertiría en uno de los grandes descubridores de cavernas con arte.

Inmediatamente después de nuestra partida, el pequeño y sagaz Hermilio Alcalde del Río [...] se lanzó al campo para encontrar otras cuevas pintadas. El 27 de octubre de 1903 descubrió, cerca de Ramales, en la parte oriental de la provincia, la hermosa pequeña cavidad de Covalanas, e inició una fructífera colaboración con el sacerdote paulista Don Lorenzo Sierra, superior del Colegio de Limpías. El 8 de noviembre de 1903, en el flanco de la montaña que domina Puente Viesgo, Alcalde penetraba en la gran caverna de El Castillo, repleta de pinturas y de grabados y en cuya entrada se encontraba un rico yacimiento. El 27 de noviembre entraba en la cueva grabada de Hornos de la Peña. Esto

constituía ya una magnífica contribución aportada al problema de las cavernas adornadas del Cantábrico. Con ellas publicó, en 1906, con los modestos medios de que disponía, un importante folleto, que me envió, en el cual había añadido a sus propios descubrimientos una descripción sumaria de las pinturas de Altamira y de los primeros resultados de sus excavaciones tanto en este lugar como en El Castillo.

Del «Prefacio» del Abate Breuil en RIPOLL, *Breuil*, págs. 12-13. Sobre Alcalde del Río, en la misma obra, págs. 62-63 y otras.

H. Alcalde del Río fue pronto el gran descubridor de cuevas cantábricas. Solo, o en colaboración con L. Sierra y H. B., realizó sus exploraciones con excelentes resultados: El Castillo, Salitre, Hornos de la Peña, Covalanas y La Haza, 1903; Santián, 1905; La Clotilde de Santa Isabel, 1906; El Pendo y La Meaza, 1907; El Pindal, Mazaculos, El Quintanal y La Loja, 1908; Las Aguas de Novales, 1909; y Atapuerca, 1910. Con sus primeros descubrimientos publicó: H. ALCALDE DEL RÍO, *Las pinturas y grabados de las cavernas prehistóricas de la provincia de Santander*, Santander, Blanchard y Arce, 1906; editado al mismo tiempo en la revista *Portugalia* del mismo año. El opúsculo fue ampliamente recensionado por H. BREUIL, «Nouvelles découvertes dans les cavernes de la province de Santander», *L'Anthrop.*, XVII, 1906, págs. 143-149, 4 figuras.

Fue coautor, con H. B. y L. Sierra de *Cavernes de la région cantabrique* (1911) y con el Abate y H. Obermaier de *La Pasiega à Puente Viesgo* (1913). Alcalde del Río alertó a H. B. del descubrimiento del arte levantino por J. Cabré en el barranco de Calapatà (1906) y preparó su viaje a Calaceite.

Acerca de este precursor es fundamental: B. MADARIAGA DE LA CAMPA, *Hermilio Alcalde del Río, una escuela de Prehistoria en Santander* (Santander, Patronato de las Cuevas, 1972), con muchos documentos. Otras referencias: E. RIPOLL PERELLÓ, «Algunas cartas de don Hermilio Alcalde del Río al Abate Henri Breuil», *Homenaje al Dr. Joaquín González Echegaray*, Santander, 1994, págs. 199-204; ID., «Historiografía del arte prehistórico en la Península Ibérica: I, hasta 1914», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie I, 10, 1997, págs. 89-127, con figuras.

Cf. infra: Altamira (págs. 53-56); en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); Calapatà (págs. 249-252); H. Alcalde del Río y L. Sierra en acción (págs. 226-229).

Denis Peyrony (1869-1954)

Denis Peyrony se ha extinguido en Sarlat el 25 de noviembre de 1954 a la edad de 85 años. Todos los prehistoriadores del mundo sentirán



Denis Peyrony (1869-1954).

una gran tristeza con la desaparición de este patriarca que trabajó mucho y muy bien en provecho de nuestra Ciencia. Por desgracia, desde hace unos años, la pérdida de la visión cortó la aparición de las pequeñas notas que alargaron un poco su carrera científica.

Encontré a Peyrony en 1897, en ocasión de mi primera visita a Les Eyzies. De buena gana me mostró el batiborrillo de su colección formada a partir de algunos «agujeros» en yacimientos conocidos. Nada hacía presagiar entonces su ulterior carrera como prehistoriador de gran categoría.

Nacido en Cessac (Dordoña) (31.IV.1869) en una familia de modestos agricultores, atestiguó desde la infancia una gran inclinación a estudiar sus libros que incluso se llevaba al campo. Por ello sus padres, renunciando a convertirle en labriego, le ingresaron en la Escuela Superior de Belvès de la que fue alumno distinguido. Prosiguió luego su brillante formación en la Escuela Normal del Departamento. En octu-

bre de 1891 empezó a ejercer como maestro de escuela en Les-Eyzies-de-Tayac.

Los primeros rudimentos de nuestra Ciencia se los dió, a partir de 1894, el Dr. L. Capitan, profesor de la Ecole d'Anthropologie de París. Casi todos los veranos, el Dr. Capitan visitaba las cuevas del Vézère, donde yo también le encontré a partir de 1898.

En nuestra asociación amical y de trabajo, que duró toda su vida, el 8 de septiembre de 1901 fue decisivo. Aquel día, siguiendo las indicaciones de Pomarel, tuvo lugar el descubrimiento, realizado por los tres, de los innumerables grabados parietales de Les Combarelles. Le siguió, tres días mas tarde, el de los frescos de la caverna de Font-de-Gaume por Peyrony que nos llamó inmediatamente. Pronto llegaron sus hallazgos de otras cuevas cercanas con arte: Bernifal (1902) y Teyjat (1903, esta por sugerencia de E. Cartailhac). La firma adoptada para las publicaciones, «Capitan, Breuil, Peyrony», pronto fue conocida en el mundo entero.

Innecesario decir que si la búsqueda de los lugares correspondió de ordinario a Peyrony, los calcos y la descripción me incumbieron íntegramente. Pero la actividad de Peyrony tardó poco en encontrar en la exploración y excavación de yacimientos paleolíticos —hasta entonces entregados al pillaje—, su ocupación principal gracias a los subsidios que le procuraba el Dr. Capitan. La cosa se hizo particularmente urgente cuando un aventurero suizo, O. Hauser, se instaló en Laugerie-Haute, tomó en arriendo una infinidad de yacimientos e hizo explotarlos sin ningún método y sólo con fines mercantiles. Contra este grave peligro se alzaron Henri Hubert, del Museo de Saint-Germain, Paul Léon, director de Bellas Artes, y el Dr. Capitan. Ellos consiguieron motivar a los poderes públicos y, gracias a la colaboración local de D. Peyrony, procuraron atajar la operación. La guerra de 1914-1918 permitió acabar con esta empresa comercial: Hauser, convicto de ser persona interpuesta de sociedades alemanas, vio confiscados sus bienes, convirtiéndose los yacimientos en propiedad del Estado. Peyrony, desde 1910 delegado del Ministerio de Bellas Artes, tomó posesión y efectuó excavaciones metódicas en muchos de ellos, al igual que en otros lugares de la región. Fue esta la mayor y más pesada tarea de su muy larga vida.

Tras el período del descubrimiento de las cuevas con arte, que dio a conocer su nombre, sus primeras exploraciones llamadas a tener noto-

riedad pública fueron las de La Ferrassie, cerca de Bugue, lugar que tenía arrendado desde 1896. En dos años consecutivos exhumó dos sepulturas musterienses contiguas (1909 y 1910), estableciendo de forma clara la existencia de ritos funerarios en ese período, hecho confirmado por nuevas sepulturas infantiles halladas en otras estaciones (la última en 1920). Hay que lamentar que la publicación de estos magníficos vestigios del hombre de Neandertal no fuera hecho de una manera más completa por el profesor M. Boule.

Otra parcela de las excavaciones de D. Peyrony consiguió unos resultados acaso menos espectaculares, pero de un alcance no menos considerable. Nos referimos a las observaciones estratigráficas acerca de la sucesión de los estratos arqueológicos. En este campo Peyrony no debe nada a nadie, pues fue un creador.

Entre 1906 y 1909, me ayudó eficazmente a ganar la «batalla del Auriñaciense», cuando yo sostenía la anterioridad de esta industria respecto a la del Solutrense. Su excavación de Le Rut, cerca de Le Moustier, junto con la del Dr. Lalanne en Laussel, estableció netamente la certeza de mi teoría que era también la de Cartailhac.

La región de Les Eyzies no presenta, como el norte de Francia, unas amplias terrazas fluviales ricas en Paleolítico antiguo. Lo que más se le asemejaba en Les Eyzies era, en el valle de Manaurie, el yacimiento de La Micoque, donde Hauser había abierto amplias trincheras. Desde 1908, Peyrony reconoció que el carácter achelense evolucionado muy impreciso del nivel superior daba lugar, en los niveles más antiguos, a unos utillajes mucho más toscos, para los que le faltaban elementos comparativos y por ello titubeaba un poco en su interpretación. Cuando, en 1930, me decidí a definir este grupo industrial —hasta el momento innominado— con el nombre de Tayaciense, con lascas premusterienses, aceptó de buen grado mi propuesta, pero discutió su aplicación a los niveles inferiores de Combe-Capelle, por razones geológicas dignas de examen [...].

Sus excavaciones concienzudas en diversos yacimientos musterienses contribuyeron a poner en claro la gran complejidad de esta industria, de la que tan sólo me ocupé en separar el Tayaciense y el Levalloisiense y cuyos misterios van aclarando hoy muchos de nuestros colegas. El propio Peyrony, con varios hábiles excavadores por él formados, como Bourrinet y Dapeix, y algunos extranjeros debidamente autorizados — Mac

Curdy, Ami, etc.—, exploraron en aquel tiempo un número bastante crecido de estaciones musterienses o más antiguas.

Respecto a los yacimientos del Paleolítico Superior, las excavaciones consiguieron igualmente notables resultados: La Ferrassie, La Madeleine, Laugerie-Haute, Laugerie-Basse, Gorge d'Enfer y otros. Por primera vez, Peyrony procedió a la disección fina de los estratos de estos períodos. Ya he señalado que en las excavaciones de Le Rut (con las del Dr. Lalanne en Laussel), nos dieron a Cartailhac y a mí un caso muy claro de superposición del Solutrense por encima del Auriñaciense. Luego, para formar el «Perigordense», pensó que se podían identificar ciertos niveles de Châtelperron con otros de La Gravette, de Noailles y de La Font-Robert, caracterizados por hojas de dorso rebajado no presentes en el Auriñaciense típico. La existencia de estos dos grupos es segura y a él corresponde el mérito de haberlo establecido. Pero aún queda mucho por hacer y para ver: dónde y cómo el Chatelperroniense se origina; cómo se une, por encima del Auriñaciense, con los otros grupos que le sucedieron. Todo esto, por lo que parece, no ocurrió en Dordoña ni probablemente en Francia. Otro misterio por aclarar es asimismo la presencia del débil nivel Pre-magdalenense que observó en Laugerie-Haute, entre el Perigordense y el Protosolutrense. Se necesitarán otros Peyrony para aclararlo.

También contribuyó, tanto en La Madeleine como en Laugerie (con Maury), a profundizar nuestro conocimiento de detalle del Magdaleniense y del Solutrense. Le llamó la atención la existencia de niveles con microlitos geométricos —triángulos escalenos, de los que hablaba con énfasis— en uno de los niveles antiguos del Magdaleniense.

Asimismo, durante estas exploraciones, exhumó muchos objetos grabados o esculpidos. La Ferrassie le permitió presentar, con Capitan, la existencia de grabados y pinturas sobre bloques desde el Auriñaciense y durante el Perigordense. En Laugerie-Haute, anterior al Protosolutrense, encontró un bastón perforado esculpido con bajorelieves representando mamuts. Fue Peyrony quien recogió la Venus de calcita auriñaciense de Sireuil que, después de la muerte de L. Capitan, publiqué con él. Fue el descubridor del bello bloque con pequeños bóvidos esculpidos del Solutrense superior de Fourneau du Diable, mientras que dos bisontes en bajorelieve de Jean-Blancs procedían de la base del Magdaleniense. Respecto al arte más evolucionado, los magníficos ha-

llazgos de La Madeleine, un propulsor con un bisonte que gira la cabeza y otro con una hiena en marcha, son sin duda, dos grandes obras maestras en medio de centenares de huesos y de plaquetas con grabados. Por otra parte, confirmó la sucesión de los tipos de arpones que yo había establecido de conformidad con las excavaciones anteriores de E. Piette y otros. Pienso que fue el primero en señalar en diversos lugares del Vézère la presencia de un Aziliense sucediendo al Magdaleniense y caracterizado por sus arpones planos y por cantos rodados con una particular decoración geométrica, hasta el momento no observado [...].

Muchas de estas riquezas arqueológicas tomaron el camino del Musée des Antiquités Nationales de Saint-Germain, pero otra parte quedó en Les Eyzies. En efecto, Peyrony hizo realidad su sueño de convertir las ruinas del castillo medieval de Les Eyzies en un museo del Vézère prehistórico. Esta obra de descentralización fue llevada a cabo por un pequeño grupo de hombres enérgicos: Henri Hubert, Paul Léon, L. Capitan y seguramente Yvon Delbos. Eran los mismos que años antes se unieron contra la invasión mercantilista de Hauser.

Al acondicionamiento de «su» museo se entregó de manera total y las modificaciones que en el futuro se puedan hacer tendrán que respetar siempre las ideas de Peyrony por su contacto con los hechos. Tanto como un museo histórico, es un documento sobre la historia de nuestra Ciencia, un monumento a la Fe de Peyrony en su obra impregnada de conciencia y que prologará durante mucho tiempo las explicaciones que gustosamente daba tanto al más humilde como al más sabio de sus visitantes.

H. BREUIL, «Denis Peyrony», *Bull. Soc. Préh. Française*, LI, 1954, págs. 530-533. No se ha traducido una nota final a pie de página con la relación de los cargos y recompensas de D. Peyrony.

La larga colaboración entre Louis Capitan, Henri Breuil y Denis Peyrony fue de suma importancia para la ciencia prehistórica del primer tercio del siglo XX. El descubrimiento de Les Combarelles y Font-de-Gaume, las dos grandes cuevas con arte, fue decisivo en la reivindicación de Altamira y el arte parietal paleolítico. Font-de-Gaume se publicó en la serie patrocinada por el Príncipe de Mónaco en 1910 (cita completa en la pág. 53). La edición de Les Combarelles tuvo que esperar hasta 1924, superada la crisis de la primera guerra mundial (cita completa en la pág. 52). Ambas grandes

monografías fueron precedidas por informes y artículos menores. Suscritos por el equipo Capitan/ Breuil/ Peyrony existen más de 25 publicaciones y si se suman los firmados por dos de ellos o añadiendo algún colaborador, seguramente llegan a la cincuentena. La bibliografía de Peyrony incluye más de 100 títulos.

Las teorías de Peyrony acerca de las líneas filéticas de las industrias del Paleolítico superior no siempre concordaban con las de H. B., pero muy pronto fue la doctrina del primero la que se impuso y se halla en los fundamentos de la clasificación vigente. Artículo de síntesis: D. PEYRONY, «Le Périgordien, l'Aurignacien et le Solutréen en Europe, d'après les dernières fouilles», *Bull. Soc. Préh. Française*, XLV, 1948, págs. 305-328.

Entre los muy importantes yacimientos por él excavados destaca La Ferrassie, con L. Capitan (de 1902 a 1922). Una de las publicaciones iniciales: L. CAPITAN y D. PEYRONY, «Station préhistorique de La Ferrassie, commune de Savignac-du-Bugue (Dordogne)», *Revue Anthropologique*, 22, 1912, págs. 29-50 y 76-99, 35 figuras. Otro estudio, veintidos años posterior: D. PEYRONY, «La Ferrassie», *Préhistoire*, 3, 1934, págs. 1-92. Actualmente se puede visitar un corte estratigráfico *in situ*, realizado por H. Delporte en 1968. La Ferrassie sigue siendo un lugar clave para el conocimiento del Paleolítico superior antiguo y su relación con el Paleolítico medio. El hijo de D. Peyrony, Elie, prosiguió algunas de sus investigaciones.

En los años que precedieron la guerra de 1914-1918, Peyrony fue el máximo debelador de las empresas arqueológico-comerciales del suizo Otto Hauser. Sus delegados ante las autoridades parisinas eran sus amigos Capitan y Breuil, cuya ayuda científica nunca le faltó. Así, H. B. atacó la errónea reconstrucción hecha por H. Klaatsch del cráneo de Le Moustier (Dordoña), vendido por Hauser a un museo de Berlín. Una carta del 2 de febrero de 1916 ha sido publicada por B. y G. DELLUC, «Une lettre de l'Abbé Breuil au sujet de l'homme du Moustier», *Bulletin de la Société Historique et Archéologique du Périgord*, CXIV, 1987, págs. 105-110.

Cuando se escriben estas páginas el Museo Nacional de Prehistoria de Les Eyzies está siendo objeto de una moderna ampliación y remodelación, que es de esperar no modifique su pintoresco aspecto exterior al estar adosados sus muros medievales al roquedo que encauza el valle del Vézère. Sería de justicia que la nueva instalación llevara el nombre de su fundador: Denis Peyrony.

Cf. en el presente volumen: Les Combarelles (págs. 51-52 y 198-200); Font-de-Gaume (págs. 52-53 y 200-202); descubrimiento de Lascaux (págs. 89-92); a los 80 años, testimonio del pasado (págs. 105-110); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351); lección sobre el Solutrense (págs. 375-385).

Hugo Obermaier (1877-1946)

El Dr. Hugo Obermaier falleció en Friburgo de Suiza el 12 de noviembre de 1946. He visto cómo al borde de su tumba se rompía una larga, muy grata y fiel amistad de cuarenta y dos años. Obermaier tenía un mes más que yo: había nacido en Regensburg el 16 de enero de 1877. Por lo que he ido sabiendo, cursó sus estudios superiores en Munich en primer lugar. Con frecuencia contaba de buena gana las facecias de los estudiantes de aquella ciudad. Supongo que conoció entonces al profesor F. Birkner, que le orientó hacia la Prehistoria. Más tarde prosiguió sus estudios en Viena, donde fue discípulo de los profesores A. Penck, J. Szombathy y M. Hoernes. Entonces ya era sacerdote y había pasado una temporada en Roma.

Para perfeccionar sus conocimientos de Prehistoria, tuvo en 1904 la idea de venir a Francia y se dirigió, para conseguir una recomendación, al señor De Reverseau, embajador de Francia en Viena, cuyo salón frecuentaba. Aquel mismo año se me pidió aceptara en Friburgo una cátedra de profesor agregado de Prehistoria y Etnografía, en la que tenía un competidor: Hugo Obermaier.

Por ello encontré muy pintoresco (junio de 1904) que, por un tío mío, pariente por su esposa del señor De Reverseau, éste solicitó que acogiera y guiara a Obermaier. Respondí que él me escribiera y precisara sus deseos. Contesté cortésmente a su carta y le cité en el Institut Catholique de París, del que yo era alumno. Fue así como, en octubre de 1904, nos encontramos por primera vez en el jardín de los Carmelitas. Le dí direcciones para ocupar útilmente su año parisino, sorprendiéndose mucho de que le aconsejara no seguir ninguna enseñanza, lo que hubiera sido una pérdida de tiempo puesto que los cursos eran divulgativos en exceso. Reconociendo lo exacto de mis palabras, me preguntó

—«Entonces, ¿qué debo hacer?», a lo que respondí:

—«Que esto no se sepa; pienso que debe conocer a las personas que se ocupan de nuestra ciencia, los museos, las colecciones privadas, los yacimientos clásicos y algunos otros, despojar las revistas, los folletos y los libros, todo lo cual no es empresa pequeña».

Inmediatamente le presenté al profesor M. Boule, Salomon Reinach, el Dr. L. Capitan, etc., e hice que le invitaran a participar en una excursión a Fitz-James, cerca de Clermont-sur-l'Oise, dirigida por Capitan.

Hasta este momento no se pronunció entre nosotros una palabra sobre Friburgo. Durante la gira me dijo:

—«Señor Breuil, deseo hablar seriamente con usted». Nos separamos un poco del grupo de excursionistas y habló así:

—«No tendrá usted la intención de presentar su candidatura en Friburgo?».

—«Claro que sí y usted también», fue mi respuesta.

—«Esto era verdad hasta esta mañana. Durante los últimos días he reflexionado acerca de los deberes a que me obligaba su acogida tan benévola. Pienso que en Francia, como eclesiástico, tendrá grandes dificultades en hacer una carrera científica y que, sin duda, yo conseguiré realizar la mía en Viena. Por otra parte, prefiero su amistad antes que la cátedra de Friburgo, a la que renuncio y le dejo el campo libre».

Esta caballerosa actitud de mi antagonista de ayer fue el punto de partida de nuestra larga y afectuosa amistad y frecuente colaboración. Obermaier fue entonces mi primer alumno: venía tres veces por semana a mi casa a pasar la tarde y le expliqué lo que sabía del Paleolítico francés, igual como él me informó del de la Europa central. Durante las vacaciones hice que visitara Les Eyzies y lo llevé a Saint-Acheul y a Montières, donde, por primera vez encontré a V. Commont (29 de noviembre de 1904), en el arenero Bultel y Tellier. A finales de diciembre de dicho año, le mostré las cavernas con arte de Les Combarelles y Font-de-Gaume y los yacimientos del Vézère y de los alrededores de Brive. Orientaba también sus visitas a colecciones privadas en provincias. Asimismo, le dirigí a Cartailhac cuando este emprendió el estudio de las terrazas del Garona, donde Obermaier separó por primera vez las de 60 y de 90 metros, recorriendo a pie toda la región.

En 1905 (25 de abril), Obermaier y yo fuimos secretarios de sesiones del Congreso Internacional de Antropología de Mónaco, en cuyos trabajos participamos. Cuando volvió a Alemania, le visité del 12 al 18 de agosto en Munich, donde me hizo conocer los museos de arte.

El año 1907, en julio, volvió a Francia acompañado por su amigo el Dr. Neichl y les llevé a Gargas, Marsoulas, Mas d'Azil, Niaux, Bédeilhac, Bouicheta, Pradières y Lherm. Del 1 al 21 de octubre fui a encontrarle en Viena, donde era profesor agregado. Fuimos a Krems para ver un yacimiento auriñaciense en el loess y me hizo los honores de la ciudad y de todas sus colecciones arqueológicas y artísticas.



La convencional fotografía para un «kilométrico» de ferrocarriles reúne a H. Obermaier, H. Breuil y H. Alcalde del Río, en 1909.

Por entonces, cumpliendo un deseo del Príncipe Alberto de Mónaco, organicé la primera expedición de excavaciones a la región cantábrica y el soberano aceptó que asociara a ellas a mi amigo Obermaier, que vino a París el 12 de julio [1909]. Entre el 16 y el 19 fuimos juntos a estudiar la colección Maret, en Turena. El Príncipe nos convocó para que estuviéramos en Santander el día 21. Allí le encontramos e hicimos con él una excursión a las cuevas con arte descubiertas poco antes por H. Alcalde del Río (22 a 25 de julio). A continuación excavamos la cueva del Valle, en Rasines (del 29 de julio al 10 de agosto), luego la de Hornos de la Peña a partir del 11 de agosto. Durante aquella temporada visitamos las cuevas de La Loja y El Pindal, en el límite con la provincia de Oviedo. Ya de regreso [a Francia] fuimos a ver las cavernas con pinturas de Niaux y Le Portel. Aquel mismo año, el 13 de octubre y el 21 de diciembre, el Príncipe me hizo conocer su proyecto de fundar un Institut de Paléontologie Humaine bajo la dirección del profesor Boule, con Obermaier y conmigo como directores de trabajos y profesores. El Príncipe no anunció públicamente su decisión

hasta el 28 de marzo de 1910. En el verano de este último año, del 28 de agosto al 2 de septiembre, Obermaier y yo llevamos a su maestro de Munich, el profesor Birkner, a las cuevas de Gourdan, Gargas, Marsoulas, Tasté, Mas d'Azil, Le Portel y Niaux.

En abril de 1911, reemprendimos juntos el camino de la España cantábrica, acompañados de M. Boule y E. Cartailhac, para ver las cuevas pintadas de Altamira, El Castillo, Santián y El Pindal. Se volvió a las excavaciones, y Paul Wernert, de Estrasburgo llegó para prestar su ayuda en los trabajos de El Castillo. Ellos los continuaron mientras yo realizaba diversas expediciones rupestres. Exploraron varias cuevas de las cercanías, descubriendo en una de ellas, La Pasiéga, importantes conjuntos de pintura arcaica, cuyos calcos inicié con ellos el 21 de junio. Las excavaciones de El Castillo se prosiguieron en presencia de Obermaier y Wernert hasta finales de agosto.

Tras visitar juntos al Dr. G. Lalanne y sus importantes colecciones de Le Bouscat (Gironde), volvimos a España a finales de febrero de 1912. A la espera de la llegada de la primavera, fuimos a ver la caverna de Atapuerca (Burgos) (29 de enero), los bellos abrigos pintados con figuras naturalistas de Alpera y de Tortosilla (Albacete) (6 de abril), trasladándonos luego a Cuevas de Vera (Almería) para estudiar la inmensa colección de Louis Siret, fruto de toda una vida de investigaciones en la región del río Almanzora, así como los importantes abrigos con pinturas esquemáticas de la región (Lubrín, Filabres y Vélez Blanco, 11 de abril). Desde allí, por Córdoba [?] (16 de abril), llegamos a Algeciras (19 de abril) donde nos esperaba el coronel inglés W. Verner, para estudiar con él su descubrimiento de la gran caverna con pinturas de La Pileta (Málaga). Después de este episodio andaluz (20 de marzo a 24 de abril), llevé a Obermaier y Wernert, del 26 de abril al 13 de marzo, a una larga marcha por la parte central de Sierra Morena, a caballo y acampando, con el fin de estudiar rocas con pinturas esquemáticas de los alrededores de Fuencaliente [en Almadén, Ciudad Real]. A continuación, regresamos a Santander para continuar las excavaciones de El Castillo a las que siguió el congreso internacional de Ginebra (8 a 16 de septiembre). Luego, Obermaier se fue a Baviera para descansar con su familia. De su regreso, recuerdo sus palabras llenas de preocupación y de espanto ante el incremento del culto a la fuerza en Alemania, hecho que le inquietaba profundamente de cara al futuro.

Durante los años 1913 y 1914, hasta la guerra que estalló en el mes de agosto, Obermaier y Wernert prosiguieron los trabajos en El Castillo, donde estuve unas semanas. Tanto en 1912 como en 1913, en diversas ocasiones, estos trabajos habían reunido a un buen grupo de jóvenes especialistas: el Barón C. E. Blanc, de Roma; Miles Burkitt, de Cambridge; Jakob Fieser de Hannover; R. R. Schmid, de Tubinga; y el Padre Teilhard de Chardin. Pronto llegó la primera catástrofe mundial; mientras yo regresé a Francia, Obermaier prosiguió la excavación que tenía confiada hasta el agotamiento de las sumas puestas a su disposición por el Institut de Paléontologie Humaine. A pesar de su deseo de participar lealmente en el conflicto mundial, como capellán o enfermero militar, se vio obligado a quedarse en España.

Fue destituido de su puesto en París por una carta de M. Boule, que debía haber sido más comprensivo con los grandes servicios de Obermaier al Institut de Paléontologie Humaine. A título personal, el Príncipe de Mónaco mantuvo su sueldo a Obermaier. Pero este pronto lo rechazó, a causa de las intenciones de Boule que pretendía seguir interviniendo en su actividad científica. Se estableció en Madrid, donde nuestro común amigo el Conde de la Vega del Sella le acogió y le hizo nombrar, igual que a Paul Wernert, agregado al Museo de Historia Natural.

En París, Henri Neuville, secretario del Institut de Paléontologie Humaine, y otras personas, se cuidaron de proteger de un posible secuestro lo más esencial de sus libros y documentos científicos, que le devolví posteriormente, incluidos los resultados de sus excavaciones en Baviera, en las cuevas paleolíticas de la Klause (Neuc Essing) con un esqueleto solutrense. Todo ello se hizo con la aprobación formal del Príncipe Alberto que le conservó, igual que yo, toda su afectuosa estima. Durante mis estancias en Madrid, científicas o de otra naturaleza, en el curso de la guerra de 1914-1918, pude verle con mucha frecuencia. Fue la época en que, con Paul Wernert, se dedicó a descifrar los depósitos del Manzanares y la estratigrafía de sus industrias. Pienso que en esta tarea se dejó influir en exceso por un «espejismo africano» tomado como hipótesis de trabajo, pero su labor, objetiva y considerable, se mantiene magnífica y sólida, habiendo servido de base a las investigaciones posteriores de sus alumnos.

En 1916 y 1917, tuvo que enfrentarse a pérfidos ataques de algunos españoles envidiosos de su magnífica tarea: fue denunciado como fran-

cófilo y al servicio de Francia por el Marqués de Cerralbo, del que había discutido las conclusiones megalómanas sobre el yacimiento, por lo demás importante, de Torralba (Soria). Con la ayuda de algunos de sus protegidos, dicho Marqués entregó a la Embajada de Alemania unas cartas mías y de otros franceses recomendando a nuestro colaborador exiliado como un amigo por encima de las pasiones del momento y como un gran sabio. Se le pidieron explicaciones que dio con dignidad, declarando que sus amistades francesas era demasiado profundas para poder alimentar hacia nuestro país unos malos sentimientos y que todo esto no le impedía ser un leal ciudadano de su patria. Igual que yo, en los periódicos alemanes impresos en Barcelona, fue objeto de odiosos ataques por parte de un oficial pangermanista, Deseloers. Poco después, el *Koelnische Zeitung* imprimió, bajo la firma del profesor español E. Hernández-Pacheco [catedrático de Geología], una denuncia formal contra Obermaier por estar al servicio de Francia, lo que era pura calumnia. Durante nuestras conversaciones de esta época nunca se evocó la guerra ni nada con ella relacionado y únicamente hablamos de nuestras actividades científicas, de los parientes y los amigos, siempre en un perfecto respeto mutuo.

Acabada la guerra, Obermaier decidió adoptar la nacionalidad española, prosiguiendo su actividad ampliada ahora a la Universidad, de la que fue catedrático [primera cátedra de Historia Primitiva del Hombre, 1922] y miembro de la Real Academia de la Historia. En abril de 1919 volví a verle en Madrid en mi viaje a las rocas pintadas de la provincia de Cádiz. En agosto de 1925 fui a Santillana del Mar para pasar con él unos días y ver los nuevos arreglos y las excavaciones que llevaba a cabo en Altamira por encargo del Duque de Alba, del que fue amigo, colaborador y limosnero. En una de aquellas jornadas (20 de agosto), estando también presentes del Conde H. Bégouën, el Duque de Alba y el Conde de la Vega del Sella, discurrimos la forma que debía tener una carta al Soberano Pontífice exponiéndole los riesgos muy graves de la acción desconsiderada e incompetente de la autoridad romana que ciertos prelados de la Curia preconizaban y contra las cuales el Cardenal Mercier no dudó en actuar ante Pío XI. Esta carta, firmada por nosotros tres, fue entregada al Papa por el Nuncio de entonces. Es sabido que las temidas reformas quedaron en nada.

El 28 de marzo de 1926 me reuní con Obermaier en Madrid y el día siguiente llegamos a Teruel para estudiar, en la Sierra de Albarracín, la



Arqueólogos en la cueva del Castillo (Puente Viesgo) (junio de 1913). De izquierda a derecha: Nels C. Nelson, Paul Wernert, Hugo Obermaier, Miles C. Burkitt y Pierre Teilhard de Chardin.

hermosa roca con frescos naturalistas de Tormón, encontrada poco antes. Pudimos, asimismo, recoger cuarcitas paleolíticas en Semblas [San Blas] y sus graveras antiguas, primera señal del viejo Paleolítico en la España oriental.

En 1927, Obermaier y yo recibimos en Santander la visita de un grupo de estudiosos ingleses, entre ellos Miss D. Garrod y Leslie Armstrong, a los que hicimos visitar las cuevas con arte de la región: El Pindal, Altamira, El Castillo, Hornos de la Peña, etc.

Por iniciativa del Duque de Alba, el año 1932 se realizó una nueva copia de los grandes frescos y todas las demás representaciones pintadas y grabadas de Altamira, preparado todo en fotografía por Obermaier y cuyas copias llevé a cabo en dos estancias a su lado (del 14 al 27 de marzo y del 7 al 15 de octubre). Las señoritas M. E. Boyle, Cecile Mowbray y Renée Doize, mis alumnas, nos ayudaron durante el primero de dichos períodos. Un día fuimos a visitar, no lejos, la caverna de Gudón donde descubrí una mano con su halo rojo. La exploración de

la caverna no pudo acabarse y Obermaier proyectó una nueva visita que nunca llevamos a cabo.

En junio y julio del mismo año, Obermaier, Wernert y yo nos reunimos en París para acabar de redactar el estudio de los materiales arqueológicos de las grandes excavaciones de El Castillo, que las circunstancias aún no nos han permitido publicar.

En julio de 1934, tuve la satisfacción de guiar a Obermaier y Wernert por todos los areneros del valle del Somme y del bajo Oise, viendo que aceptaban las conclusiones a que había llegado acerca de la estratigrafía y sus niveles de soliflucción, tras veinte años de trabajos con Harper Kelley [1896-1962].

Luego, en el mes de agosto, pasé con él y el pintor Juan B. Porcar, unos quince días en La Gasulla, en las tierras altas del Maestrazgo (Castellón), estudiando un nuevo grupo y especialmente la Cueva Remigia con pinturas rupestres de estilo levantino español. Fue la última ocasión en que ambos nos encontramos para trabajar juntos en España, pronto assolada por la más cruel de las guerras civiles.

Al cabo de un año de haber estallado la guerra, en julio de 1937, durante las vacaciones universitarias, nos encontramos en Hamburgo y visitamos juntos las importantes excavaciones de A. Rust en Ahrensburg y el museo prehistórico de Kiel. Luego encontramos a muchos españoles en el congreso internacional de Oslo. Ellos nos explicaron los más horribles detalles de los estragos rojos. Obermaier pensaba haber dejado en lugar seguro en la universidad sus manuscritos, libros y folletos más importantes, sus series de clichés y su colección de materiales franceses (que yo le había regalado). Ya con anterioridad él temía algún *pronunciamento* militar de corta duración, pero lo que se materializó en toda España fue una larga y terrible guerra civil. Su precioso depósito quedó por completo destruido [línea del frente en la Ciudad Universitaria], mientras que otras cosas suyas, de menor importancia, fueron tan solo incautadas, encontrándolas intactas cuando, en 1939, volvió a Madrid. En este momento ya tenía tomada la firme decisión de abandonar el país. «A mi edad —decía— soy demasiado viejo para rehacer mi vida y los instrumentos de mi trabajo». Aunque bien acogido por sus colegas y los poderes responsables españoles, encontró en muchos de sus antiguos discípulos, falangistas exaltados, un estado de ánimo hinchado de envidia y de ingratitud que acabó de asquearle.



H. Breuil y H. Obermaier en Altamira (1925).

Luego se movió un poco por Italia, donde nuestros amigos Blanc le acogieron cariñosamente. Más tarde se instaló como profesor de Prehistoria en aquella Universidad de Friburgo de Suiza en la que estuvo a punto de empezar su vida científica y en la que yo inicié mis enseñanzas.

Cuando, el 17 de julio de 1939, vino a visitar mis excavaciones de la Porte-du-Bois, en Abbeville, echó una mirada distraída a nuestro magnífico corte del que le estaba haciendo los honores. Tenía en su cara la expresión de un profundo sufrimiento interior. Se veía en él, desquiciado, al hombre de buena resistencia física que habíamos conocido. A pesar de la vida tranquila de Friburgo, su salud fue decayendo, sus cartas se hicieron lacónicas, sencillas notas que recibí en África del Sur y a las que yo respondía ampliamente, hablándole de mis trabajos en aque-

llas lejanas tierras y antes en Portugal. Al regresar encontré sobre la mesa un corto telegrama de cordial bienvenida. Pronto siguieron tarjetas postales que ya no estaban escritas por su mano y más tarde, después del 31 de diciembre de 1945, incluso dejé de recibirlas y sólo tuve noticias de él por amigos comunes a los que escribí. Acusaba los golpes recibidos; fruto de la guerra, el hundimiento de su país, la muerte de su cuñado ingeniero, con su casa destruida por el bombardeo de Munich y su hermana en la ruina y sin techo. Todo ello era demasiado para su resistencia física y sufrió un ataque en torno a aquella fecha.

No me fue posible, como era mi deseo, ir a verle a mi regreso. Lo hice la primavera siguiente y le encontré casi privado de andar, limitado en el habla, incapaz de leer o escribir, pero siguiendo el relato de mis experiencias, muy sensible a la más pequeña atención, riendo aún por los chistes, en francés o en español, y en la evocación de los gratos recuerdos de nuestro pasado compartido. Consciente de su final, estaba ansioso por volver a verme.

En abril de 1946 estuve durante una semana a su lado. Lo visitaba cada día con mi antigua alumna M. E. Boyle y esta fue la última ocasión en que pude darle algunas verdaderas alegrías.

H. BREUIL, «Hugo Obermaier (1877-1946)», *Revue Archéologique*, 6a serie, XXXV, 1950, I, págs. 105-110. Le sigue una bibliografía compilada por J. Maringer (págs. 110-119, con 162 entradas). Seguramente H. B. no vio las pruebas y por ello hemos corregido algunos topónimos. Respecto a los primeros viajes a Santander hay ciertas pequeñas contradicciones con otros relatos, lo que debe ser tenido en cuenta. Así, por ejemplo, para la excursión del Príncipe de Mónaco a las cuevas santanderinas (H. B. en el «Prefacio» de RIPOLL, *Breuil*, págs. 13-15). Otras necrologías de Obermaier por el Abate en *Bull. Soc. Préh. Française*, XLIII, 1946, págs. 272-273 y en *Anthropos*, 37-40, 1942-1945 (1946), págs. 874-876.

Firmados por los dos, existen muchos informes publicados en los tomos de *L'Anthrop.* de comienzos de siglo. De aquella época: H. BREUIL, H. OBERMAIER y H. ALCALDE DEL RÍO, *La Pileta à Puente Viesgo, Santander (Espagne)*, Mónaco, Chêne, 1913, VIII + 64 págs., 25 figs. y 29 láms.; y H. BREUIL, H. OBERMAIER y W. VERNER, *La Pileta à Benaocjan, Málaga (Espagne)*, Mónaco, Chêne, 1915, VIII + 68 págs., 26 figs. y 22 láminas. H. B. hizo largas recensiones de los trabajos de H. Obermaier y sus discípulos, en especial los referentes al Manzanares. Entre otras colaboraciones posteriores cabe citar: H. BREUIL y H. OBERMAIER, «Las pinturas rupestres de los alrededores de Tormón (Teruel)», *Boletín de la*

Real Academia de la Historia, 90, 1927, págs. 511-531, 14 láminas. Siguió luego la amplia monografía: H. BREUIL y H. OBERMAIER, *La cueva de Altamira en Santillana del Mar*, con prólogo del Duque de Berwick y de Alba y versión española de J. Pérez de Barradas, Madrid, Tip. de Archivos, 1935, VIII + 236 págs., 183 figs. y 52 láminas. La edición estaba patrocinada por la Junta de las Cuevas de Altamira, The Hispanic Society of America y la Academia de la Historia, aunque el mecenas que la hizo posible fue el Duque de Alba. Se editó también en inglés en versión de Mary E. Boyle, que años después escribió sus recuerdos, no muy precisos, en Mary E. BOYLE, «How the Duke of Berwick and Alba's english edition of *The Cavern of Altamira at Santillana del Mar, Spain*, came to written» *Miscelánea*, II, págs. XVI-XXI (con traducción al castellano). La obra ha sido reeditada en formato menor en Madrid, Ed. El Viso, 1984, con una nota preliminar de Luis del Corral.

Su última colaboración en tierra hispánica: J. B. PORCAR, E. OBERMAIER y E. BREUIL, *Excavaciones en la Cueva Remigia (Castellón)*, Junta Superior del Tesoro Artístico, nº 136, Madrid, 1935, 97 págs., 15 figs. y 72 láminas. La palabra «excavaciones» disimulaba, por razones administrativas, que lo que se hizo fueron los calcos de una parte del gran conjunto de La Gasulla. H. B. estaba copiando las figuras de los abrigos de El Cingle cuando cayó enfermo de tifoideas y tuvo que ser evacuado a Castellón donde se restableció en casa del pintor Porcar. Muchos años después, el Abate nos entregó generosamente el rollo de sus calcos de El Cingle que dio lugar a E. RIPOLL PERELLÓ, *Pinturas rupestres de La Gasulla (Castellón)*, Barcelona, IPA y WGF, 1963 (versión inglesa de B. Pell y K. Scoble, 1968). La mayor parte de la edición del libro de Cueva Remigia estaba en el despacho de Obermaier y desapareció en las trincheras del frente de la Ciudad Universitaria madrileña en 1937.

De *El hombre fósil* de H. Obermaier se hicieron dos ediciones en castellano (Madrid, 1916 y 1925). Un ejemplar de la segunda con sus anotaciones personales, se publicó sesenta años después con trabajos complementarios de J.-M. Gómez-Tabanera, Hans-Georg Bandi, G. López Junquera y E. Aguirre (Madrid, Istmo, 1985). Al cumplirse los aniversarios de la publicación del libro y de la muerte de su autor se editó: A. MOURE ROMANILLO (ed.), «*El Hombre fósil*» 80 años después. *Volumen conmemorativo del 50 aniversario de la muerte de Hugo Obermaier*, con diversas colaboraciones (Santander, Universidad de Cantabria, 1996). Hay que citar finalmente: H. OBERMAIER, *El hombre prehistórico y los orígenes de la Humanidad*, Madrid, Revista de Occidente, 1932, del que se hicieron siete ediciones, la última en 1980, puestas al día por A. García Bellido (desde 1941) y L. Pericot (desde 1945). Se trata de una obra de alta divulgación que tuvo gran influencia en varias generaciones de universitarios españoles.

Sobre la biografía y la obra: H.-G. BANDI, «Hugo Obermaier, 1877-1946», *Rivista di Scienze Preistoriche*, 1, 1946, págs. 331-333; R. VAUFREY, «Hugo Obermaier»,

L'Anthrop., 51, 1947, págs. 529-532; H.-G. BANDI y J. MARINGER, «Das Werk Professor Dr. Hugo Obermaier, 1877-1946», *Eiszeitalter und Gegenwart*, 3, 1953, págs. 136-143; Ch. ZÜCHNER, «Hugo Obermaier (1877-1946). Dokumente seines Leben und Wirkens im Archiv der Hugo Obermaier-Gesellschaft zu Erlangen», *Madriider Mitteilungen*, 36, 1995, págs. 48-59; ID., «Hugo Obermaier (Regensburg 1877 - Fribourg 1946). Leben und Wirken eines bedeutenden Prähistorikers», *Quartär*, 47-48, 1997, págs. 7-28, con 23 figuras y una detallada lista cronológica de actividades (págs. 15-23).

Cf. infra: a los 80 años, testimonio del pasado (págs. 105-110); en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); El Castillo (págs. 232-234); La Pileta (págs. 266-269); dolmen de Matarrubilla (págs. 272-274).

Fernand Windels (1890?-1954)

Probablemente habrán ustedes observado el pequeño cojín que lleva la insignia de la Legión de Honor que estaba destinada al señor Windels, al que lloramos. Fue su última alegría el saberse condecorado por el Gobierno de la República. Ciertamente mereció en grado sumo esta recompensa y yo hubiera sido muy feliz imponiéndola personalmente sobre su pecho en lugar de depositarla sobre su ataúd.

Conocí a F. Windels hace catorce años: refugiado belga en Sarlat, cada semana acudía a Montignac para ganarse la vida con su ocasional oficio de fotógrafo. En aquel momento yo necesitaba en Lascaux, recientemente descubierta, de un buen fotógrafo y él aceptó trabajar conmigo. Le di a conocer las particularidades de esta labor especializada: la forma de colocar el aparato ante las paredes oblicuas o la iluminación de forma distinta, desde uno o varios lados, según se tratara de pintura o de grabado. Enseguida entendió lo que se pretendía y se dedicó a ello con diligencia, alcanzando excelentes resultados de los que quedé muy satisfecho. Por otra parte, durante las largas horas pasadas en la caverna pude apreciar su muy amplia formación y la agudeza de su gusto artístico, lo que hacía nuestra relación muy agradable.

En diciembre de 1940 tuve que dejar el Périgord por Toulouse para dar mis lecciones en la Universidad y, desde allí, viajé a Portugal (1941) y luego al África austral (1942), donde emprendí amplias investigaciones que, con dos interrupciones, se prolongaron a lo largo de seis años. Durante este tiempo nadie publicó nada sobre Lascaux. Un día, en el interior de Angola (1948), recibí una carta del señor Windels en la que

lamentaba la falta de tal publicación y me pedía si no sería posible que él en mi lugar editara una descripción utilizando sus magníficas fotografías. Le contesté aplaudiendo su idea ya que «era justo que habiendo estado desde los comienzos en el trabajo, se encargase de hacerlo». La obra, fruto de esta idea, que vi en 1949, estaba editada de forma excelente y por ello le felicité con afecto. Le pregunté si iba a abandonar este buen camino o si proyectaba proseguirlo, ahora con mi ayuda, con la descripción de otras cavernas que se publicarían con el mismo espíritu. Pidió poder estudiar el enorme conjunto de los calcos de las cuevas del Périgord y los Pirineos, en su mayoría inéditos, acumulados desde hacía muchos años. Tras examinar este conjunto, se declaró favorable a la edición de una selección elegida con cuidado y que juzgaba tendría un éxito mundial. Tuve que partir para África por tercera vez, dejando en sus manos la totalidad de mis documentos. Cuando, en 1951, regresé definitivamente, me presentó una espléndida maqueta compuesta con mucho acierto. Empecé enseguida a escribir el texto, sin dejar de comentarlo con él. Por este motivo tuvimos amplios y frecuentes coloquios en los que de nuevo aprecié su juicio sagaz y sus prudentes sugerencias. Nuestro esfuerzo común culminó en 1952 en la obra que ustedes conocen, los *Quatre cents siècles d'art pariétal: les cavernes ornées de l'Age du Renne*.

Su salud declinaba ya de forma sensible y puedo decir que usó sus últimas fuerzas en aquella obra. Con todo, aún pensábamos en una continuación que incluso fue esbozada. No pierdo la esperanza de que, con la ayuda de la señora Windels, su fiel colaboradora en estos proyectos, antes de consagrarse a intentar —en vano, por desgracia— alejarle de la tumba, y como prolongación de su inspiración, acaso podamos proseguirlos.

Esta región de Montignac, en la que trabajó durante sus últimos años de una forma que ha servido ampliamente para dar a conocer al mundo entero su patria de adopción, debe a este extranjero una buena parte de la justificada celebridad que tiene adquirida.

Espero que su recuerdo durará mucho tiempo como un bello ejemplo de lo que puede llevar a cabo con su pasión por la belleza, su energía constante y su audacia equilibrada de moderación en la edición, un hombre solo y modesto, sin ayuda oficial, el que ha sido de justicia el verle honrado por el Gobierno con la distinción que acababa de concederle cuando sus últimas fuerzas al final lo abandonaron.

Henri BREUIL, «Allocution prononcée aux obsèques de F. Windels», *Bull. Soc. Préh. Française*, LI, 1954, págs. 102-103. Recuerdos de los duros tiempos de la *débacle* y los primeros estudios sobre la cueva de Lascaux. Según explicaba el Profesor Lionel Balout, por las prisas de la defunción y el sepelio, las insignias de la Legión de Honor que se depositaron sobre el ataúd eran las del propio Abate.

Las fotografías obtenidas por Windels en Lascaux que H. B. llevaba en su viaje al exilio, le fueron sustraídas por un «colega» durante su breve estancia en Madrid camino de Lisboa.

Fernand Windels publicó *Lascaux, chapelle sixtine de la Préhistoire*, con un texto de Annette Laming (Montignac, 1948). Como prefacio incluía el facsímil de una carta de H. B. fechada en Dundo (Angola) el 25 de junio de 1948.

Fuimos testigos personales de como H. B., con su complicada caligrafía, escribió, en gran parte, sobre la propia maqueta, el texto de *Quatre cents siècles* (primavera de 1951).

Entre los proyectos a que se alude hacia el final de la alocución contaba el de publicar una gran obra sobre el arte levantino español (Minateda, Alpera, etc.) que no llegó a concretarse. El arte esquemático peninsular estaba ya ampliamente expuesto en los cuatro volúmenes de *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique*, publicados gracias al mecenazgo de la Fondation Singer Polignac (Lagny, 1933-1935), citados aquí en varias ocasiones.

Pasados casi cuarenta años, apareció el libro dirigido por Arl. LEROI-GOURHAN y J. ALLAIN, *Lascaux inconnu* (París, CNRS, 1979), con dieciséis coautores. La obra estaba dedicada al Abate André Glory (1906-1966), discípulo de H. B. que, desde 1952 a 1963, se dedicó a calcar el enorme y complicado palimpsesto de grabados de la parte más profunda de la cueva (117 m², con unas 1.500 figuras). Estos documentos que Glory dejó inéditos, fueron estudiados en *Lascaux inconnu* por André Leroi-Gourhan y Denis Vialou (págs. 190-342, figs. 145-350). En el capítulo «Lascaux, les dix premières années sous la plume des témoins» (págs. 20-33, figs. 5-12), B. y G. Delluc presentan la historia de la cueva en los diez años consecutivos a su descubrimiento y haciendo hablar a sus protagonistas.

En el presente volumen: descubrimiento de Lascaux (págs. 89-92); la Dama Blanca del Brandberg (págs. 276-281); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

Henri V. Vallois (1889-1981)

Mi querido Dr. Vallois: hoy me dirijo a usted en su calidad de Director del Institut de Paléontologie Humaine. Fundado en 1910 por el

Príncipe Alberto de Mónaco, este Instituto estuvo hasta 1940 bajo la dirección del Prof. Marcellin Boule, que tuvo como colaboradores al Prof. R. Verneau (Antropología), yo mismo (Etnografía prehistórica) y el Dr. H. Obermaier (Geología del Cuaternario). Como bien saben los presentes he sido, desde 1940, su miembro más antiguo. Al morir Verneau, M. Boule recurrió a su alta competencia para sustituirle en la enseñanza de la Antropología prehistórica. Fue el mismo Boule quien nos había presentado en el Congreso de Amsterdam de 1927.

En diciembre de 1940, la última Gran Guerra me llevó a Toulouse en cuya Facultad de Medicina usted enseñaba Anatomía humana de una forma tan brillante que ha dejado un gran recuerdo en la memoria de los que fueron sus alumnos. Gracias a su muy cordial acogida, mi presencia en Toulouse nos dio ocasión de conocernos mejor. Entonces me ayudó, con éxito, a defender el Musée Noulet-Cartailhac ante la introducción irregular de auxiliares peligrosos para la integridad de la institución. Mientras daba mis cursos del Collège de France en la Universidad, encontré en su hogar una acogida amistosa y confiada y una gran armonía de pensamientos ante la catástrofe nacional.

Cuando, en febrero de 1941, Boule nos convocó a los dos para que fuéramos a la Auvernia con el fin de darnos sus últimas recomendaciones, me presentó a usted como el sucesor que convenía para la dirección del Institut de Paléontologie Humaine. Seguramente recordará que recibí esta noticia como era debido, es decir como la expresión objetiva de los intereses de nuestro Instituto, única consideración que, a mis ojos, merecía ser tenida en cuenta. Por ello, al quedarnos solos, rechacé su intención de retirarse ante mi supuesto derecho de prioridad. Cuando, tras un largo exilio, regresé a París para volver a ocupar mi puesto en el Institut de Paléontologie Humaine, me propuso inmediatamente el entregarme la dirección. Rechacé de nuevo la oferta, y le confirmé toda mi confianza.

Ya en 1941, en Monsalvy, tuve ocasión de atestiguarle la alta estima en que le tenía como cabeza de la Antropología francesa. Fue el momento en que, esquivando por poco un arresto inminente, Paul Rivet tuvo que abandonar el Muséum y el Musée de l'Homme, entregados a un substituto nombrado por el Gobierno de Vichy. Yo me encontraba en Lisboa, donde Vichy, cediendo a las gestiones del gobierno portugués, me autorizó a trasladarme desde mayo de 1941. Usted me escri-

bió allí pidiéndome que, por vía diplomática, apoyara su candidatura ante mi colega de l'Académie des Inscriptions, el ministro [Jérôme] Carcopino. Gustosamente le recordé no sólo sus títulos de jefe de nuestra escuela antropológica sino que, además, subrayé lo importante que era el colocar al frente del Musée de l'Homme a un sabio indiscutido que, también, hablaba y comprendía perfectamente la lengua alemana. Conozco bien el tan útil uso que hizo de esta superioridad para limitar, en todo lo que fue posible, las graves sevicias que amenazaban aquella casa y a su personal por parte del ocupante.

El interés que puso en Toulouse en acompañarme en mis investigaciones de la terraza de 60 m del río Garona, ya entonces me demostró su interés por otros aspectos de la Prehistoria que, sin embargo, se apartaban mucho de la anatomía y correspondían más propiamente a la Geología del Cuaternario antiguo.

Me sentí feliz de que la elección del Prof. Carcopino fuera la de su persona para sustituir al Prof. Rivet y que, por otra parte, a pesar de las dificultades legales, pudiera regularizarse el nombramiento, lo que también se consiguió.

Cuando el armisticio me permitió regresar a Francia, en 1945, igual que al Dr. Rivet, soy conecedor de la espontaneidad con que le devolvió el puesto del que le había separado el enemigo. Pero mi caso era completamente distinto, pues su dirección no podía más que beneficiar al Institut de Paléontologie Humaine. De este modo, yo conseguía la posibilidad de proseguir en África del Sur las amplias investigaciones que, gracias al Mariscal Smuts, había podido emprender y que proseguí hasta 1950.

A pesar de vivir tiempos difíciles, supo usted mantener la vida de nuestra casa, incrementando el trabajo de los laboratorios que creé para la Antropología y la Paleoantropología. Entonces y después, fue el reorganizador, incluso podríamos decir el creador, de las colecciones de esqueletos de homínidos y de hombres fósiles, mediante la adquisición de numerosos vaciados de descubrimientos exóticos que permiten hacerse una idea de la evolución de las razas humanas a través de las edades.

Sus trabajos sobre los hombres fósiles, constan, en parte, en las sucesivas reediciones de grandes libros de los que ha sido colaborador. Citaré muy en particular el bello volumen de los *Hommes fossiles*, en colabo-

ración con M. Boule. Este libro, con cuatro ediciones francesas, ha sido traducido a tres lenguas extranjeras. En él se encuentran, descritos o discutidos, importantes descubrimientos y muchas novedades, en gran parte referidos a hechos completamente nuevos y tan fundamentales como los Australopitecos de África del Sur. No dudó en ir a conocer directamente estos hallazgos, en Pretoria y Johannesburgo, donde yo los había visto nacer sucesivamente entre las manos de los doctores Dart y Broom. No cabe duda que con ellos se está cerca de las formas que preparan la aparición del verdadero hombre más que en ningún otro lugar del mundo. Luego nos dio a conocer la mandíbula de un gran antropoide hallado en el interior de la China meridional por W. C. Pei que le trajo personalmente el vaciado en 1957. Gracias a su descripción de la mandíbula de la cueva de Montmaurin (Alto Garona), demostró la existencia, durante un interglaciario, y no el último, de un hombre emparentado con el Pitecantropo de Java y de los hombres de Mauer y de Ternifine.

En otro sentido, el descubrimiento por la señorita Henri-Martin, en Fontéchevade (Charente) —yacimiento arqueológico y faunístico de un interglaciario, seguramente el Riss-Würm—, de una bóveda craneana claramente pre-sapiens (no neandertaloide) asociada a una industria tayaciense, le permitió establecer la existencia de este tipo en un período relativamente muy remoto, lo que plantea unos problemas aún insolubles, cuya importancia ha subrayado. Asimismo, ha dedicado monografías a otros vestigios de la raza de Neandertal: los de Rabat, Témara y Monsempron, así como a la mandíbula que tuve la satisfacción de descubrir en la base del depósito de la cueva de Diré-Daoua (Etiopía) y que le entregué, para más seguridad, intacta y oculta en una pastilla de jabón.

El hombre del Leptolítico ha sido objeto de memorias importantes debidas a su pluma. Así, llevó a cabo un nuevo estudio del esqueleto magdalenense antiguo de Chancelade, rechazando su carácter esquimoide. Le debemos, además, el estudio de los restos del Abri Pataud, Les Rois y Mas d'Azil, así como el de los esqueletos mesolíticos de Muge (Portugal) y los de las curiosas sepulturas de Téviac y Hoëdic, exhumadas por el matrimonio Saint-Just Péquart.

Aun más lejos, prestó atención a los restos de Antelias (Líbano) y de Erg-el-Ahmar (Palestina), al igual que a las numerosas piezas del

Leptolítico norteafricano: Afalu-bu-Rhummel, Dar-es-Soltan, Kef-el-Agat y Aïn-Meterchem.

En más de un punto ha corregido las ideas de sus predecesores, tendiendo a eliminar el pensamiento de la inferencia hasta Europa de elementos tan exóticos como los negroides y los esquimoides.

No me corresponde a mí la discusión sobre tales problemas abordados con acierto en las sucesivas ediciones de los *Hommes fossiles*, cuyas traducciones alemana, inglesa y española han llevado sus ideas a los confines del mundo.

Esta de H. B. es una de las alocuciones pronunciadas por diversas personalidades (entre otros, Roger Heim, Guy Lazorthes, André Delmas, Eugène Schreider, Robert Gessain, Lionel Balout, Santiago Alcobé Noguer y J. Butter) en el «Jubilé scientifique de M. Henri V. Vallois (14 janvier 1961) au Muséum National d'Histoire Naturelle», *L'Anthrop.*, 65, 1961, págs. 117-178 (con una bibliografía). El texto de H. B. en las págs. 124-128; la respuesta del homenajeado en las págs. 152-159. Hemos mantenido el tono encomiástico del parlamento.

H. V. Vallois fue redactor-jefe de *L'Anthrop.* desde 1931 a 1970, año en que pasó a ser honorario, revista en la que publicó gran número de estudios, notas y recensiones. Entre sus obras más divulgadas se cuenta el librito H. V. VALLOIS, *Les races humaines* (colección «Que sais-je?», París, PUF, con nueve ediciones entre 1944 y 1976, traducido al español, japonés, portugués e italiano). Desde la segunda edición (1946), revisó y amplió mucho la obra clásica de Marcellin BOULE, *Les hommes fossiles, éléments de Paléontologie* (París, Masson, 1921, 3ª 1952; en alemán, 1954 y en inglés, 1957).

El Profesor Vallois sobrevivió veinte años al Abate. Este, pocos meses antes de su defunción todavía pudo hacer la *laudatio* de este gran sabio al jubilarse de sus cargos de profesor del Muséum y director del Musée de l'Homme, aunque quedó como director del Institut de Paléontologie Humaine. Necrología y bibliografía (413 referencias) por A. DELMAS en *L'Anthrop.*, 85, 1981-1982, págs. 1-29, 2 figuras.

Cf. infra: expedición a Abisinia (págs. 82-84); Alberto I, Príncipe de Mónaco (págs. 129-133) M. Boule (págs. 137-140); sesenta años de descubrimientos de hombres primitivos y su influencia en el mundo de las ideas (págs. 310-320).

C. van Riet Lowe (1894-1956)

El 17 de mayo último [1956] ha muerto en Johannesburgo, a la edad de 62 años, el profesor C. van Riet Lowe, jefe indiscutido de la investigación prehistórica en África del Sur. Seguía enseñando esta ciencia en la universidad de aquella ciudad y hasta 1955 fue director del Archaeological Survey sudafricano. Empezó su vida profesional como ingeniero de puentes y caminos y en el desempeño de sus funciones descubrió y estudió algunos yacimientos de la Edad de la Piedra. Como oficial de artillería había participado en la campaña de Palestina durante la guerra de 1914-1918 y allí «descubrió» la Prehistoria. De regreso a su país, siguió las enseñanzas del Dr. J. G. Goodwin en Ciudad del Cabo y ambos editaron un volumen sobre las industrias prehistóricas (*The Stone Age Cultures of South Africa*, 1929). Las dividían en *Paleolítico antiguo* (o *Old Stone Age*, Stellenboch y Faurcsmith, con bifaces y hendedores), *Edad media de la Piedra* (o *Middle Stone Age*, de fondo mustero-levallouisiense al que se suma un utillaje de hojas y de piezas solutroides) y *Edad de la Piedra Reciente* (o *Late Stone Age*, con dos facies: una microlítica, la de Wilton; y otra con diversas formas, la de Smithfield). Este último período alcanza imperfectamente el Neolítico (salvo raras hachas pulimentadas y flechas de aletas y pedúnculo), prolongándose en algunos lugares hasta el siglo XIX. Las rocas grabadas y pintadas eran en dicha obra atribuidas de manera uniforme a estos últimos siglos.

En África austral dicho libro fue el punto de partida de todo el desarrollo ulterior, pronto notable, del conocimiento de los tiempos prehistóricos. Cuando, en 1929, correspondiendo a una generosa invitación, viajé hasta aquellas tierras, C. van Riet Lowe nos llevó, con Harper Kelley y tres o cuatro personas, durante una larga excursión a través del Transvaal y el Orange Free State, mostrándonos los lugares característicos de cada período y rocas grabadas de la alta meseta, o pinturas de las *table-mountains* de Basutolandia.

A petición de algunos profesores de las universidades de Ciudad del Cabo y de Johannesburgo, redacté para el general Herzog, entonces Primer Ministro, un informe sobre la alta importancia de la Prehistoria de África del Sur y sobre el interés mundial en que se instituyera un Servicio Arqueológico, indicándole a C. van Riet Lowe como la persona más capaz para dirigirlo.

Mi escrito, leído poco después en el Parlamento, no resultó efectivo hasta 1935, cuando van Riet Lowe fue nombrado director del Survey. Vino entonces a Europa y le hice visitar el Somme, la Dordoña y nuestros principales museos. Pero, en este momento, un incendio lamentable devastó el laboratorio del nuevo Survey, reduciendo a cenizas las notas y colecciones acumuladas durante veinte años. Fue necesario volver a empezar de cero —lo que él hizo con denuedo— dando prioridad a un estudio muy detallado de los areneros diamantíferos del Vaal, entre Vereeniging y la región de Kimberley, publicado con varios geólogos.

Luego llegó la segunda guerra mundial que absorbió una parte importante de su actividad de instructor de la mayor parte de los oficiales de artillería del ejército sudafricano que sirvieron en Etiopía, Libia e Italia.

En aquel tiempo, van Riet Lowe, que permaneció en Johannesburgo, siguió dirigiendo el Archeological Survey. En el momento del hundimiento de Francia, cablegrafió a Les Eyzies, invitándome a ir a África del Sur. Pero la censura no me entregó el mensaje que era una prueba de su gran amistad. Como es sabido, emigré a Portugal en abril de 1941, a petición, aceptada por Vichy, del gobierno portugués. Se me confió un estudio a realizar con G. Zbyszewski, del Serviço Geologico, y luego fui nombrado Profesor extranjero de la Universidad de Lisboa. En noviembre de 1941 escribí a van Riet Lowe rogándole informara al Mariscal J. C. Smuts [1870-1950] de mi deseo de ir a África del Sur para trabajar en el Survey fundado en 1935 por sugerencia mía. Inmediatamente van Riet Lowe transmitió la petición al Mariscal y pude llegar a Johannesburgo, donde van Riet me esperaba en la estación, en los primeros días de octubre de 1942. Miss M. E. Boyle me acompañó, también invitada, para hacer de traductora e intérprete.

Fue aquel el punto de partida de tres largas estancias, en los años 1942-1945, durante la guerra, y luego en 1947-1949 y 1950-1951: seis años en total.

Gracias a la amistad del Mariscal Smuts y la del profesor van Riet Lowe, pude entregarme por completo al estudio de este vasto país: la Vaal River, con dos terrazas y su Paleolítico antiguo, y los depósitos de las mesetas con profundos *dongas* [barrancos] de erosión, ricos en Middle Stone Age, me fueron mostrados por van Riet Lowe, al igual como algunas rocas grabadas del Transvaal.



To the Abbe Breuil
with homage from
C. van Riet Lowe
12 June, 1944

From: Mushroom Hill Cave
near Cathedral Peak
Drakensberg Mts.,
Natal. Original
found by G. Mortlamans
1.2.1944

cf. Schlessinger, H. "The Greek Aulos", *Nottingham*, 1934, p. 26 and p. 70:
"The first indication of a length of flute, though identified by the
Egyptians, afforded the aesthetic sense of the Greeks, who concealed
the staple by means of graceful dove-shaped bells, one, two or three
in number, which occur in many of the vase paintings". See also p. 27

Calco de figuras de Mushroom Hill Cave (Drakensberg, Natal), con la pretendida representación de un «aulos». Envío de C. van Riet Lowe al Abate Breuil (hacia 1945) (cliché Musée de l'Homme).

Con la ayuda al principio del gran geólogo Dutoit, intenté esbozar, en las costas meridionales, el estudio de algunas playas levantadas que *contenían material lítico, lo que fue mal visto por otros geólogos «pequeños sudafricanos»*. Van Riet Lowe me llevó a las del Natal que teníamos que dar a conocer juntos, pero que publicó sin contar conmigo, lo que tenía la ventaja de una confirmación indirecta. Conseguí también que el *Doctor Malan* excavara el profundo depósito (observado ya en mi visita de 1929) de la cueva-abrigo pintado de Rosa Cottage, en Ladybrand (Orange), mientras yo copiaba sus figuras pintadas. Van Riet Lowe me ayudó también a proseguir la copia de otros frisos en dicha región y en Basutolandia, *mostrándome asimismo —con excesiva rapidez—* algunas hermosas rocas del alto Natal (Drakensberg). Se resignó igualmente, gracias al Mariscal Smuts, a ver cómo continuaba el estudio de los problemas planteados en el Sur de Rhodesia y en particular en África del Sudoeste, *donde realicé, ayudado por el Coronel Hooggenhout y el doctor E. R. Scherz, de Windhoek, importantes exploraciones que suscitaban complejos problemas*. Ante ellos, van Riet Lowe tomó cada vez más una actitud netamente opuesta a mis inferencias, tanto sobre la fecha como acerca del origen de los diversos estilos en superposición.

Por aquellos hechos y como consecuencia de la desaparición del Mariscal Smuts, la actitud de van Riet Lowe respecto a mí se hizo menos amical. En todo ello existieron seguramente causas variadas que no interesan ni a la ciencia ni a los lectores. Estos hechos no impiden que guarde un recuerdo profundamente agradecido por todo lo que él hizo por mí en su país durante tantos años. Por lo demás, el gobierno sudafricano siempre me atestiguó su confianza.

Van Riet Lowe ha sido un gran trabajador al que un incendio, dos guerras y una salud que se fue haciendo muy delicada, frenaron su actividad y su obra escrita. África del Sur, donde hay un inmenso trabajo a realizar, en un territorio tan vasto y por un número restringido de investigadores calificados, pierde con él a un gran prehistoriador. Esta desaparición, que sucede en corto tiempo a la de J. Janmart, en Angola, es un verdadero desastre para el África austral y deja un vacío difícil de llenar.

H. BREUIL, «Dernières nouvelles d'Afrique du Sud», *Bull. Soc. Préh. Française*, LIII, 1956, págs. 340-343. Unos párrafos, no traducidos, al final de este texto,

se refieren a las conclusiones del último trabajo publicado por C. VAN RIET LOWE, *Distribution of Prehistoric Rock Engravings and Paintings in South Africa* (Archaeological Survey, 1956). En ellas encuentra H. B. que el prehistoriador sudafricano, al contrario de lo que había ocurrido antes, se acerca mucho a sus puntos de vista. Para la polémica sobre las fechas del arte rupestre del África meridional, cf. infra, «La Dama Blanca del Brandberg», págs. 276-281.

El Mariscal Smuts profesaba el «holismo», una filosofía de la que era importante teórico (*Holism and Evolution*, 1926). Esta doctrina explica que el universo tiende a construir unidades, formando un todo de creciente complicación. La amistad entre los dos grandes personajes y la diferencia de sus ideas, dio lugar a curiosas situaciones. Así, en 1950, tras conocerse la defunción de Smuts, el Abate le dedicó su misa en el campamento de la Philipp Cave. Cuando Miss Boyle le hizo observar que el Mariscal no era cristiano, el Abate le contestó: «De todas maneras esto no puede hacerle ningún daño».

Además de los citados, cf. otros textos sobre estas temáticas en el presente volumen: primer contacto con el África austral (págs. 76-78); en el África meridional, 1942-1950 (págs. 94-98); los australopitecos (págs. 98-100); Dandabari (págs. 275-276); Philipp Cave (págs. 281-285).

1954, en Madrid, *in memoriam*

Es uno de los privilegios menos envidiables para un hombre cargado de años, el encontrar, cuando se desplaza por el mundo, un sabor funerario a todos los paisajes antaño contemplados y en los que faltan los hombres que en ellos conoció, guiaron sus pasos y compartieron su labor. Permitidme que recorra vuestro hermoso país como un Campo Santo, depositando piadosamente algunas coronas de recuerdos o de humildes flores al evocar los nombres de los que conservo una memoria preciosa.

Debo pues al privilegio de la edad el hablaros aquí en este Congreso de Madrid, durante mucho tiempo esperado, que tantas conmociones hicieron muchas veces retrasar desde hace más de un cuarto de siglo. Como uno de los escasos supervivientes del congreso de Ginebra (1912), en el que se habló de Madrid para el siguiente a propuesta del Marqués de Cerralbo [Enrique Aguilera Gamboa, 1845-1919]; y como uno de los operarios que han contribuido, antes y después de aquella fecha, a levantar el glorioso edificio de vuestra magnífica Prehistoria, me corresponde evocar aquí el recuerdo de los desaparecidos,

grandes y pequeños, que contribuyeron a esta obra con su benevolencia o su colaboración.

Citaré en primer lugar la noble figura de vuestra Reina Madre, doña María Cristina, que me acogió en algunas ocasiones con su afabilidad encantadora. También a vuestro difunto rey don Alfonso XIII. Pasada la mitad de la primera guerra mundial, cuando le hice entrega, de parte del Príncipe Alberto I de Mónaco, de los volúmenes que edité bajo su patrocinio acerca de las cavernas cantábricas, se dignó retenerme mucho tiempo, se interesó por nuestras investigaciones y quiso informarse bondadosamente por la suerte de los míos, acuciándome a darles consejos de prudencia, informado como estaba de los terribles ataques que iban a producirse (1917).

Evocaré asimismo el día (1909) en que la graciosa silueta del yate «Princesse Alice», patroneado por el propio Príncipe de Mónaco, entró en la rada de Santander. Vino para visitar las cavernas pintadas de Altamira, Covalanas y El Castillo. Respecto a esta última, decidió financiar las grandes excavaciones dirigidas durante seis años (1909-1915) por mi colaborador y amigo alemán Hugo Obermaier [1877-1946].

Entonces hacía ya siete años que, acompañado por mi maestro Émile Cartailhac [1845-1921], había pasado por primera vez el Bidasoa. Queríamos rehabilitar la autenticidad de los frescos de Altamira, antaño publicados por [Marcelino Sanz de] Sautuola [1831-1888], pero descubiertos por su hija María en 1879, cuando yo sólo tenía dos años. Pudimos visitarla en Santander junto a su marido el señor Botín López. Pero esta señora, de este hecho histórico, olvidado por ella misma, no sabía más que lo que le habían contado. Únicamente el profesor don Juan Vilanova y Piera [1821-1893], de la Universidad de Madrid, desde el primer momento estuvo convencido de la antigüedad paleolítica de dichas pinturas, defendiéndola durante toda su vida.

Edouard Harlé [1850-1922], el escéptico de 1880, deploraba su pasado error y nos recomendó al diputado provincial de entonces, Pérez del Molino, que nos acogió con los brazos abiertos al igual que vuestro gran erudito *montañés* M. Menéndez Pelayo [1856-1912]. Harlé, un poco más tarde, volvió a Altamira reconociendo el error en que había caído por su excesiva prudencia.

Unos años después fue Marcellin Boule [1861-1942] quien se trasladó a Altamira convencido por Cartailhac. Fue después que el Príncipe

Alberto decidiese patrocinar las grandes excavaciones del Castillo y concibiese el proyecto de un Institut de Paléontologie Humaine en el que, bajo la dirección de Boule, Hugo Obermaier y yo mismo pudiéramos dedicarnos a las investigaciones y excavaciones. Espero que Paul Wernert [1889-1972] terminará pronto su texto para la publicación, retardada por tantos trastornos mundiales y creo está completamente escrito.

El Castillo y muchas otras cavernas con arte fueron descubiertas por don Hermilio Alcalde del Río [1866-1947], de Torrelavega, que en 1902 vino a visitarnos a Altamira. La falta de una lengua común había limitado mucho nuestras conversaciones, pero en él nació entonces un celo ardiente en la exploración de las numerosas cavernas de la región que rápidamente se reflejó en múltiples e importantes descubrimientos, en los que participó el padre lazarista Lorenzo Sierra. Ambos fueron para mí, hasta su muerte, unos amigos y colaboradores admirables. (Estos descubrimientos me fueron comunicados por el señor Pierre Paris [1859-1931] que, desde los inicios, me animó en mis investigaciones en esta España de la que, más que nadie en el mundo, amaba la extraordinaria riqueza arqueológica y aún más: el alma y el corazón. En muchas ocasiones me recibió generosamente, al igual que su colega Merimée, bajo el techo acogedor del Institut Français de Madrid, del que eran directores.)

Más tarde, en la vecina provincia de Oviedo, la labor de Alcalde del Río encontró un émulo muy valioso en el Conde de la Vega del Sella [Ricardo Duque de Estrada, 1870-1941], senador, que llevó a cabo y publicó notables excavaciones en las que, después de la guerra de 1914-1918, participó Hugo Obermaier.

Vuestro nobilísimo y llorado Duque de Berwick y de Alba [Jacobo Fitz James Stuart, 1878-1933] se dedicó entonces a la conservación de las cuevas cantábricas, en particular la de Altamira, donde hizo que Obermaier efectuase excavaciones. Fue por su iniciativa que Obermaier y yo realizamos, en los años 1932-1935, una nueva y más perfecta edición de estas célebres pinturas.

Un día [de 1925], aquellos dos grandes señores españoles, H. Obermaier, el Conde H. Bégouën y yo mismo, estábamos reunidos en el prado de Altamira. ¿Osaré decir que allí tuvimos un «conciliábulo»? Habíamos oído que unos prelados, más recelosos que ilustrados [encabezados por el Cardenal Rafael Merry del Val, 1865-1930], desconfiaban de la Prehistoria y se esforzaban en obtener del Soberano Pontífice un

acta que hubiese dejado bien atrás la demasiado famosa condena de Galileo por el Santo Oficio. Sentados en la hierba, por encima de la bóveda pintada, redactamos un memorial para el Santo Padre [Pío XI, Achille Ratti, 1857-1939] del que enviamos una copia al gran Cardenal D. Mercier [1851-1926] al que yo tenía prevenido. Él apoyó nuestra humilde gestión y el peligro quedó descartado.

En 1908 tuve conocimiento y me llamaron la atención dos descubrimientos de rocas pintadas en el nordeste de España. En Calaceite (Teruel), en el Bajo Aragón, fui acogido por el gran arqueólogo local Santiago Vidiella que me puso en relación con el joven Juan Cabré Aguiló [1882-1947], descubridor de las rocas de Calapatà. El lozano ardor y el talento gráfico de Cabré me subyugaron desde aquel mismo instante y le recluté para futuras investigaciones. En Lérida fui acogido por don Nicolás[?] Arderiu que me proporcionó una tartana para ir a Cogul. El párroco don Ramón Huguet, asesinado más tarde durante la revolución, me recibió de manera amigable y me llevó al abrigo que había descubierto. En aquella época Cartailhac me dio a conocer el libro de don Manuel de Góngora y Martínez, *Antigüedades prehistóricas de Andalucía* (1868), en el que el autor recuerda la memoria dirigida en 1783 por don Fernando López de Cárdenas, párroco de Montoro, al Conde de Floridablanca, ministro de Carlos III, informándole de la existencia de dos rocas pintadas cerca de Fuencaliente, en plena Sierra Morena. El propio Góngora describió, por haberla examinado personalmente, una roca análoga de Vélez Blanco (Almería).

Al mismo tiempo, Vicente Paredes [1840-1916], erudito de Plasencia de Extremadura, publicaba un artículo señalando que cabía interpretar como una referencia a una roca pintada en el valle poco accesible de Las Batuecas (Salamanca) en un texto de Lope de Vega. A petición mía y con la ayuda del Príncipe Alberto, Cabré viajó para comprobarlo. Además, Cabré ya había encontrado varios abrigos con pinturas en la Sierra de Albarracín (Teruel). Tales hallazgos fueron objeto de nuestras exploraciones en los años 1910 y 1911.

Pero, antes de aquellos viajes, estuvimos en Madrid, donde también acudieron Cartailhac y Harlé, y entramos en relación con el Marqués de Cerralbo, el doctor J. R. Mélida [1856-1933], del Museo de Reproducciones, y el doctor M. Antón [Ferrándiz, 1849-1929], director del Museo Antropológico.



Grupo de visitantes de la cueva de Altamira, hacia 1912. De izquierda a derecha: Juan Cabré, un guía (Nadro?), Pascual Serrano, Henri Breuil, Louis Siret, Hugo Obermaier y Henri Siret (Archivo Cabré).

Tras nuestra estancia en Las Batuecas, visitamos a Vicente Paredes, en Plasencia, haciéndonos los honores de su ciudad, cuya bonita catedral conserva una de las más hermosas *sillerías* de Europa. Pasando por Madrid, fuimos a conocer el célebre yacimiento de Torralba (Sierra Ministra), con elefantes de tipo antiguo, descubierto y excavado por el Marqués de Cerralbo. Desde allí nos trasladamos a Albarracín para estudiar «Los Toricos» y luego a Alpera (Albacete) para copiar el hermoso abrigo con pinturas naturalistas encontrado por el simpático maestro de escuela Pascual Serrano Gómez. A continuación hicimos una visita de varios días a Herrerías (Cuevas de Vera, Almería), donde el gran arqueólogo belga Louis Siret [1860-1934] nos acogió. El magnífico explorador de toda aquella región y fundador de su ciencia prehistórica reciente, desde el comienzo del Neolítico hasta la llegada de los

cartagineses, vivía allí como un ermitaño, entre su mina y los materiales de su colección.

Gracias a él, subimos a Vélez-Blanco, muy al norte de aquella provincia sub-desértica. Queríamos visitar «Los Letreros» de Góngora y muchos otros lugares que nos indicó el distinguido farmacéutico de dicha población don Federico de Motos, dotado de un gran sentido y de una verdadera pasión por la arqueología. Su amistad y el encanto de su trato me conquistaron y, gracias a su preciosa y agradable ayuda, pude contar durante varios años con nuevas rocas pintadas en aquella comarca. Además, mediante su operario agrícola Juan Llamas, al que hice venir a Alpera, se descubrió la magnífica roca pintada de Minateda (1914). Desde un punto dominante en las proximidades de Chinchilla, señalé a Juan Llamas, lejanas hacia el sur, sus sierras nativas del Maimón y del Gigante, encargándole que viajara a pie hasta Vélez-Blanco buscando rocas pintadas en su camino. Así se encontraron dichas pinturas de Minateda que no pude estudiar hasta 1917, durante un permiso.

Pero, volvamos a 1912. A Cabré y a mí nos faltaba comprobar la roca de «Peña Escrita», en Fuencaiente. Por el camino nos paramos en Jimena de Jaén, de donde don Eduardo de Cobos acababa de publicar «La Cueva de la Graja», a la que amablemente nos condujo.

Tras una larga jornada de carruaje desde Villanueva de Córdoba, llegamos a Fuencaiente para descubrir allí al mejor prospector que he tenido: Tomás Pareja Luna, al que con frecuencia ayudó su hijo Faustino. No sólo reencontramos con facilidad las rocas de «La Peña Escrita» y de «La Batanera», señaladas en el siglo XVIII por el «cura de Montoro», sino también muchas otras. Esto me dio la idea de hacer prospectar toda la Sierra Morena por Pareja, desde su extremo oriental a la zona de Almadén y las sierras que se extendían a través de Extremadura hasta Alburquerque. El estudio de tan vasta región se efectuó gradualmente hasta 1917 aprovechando permisos [en los trabajos oficiales que entonces desempeñaba].

Gracias a mi relación de amistad con Mr. Horace Sandars, distinguido arqueólogo inglés al que su relación con las empresas mineras británicas había familiarizado con España, obtuve algunas indicaciones de rocas pintadas próximas a Santa Elena. También, gracias a él, supe que un compatriota suyo, distinguido naturalista y, aunque mutilado de la guerra de África del Sur, infatigable buscador de nidos de águilas en

las sierras entre Gibraltar y Ronda, al intentar alcanzar un nido de *grajas* en la entrada de un abismo del Cerro de La Pileta (Benaojan) acababa de descubrir una caverna con precipicios y llena de pinturas. De todo ello daba cuenta en un pintoresco artículo de la *Saturday Review* de octubre de 1911. Gracias a H. Sandars preparé enseguida una expedición. Esta hubiera sido imposible sin la experiencia que tenía de las cuerdas, de las escaleras y del país, el Coronel Willoughby Verner [1852-1922]. Además, estuvimos bien secundados por su prospector de nidos de águilas, el ex pastor José Mena y por el guía actual de la caverna, Tomás Bullón, todavía vivo, que trepaba como un gato por las paredes rocosas casi verticales. Los señores H. Obermaier, P. Wernert y J. Cabré participaron en tan penoso trabajo.

El Coronel Verner se interesaba asimismo por los pájaros acuáticos de la Laguna de la Janda (Cádiz) y por los de las colinas cubiertas de robles que costean el estrecho de Gibraltar (de Algeciras a Cádiz). Conocía todos los rincones de estos parajes y, desde 1912, me incitaba a visitarlos. Casi al mismo tiempo, Don Victorio Molina, eclesiástico de Cádiz, publicó en abril de 1913 las pinturas del Tajo de las Figuras, cerca de Casas Viejas [la actual Benalup-Casas Viejas]. Luego, nuestras prospecciones, dirigidas por el Coronel Verner, hicieron que halláramos setenta lugares con pinturas, todas de estilo semi-esquemático o sub-naturalista y en relación con dos vastos grupos dolménicos que encontré.

En mi recuerdo agradecido ocupa un lugar de privilegio el Coronel W. Verner. Sobre la base de nuestro común amor a la naturaleza y a este país, se estableció una estrecha amistad entre ese curtido militarote, viejo protestante del Ulster, de palabra en ocasiones un poco ruda, y el cura explorador, todavía joven, que yo era entonces. Antes de su óbito, motivo de gran tristeza, aún pudo conocer mi descubrimiento del yacimiento musterense de Devil's Tower en Gibraltar, donde me facilitó un primer sondeo. Amigos entrañables, juntos éramos capaces de grandes cosas. Aunque hablaba bastante mal el español, comprendía y amaba el alma primitiva de las gentes de estas sierras, cuya simpatía había conquistado, fueran guardias o contrabandistas. Siempre he lamentado que para la descripción de estas rocas pintadas, los editores ingleses no mencionaran la parte principal que tuvo, con su prospector José Mena, en tales descubrimientos.

Lancemos ahora una mirada retrospectiva al trabajo realizado respecto al arte rupestre, en el oeste, este y sur de la Península. A las aproximadamente 70 rocas andaluzas se suman 85 en Extremadura, 60 en Sierra Morena, 11 en Las Batuecas y alrededores, así como 35 en la región del Levante, con más de una decena de estilo naturalista oriental. O sea un total de más de 300 rocas pintadas, muy pocas descubiertas por mí, pero todas copiadas y estudiadas personalmente.

Luego vino la postguerra que hizo imposible proseguir aquella actividad, dificultando, además, la publicación de la labor realizada. Mi gran amigo H. Obermaier, acogido por el Duque de Alba, hizo de España, donde los acontecimientos le habían enraizado, su nueva patria. Pero sus actividades se vieron modificadas, pues su cátedra en la Universidad de Madrid absorbía la mayor parte de su tiempo. Bien poco le quedó para los trabajos de campo, exceptuados los yacimientos del Manzanares que estudió con sus discípulos y amigos. Con todo, me llamó dos veces para el estudio de las rocas naturalistas de Tormón, en la vertiente sudeste de la Sierra de Albarracín (Teruel) y más tarde para las de La Gasulla (Castellón) encontradas por el pintor Don Juan B. Porcar [1891-1974] que no necesitaba de mí para realizar buenos calcos. Pero, además del placer de ver este lugar notable, debo agradecer a Obermaier el haberme hecho conocer sus pinturas y al hombre que las encontró y que felizmente vive todavía.

Hay otro desaparecido cuya ausencia todos sentimos de manera unánime y que debía presidir este Congreso. Me refiero al Dr. Blas Taracena [1895-1951]. Le conocí como director del Museo Arqueológico de Madrid cuando al atravesar España hacia Portugal en abril de 1941, huyendo de la ocupación alemana, fui a visitarle. Me acogió con el afecto que le merecía un amigo de Obermaier y Cabré y me abrió generosamente las páginas de su *Archivo Español de Arqueología* para publicar en ella, por primera vez, la Altamira francesa que venía de descubrirse en Lascaux. No volví a encontrarle pues un final prematuro lo arrebató truncando su amplia labor, aplicada en particular a vuestro maravilloso arte ibérico. Mi única visita, nuestra correspondencia ulterior y la alta estima en que sus iguales sentían por sus trabajos y su carácter, hacen que me asocie de todo corazón al sentimiento común de que nos haya faltado antes de darnos todo lo que de él se esperaba.

Con la desaparición de H. Obermaier hace siete años, la de Juan Cabré



El Ministro de Educación señor J. Ruiz Jiménez impone las insignias de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio al Abate H. Breuil, Presidente de Honor del IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas (Madrid, 1954).

y la del Duque de Alba, entre otros, nuestra ciencia en vuestro país ha sufrido sensibles pérdidas, hasta el punto que se siente un resabio de luto flotante en su atmósfera. Los mismos paisajes permanecen inmutables, se encuentran de nuevo los mismos monumentos de la Prehistoria, pero ya no vemos los mismos rostros que amamos. Sin embargo, no dudo en absoluto que las semillas de trabajo y de investigación, lanzadas a vuestras ricas tierras arqueológicas, van germinando ya, prometedoras, gracias a la labor de una nueva generación que se alza y nos promete una rica cosecha para el porvenir.

H. BREUIL; «Hommage aux morts», A. BELTRÁN (ed.), *Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, Actas de la IV sesión, Madrid, 1954*, Zaragoza, 1956, págs. XVII-XXII. Este texto es la segunda parte (la primera se refiere a los principales hallazgos de la Prehistoria española) del discurso pronunciado por el Abate el día 21 de abril de 1954 en la ceremonia inaugural de dicho congreso celebrado en Madrid bajo la presidencia del Profesor Luis Pericot. La reunión se completó con una serie de excursiones pre y postcongresuales. H. B. participó en la dedicada a las principales cuevas de la región cantábrica.

El texto, en francés, acaso tomado al dictado o de un manuscrito, siempre difícil, del propio Abate, fue impreso con gran número de erratas que hemos procurado subsanar. Constituye una síntesis de su relación personal con los muchos amigos y colaboradores que tuvo en España. Para una parte de las personas mencionadas hemos completado su nombre y añadido sus fechas vitales con el fin de ayudar a comprender el amplio abanico generacional con el que tuvo relación. Debería señalarse la bibliografía correspondiente, lo que no es posible por razones de espacio al contarse con casi 200 publicaciones de H. B. y sus colaboradores referidos a la Península Ibérica (sobre un total de 834 entradas en la lista bibliográfica breuiliana recogida en RIPOLL, *Breuil*, págs. 269-345). Figuran en ella buen número de libros y artículos fundamentales, muchos de los cuales se van citando en las páginas de la presente obra.

Cf. infra: últimos viajes a España (págs. 100-102); a los 80 años, balance de una vida (págs. 105-110); H. Alcalde del Río (págs. 152-154); H. Obermaier (págs. 161-172).

Tercera parte

LA DIVERSIDAD DE LOS PAISAJES



1. Périgord

Les Eyzies-de-Tayac (Dordoña)

El pueblo de Les Eyzies está situado en la confluencia del Beune y del Vézère. El valle lateral del Beune es la única cortadura importante, que, por la orilla izquierda del Vézère, interrumpe las elevadas escarpas entre las que se abre su lecho. También es ahora el punto de confluencia de varias carreteras: la de Périgueux, en la orilla opuesta, ha aprovechado el valle de Manaurie para bajar al pie de los roquedos de Laugerie y de Gorge d'Enfer y pasar el Vézère, poco antes de Les Eyzies, por un puente en el mismo lugar donde existió antaño un vado; otra llega por el Bugue remontando la orilla izquierda de su curso y, pasando bajo el gran anfiteatro rocoso de la iglesia de Guilhem, se encuentra en la confluencia con la carretera de Montignac, que discurre por la orilla derecha del Beune; y la de la izquierda del Beune que, por pequeños valles se ramifica hacia St.-Cyprien y Sarlat.

Esta situación natural, en el punto de convergencia de varios vallejos y el encajonado valle principal, junto con la proximidad de la gran llanura de la Dordoña, es, sin duda alguna, la causa principal de esta acumulación extraordinaria de estaciones cuaternarias en el territorio de Tayac y de Les Eyzies. Hubo allí, en todos los tiempos, una encrucijada natural de encuentro entre los grupos animales o humanos que bajaban de la planicie por alguna de las pocas vías practicables y los que salían del valle cerrado por todas partes para alcanzar de nuevo los amplios espacios que lo dominan.

Con sus altos roquedos tallados a golpe de gubia por los agentes atmosféricos, y unas largas cornisas suspendidas a cuyo pie brotaban hermosos hilillos de agua, el valle del Vézère fue, en la Edad del Reno, un lugar especialmente ocupado por las tribus que encontraban allí acce-

sibles y anchos abrigos, en una región, además, propicia a las emboscadas tendidas a los rebaños codiciados. Por ello, los restos de cocina se acumulan *bajo el acantilado de Laugerie y su entorno, bajo el de Cromagnon y en casi todos los alvéolos del roquedo tan curiosamente atormentado que domina el pueblo.* Aún se ven, sobre las terrazas que por allí se escalonan como balcones superpuestos en miranda, las *entalladuras abiertas para fijar las vigas y puntales de las casitas que los campesinos de la Edad Media construyeron.* Pero, en las elevadas rocas del gran valle no abundan las galerías estrechas y penetrantes. Sólo una serie de corredores moderadamente hondos se abren, aguas abajo de Tursac, *al pie de las escarpaduras, pero se hallan en un nivel tan bajo que en tiempos de crecida, el Vézère los inunda con frecuencia.*

Por el contrario, en los valles laterales, abundan estas galerías profundas: entre ellas la cueva de Granville o de Miremont [ahora llamada de Rouffignac] en el valle de Manaurie, o la *parte interior que prolonga la vasta cavidad del pequeño valle de Gorge d'Enfer.* Estas cuevas se multiplican en el valle del Beune: La Mouthe, en la cabecera del primer vallejo, muy cerca del confluyente; Font-de-Gaume en el segundo; Les Combarelles en el cuarto; y Bernifal en una *hondonada del valle lateral del pequeño Beune.* En este valle del Beune ya no hay grandes cuevas, sino tan solo pequeños abrigos o cavidades que sirvieron de habitación y unos corredores alargados y estrechos en los que se ocultan pinturas y grabados. Todas estas cuevas con arte están *alineadas en la orilla izquierda.* La causa es muy sencilla: en ningún lugar de los alrededores, la roca, una caliza cretácica de estructura basta más o menos coralífera es más compacta y de una dureza mayor. Es en estos sitios donde, en el presente, los canteros de la región, poco escrupulosos ante *la belleza del paisaje que devastan, buscan sus mejores piedras de talla.* Esta excelente calidad de la roca, su mayor resistencia a la acción de la erosión y su homogeneidad, son los motivos que permitieron a las cuevas de la orilla izquierda del Beune el resistir a los hundimientos internos y a un desgaste natural demasiado rápido de las laderas que habrían colmatado y enmascarado las aberturas.

El Abate visitó asiduamente la Dordoña desde 1897, o sea durante más de sesenta años, siendo uno de los mejores conocedores de los yacimientos prehistóricos de la región. Cuando le llegó la muerte, el 14 de agosto de 1961,



Trabajo del hueso y el asta durante el Paleolítico superior en el valle del Vézère (Dordoña) (dibujo de H. Breuil en *Beyond the Bounds ...*).

estaba preparando un nuevo viaje a las tierras que riega el Vézère (RIPOLL, *Breuil*, págs. 261-267). Le interesaba en particular el conocer los avances de la gran excavación que dirigía Hallam L. Movius (1907-1987) en el yacimiento del Abri Pataud, en pleno casco urbano de Les Eyzies. Este interés hizo que el amigo norteamericano le dedicara: H. L. MOVIOUS, «Upper Perigordian and Aurignacian Hearths at the Abri Pataud, Les Eyzies (Dordogne)», *Miscelánea*, II, págs. 181-196, VI láminas. También seguía al día el estudio que llevaba a cabo el Dr. Jean Gausсен de su cueva de Gabillou: J. GAUSSEN, *La grotte ornée de Gabillou (près Mussidan, Dordogne)*, Burdeos, Delmas, 1964; o, un poco más lejos, el del friso esculpido del Roc-aux-Sorciers que durante muchos años exploró su alumna Suzanne de Saint-Mathurin y del que hace poco se ha publicado la primera monografía: L. IAKOVLEVA y G. PINÇON, *La frise sculptée du Roc-aux-Sorciers, Angles-sur-l'Anglin (Vienne)*, París, CTIS y RMN, 1997.

La descripción de Les Eyzies y su entorno ahora traducida debe fecharse en 1905 o 1906 y se encuentra en L. CAPITAN, H. BREUIL y D. PEYRONY, *La caverne de Font-de-Gaume aux Eyzies (Dordogne)*, págs. 19-20 (referencia completa al tratar de esta cueva, infra pág. 53). En dicho texto es curioso señalar la mención de la caverna de Granville o Miremont, ahora llamada de Rouffignac. H. B. había estado en la parte vestibular de la misma sin sospechar la riqueza

de su arte parietal. Cuando, pasados muchos años, este fue descubierto por L.-R. Nougier y R. Robert en 1956, el Abate intervino de forma decisiva en favor de su autenticidad al suscitarse una polémica sobre esta cuestión.

A las referencias sobre yacimientos dadas por H. B. hay que sumar los descubrimientos y trabajos de años posteriores. Esto ha hecho que, entonces y ahora, el país en torno a Les Eyzies venga siendo acertadamente calificado como «la capital mundial de la Prehistoria». Añádase a ello el albergar el Musée National de Préhistoire fundado por D. Peyrony en 1913 y ahora en curso de importante remodelación y ampliación.

Entre los centenares de publicaciones sobre los yacimientos de esta región, citaremos sólo el ejemplo de los trabajos de B. y G. DELLUC, «Les manifestations graphiques aurignaciennes sur support rocheux des environs des Eyzies (Dordogne)», *Gallia-Préhistoire*, 21, 1978, págs. 213-248, 96 figs., acerca de las más antiguas representaciones paleolíticas de esta región; ID., «La Croze à Gontran, grotte ornée aux Eyzies-de-Tayac (Dordogne)», *Arx Præhistorica*, II, 1984, págs. 13-48, 23 figuras.

Cf. en el presente volumen: La Mouthc (págs. 49-50); Les Combarelles (págs. 51-52 y 198-200); Font-de-Gaume (págs. 52-53 y 200-202); Cap-Blanc (págs. 202-204); D. Peyrony (págs. 154-160); Rouffignac (págs. 205-208); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

Les Combarelles (Les Eyzies)

Cuando uno deja Les Eyzies en dirección hacia el este, remontando el valle del Beunc por la carretera que va a Sarlat, quedan a la izquierda los roquedos donde se abre la conocida cueva de Les Eyzies, así como muchas otras cavidades entre las que la más notable es el Abri Audi, yacimiento clásico de una industria de transición entre el Musteriense superior y el Auriñaciense. Luego, se rebasan el valle de Font-de-Gaume y la pintoresca aldea de Les Girouteaux. Poco después, en los pequeños montículos que dominan de inmediato el cauce del Beune, se percibe, en la orilla derecha, la abertura de una pequeña cueva antigua, vaciada de su relleno de arcilla amarillenta; extendido por la pequeña terraza inclinada que le precede y que proporcionó al Dr. Capitan algunos sílex y varias hermosas azagayas del Magdaleniense antiguo [...]. Un poco más allá, en una curva de la carretera, se ve a la derecha el paraje de Les Combarelles, poco profundo pero bastante ancho, y cuyas tierras, apenas por encima del llano del Beune, se prestan al cultivo. Unas casitas están esparcidas por las laderas orientales. Otra, la de los

Berniche, queda casi oculta bajo el saledizo del abrigo que ocupa el oeste-suroeste del pequeño valle.

En la roca escarpada que precede al abrigo, el ascenso por una anfractuosidad permite llegar a la cueva Rey, excavada por Émile Rivière entre 1892 y 1894 [con el hallazgo de dos magníficas espátulas en forma de pez].

El espacio por el que se abre la cueva de Les Combarelles forma un amplio vestíbulo de unos 8 x 9 metros, con una altura de unos 6 metros. Un muro lo cierra hasta dos tercios de su altura y dos puertas permiten penetrar en el interior. La mitad derecha está ocupada por un establo de bueyes [...]. Hacia el fondo, que sirve de gallinero, se abre a la derecha una galería, cuyo suelo domina el del vestíbulo en unos 3 metros y donde también Rivière hizo excavaciones en 1892-1894 [entre los abundantes materiales encontrados hay un omóplato de reno con diversas figuras grabadas, del Magdaleniense superior].

Es probable que el abrigo mayor y el vestíbulo hubieran perdido su relleno arqueológico en parte por la erosión del riachuelo que, en invierno o tras un período de abundantes lluvias, salía con violencia de la galería de la izquierda; pero también, parcialmente, por los trabajos de acondicionamiento como establo en la parte más ancha que se niveló a la altura del suelo exterior.

El mismo riachuelo, al circular por la galería de la izquierda en la época de los dibujos prehistóricos, acarreó una masa de arenas gruesas y gravas con elementos calcáreos y silíceos, arrastrando los objetos abandonados por el hombre. Cuando, en diversas partes, hicimos abrir pequeñas trincheras destinadas a facilitar el paso, en estas gravas encontramos ocasionalmente algunos sílex muy rodados así como fragmentos óseos o dientes de reno y de caballo. Por lo demás, todos los suelos arqueológicos han desaparecido.

En lo esencial, Les Combarelles es una cueva con grabados, con casi 400 variadas representaciones de este género, en sus tres cuartas partes muy visibles. La cavidad está formada por una doble galería: Les Combarelles I y II. Como Font-de-Gaume fue descubierta en septiembre de 1901 por el trío de investigadores formado por Capitan, Breuil y Peyrony. RIPOLL, *Breuil*, págs. 47-54.

Mientras que la monografía de Font-de-Gaume fue editada en 1910, la publicación del volumen monográfico sobre Les Combarelles se demoró 24

años a causa de la guerra mundial de 1914-1918 y la crisis económica consecuente que afectó al Institut de Paléontologie Humaine. Este amplio estudio es el de L. CAPITAN, H. BREUIL y D. PEYRONY, *Les Combarelles aux Eyzies (Dordogne)*, París, Masson, 1924, X+192 págs., 128 figs. y 58 láminas. Los fragmentos traducidos en las págs. 7-11. En sus descripciones el estilo de H. B. se hace aquí mucho más escueto.

En *Quatre cents siècles*, págs. 90-105, figs. 51-70, H. B. coloca Les Combarelles en tercer lugar entre los «seis gigantes», después de Altamira y Font-de-Gaume.

En los años ochenta se realizaron nuevos calcos en Les Combarelles I por C. Barrière y por N. Aujoulat en Les Combarelles II: C. BARRIÈRE, *L'Art des cavernes*, págs. 109-113; N. AJOULAT, en la misma publicación, págs. 114-118.

Cf. en el presente volumen: 1901, Les Combarelles (págs. 51-52); 1901, Font-de-Gaume (págs. 52-53); D. Peyrony (págs. 154-160); Les Eyzies-de-Tayac (págs. 195-198); nuestro arte de la Edad del Renc (págs. 340-351).

Font-de-Gaume (Les Eyzies)

La caverna de Font-de-Gaume se encuentra en el segundo de los vallejuelos que, desde la confluencia del Beune en el Vézère, interrumpe la escarpadura rocosa de su vertiente meridional. Se halla a una distancia de casi dos kilómetros de la estación de ferrocarril de Les Eyzies, a 1.300 m de la plaza del Ayuntamiento, a 800 m de la cueva de Les Eyzies, a 1.700 metros de la cueva de La Mouthe, y a 1.400 metros de la de Les Combarelles (para estas dos últimas las distancias son a vuelo de pájaro).

El pequeño valle de Font-de-Gaume toma su nombre de un excelente manantial que se halla en su misma entrada. Es una pila ancha, profunda, y de fondo plano, de aproximadamente 300 metros de anchura y 1.200 metros de longitud, sin ninguna relación con el pequeño regato que serpentea por las vastas praderas de su talveg. Por cada lado, el borde de la meseta se levanta vertical, inaccesible y algo boscoso; cultivado en bancales escalonados en la vertiente izquierda menos abrupta; orientada al NE, desnuda y rocosa enfrente, con orientación al SO. El extremo de la meseta que avanza por este lado, entre el Beune y la pequeña hondonada se eleva con la imponente majestad de una torre colosal en el ángulo de una inmensa muralla, desnuda y continua, abastionada con pequeñas torres al remontar el Beune hacia el pintoresco caserío de Girouteaux.

El muro rocoso de la ladera, acanalado verticalmente, presenta algunas brechas: cinco grandes diaclasas paralelas interrumpen su continuidad. La erosión ha transformado la tercera en una hondonada en forma de embudo. La cueva de Font-de-Gaume está en estrecha conexión con la cuarta diaclasa, de la que no es más que un ensanchamiento más o menos complejo. Para acceder a la entrada de la cavidad, que domina el pequeño valle desde unos treinta metros de altura, hay que trepar por un sendero de cabras en el extremo del espolón rocoso, y seguirlo por la ladera entre la hierba raquílica y resbaladiza que no llega a ocultar el cascajo que cubre el suelo, llegando hasta las cercanías del barranco suspendido [...] Cuando se accede a él, se deja a la derecha una roca tabular en la que se abre una cavidad casi circular, con un canal de desagüe. El propio barranco está modificado por obra de antiguos indígenas que construyeron transversalmente un muro de grandes piedras no trabajadas. En él se apoya una pequeña plataforma de tierra y pedruscos. Gracias a esta primitiva construcción se llega sin esfuerzo [...] a la antecámara de la caverna [...].

El espléndido arte de Font-de-Gaume, que incluye bellos «polícromos» de estilo emparentado con el de Altamira, fue encontrado por D. Peyrony el 12 de septiembre de 1901, a los pocos días del hallazgo de los grabados de Les Combarelles. El episodio del descubrimiento casi simultáneo de ambas cuevas fue determinante en la vida de H. B. como investigador del arte paleolítico. RIPOLL, *Breuil*, págs. 47-54.

Como el anterior sobre Les Eyzies, este texto se ha traducido de las págs. 20-21 de la voluminosa monografía de L. CAPITAN, H. BREUIL y D. PEYRONY, *La caverne de Font-de-Gaume aux Eyzies (Dordogne)*, Mónaco, Chêne, 1910, VIII + 271 págs., 244 figs. y 66 láminas. Su escritura puede fecharse en 1905 o 1906. No se han traducido algunos fragmentos de carácter técnico.

En su obra *Quatre cents siècles*, el Abate dedica a esta caverna las págs. 75-89, figs. 32-50, incluyéndola como segunda entre sus «seis gigantes», inmediatamente después de Altamira.

Posteriormente se han descubierto algunas otras representaciones, principalmente grabados, por P. y G. Daubisse, A. Leroi-Gourhan, Cl. Barrière y A. Roussot. Por ejemplo: Cl. BARRIÈRE, «Une scène anthropomorphique à Font de Gaume», *Bulletin de la Société Préhistorique de l'Ariège*, XXIV, 1969, págs. 1-15; o M. SARRADET, *La Grotte de Font de Gaume* (Périgueux, Fanlac, 1968). Entre 1966 y 1968 se realizaron por P. Vidal y M. Sarradet importantes trabajos de limpieza de los muros que permitieron una mejor lectura de las representa-

ciones (en la actualidad más de 200 pinturas y grabados inventariados, incluyendo una veintena de bisontes). Síntesis en: A. ROUSSOT, *L'Art des cavernes*, págs. 129-134.

Cf. infra: Les Combarelles (págs. 51-52 y 198-200); Les Eyzies-de-Tayac (págs. 195-198); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

Cap-Blanc (Marquay)

Cuando, viniendo de Les Eyzies por la carretera que lleva a Marquay y a Sarlat, se ha remontado el valle del Beune hasta un lugar frente a la cueva con dibujos arcaicos de La Grèze, se ha atravesado el talveg cenagoso desde la orilla derecha a la izquierda y luego subido trabajosamente la cuesta soleada hasta la aldea de La Grèze; un poco más allá aún, se llega a uno de los lugares más salvajes y pintorescos de esta región, por otra parte tan rica en panoramas encantadores.

A través de un ralo bosquecillo de encinas en el que pueden encontrarse trufas, se adivinan las torretas, adornadas de matacanes y rodeadas por fosos, de un pequeño castillo del siglo xv, al que espesas hiedras y viejos olmos confieren un marco simpático. Acercándose a la terraza cercana, se descubre al pie de un vertiginoso despeñadero el cañizal del llano, cerrado por todas partes por altas rocas únicamente recortadas por profundas pequeñas hondonadas tapizadas de hierba. Enfrente, sobre una de ellas, se asienta una gigantesca ruina. En medio de sus altas murallas, socavadas por enormes grietas, se levanta todavía un audaz torreón, mezclando al aspecto de las antiguas defensas una nota de soberana y graciosa elegancia. Es Commarque, frente a Laussel, pareciendo que ambos quieran cerrar el paso de este lozano paraje a alguna horda de soldados borgoñones o ingleses.

Estos lugares, por otros motivos sin duda, fueron conocidos desde la edad paleolítica por las viejas tribus humanas: achelenses, musterienses, auriñacienses, solutrenses y magdalenenses acumularon en niveles superpuestos los restos de su cocina, en los abrigos que hay debajo del castillo [...].

Más abajo de la fortaleza, el acantilado disminuye en altura y deja lugar a anchas pendientes bastante suaves, cuyo perfil apenas está roto, en relanos sucesivos, por el saliente de algunos bancos calizos más resisten-



Elaboración del friso esculpido de Cap-Blanc (Marquay, Dordoña)
(dibujo de H. Breuil en *Beyond the Bounds ...*).

tes: es el bosque de Cap-Blanc, por el que se puede llegar fácilmente al fondo del valle. Algunos sílex se encuentran esparcidos por la superficie de las arenas del Périgord, arrastrados por las lluvias que los mezclan con arcillas. Estas formaciones muebles, al bajar por las pendientes, se acumulan en la base de los resaltes de los bancos rocosos, enmascarando el suelo natural primitivo.

Esto es lo que ocurrió bajo una roca que forma un modesto abrigo en una longitud de unos quince metros. Unos sondeos, practicados por encargo a R. Peyrille, encontraron dos hogares superpuestos y con con-

tenido casi idéntico. El más antiguo era también el más importante, extendiéndose en una longitud de unos quince metros. La fauna estaba caracterizada por la gran abundancia de reno, al que se sumaban en cantidad mucho menor el caballo, el lobo, el zorro, el león, un gran bóvido, el ciervo común, el saiga, etc. El utillaje corresponde a una fase antigua del Magdaleniense (III) [...]. Al fondo del abrigo se descubrió el friso de caballos esculpidos, una de las obras más sorprendentes del arte paleolítico.

Fragmentos, págs. 385-386, de J. G. LALANNE y H. BREUIL, «L'abri sculpté du Cap-Blanc, à Laussel (Dordogne)», *L'Anthrop.*, XXII, 1911, págs. 385-402, 6 figuras.

El admirable friso esculpido de Cap-Blanc fue encontrado el 28 de septiembre de 1909 por R. Peyrille que trabajaba por cuenta del Dr. Lalanne, médico en Burdeos. En diversos estados de conservación, lo forman 14 alto-relieves entre los que se identifican caballos y algún bisonte. Lalanne publicó unos pocos artículos sobre el lugar. Uno de ellos es: G. LALANNE, «Un atelier de sculpture de l'âge du Renne», *Revue Préhistorique*, 5, 1910, págs. 5-16, 3 figuras. Muy pronto Lalanne se hizo ayudar por H. B. ante las dificultades técnicas del estudio del friso. El resultado de esta colaboración fue el artículo aquí parcialmente traducido.

Cabe recordar que en la parte exterior del abrigo se encontró una sepultura, supuestamente magdaleniense, cuyo esqueleto pasó al Field Museum of Natural History (Chicago).

En *Quatre cents siècles*, págs. 282-285, figs. 322-326. El friso fue de nuevo estudiado por Alain ROUSSOT, «Contribution à l'étude de la frise pariétal du Cap Blanc», en M. ALMAGRO BASCH y M. A. GARCÍA GUINEA (eds.), *Santander Symposium*, 1970, Santander-Madrid, 1972, págs. 87-113, 5 figuras. Síntesis actualizada por el mismo autor en *L'Art des cavernes*, págs. 157-163, con figuras (una de ellas la interpretación del friso en su estado actual). Guía monográfica para la visita: A. ROUSSOT, *Visiter le Cap-Blanc*, Burdeos, Sud-Ouest, 1994.

En el cercano yacimiento de Laussel, el doctor Lalanne encontró, en 1911, varios bloques esculpidos y grabados, con restos de pintura. Entre ellos el famoso bajo-relieve de la «Venus del cuerno». El Abate escribió el prefacio (págs. 1-3) del estudio de J. G. LALANNE y J. BOUYSSONIE, «Gisement paléolithique de Laussel», *L'Anthrop.*, 50, 1941-1946, págs. 1-161, 123 figuras.

Cf. infra: Cap-Blanc (págs. 66-67); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351):

Rouffignac (Dordoña)

He recibido con placer el bello volumen publicado por los descubridores de la cueva de Rouffignac. Su exposición objetiva de los hechos debería servir para poner punto final a las penosas controversias que siguieron a las primeras informaciones referentes a este soberbio e importante hallazgo.

En la primera parte, los autores recuerdan que la caverna fue comúnmente visitada desde 1875. Invitados por sus propietarios, la familia Plassard, industriales de Roanne, ambos llegaron a La Pradelle el 26 de junio de 1956, encontrando figuras pintadas y grabadas que, al parecer, estaban citadas en textos de 1675 y 1763. A petición suya, yo mismo fui allí el 17 de julio siguiente y no pude hacer otra cosa que confirmar la autenticidad y la trascendencia del descubrimiento, como hicieron después los profesores P. Graziosi y M. Almagro.

En una primera galería [...] hay pocas figuras pintadas y grabadas. Anteriores a las obras de arte, existen sobre los muros los zarpazos de los osos, primero del gran oso y luego de oso pardo, conocidas por el hombre que las obliteró con sus propios trazos digitales, a los que suceden figuras hechas con un solo dedo sobre la roca húmeda y más tarde con un sílex cuando la roca lo exigía. Los autores creen que estos *macaronis* no son de una edad muy diferente de la que corresponde a las bellas figuras grabadas y pintadas, por lo demás poco abundantes en esta galería.

El Grand Plafond y sus 50 representaciones zoomorfas [...]: 20 mamuts, 10 machos cabríos, 9 bisontes, 7 caballos y 3 rinocerontes, todos ellos pintados a uno y otro lado y por encima de la entrada a la *Descente* [bajada] al manantial de agua, lugar propicio para el descanso desde la Edad del Reno, tras un difícil recorrido subterráneo. Allí, los *graffitis* se multiplican, admirables cuando se trata de los que los autores suponen magdalenenses, pero numerosos en exceso cuando no son más que la obra de sus sucesores alfabetizados de los tiempos modernos. En este lugar, la señora Plassard, esperando el regreso de turistas que bajaron al manantial, presintió que existían finas líneas bajo los empastes de los últimos siglos: acaso algún día será posible hacerlos desaparecer sin alterar los dibujos subyacentes. A la espera de este avance de la técnica, debemos felicitar a los autores por haber conseguido, mediante una delicada labor, realmente notable, facilitar la lectura en sus 29 láminas, co-

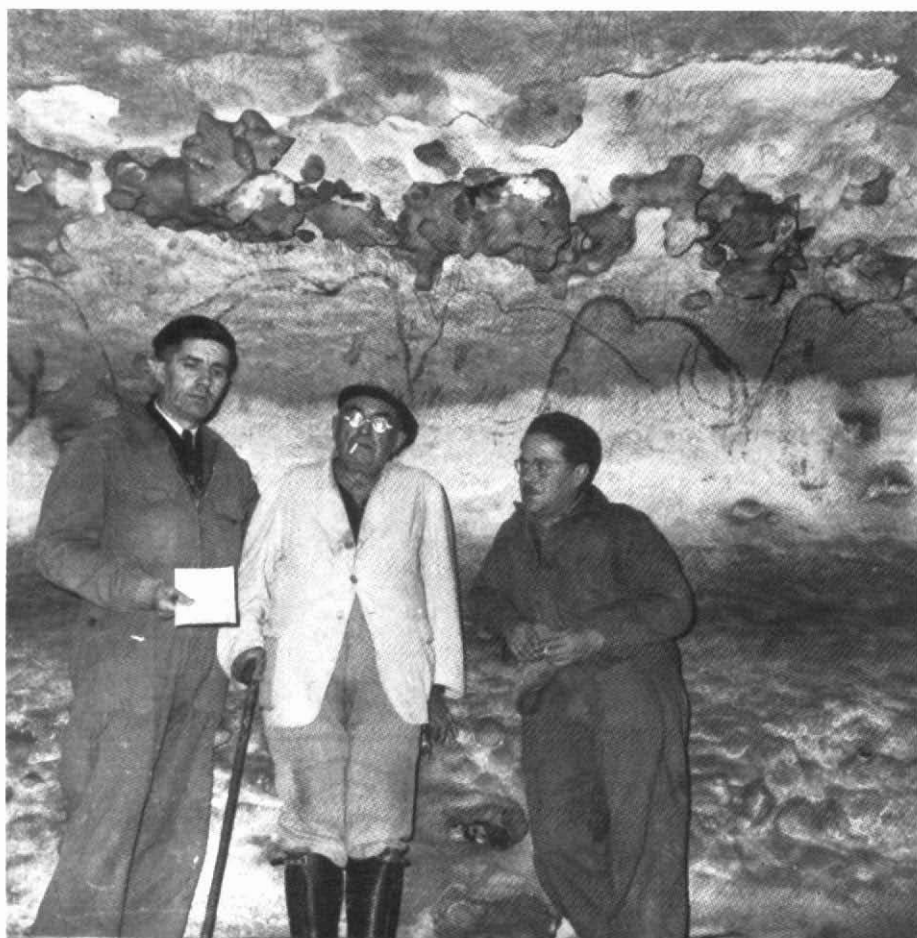
locando, en cada caso, al lado de las fotografías no retocadas de las obras de arte, otras en las que se han eliminado los *graffitis* modernos que las desfiguran. Esto constituye un éxito importante.

Veintidós láminas están dedicadas a la galería que me ha sido dedicada, Galería Breuil, que comprende 24 mamuts, 3 rinocerontes pintados, un bisonte negro, 2 cabezas de caballo —una grabada y otra pintada—, así como algunos signos. Por último, en el Salon Noir, se ven, siempre reproducidos en doble prueba (una no retocada y otra liberada de los *graffitis*): 18 mamuts, 16 machos cabríos, 8 caballos, 5 rinocerontes y 4 bisontes, todo ello de forma enmarañada. Se trata de una abundante y magnífica ilustración fotográfica, gracias a la cual cada uno puede formarse una idea personal del muy alto valor artístico de Rouffignac y del esfuerzo que los autores han realizado para darlo a conocer. Espléndido conjunto, sin ninguna duda todo de la misma época, acerca de la cual cabe esperar que las excavaciones que actualmente lleva a cabo Cl. Barrière darán a conocer el contexto [arqueológico].

La caverna de Rouffignac (o de Miremont de Rouffignac), en el municipio de este nombre, tiene una decena de kilómetros de galerías en dos niveles. Visitada y descrita en letra impresa desde el siglo XVI (F. de Belleforest, 1575, que cita las figuras de animales). H. B. había visitado en 1915 la caverna buscando insectos cavernícolas, pero abandonó la exploración al encontrarse con una zona inundada por el agua y el barro. Tal como recuerda el Abate en el texto traducido, el arte de Rouffignac fue descubierto por L.-R. Nougier y R. Robert en 1956. Se suscitó entonces una lamentable polémica sobre la autenticidad de las representaciones murales encontradas. Pero ésta fue refrendada por el Abate menos de un mes después del hallazgo, soportando la fatiga de la circulación por las vastas galerías y a pesar de su avanzada edad (79 años). A la misma conclusión llegó una comisión internacional presidida por los profesores Paolo Graziosi y Martín Almagro Basch, en cuyos trabajos participamos.

Historia del agrio debate aludido en L.-R. NOUGIER y R. ROBERT, *Rouffignac ou la guerre des mammoths* (París, La Table Ronde, 1957), con documentos. A una de las galerías principales, los descubridores le dieron el nombre del Abate: L.-R. NOUGIER y R. ROBERT, *Rouffignac. I, Galerie Henri Breuil et Grand Plafond* (Florenca, Sansoni, 1959). En sus págs. 13-14, prólogo del Abate Breuil. El texto aquí traducido es el de la recensión de dicho libro publicada por H. B. en *L'Anthrop.*, 64, 1960, págs. 524-525.

Existen otros dos artículos del Abate sobre Rouffignac, uno en *Gallia-Préhistoire*, 15, 1957, págs. 1-17, 8 figs.; y «Des preuves de l'authenticité des



El Abate Breuil ante el friso de los mamuts de la cueva de Rouffignac (Dordoña), con L.-R. Nougier y R. Robert, el 17 de julio de 1956.

figures pariétales de la caverne de Rouffignac», *Bull. Soc. Préh. Française*, 56, 1959, págs. 82-92, 5 figuras.

Sobre las citas antiguas: S. de SAINT-MATHURIN, «Rouffignac, ses textes, ses plans», *Bull. Soc. Préh. Française*, 55, 1958, págs. 588-592, 1 fig.; B. y G. DELLUC, «La grotte de Rouffignac: un plan de 1814», *Bulletin de la Société Historique et Archéologique du Périgord*, CXIV, 1987, págs. 255-257, 2 figuras. Posteriormente: Cl. BARRIÈRE, *L'art pariétal de Rouffignac. La grotte aux cent mammouths*, París, Picard, 1982. Del mismo autor, texto en *L'Art des cavernes*, págs. 201-207, 13

figuras. A Cl. Barrière se debe asimismo la excavación del yacimiento postpaleolítico de la entrada.

La familia Plassard, propietarios de la cueva, sigue avanzando en el inventario de sus representaciones (el número de mamuts conocidos se eleva ahora a 160). M. O. y J. PLASSARD, *Visiter la grotte de Rouffignac*, Burdeos, Sud-Ouest, 1995. De fecha reciente, J. PLASSARD, *Rouffignac, le sanctuaire des mammouths*, París, Scuil, 1999.

Cf. en el presente volumen: Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

2. Lot

Pech-Merle (Cabrerets)

Querido Señor Abate Lemozi: Durante mucho tiempo existía un vacío en el mapa de las cuevas con arte. Entre el grupo compacto del Périgord y el de los Pirineos centrales, se extendía, como en los antiguos mapas de África, una *terra incognita* de la que nada se sabía y que necesitaba un explorador. Las Causses del Lot, sin embargo, tuvieron, en la Edad del Reno, unas tribus de cazadores como los del Vézère y del Ariège. Los trabajos antiguos de F. Bergougnoux ya llamaron la atención [desde 1887] sobre el valle del Célé y sus abrigos bajo roca, al igual que, en el límite norte de la misma región, las excelentes excavaciones de Armand Viré [a principios de siglo]. Pero nadie había explorado las numerosas y vastas cavernas de La Causse, donde tan sólo algunos magníficos antros naturales, inaccesibles al hombre cuaternario, fueron preparados para la visita de los turistas en Rocamadour y Lacave. Era inverosímil que alguna de estas cavernas no hubiera conservado en sus oscuras galerías algunos frescos o dibujos grabados análogos a los de las regiones vecinas.

Usted inició de nuevo las excavaciones abandonadas desde hacía cincuenta años en esos pintorescos valles, cuya belleza diferente puede compararse con los hermosos roquedos del Salardais. Tras unas investigaciones fructíferas en muchos dólmenes y túmulos de los alrededores de Rocamadour, dio a conocer, en el valle del Alzou, los numerosos y delicados *graffitis* del Abri de Murat, descubiertos y luego descifrados y copiados con una agudeza visual y una consciente habilidad

de dibujante y de artista, a la que me es grato rendir un merecido homenaje.

Más tarde, en el valle del Célé, copió los grabados parietales de Sainte Eulalie, primeros indicios de futuros descubrimientos que pronto llegarían, como la cueva de Marcenac y sus vestigios de pinturas y grabados. El Lot empezaba a ocupar un lugar en el repertorio de las cuevas con arte.

Entonces, con la ayuda de sus feligreses, muy adictos a su persona como usted a la de ellos, empezó el estudio metódico de la grandiosa y magnífica caverna de Pech-Merle, en Cabrerets, y la progresiva exploración, penosa y peligrosa, de sus inmensos espacios, separados en ocasiones por profundas simas difíciles de franquear, lo que pude comprobar en su compañía.

Mencionaré en particular los paneles cargados de pinturas, admirablemente conservadas, contempladas por primera vez en las salas no violadas desde la lejana Edad del Reno. Citaré en especial el panel auriñaciense en el que se entremezclan, en un emotivo palimpsesto, manos con su halo, discos y círculos rojos, un gran lucio trazado a la sanguina y esos extraños caballos negros de estilo tan singular y original. Y no lejos, esa manada confusa de animales de caza del Magdaleniense antiguo, espléndidamente dibujados en negro de carbón y con trazo seguro. En él se entremezclan toros salvajes, bisontes, caballos y, muy singulares, la más hermosa serie conocida de mamuts de largo pelaje.

Si Altamira es la «Capilla Sixtina» de la región cantábrica y Niaux, con su «Salón Negro», la de los Pirineos, la sala pintada de Pech-Merle es la de las Causses del Lot, uno de los monumentos más importantes del arte paleolítico.

Muchos otros rincones de la caverna le fueron entregando sus secretos, sumando interesantes observaciones a lo que ya se conocía. En medio de un tremendo embrollo de trazos, sobre un plafón arcilloso, aparecen las mujeres auriñacienses, rampantes y con los senos colgantes, hermanas de las de Laussel, Lespugue y Brassempouy. En otro lugar se dibujó la ruda silueta, la única actualmente conocida, del gran ciervo de Irlanda, con gigantesca cornamenta [el *Megacerus hibernicus*]. Pero no debo sustituirle en la descripción de estos hallazgos.

No se ha limitado usted a observar, pues, además, ha copiado esos nu-

merosos paneles de gran complicación. A pesar de la excesiva dificultad de avanzar arrastrándose centenares de metros, sin descanso, ha pasado largas jornadas, noche y día, para descifrarlo todo y copiarlo con una admirable fidelidad y un invencible entusiasmo, incluso sin preocuparse por su salud y sus fuerzas físicas.

Al menos ha tenido la satisfacción de verse entendido y ayudado por una adhesión y una simpatía iguales a su coraje desinteresado: me refiero al señor Jean Lebaudy y a la señorita de Gouvion Saint-Cyr. Estos mecenas, interesados en dar a conocer y hacer más accesibles dichos tesoros del arte primitivo, han hecho abrir en la roca viva un camino más fácil para los visitantes, hombres de ciencia o turistas, interesados por instruirse y admirar aquellas viejas figuras. Además, gracias a ambos protectores de la ciencia, aparece ahora este libro.

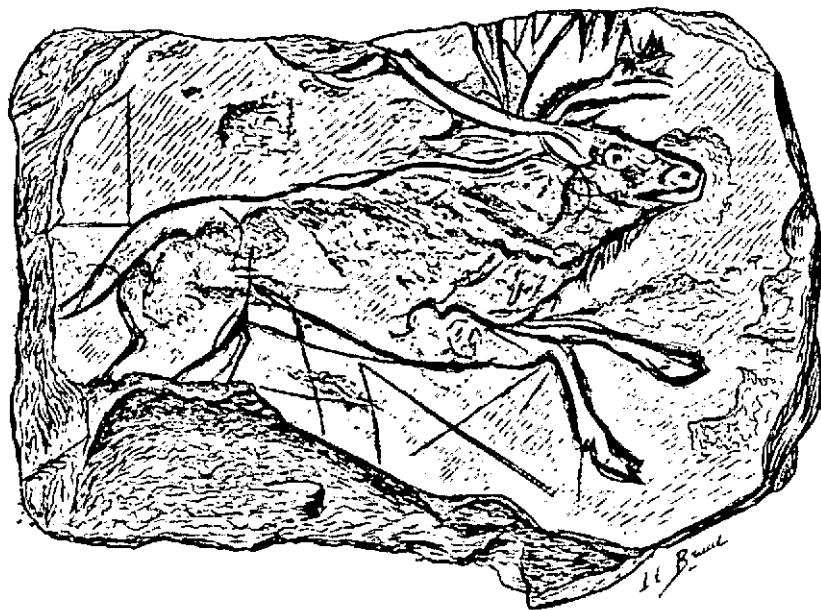
Con mucho gusto, al enviarle estas breves líneas como prefacio de su publicación, le hago presente, señor Abate, mi tributo dos veces confraternal, de enhorabuena y de aliento. Permítame augurar que de nuevo algún día aportará otros descubrimientos que le honrarán como el presente. Y hago partícipes de mi felicitación a los que le han ayudado y apoyado en su labor.

«Carta-prefacio», págs. XI-XIII, al libro de A. LEMOZI, *La grotte-temple du Pech-Merle. Un nouveau sanctuaire préhistorique*, París, Picard, 1929, texto fechado en París el 30 de enero de 1928. De este libro debieron editarse escasos ejemplares, pues constituye una rareza bibliográfica.

El enorme complejo troglodítico de Cabrerets, entonces de muy difícil recorrido, lo encontró el 15 de febrero de 1920 el joven André David, de ahí que se cite a veces como Grotte David. Él mismo y H. Duterre descubrieron el arte parictal el 4 de septiembre de 1922. El propio A. David encontró en 1949 la nueva e importante galería de Le Combel. Noticia en A. LEMOZI, «Le Combel du Pech-Merle, commune de Cabrerets, Lot, et ses nouvelles galeries», *Bull. Soc. Préh. Française*, XLIX, 1952, págs. 320-326.

El Abate Lemozi publicó una quincena de trabajos sobre yacimientos del Lot (Marcenac, Sainte-Eulalie, Cantal, etc.). Por su parte, H. B. se ocupó de las notables figuras antropomorfas de la cavidad: H. BREUIL, «Nouvelles figurations humaines de la caverne David, à Cabrerets», *Revue Anthropologique*, XXXIV, 1924, págs. 165-171, 5 figuras. En *Quatre cents siècles*, págs. 267-275, figs. 302-312.

Desde los años cincuenta la cueva ha sido bien estudiada, con descubrimiento de nuevas representaciones, por Michel Lorblanchet que le ha



Placa de esquistu con un reno grabado de la cueva de Saint-Marcel (Indre)
(tamaño natural) (según H. Breuil, 1902).

dedicado numerosos trabajos. Síntesis y bibliografía en M. LORBLANCHET, *L'Art des cavernes*, págs. 467-474, 11 figuras. Fruto de su amplia experiencia se debe a este autor un sugestivo libro sobre el arte paleolítico en general: M. LORBLANCHET, *Les grottes ornées de la Préhistoire, nouveaux regards*, París, Errance, 1995.

Entre pinturas y grabados en Pech-Merle hay 576 representaciones, abundando los mamuts. Van desde el Gravetiense al Magdalenense. Se conocen dataciones de C¹⁴ que sitúan la facies más antigua en torno al 23.000 a.C.

Cf. infra: sobre la autenticidad de Pech-Merle (págs. 297-301).

3. Indre

Saint-Marcel/Blanchard

La ladera de Saint-Marcel, que se alza por la orilla derecha del río Creuse, un poco aguas abajo de Argenton, está constituida por

escarpamientos de caliza bajociense orientados hacia el sur. Se abren en ellos numerosas cavidades más o menos disimuladas por los desprendimientos. Al pie de estos roquedos, cubiertos de un ralo monte bajo, se extiende la fértil llanura de Champsbons.

Hace poco más de cincuenta años los desprendimientos amontonados al pie de la pendiente, enmascaraban la base de los escarpados. Pero, en el momento de la apertura del ferrocarril entre Châteauroux y Argenton (1848) la vía férrea fue trazada al pie mismo de la ladera de Saint-Marcel, quedando destruida toda la base de la escarpadura al construirla. Dichos trabajos pusieron al descubierto, a unos 1.200 m. de la estación de Argenton, una pequeña cueva que contenía muchos huesos y sílex tallados. Su contenido fue vaciado y sirvió para terraplén de la vía. Los señores P. A. Brouillet y A. Meillet llegaron entonces desde Poitiers y recogieron algunos objetos [1849]. De esta cueva sólo queda ahora la parte más interna, al lado de la trinchera del ferrocarril.

Los puntos donde se realizaron los trabajos del señor M. Benoist están un poco más cerca de Argenton y son dos: una cueva y una estación-abrigo. El descubrimiento de la cueva como yacimiento prehistórico se debe a los señores R. Rollinat —bien conocido sobre embriología de los reptiles—, Chenu y Herpin. Esta cavidad se abre a 1.090 m de la estación de Argenton, a la misma altura que la destruida (el Creuse corre 100 m por debajo), al borde y un poco por encima de un camino que sigue la vía y fue abierto después de ser puesto en funcionamiento el ferrocarril.

En 1888, habiendo observado algunos sílex y huesos en la entrada de esta cueva, dichos señores realizaron una pequeña excavación en la parte delantera. En ella se recogieron huesos de reno y caballo, varios molares de *Rhinoceros tichorhinus* y de *Hyaena spelaea*, así como un cierto número de hojas de sílex sin retoques. Fue en esta cueva donde Benoist, residente en Argenton desde 1892, empezó sus investigaciones en enero de 1896, prosiguiéndolas hasta el 25 de julio siguiente. Durante este tiempo, 25 m de su estrecho corredor fueron vaciados por completo. La excavación se detuvo ante una muralla estalagmítica compacta. El mes de octubre del mismo año encontró otro yacimiento situado a 35 m al oeste y señalado por algunos sílex desenterrados por los conejos [...]. En él se efectuaron excavaciones desde octubre a diciembre de 1896.

H. BREUIL, «Station de l'âge du Renne de Saint-Marcel (Indre), d'après les fouilles de M. Benoist», *L'Anthrop.*, XIII, 1902, págs. 145-165, 9 figuras. Hemos traducido sólo la descripción de los lugares, págs. 146-148. El artículo presenta el detalle de importantes objetos de arte mueble encontrados por M. Benoist.

El complejo cárstico de Saint-Marcel comprende varias cavidades. Las excavaciones de Benoist se realizaron en el llamado Grand Abri. Debajo del mismo se encontró en 1956 la Grotte Blanchard, con arte rupestre muy mal conservado: J. ALLAINE, *L'Art des cavernes*, págs. 299-301, con figuras.

4. Ariège

Niaux

La región de Tarascon-sur-Ariège es mencionada con frecuencia en la historia de la paleontología humana. Desde hace siglos, los campesinos habían observado las voluminosas osamentas de osos de ciertas cavernas, y ocasionalmente los mostraban a los forasteros que se sorprendían al máximo. Uno de nuestros poetas gascones, Salluste de Bartas, en *Les neuf muses des Pyrénées*, obra ofrecida al rey de Navarra, los señala al hablar de la montaña de Soudour:

Ce roc de Tarascon hebergea quelquefois
Les géants qui voloyent les montagnes de Foix
Dont tant d'os excessifs rendent leur témoignage.*

(El bandidaje a que alude este autor, debía ser considerable puesto que se atribuye a gigantes de los que se creía haber encontrado los huesos; ver NOULET, *Étude de l'Ombrive*, Toulouse, 1882). Las búsquedas de los curiosos no empezaron hasta el siglo XIX. Ya en 1822, Adolphe Garrigou, historiador local, hizo depositar algunos huesos humanos en la biblioteca de Foix, que los conserva; en 1826, el Dr. J. B. Noulet [1802-1890] recogió ciertos objetos y otros hicieron lo mismo, pero, en general, sin espíritu de continuidad y para nada.

La feliz influencia de los descubrimientos de Aurignac y de la Dordoña provocó un notable movimiento arqueológico en el Ariège. Su promo-

*Aproximadamente: Esta roca de Tarascon albergó en algún tiempo / Los gigantes que robaban las montañas de Foix / (y) De las que tantos huesos excesivos nos entregan su testimonio.

tor fue el hijo del historiador citado, el joven Dr. Félix Garrigou [1835-1920] que, a partir de 1862, exploró con éxito diversos yacimientos, publicando una serie de notas en los *Comptes rendus* de la Académie des Sciences, la Société Géologique de France y la Académie de Toulouse. Gracias a él y a sus colaboradores ocasionales —sus camaradas de la escuela, J. B. Rames [1832-1894], de Aurillac y Henri Filhol [1843-1902], de Toulouse—, la región de Tarascon es citada con frecuencia en todos los medios que se interesan por la arqueología de las edades primitivas (Noulet no publicó su estudio sobre Ombrive hasta 1882; este naturalista eminente sintió escrúpulos en publicar otras memorias, lo que hay que deplorar).

Las brechas de Bédeilhac y de Bouicheta, con piedras ciertamente talladas por el hombre contemporáneo de las especies cuaternarias, la estación de La Vache o de Alliat, de finales de la edad del reno, los abrigos bajo roca neolíticos o más recientes de Ussat, Sabart, Niaux, Bédeilhac, etc., están admirablemente representados en los museos de Foix y de Toulouse (colecciones Garrigou, Noulet y Filhol).

La naturaleza parece haber predestinado a Tarascon a convertirse en un centro del hábitat prehistórico. Allí se está cerca de la gran llanura y a la entrada de uno de los más profundos valles de los Pirineos. Es el paso del gran camino abierto por el río Ariège y que los animales y el hombre debieron seguir en todos los tiempos. Es una de las vías más accesibles entre Francia y España.

Los glaciares cubrieron todas las depresiones hasta una altura relativa de 400 metros. Entonces las aguas abrieron unos cauces subterráneos, preparados desde hacía mucho tiempo, en las capas calizas jurásicas y cretácicas, plegadas y con fallas, que constituyen el terreno y tienen una gran potencia. Retirado el glaciar, por todos lados se abrían cavernas accesibles que se convertían en guarida de osos e hienas y luego en estaciones humanas. La viña crece ahora muy bien al pie de las montañas escarpadas. El clima debió ser siempre más favorable que en otras comarcas vecinas. Durante mucho tiempo la fauna pudo abundar en el bosque o en la estepa y también en los ríos.

El pequeño municipio de Niaux se halla en las orillas del Vic-de-Sos, afluente del Ariège, a cuatro kilómetros de Tarascon. En su territorio hay varias cavernas que llevan su nombre sin que se haya hecho nada para distinguirlas. En la orilla derecha y sobre la arista rocosa que se le-

vanta aguas abajo del pueblo, se ven las cuevas de Niaux mayor y menor que son las estaciones neolíticas de los exploradores de 1862 y años siguientes. Se abren hacia el oeste y el sudoeste.

La cueva de Niaux que ahora nos interesa está al otro lado del roquedo, por consiguiente un poco más cerca de Tarascon y exactamente encima de una forja, la única que sobrevive en prosperidad con el método catalán y al precio de la tala.

En el mapa del Estado Mayor está señalada como Grotte de la Calbière, nombre totalmente olvidado en la actualidad. Muy vasta, ofrece una circulación fácil y es sumamente pintoresca, motivos por los que la visitaban los turistas (una distracción para los bañistas de Ussat). Durante unos años tuvo incluso un arrendador y un guía. Uno de ellos había observado dibujos en una sala a la que llamaba El Museo, pero a los que nadie prestaba atención. En 1872, el Dr. Garrigou los ve, anota el hecho en su carné de excursiones y sigue adelante. En 1872, Félix Regnault no sabe nada de esto, pero tras una rápida visita habla de la cueva en la Sociedad de Historia Natural de Toulouse en su sesión del 15 de mayo. Su nota no tiene más que cinco líneas, pero contiene una observación exacta: «La enorme y hermosa cueva de Niaux, situada a 4 kilómetros de Tarascon, se compone de una serie de vastos corredores y cámaras espaciales adornadas por estalactitas, *en gran parte rellenas por arenas y cantos rodados*. Las excavaciones son imposibles, vista la dificultad de llegar al suelo primitivo».

Treinta y cuatro años después, la caverna estaba absolutamente abandonada. Pero un oficial superior jubilado, el Comandante Molard, acababa de comprar una casa en Sabart, al borde del Vic-de-Sos, entre Tarascon y Niaux, donde en verano residía con su familia. Para ocupar provechosamente su tiempo libre, con sus hijos empezó a visitar las anfractuosidades del país. La Caverna de las Forjas les pareció digna de un estudio especial, levantaron un plano, muy bien hecho, que nos ha permitido dar aquí un croquis topográfico.

Mientras realizaban este difícil trabajo, dichos señores llegaron a una vasta rotonda al final de una galería y percibieron, el 22 de septiembre de 1906, algunos dibujos negros que representaban diversos animales: uros, équidos y ciervos. Ese mismo día hablaron de ello a su vecino, el Dr. F. Garrigou, también de vacaciones en su propiedad familiar de Fournier. De común acuerdo decidieron avisar a uno de nosotros,

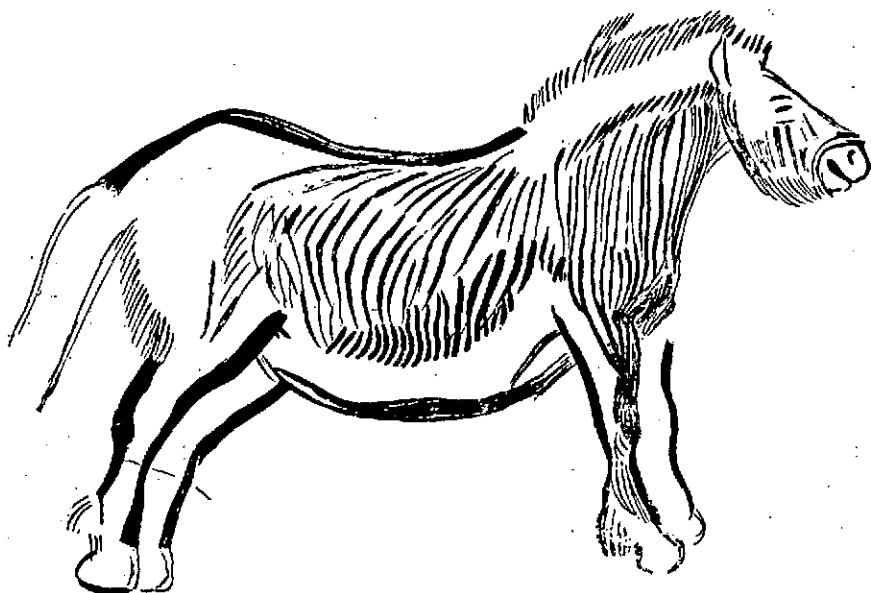
Cartailhac, que inmediatamente llegó desde el Aveyron, donde también estaba de vacaciones.

Delante de los dibujos, no tuvo dificultad en reconocer su estilo claramente paleolítico, anotando una serie de pruebas de su antigüedad de la que los Molard habían dudado dado el frescor y fragilidad de los trazos negros. Descubrió que los dibujos eran mucho más numerosos de lo que se pensaba al principio y que un cierto número de siluetas animales presentaban sobre el flanco flechas rojas y negras sistemáticamente colocadas, que en diversos puntos de la caverna existían verdaderas páginas de inscripciones, *sui generis*; volvía a encontrar los signos de Marsoulas, otros de Altamira, constatando de este modo el enorme interés de esta cueva misteriosamente adornada.

La Académie des Inscriptions registraba y publicaba su primer informe con fecha del 19 de octubre de 1906, al propio tiempo que el señor Bayet, director de enseñanza superior, conseguía del Ministro que se encargara a Cartailhac una misión para el estudio de esta caverna. Este, después de penosas, extrañas y costosas formalidades, pudo tomar en arriendo la caverna de las manos de la Administration des Eaux et Forêts. En señal de cortesía quiso que se le unieran como arrendatarios su viejo amigo el Dr. Garrigou, fundador y director del Museo del Ariège y decano de los prehistoriadores del Midi, y el Comandante Molard. Su primer cuidado fue el informar a su colaborador en el estudio de las cavernas pirenaicas con arte, el Abate H. Breuil, y ponerse de acuerdo con él para iniciar los trabajos de investigación.

Juntos hemos seguido pacientemente las interminables paredes. Los descubrimientos se han multiplicado. Hay figuras de tipos nuevos y por ello somos felices de presentar un resultado digno de la Académie des Inscriptions que se ha hecho cargo de nuestros gastos.

La otra caverna, la de las Forjas de Niaux, se abre a la altura de 668 m, o sea a 100 m por encima del Vic-de-Sos, en la ladera bastante abrupta de la montaña. La entrada es baja, estrecha, reducida por importantes escombros. Antaño existieron otras aberturas [...] Se prolonga, manteniéndose aproximadamente al mismo nivel –subidas y bajadas compensadas– hasta más de 1.400 m de distancia. La dirección es O-E para la galería principal, existiendo a ambos lados de la misma corredores menos importantes, por lo general no muy extensos. Uno más importante, en sentido N-S se presenta a la derecha a los 600 m [...].



Gran caballo pintado en negro del Salon Noir de la caverna de Niaux (Ariège)
(según H. Breuil, 1908).

En ciertos puntos parece que fuera ayer cuando las aguas abandonaron la cavidad. Cabría pensar en una caverna de formación reciente. Ninguna otra presenta tan ampliamente las espesas masas arenosas que la corriente abandonó. Unos cortes netos de este depósito muestran numerosas capas de espesor variable [...]

Las aguas reaparecen en la cueva con frecuencia, pero en condiciones muy diferentes, infinitamente más modestas que antaño. Cuando los glaciares, cuyas huellas conserva la montaña que se levanta hasta 1.190 m, estaban en actividad, las aguas torrenciales atravesaban las galerías. Puede verse que estas fueron colmatadas por lechos de estalagmitas y luego abiertas de nuevo. Desde hace mucho tiempo la cueva sólo recibe la infiltración de las aguas de lluvia y de las nieves derretidas: esto es suficiente en ciertos puntos para formar lagos y restaños, alimentándolos. Tuvimos que colocar pasarelas para franquear estos obstáculos. Pero el desagüe puede ser muy rápido y durante largos meses la cueva es de las más se-

cas, conservando en sus paredes las señales blancas de la inundación. Se puede entonces circular de uno a otro extremo con la mayor facilidad, como por un camino, pudiendo así concentrar la atención sobre los aspectos singulares, a veces grandiosos, de las paredes y las bóvedas.

También hay que franquear dos pasos estrechos que hemos mejorado. Uno de ellos, a 250 m, hace necesario subir sobre la parte alta de una estalagmita que cierra el paso y obliga a desviarse por un orificio estrecho. Un accidente análogo existía en la caverna de Font-de-Gaume. Sin duda influía en los trogloditas paleolíticos si realmente la búsqueda del misterio no era extraña a sus motivaciones.

A los 1.114 m, la bóveda se hace baja y se hunde en un lago permanente que hay que atravesar para llegar hasta el final de la caverna no lejos de la cercana cueva de Ussat, llamada L'Ombrive [...]

E. CARTAILHAC y H. BREUIL, «Les peintures et gravures murales des cavernes pyrénéennes. III, Niaux (Ariège)», *L'Anthrop.*, XIX, 1908, págs. 15-46, 32 figuras. La parte inicial seguramente sigue *ad litteram* las notas de Cartailhac.

La densidad de yacimientos y el ritmo de su investigación en la región del Ariège son comparables a los de la Dordoña. Desde los comienzos, Toulouse ha sido el centro principal de estos estudios: L. MÉROC (ed.), *Cent ans de Préhistoire toulousaine* (Toulouse, Muséum, 1956), con notas biográficas de los pioneros. El volumen conjunto del *Bulletin de la Société Méridionale de Spéologie et de Préhistoire* (V, 1954-1955) y *Bulletin de la Société d'Histoire Naturelle de Toulouse* (93, 1958), editado por L. Méroc, lleva el título *A la mémoire de J.-B. Noulet qui prouva, des 1851, l'existence de l'Homme fossile*.

Pasados muchos años, H. B. presentó ciertas precisiones: H. BREUIL, «La caverne de Niaux. Compléments inédites sur la décoration», *Bulletin de la Société Préhistorique de l'Ariège*, VII, 1952, págs. 11-35, 27 figuras. En *Quatre cents siècles*, págs. 178-195, figs. 142-165, Niaux es en este libro el sexto de los «gigantes». Síntesis de J. CLOTTE en *L'Art des cavernes*, págs. 416-423, 11 figuras. Del mismo autor: «The parietal Art of the Late Magdalenian», *Antiquity*, 64, 1990, págs. 527-548, 10 figuras. Sobre el arte paleolítico de los Pirineos centrales: D. VIALOU, *L'Art des grottes en Ariège magdalénienne*, XXII suplemento de *Gallia-Préhistoire*, París, CNRS, 1986.

Bajo el nombre de complejo de Niaux-Lombrives-Sabart, se conoce una enorme red troglodítica con varios kilómetros de galerías conocidas, ocasionalmente cortadas por lagos. Uno de ellos, el Lac Vert, fue atravesado con una balsa por J. Mandement que halló así la Galería Cartailhac, con varias figuras de color negro (1925). En momentos posteriores tuvieron lugar otros descu-

brimientos, culminando en el del Réseau René Clastres (6 de diciembre de 1970). Más de quinientas huellas de pies de adultos y niños, carbones de antorcha y varias pinturas (un mustélido, un caballo y tres bisontes, todo en color negro) se presentaron a la vista de los exploradores tal como estaban en el Magdaleniense, hace más de 10.000 años. Un texto de los prehistoriadores que realizaron su estudio: J. CLOTTE y R. SIMONNET en *Atlas des cavernes*, págs. 424-427, 5 figuras. Antes, de los mismos autores: «Le Réseau René Clastres de la caverne de Niaux, Ariège», *Bull. Soc. Préh. Française*, 69, 1971, págs. 293-323. También seis artículos en el *Bulletin de la Société Préhistorique Ariège-Pyrénées*, XLV, 1990, págs. 51-186, con escritos de J. Clottes, R. Simonnet, A. Clot, F. Delpech, Ph. Renault, M.-A. García, H. Duday, P. Courtaud, M. Dauvois y X. Boutillon. Para el arte de Niaux se conocen ahora fechas de C¹⁴ entre 12.000 y 10.000 años a.C. La conservación de estas manifestaciones es objeto de continuos estudios, por ejemplo: J. BRUNET, B. CALLÈDE y G. ORIAL, «Tarascon sur Ariège, grotte de Niaux: mise en évidence de charbon de bois dans les tracés préhistoriques du Salon Noir», *Studies in Conservation*, 27, 1982, págs. 173-179.

Al estudiar las condiciones ambientales de la caverna, Cartailhac y Breuil parecen haber intuido aquellos descubrimientos. Así, en las págs. 44-45 del artículo aquí parcialmente traducido, escriben: «...esta cueva, en sus partes profundas, en la proximidad de las pinturas murales, tiene pues el mismo suelo que sus muy lejanos ocupantes hollaban con sus pies...».

El número de representaciones inventariadas en la actualidad rebasa la cifra de 450, de las que 330 son signos. El lugar emblemático de la gran caverna sigue siendo su extraordinario Salon Noir.

En la otra orilla del Vicdessos, frente a Niaux, se halla la cueva de La Vache (Alliat) que empezó a excavar F. Garrigou en 1865. En 1940, H. B. aconsejó vivamente a Romain Robert (1912-1991) la prosecución de los trabajos. Estos se prosiguieron durante algunos años, con importantes hallazgos de arte mueble magdaleniense. En colaboración: H. BREUIL y R. ROBERT, «Les baguettes demi-rondes de la grotte de la Vache (Ariège)», *Bull. Soc. Préh. Française*, XLVIII, 1951, págs. 453-457, 7 figuras. Además de varios artículos de R. Robert y L.-R. Nougier en diversas publicaciones, pero principalmente en el *Bulletin de la Société Préhistorique de l'Ariège*, hay que señalar su contribución al homenaje al Abate: L.-R. NOUGIER y R. ROBERT, «Bouquetins affrontés dans l'art mobilier magdalénien de la Grotte de la Vache, à Alliat», *Miscelánea*, II, págs. 197-205, 1 lámina.

Véase, en el presente volumen: regreso a la cavernas del Volp (págs. 102-105); E. Cartailhac (págs. 127-129); Gargas (págs. 220-222); Les Trois-Frères y Tuc d'Audoubert (págs. 223-226); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

Gargas (Aventignan)

La cueva de Gargas, no lejos de Montrejeau, en la región pirenaica, es bien conocida por los turistas que frecuentan Bagnères de Luchon y visitan la famosa catedral de Saint-Bertrand de Comminges. Las guías (la del Dr. Lambron y de T. Lezat, 1860 y la primera guía Joanne, 1858), la señalaron ya como una de las más hermosas del Pirineo. En 1842, el *Routier des provinces méridionales* cuenta, embelleciéndolas, las leyendas populares que hablan de ella. Aunque su valor pintoresco se ha visto atenuado por el descubrimiento de cavernas también hermosas, la excursión a la cueva de Gargas sigue siendo clásica para los congresos científicos que tienen lugar en Toulouse. Además, es célebre por haber proporcionado al Muséum de Paris notables esqueletos de *Ursus spelaeus*, de hiena y de lobo.

El Dr. Félix Garrigou fue el primero en señalar la riqueza paleontológica de sus depósitos y también el hogar prehistórico hundido bajo el talud de la entrada actual. Más tarde, en 1873, animó a Félix Regnault [1847-1908] a que prosiguiera la exploración. Las excavaciones de este último fueron bastante considerables en los años 1883 y 1884. Bajó a un pozo muy profundo por un estrecho orificio que apenas permitía el paso del cuerpo, encontrando las «mazmorras» llenas de arcilla con osamentas muy bien conservadas. Sus descubrimientos merecieron la atención del profesor Gaudry que redactó una nota *Sur les Hyènes de Gargas* (C. r. de l'Acad. des Sc., 1885) y otra sobre el pequeño *Ursus spelaeus* de la misma cueva (C. r. de l'Acad. des Sc., 1897). Regnault publicó una serie de artículos en publicaciones de las sociedades locales.

En 1892, Marcellin Boule dio en *L'Anthropologie* unas «Notes sur le remplissage des cavernes», incluyendo sus observaciones personales sobre la cueva de Gargas [...] Un plano acompañaba su escrito. Casi al mismo tiempo, con su ilustre maestro Albert Gaudry, M. Boule daba a conocer un fascículo sobre «Les oubliettes [mazmorras] de Gargas» [...]

En 1906, el 5 de julio, F. Regnault comunicaba a la Société d'Anthropologie de Paris el descubrimiento de algunos dibujos de manos destacando en claro sobre un fondo rojo oscuro. Se hallan más allá de la sala llamada de las columnas y sobre las formaciones estalagmíticas que forman una pequeña cámara. Su comunicación iba acompañada de un sucinto croquis que reprodujo el *Bulletin*. Había

observado, asimismo, que una fisura poco accesible estaba pintada con trazos rojos horizontales. Nuestro excelente y recordado colega declaraba con mucha cortesía que nuestros descubrimientos en Altamira y Marsoulas le sirvieron para estas observaciones. Por nuestra parte tenemos que decir que sus claras observaciones nos han llevado a descubrir un conjunto de hechos inéditos que sitúan la cueva de Gargas entre las más importantes de la serie de monumentos de este género.

La cueva de Gargas nunca está seca. El agua de lluvia llega hasta ella con rapidez y gotea durante mucho tiempo. Numerosos restaños y pequeños estanques poco profundos están siempre llenos y con frecuencia han hecho penosas las exploraciones, especialmente en las zonas en que el bajo techo nos obligaba a circular en cuclillas o incluso reptando. Nuestras investigaciones se han realizado en períodos bastante espaciados a partir de la primera campaña que tuvo lugar en el invierno de 1907.

[La cavidad superior]. Antes de la época de los grandes depósitos de arcilla con restos de osos, la caverna inferior de la que hemos hablado comunicaba con otra que se abre más arriba, en el flanco opuesto de la montaña. La comunicación es posible arrastrándose por una zona de bajo techo y un corredor difícil. Regnault lo mejoró mucho abriendo profundos cortes en el relleno. Por ello, ahora, al menos en verano y no sin llenarse de barro, es posible pasar de una caverna a la otra. Pero en la Edad del Reno no era así y las dos cuevas estaban separadas por completo. Esta cueva superior contiene, también, una decoración parietal [...]

E. CARTAILHAC y H. BREUIL, «Les peintures et gravures murales des cavernes pyrénéennes. IV, Gargas, Cne. d'Aventignan (Hautes Pyrénées)», *L'Anthrop.*, XXI, 1910, págs. 129-150, 14 figuras. Los fragmentos traducidos en las págs. 129-131 y 148.

De F. Regnault existen varias notas, entre las que destaca: F. REGNAULT, «Empreintes de mains humaines dans la grotte de Gargas (Hautes Pyrénées)», *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, 1906, págs. 331-333.

En 1911 y 1913, E. Cartailhac, H. Neuville y H. B. reemprendieron las excavaciones de Regnault en el vestíbulo. Los resultados en detalle no se publicaron hasta transcurridos muchos años: H. BREUIL y A. CHEYNIER, «Les fouilles de Breuil et Cartailhac dans la grotte de Gargas, en 1911 et 1913», *Bulletin de la Société d'Histoire Naturelle de Toulouse*, 93, 1958, págs. 341-382, 22 figs. (= *Bulletin de la Société Méridionale de Spéléologie et Préhistoire*, V, 1954-1955).

La caverna de Gargas «se compone de dos sectores situados a niveles diferentes y de aspecto distinto: la cueva inferior y la superior. Se trata de zonas conocidas por los hombres del Paleolítico, puesto que existe una red interna compleja que comunica ambas cavidades por el pozo de Les Oubliettes y la galería N. Casteret ...» (Cl. Barrière). Contiene unas 150 figuras zoomorfas, pero su importancia viene dada por la existencia de más de 160 manos con mutilaciones en los dedos, consideradas siempre como un *unicum* en contraste con las completas del Castillo (Puente Viesgo). En la cercana cueva de Tibiran (Jaunac) también se encontraron manos del mismo tipo, considerándose que forman un grupo único con las de Gargas.

Tras ocuparse de Gargas en *Quatre cents siècles*, págs. 246-257, figs. 263-288, el Abate publicó: H. BREUIL, «La décoration pariétale préhistorique de la grotte de Gargas», *Bulletin de la Société d'Histoire Naturelle de Toulouse*, 93, 1958, págs. 391-409, 16 figs.; pero no llegó a publicar una monografía completa. Esta fue obra de Cl. BARRIÈRE, *L'Art Pariétal de la grotte de Gargas*, Oxford, BAR, 1976, 2 vols. Este mismo autor presenta una síntesis en *L'Art des cavernes*, págs. 514-522, 21 figuras. Anteriormente, entre otros: Cl. BARRIÈRE, «Les gravures a tracé digital de la grotte de Gargas», *Bulletin de la Société Préhistorique de l'Ariège*, XXVIII, 1973, págs. 79-102, 14 figuras.

El problema de las manos mutiladas de Gargas ha suscitado una amplia bibliografía. Un estudio importante es el de: Ali SAHLY, *Les mains mutilées dans l'art préhistorique*, Túnez, MTE, 1966. Acerca del significado: A. LEROI-GOURHAN, «Les mains de Gargas. Essai pour une étude d'ensemble», *Bull. Soc. Préh. Française*, LXIV, 1967, págs. 107-122, 6 figuras. En este artículo Leroi-Gourhan rechaza que se trate de mutilaciones y expone la teoría según la cual los cazadores que frecuentaron Gargas, con la representación de los dedos doblados, utilizaron un sistema que correspondía a una convención gráfica que determinaba unos animales concretos. Una visión actualizada en: M. GROENEN, «Les représentations de mains négatives dans les grottes de Gargas et de Tibiran (Hautes-Pyrénées). Approche méthodologique», *Bulletin de la Société Royale Belge d'Anthropologie et Préhistoire*, 99, 1988, págs. 81-113, 16 figuras. Para las formas: A. CLOT, M. MENU y Ph. WALKER, «Manières de peindre des mains à Gargas et Tibiran (Hautes-Pyrénées)», *L'Anthrop.*, 99, 1995, págs. 231-235, 9 figuras. Naturalmente existe mucha más bibliografía y no falta la referencia a Gargas en todas las obras generales. Respecto a la cronología, el conjunto de Gargas se fecha ahora en ca. 25.000 a. C.

Ya se ha dicho el interés que tenía H. B. por las manos mutiladas de Maltravieso en la muy lejana Extremadura (pág. 110). Otros textos en el presente volumen: E. Cartailhac (págs. 127-129); Niaux (págs. 213-219); El Castillo (págs. 232-234); Nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

Tuc d'Audoubert y Trois-Frères (Montesquieu-Avantés)

En 1912, los tres hijos [del Conde H. Bégouën: Max, Jacques y Louis] tuvieron la idea de penetrar con una rudimentaria balsa que habían construido (una serie de cajas, con la flotación asegurada por barriles de petróleo vacíos), en la cavidad que se abre más allá del profundo lago donde resurge el Volp tras un recorrido de dos kilómetros bajo tierra. El 20 de julio de 1912, sin muchas dificultades, accedieron a vastas galerías inferiores medio secas, entre ellas un divertículo con figuras, alcanzando, bajo tierra, otro lago: la confluencia del riachuelo de Touréou, con el Volp. Una inscripción del siglo XVIII les mostró que otros les habían precedido más allá del gran remanso de la entrada. Un corredor ascendente atrajo a los jóvenes, dándoles acceso a una estrecha galería superior en la que también existían grabados. Fue en este lugar donde, en la mañana del 12 de octubre de 1912, Max Bégouën tuvo la intuición de que una cortina estalagmítica obstruía un estrecho paso. La rompió y pudo entrar, el primero desde la Edad del Reno, en el vasto corredor cuya exploración llevó a cabo con sus hermanos y el fiel François. Así llegaron hasta la última sala, donde, contra una roca, se apoyaban dos bisontes de arcilla. Por la noche volvieron a la nueva cueva con su padre.

Cuatro días más tarde, Émile Cartailhac y yo, llegados respectivamente de Toulouse y de París, penetrábamos con ellos en la cavidad [denominada desde entonces como Tuc d'Audoubert].

Dos años más tarde, el 21 de julio de 1914, los tres hermanos Bégouën, acompañados por François Camel y Marcellin Bermon, decidieron descender a una sima que un campesino, cultivador de un campo cercano, les había señalado como sopladero y en cuya boca la nieve se fundía en invierno. El Conde Bégouën permaneció junto a la entrada esperando el regreso de sus hijos.

Transcurrieron varias largas horas y el centinela empezaba a sentirse inquieto en su corazón de padre, cuando, de pronto, vio a sus hijos dando brincos y corriendo hacia él. Por la bóveda agujereada habían bajado a una estrecha galería de la que pasaron a otra cuyo extremo, muy estrecho y bajo, les llevó reptando a la cueva seca de Enlène. Pero en el lado opuesto de la misma se abría un vasto complejo de galerías y de grandes salas completamente desconocidas, en muchos lugares decoradas con espléndidos grabados así como algunas figuras pintadas. La

célebre caverna de Trois-Frères había sido descubierta y, desde ese primer día explorada en todas sus partes.

[...] El sistema subterráneo de las dos cuevas de Trois-Frères y Tuc d'Audoubert, ahora dividido en dos grandes cavidades diferenciadas, representa un antiguo curso superior del Volp y siendo en realidad una única espelunca. Si en la época en que recibió su decoración estaba o no dividida en dos es inseguro. Según los levantamientos topográficos realizados por los Bégouën y el Comandante Octobon, no las separan más que unos pocos metros de un corredor bajo taponado por la arcilla. Por tanto es posible que se trate de una sola caverna prehistórica. Cada una de las cuevas rebasa los 750 metros de longitud, lo que representa unos 1.500 metros de desarrollo total.

1919. Dominando el piso superior, un dibujo extraordinario, a 4 m del suelo: es un hombre grabado y parcialmente pintado en negro. Para llegar hasta él hay que arrastrarse por una estrecha hendedura en el que todas las paredes están cubiertas de maravillosos grabados de bisontes y caballos. El pasillo lleva a un pequeño reducto también decorado, y un repliegue de su bóveda es invisible si uno no se desliza sobre la espalda. En este punto, raspado en blanco sobre un fondo color de arcilla, se ve la más deliciosa colección de renos que se pueda soñar.

Desde aquel pequeño reducto, una rampa secreta con las paredes magníficamente adornadas con caballos, bisontes y graciosos pequeños osos, se accede a la altura de la figura humana. Para colocarse ante ella y estudiarla, hay que colocar el pie en un saliente rocoso, asegurar la mano derecha en el único punto en que uno puede agarrarse, dar un giro sobre sí mismo por encima del vacío y quedar sentado frente a la figura. Sólo entonces se puede apreciar que el extraño personaje está provisto de una hermosa cola de caballo y que su cabeza, de frente, está coronada por una magnífica cornamenta de reno grabada.

Desde lo alto de su tribuna, esta figura preside todo el conjunto de los grabados que representan animales: genio de los cazadores, dios de la caza realizado por el disfraz de pieles utilizado...; figura de brujo que realizaba allí unos hechizos destinados a asegurar la buena cacería a las tribus fieles a estos ritos; o seguramente algo parecido. ¿No es emocionante encontrar allí al propio espíritu de los hombres antiguos y de las más graves de sus preocupaciones?



El brujo o «dios cornudo» de Trois-Frères (Montesquieu-Avantès, Ariège), según calco de H. Breuil (¿1925?).

En el presente libro se ha aludido ya a las cavernas del Volp (págs. 102-105) y también a la figura del Conde H. Bégouën (págs. 143-151). Allí se cita la notable obra de H. BREUIL y H. BÉGOUËN, *Les cavernes du Volp. Trois-Frères et Tuc d'Audoubert* (1957). Este libro fue precedido por numerosos estudios menores entre los que es obligado mencionar: H. BÉGOUËN, «Les statues d'argile de la caverne du Tuc d'Audoubert (Ariège)», *L'Anthrop.*, XXIII, 1912, págs. 657-665, 3 figuras.

Los tres últimos párrafos traducidos son de una carta escrita por H. B. a sus parientes señores Bottet, fechada el 12 de agosto de 1919. Fragmentos de HEIM, *Breuil*, pág. 46.

En *Quatre cents siècles*, al tratar de las dos grandes cavernas pirenaicas, el Abate quiso que el nombre de H. Bégouën figurara como coautor de los

capítulos correspondientes. En dicha obra *Trois-Frères* es el quinto de los seis «gigantes», págs. 152-177, figs. 116-141; el *Tuc d'Audoubert* en las págs. 230-234, figs. 233-239.

En años recientes, entre muy diversos trabajos, la síntesis de R. BÉCOUËN y J. CLOTTES en *L'Art des cavernes*, págs. 400-409, 19 figs. (*Trois-Frères*) y 410-415, 8 figs. (*Tuc d'Audoubert*). De estos mismos autores: «*Les Trois-Frères after Breuil*», *Antiquity*, 61, 1987, págs. 180-187, 5 figuras.

Cfr. infra: regreso a las cavernas del Volp (págs. 102-105); a los 80 años, testimonio del pasado (págs. 105-110); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

5. Región Cantábrica

H. Alcalde del Río y L. Sierra en acción

No quiero dejar pasar más tiempo sin informar a los lectores de *L'Anthropologie* de mi viaje de este verano a las nuevas cavernas de la provincia de Santander. Gracias a la amable acogida y compañía de don Hermilio Alcalde del Río y del Padre Lorenzo Sierra, sus descubridores, he podido, en las mejores condiciones posibles, realizar una exploración de las más fructíferas.

En primer lugar me ocupé de Altamira, donde pasé dos días, en parte para volver a ver lo que ya conocía bien —puesto que ha sido mi tercera visita—, y también para estudiar algunos nuevos grabados encontrados por Alcalde. Confieso que no pudo convencerme de considerar como representaciones de pájaros ciertas agrupaciones de trazos. Una de ellas que, a primera vista, le habría dado la razón, tras un examen a fondo, resultó que eran los pies de una de esas extrañas figuras antropomorfas que, con E. Cartailhac, ya habíamos anteriormente señalado. El señor Alcalde estuvo de acuerdo conmigo. Respecto a muchos otros dibujos nuevos, reconocí lo bien fundado de sus observaciones. Guiado por él, examiné el yacimiento y pude dibujar las principales piezas de la notable colección recogida durante sus excavaciones. Volveremos a hablar aquí de los materiales arqueológicos que contiene.

La principal finalidad de mi viaje era el explorar con Alcalde del Río —haciendo nuevos calcos, lo más exactos posible—, las cavernas que hace poco señaló en un libro cuyo análisis hice aquí mismo. Con gran corte-

sía y desinterés, Alcalde me secundó en este trabajo, dándome sus propios calcos y acogiendo de buena gana las correcciones que yo juzgaba necesarias añadir tras el estudio de los originales sobre la roca. De este modo, reemprendí el examen de las cavernas de Hornos de la Peña y de El Castillo, descubiertas por Alcalde del Río, y las de La Haza y Covalanas, encontradas por el Padre Sierra. A ello sumé la exploración de la caverna de Santa Isabel, donde, con Alcalde, constaté la existencia de toscos dibujos de un arte muy diferente, y de la cueva de La Venta de la Perra, donde el Padre Sierra acababa de reconocer unas figuras grabadas.

He aquí, muy escuetamente, lo que copié como más importante en estas cavernas.

Hornos de la Peña (San Felices de Buelna). Algunos grabados muy profundos en la entrada de la cueva, cuyo fondo está obstruido por restos de cocina y apenas tocado por un sondeo con muy buenos resultados en sílex bien retocados que recuerdan algo al Auriñaciense. En las salas húmedas que continúan la cavidad, hay figuras grabadas con diversas técnicas: trazo ancho y bastante profundo; trazo fino, pero multiplicado en estrías múltiples; trazo fino y simple; trazo ancho, hecho con el dedo sobre la arcilla, por lo general como si se hubiera querido recoger esta, y a veces, por el contrario, con representaciones muy toscas. Animales representados: abundantes caballos y bisontes, algunos cápridos, un ciervo, algunos toros. El más notable de estos grabados parece representar un mono con cola, de pie y con los brazos en alto; el dibujo es de una autenticidad segura y perfectamente claro en sus contornos. Tengo la intención de examinar más adelante a qué interpretaciones puede dar lugar.

La Clotilde de Santa Isabel. Al fondo de un corredor, por lo general inundado y que la sequía había hecho accesible, Alcalde y yo observamos, en el techo tapizado de arcilla, una serie de dibujos hechos antiguamente con el dedo y representando toros y un jabalí de un estilo realmente salvaje. No tengo una opinión sobre la fecha que hay que asignar a estos dibujos; al principio los creí relativamente modernos, aunque al compararlos con muchos de Hornos, parecen menos extraños.

El Castillo (Puente Viesgo). Inmensa caverna que presenta un enorme depósito arqueológico en el que Alcalde del Río sólo ha hecho un sondeo. Le pedí que me precisara en el mismo lugar el punto exacto del descubrimiento de la flecha de sílex de forma neolítica y fragmentos de cerámica que había señalado como recogidos con arpones de

aspecto magdalenense. Su respuesta y sus indicaciones, sin solucionar la cuestión, me permiten reforzar mis expresas reservas: los dos niveles, *neolítico* y *paleolítico* (?) *con arpones*, están apenas separados por una venilla arcillosa del mismo color que los hogares. Por ello existe la posibilidad de error, o incluso de penetración de objetos. La continuación de las excavaciones aclarará probablemente este problema. En cuanto a las obras de arte son innumerables. He aquí una mención rápida: grabados profundos, de trazo simple, con équidos, cérvidos, cápridos y toros; grabados *estriados* pasando a *graffitis* con muy numerosos cérvidos, rebecos, machos cabríos y bisontes. Pinturas: a) manos siluetadas en rojo; b) signos rojos representando numerosas variantes de los tectiformes, figuras escutiformes, romboidales, puntos agrupados de varias formas, discos alineados jalonando una gran galería, etc.; c) dibujos, lineales o más o menos modelados en color negro o rojo, con bisontes, caballos, cérvidos y cápridos; d) frescos polícromos muy poco numerosos, más recientes que los precedentes, ellos mismos anteriores a las manos. Lo más importante de los dibujos es la imagen, dibujada en rojo, de un elefante que la brevedad de sus defensas, su falta de pelambre y sus formas generales separan de las representaciones del mamut que han proporcionado las cavernas francesas.

Covalanas. En un lugar salvaje por encima de Ramales y en la vecindad de Vizcaya. Frescos de color rojo, poco modelados, representando ciervas, un caballo y un bóvido. El trazo está realizado mediante puntos yuxtapuestos más o menos en contacto. En El Castillo, entre los dibujos lineales rojos, en particular el elefante, observé la misma particularidad del trazo, formado por puntos yuxtapuestos.

La Haza. Una pequeña cueva que sólo dista unos centenares de metros de la precedente. Contiene dibujos del mismo estilo, pero muy estropeados. Representan caballos y probablemente dos carniceros.

La Venta de la Perra. En Vizcaya, en territorio de Termes del Molinar [Molinar de Carranza]. Cueva sencilla, cuyas paredes han conservado las huellas de numerosos trazos profundos ahora inidentificables, salvo varios bisontes y un hermoso oso de frente muy convexa, que podría ser el *espelaeus*.

Tengo la intención de presentar en *L'Anthropologie* un estudio más detallado acerca de las obras de arte de estas seis nuevas cavernas, ilustrado con una selección de los calcos y pasteles que he llevado a cabo, y

de las fotografías realizadas por Alcalde del Río. S.A.S. el Príncipe de Mónaco ha querido aceptar las monografías de estas nuevas cuevas con arte en la serie cuya publicación dirige. Estas serán publicadas con la colaboración de H. Alcalde del Río y del Padre L. Sierra.

H. BREUIL, «Cavernes espagnoles peintes et gravées», *L'Anthrop.*, XVII, 1906, págs. 625-627. Nota seguramente enviada en forma de carta desde Santander.

Se trata de las cuevas descubiertas por H. Alcalde del Río y L. Sierra en los años siguientes a la estancia de H. B. y Cartailhac en Altamira (1902). Estos hallazgos fueron presentados por Alcalde del Río en el libro que ya se ha citado al tratar de él (infra, pág. 154). Dicha obra fue ampliamente comentada por H. B. (*L'Anthrop.*, XVII, 1906, págs. 143-149), unos pocos meses antes de texto aquí traducido. Parece seguro que el libro de Alcalde del Río motivó el viaje del Abate. Como él indica, nació entonces el proyecto de publicar *Cavernes de la région cantabrique* dentro de la serie patrocinada por el Príncipe de Mónaco. La obra apareció cinco años más tarde, con el amplio estudio posterior de las cuevas señaladas a las que se sumaron otras.

La Clotilde de Santa Isabel en *Cavernes de la région cantabrique*, págs. 40-46, figs. 43-46. En *Quatre cents siècles*, págs. 350-351, figs. 430-435. En agosto de 1953, «redescubrimos» esta cueva abierta y abandonada. Una de sus mejores figuras primitivas había sido mutilada y los muros están llenos de grafitos modernos: E. RIPOLL PERELLÓ, «Nota acerca de los grabados digitales de la cueva Clotilde de Santa Isabel (Santander)», en *Crónica del IV Congreso Arqueológico Nacional, Burgos 1955*, Zaragoza, 1957, págs. 53-56, 2 figuras.

Sobre la cueva de la Venta de la Perra: *Cavernes de la région cantabrique*, págs. 1-8, figs. 2-9; *Quatre cents siècles*, pág. 343, figs. 410-412.

Acerca de estos descubrimientos: E. RIPOLL PERELLÓ, «Historiografía del arte prehistórico de la Península Ibérica: I, hasta 1914», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie 1, 10, 1997, págs. 89-127 (con bibliografía); RIPOLL, *Breuil*, págs. 97-109.

Cf. infra: en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); La Haza y Covalanas (págs. 229-232); El Castillo (págs. 232-234); Salitre (págs. 234-235); Hornos de la Peña (págs. 235-237); El Pindal (págs. 240-241).

La Haza y Covalanas (Ramales)

Cuando, desde Gibaja, se remonta hacia el Sudoeste el hermoso valle del río Asón, a cuatro kilómetros aguas arriba se llega a Ramales, población grande y rodeada de altas montañas en las que se destaca el

Pico San Vicente. Ramales está en el flanco meridional del macizo situado al Sudoeste de la garganta de Carranza, cuya otra vertiente nos permitió estudiar la Cova Negra y la cueva de Sotarriza. Un torrente, el *río de la Calera*, se une por su orilla derecha al valle principal y descien-
de por Lanestosa (Vizcaya) de las alturas del Monte Ocejó. Remontan-
do su curso por el camino que lleva a la aldea vasca, a unos dos kilóme-
tros de Ramales, se abre un ancho anfiteatro rocoso, partido en su mi-
dad por un collado escarpado. El torrente no discurre por él, sino que,
por unos centenares de metros, se introduce en unas grietas y sigue un
curso subterráneo. En tiempo de grandes lluvias, sus aguas se sumen en
una especie de caverna para resurgir en el flanco de la hondonada. El
camino actual serpentea en mil curvas sobre las pendientes más suaves,
mientras que por las zonas escarpadas trepa la antigua carretera.

En la parte más cercana a Ramales, más allá de los límites de la zona
rocosa, se abre una inmensa caverna [La Cullalvera] a nivel del talveg y
detrás de un bosquecillo de encinas. Con una longitud de varios kiló-
metros, todavía poco conocida en sus partes más internas, sólo ha con-
servado vestigios de ocupación antigua en algunos trozos de un yacimien-
to que el arroyo invernal ha respetado. Allí, el señor Alcalde del Río re-
cogió una bonita aguja ósea de ojo. Un poco por encima se encuentra
otra cueva, la de Costales, que fue habitada por los paleolíticos, pero
también en épocas más tardías. Su suelo, en buena parte vaciado, está
tapizado de cáscaras de *Helix* (en la cueva de El Valle -Rasines-, que
excavamos en agosto de 1909, los caracoles eran muy abundantes en la
superficie de un nivel aziliense bien determinado).

Al acercarse al fondo del murallón rocoso siguiendo la antigua *carre-
tera*, pronto se pasa bajo un primer grupo de pequeñas cuevas que lle-
van el nombre de La Haza. La última de ellas contiene los frescos des-
cubiertos en 1903. Luego, más al fondo, a unos cincuenta metros por
encima del camino, se percibe una ancha abertura que se prolonga en
una galería ascendente rellena en parte de cantos rodados de río apor-
tados por el torrente en una época anterior a la formación del valle y
de la propia cueva. Esta caverna, llamada de Mirón [o del Francés],
únicamente estuvo ocupada en su entrada: importantes depósitos pa-
leolíticos llenan el vestíbulo aireado y seco. Sus niveles fueron revueltos
en la época en que los carlistas fortificaron este lugar, instalando inclu-
so un cañón, para luchar contra las tropas del general Espartero. Las



En la entrada de la cueva de Covalanas (Ramales) el 23 de julio de 1909. De izquierda a derecha: H. Breuil, H. Obermaier (al fondo), C. Lasalle (?), dos desconocidos, H. Alcalde del Río (con la gorra en la mano) y el Príncipe de Mónaco (a la derecha) (foto Tte. Bouvée).

galerías oscuras estan desprovistas de cualquier decoración parietal y en ellas tiene lugar una extraordinaria condensación durante el verano.

Mucho más arriba, a unos 80 metros de altura por encima del collado y en la misma vertical que la cueva de Mirón, se percibe una gigantesca yedra que señala la entrada de la cueva de Covalanas. Se accede a ella con dificultad desde la vieja *carretera* por un sendero de cabras.

Cuevas estudiadas en *Cavernes de la région cantabrique*, págs. 10-22, figs. 13-25 y láms. IV-XXI. El texto traducido en las págs. 10-11. Posiblemente escrito en 1908 o 1909. Covalanas y La Haza fueron descubiertas respectivamente el 11 y el 13 de diciembre de 1903 por H. Alcalde del Río y L. Sierra. Como se ha explicado fueron visitadas por primera vez por H. B. en 1906. Incluidas en *Quatre cents siècles*, págs. 344-347, figs. 414-425. Revisión moderna: A. MOURE ROMANILLO, C. GONZÁLEZ SÁINZ y M. R. GONZÁLEZ MORALES, *Las cuevas de Ramales de la Victoria*, Santander, UC, 1991.

En el texto traducido se menciona, muy cerca de ambas cavidades, la caverna de La Cullalvera, con más de cinco kilómetros de recorrido, no explorada en los trabajos de principios de siglo que nos ocupan. Sus escasas pinturas, la mayor parte signos, fueron descubiertas en 1974 por Joaquín González Echegaray y Alfredo García Lorenzo (1900-1971). Entre otros trabajos: J. GONZÁLEZ ECHEGARAY, «Pinturas rupestres de la cueva de La Cullalvera», *Libro de Homenaje al Conde de la Vega del Sella*, Oviedo, 1956, págs. 171-178, 2 láms.; ID., «La cueva de La Cullalvera», *Bulletin de la Société Préhistorique de l'Ariège*, 14, 1959, págs. 18-22.

Véase en el presente volumen: H. Alcalde del Río (págs. 152-154); en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); H. Alcalde del Río y L. Sierra en acción (págs. 226-229).

El Castillo (Puente Viesgo)

El pueblo de Puente Viesgo se halla a catorce kilómetros de Puente Arce, remontando el curso del río Pas. Debe su nombre a un gracioso puente antiguo que atraviesa la corriente con un solo y amplio arco, en un lugar donde las aguas se estrechan entre dos orillas rocosas. Unas fuentes termales atraen cada año hasta allí a numerosos agüistas.

Al sur de la población, que se extiende a sus pies, se alza una elevada colina de caliza carbonífera que domina desde su cima cónica la orilla izquierda del río. Su nombre deriva de una pequeña torre, antaño edificada en su cumbre y luego sustituida por un edículo consagrado a la Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora del Castillo (se le llama también «La Peña» o el «Picacho»).

En el flanco de La Peña, hacia un tercio de su altura, se percibe desde el pueblo una anfructuosidad coronada por unas oscuras matas de laurel. Una ruda escalada de un centenar de metros por la vertiente empinada, permite llegar hasta ella. Se descubre entonces el emplazamiento de una vieja boca de caverna que los escombros y el hundimiento de la visera rocosa casi han obstruido por completo. No queda allí más que un estrecho pasadizo entre los muros y la masa de rocas desprendidas y por el que cabe deslizarse con dificultad [antiguo acceso al interior de la caverna]. Por delante de esta angostura y bajo la ceja que coronan las matas de laurel se extiende una plataforma sembrada de bloques angulosos, donde los antiguos habitantes podían instalarse cómodamente y recibir los rayos del sol naciente. [Sigue la descripción de las galerías internas para pasar luego a la del arte parietal].

La cueva del Castillo en *Cavernes de la région cantabrique*, págs. 112-193, figs. 103-197, láms. LIX-XC. El fragmento traducido en la pág. 112. En *Quatre cents siècles*, págs. 360-371, figs. 450-470. En esta obra, H. B. no incluye la caverna de Puente Viesgo entre sus «gigantes», aunque, por la variedad y el número de sus representaciones es, sin duda, la más importante de las cuevas peninsulares con arte. Del mismo se poseen ahora dataciones de C¹⁴ entre 11.600 y 10.900 a. C.

El texto fue probablemente redactado en 1908. El Castillo había sido descubierto el 8 de noviembre de 1903 por H. Alcalde del Río que lo incluyó en su libro de 1906.

Los más de 15 metros de niveles arqueológicos fueron excavados entre 1909 y 1914 por un equipo internacional dirigido por Obermaier, Breuil y Wernert. A pesar de la preocupación de estos, los resultados de la excavación quedaron inéditos. Tras las cortas noticias del curso de los trabajos de Obermaier y H. B. en *L'Anthrop.*, se publicaron sólo algunos estudios puntuales y muy espaciados en el tiempo, por ejemplo: H. BREUIL, «Sur une pointe d'épieu en os du Moustérien de la caverne de Castillo», *L'Anthrop.*, XLII, 1932, págs. 679-681, 1 fig.; ID., «Note sur l'outillage en calcaire taillé du Magdalénien du Castillo (Santander)», *Bull. Soc. Préh. Française*, XLIX, 1952, págs. 22-23; H. V. VALLOIS y L. DELMAS, «Los frontales de la cueva de El Castillo (España)», *Trabajos de Prehistoria*, 33, 1976, págs. 113-120. Una síntesis se encuentra en H. OBERMAIER, *El hombre fósil*, Madrid, 1925, págs. 175-179.

Los materiales obtenidos en dichas excavaciones, junto con los de otras cuevas, estaban depositados en el Institut de Paléontologie Humaine y fueron devueltos a España entre los años 1967 y 1973. De ellos conocemos dos publicaciones: M. ALMAGRO BASCH, *Los omóplatos decorados de la cueva de 'El Castillo', Puente Viesgo (Santander)* (Madrid, MAN, 1976, reimpresión de un artículo en *Trabajos de Prehistoria*, 33, 1976); y V. CABRERA VALDÉS, *El yacimiento de la cueva de 'El Castillo' (Puente Viesgo, Santander)* (Madrid, IEP, 1984). Esta investigadora prosigue la excavación de la parte delantera del vestíbulo.

Cada vez se hace más necesario un estudio de conjunto del arte rupestre del Castillo, cuyo inventario —con más de 300 representaciones pintadas o grabadas— tenemos hecho desde hace tiempo. Sobre el arte de esta caverna hemos publicado algunos trabajos: E. RIPOLL PERELLÓ, «Nota acerca de algunas nuevas figuras rupestres de las cuevas de El Castillo y La Pasiiega (Puente Viesgo, Santander)», *Crónica del IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, Madrid, 1954, Zaragoza, 1956*, págs. 301-306, 7 figs.; ID., «Una figura de 'hombre-bisonte' de la cueva del Castillo», *Ampurias*, 33-34, 1971-1972, págs. 93-110, 11 figs.; ID., «Un palimpsesto rupestre de la Cueva del Castillo (Puente Viesgo, Santander)», en M. ALMAGRO y M. A. GARCÍA GUINEA (eds.), *Santander Symposium*, Santander-Madrid, 1972, págs. 457-465, 3 figuras.

Del proboscidio de la galería final, ahora bien admitido que se trata de un mamut —como el de El Pindal—, hemos escrito en alguna ocasión, por ejemplo en E. RIPOLL PERELLÓ, «Problemas cronológicos del arte paleolítico», en L. PERICOT y E. RIPOLL (eds.), *Prehistoric Art of the Western Mediterranean and the Sahara* (Nueva York, VFP, 1964), págs. 83-100, 7 figuras.

El aspecto actual del Monte del Castillo es diferente del que tenía a principios de siglo. En el vestíbulo, bajo la gran visera, se abre el amplio espacio dejado por las excavaciones. En el exterior, el mismo sendero que subía hasta la cueva fue continuado al encontrarse La Pasiega (1911). Los sucesivos hallazgos de Las Monedas, La Flecha y Las Chimeneas en los primeros años cincuenta, hicieron que se abriera una amplia vereda que discurre a medio flanco de la montaña. Fue trazada por el ingeniero Alfredo García Lorenzo que dirigió también las obras de la carretera que, desde Puente Viesgo, lleva hasta la entrada del Castillo. E. RIPOLL, *Las cuevas del Monte del Castillo (Puente Viesgo, Santander), Guía* (Santander, Patronato de las Cuevas, 1977).

Cf. infra: a los 80 años, balance de una vida (págs. 105-110); H. Alcalde del Río (págs. 152-154); H. Obermaier (págs. 161-172); en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

Salitre (Ajanedo-Miera)

El ayuntamiento de Miera, constituido por una decena de pequeñas aldeas, está encerrado en un estrecho valle, entre dos líneas de altas montañas de caliza urgoniense y desde las cuales las aguas bajan al río Miera, curso fluvial torrentoso que desemboca, a unos 22 kilómetros, en la bahía de Santander. Los grupos de casas se escalonan a lo largo de las dos orillas del río en pequeñas terrazas de la rápida pendiente de los montes, rodeadas por una hermosa vegetación y praderas bien cuidadas.

Desde hace sólo unos meses [1911], el acceso a ese rincón de la provincia se ha visto facilitado por una línea férrea que va de Oreiro a Solares; más adelante, una *carretera* completamente nueva permite aun transitar 9 kilómetros en carruaje, remontando por la orilla derecha del Miera en un panorama notablemente pintoresco. Más allá, hay que circular a pie o en mulo por los estrechos senderos que transitan los rebaños y que siguen por ambos lados del fondo del valle. Hay que tomar el de la orilla izquierda, siempre subiendo, durante unos tres kilómetros, para llegar a la pobre aldea de Ajanedo cuyas casuchas albergan a unos ciento cincuenta habitantes, dedicados todos a la vida pastoral.

A unos treinta metros por encima de las últimas casas de Ajanedo, y a unos ochenta del río Miera, aparece en la base de la vertical escarpa, un grupo de tres cavernas, cercanas entre sí y llamadas Salitre, El Sapo y La Puntida. Volveremos enseguida a la primera; la segunda es de pequeñas dimensiones y sin ningún interés; la tercera, al contrario, muy vasta e imponente, consiste en una galería de 125 metros de longitud por 80 metros de anchura y 15 de altura media. Se hace difícil y penoso circular por ella, por estar el suelo atestado de bloques hundidos y amontonados, dejando entre ellos profundas cavidades que hay que atravesar para poder avanzar. Fue explorada por primera vez por el recordado naturalista de Santander, Don G. Linares, en compañía del Dr. Pozas, médico de Liérganes, que recogieron huesos de oso de las cavernas.

Volvamos a Salitre: la boca de la gruta se abre al oeste por una bella sala habitable de unas decenas de metros de ancho en la entrada. A pocos metros de esta, la galería está casi totalmente obstruida por enormes desprendimientos de rocas que dejan sólo, a cada lado, un estrecho paso para deslizarse, no sin dificultad, hacia el interior donde están las figuras parietales conocidas.

Parte del texto sobre esta cueva en *Cavernes de la région cantabrique*, págs. 23-26, figs. 27-29, con una referencia al yacimiento. Sólo una breve nota en *Quatre cents siècles*, pág. 348 y fig. 426.

El Salitre fue descubierto por Lorenzo Sierra el 21 de julio de 1903, pero no identificó dos figuras hasta 1906. Entonces recogió algunas piezas líticas y una cierta cantidad de fauna que identificó E. Harlé. En 1908, H. Alcalde del Río encontró las otras dos representaciones. Estas están en mal estado: restos de una cornamenta de cierva, parte delantera de otra cabeza de un bóvido, todo en rojo, así como una cierva de color negro al final de la galería.

Véase en el presente volumen: H. Harlé (págs. 133-136); H. Alcalde del Río (págs. 152-154).

Hornos de la Peña (San Felices de Buelna)

Si, desde Torrelavega, uno se dirige hacia el sur siguiendo el curso angosto del río Besaya, principal afluente del Saja por la derecha, se llega, tras unos ocho kilómetros de marcha —siguiendo casi siempre la línea férrea de Santander a Madrid—, al pueblo de San Felices de Buelna, servido por la estación de Los Corrales. Las casas se escalonan a

lo largo de la carretera que va de Puente Viesgo a este lugar pasando por Hijas. A unos centenares de metros de la iglesia de Rivero, hacia el sur, se encuentra el pueblo de Tarriba, concentrado alrededor de un hermoso manantial. Pasado el lugar, se toma un camino hundido por los carros de bueyes, de ruedas macizas y chillonas, atravesando vallejos arcillosos y llenos de verdor, sombreados por el follaje de viejos castaños de troncos nudosos, y moteado por zonas rocosas de caliza cretácica erosionadas. Después de haber rodeado la parte superior de una de ellas por un pequeño collado, se tiene a la vista una garganta salvaje por cuyo fondo discurre un pequeño torrente. A la izquierda, en un primer plano, se destaca La Peña, blanca y desnuda, de cumbre redondeada y fuertes pendientes, inaccesible por el sur. Desde su altura, domina una terraza arcillo-arenosa cubierta de helechos y aulagas y salpicada de castaños centenarios. Hay que ir siguiendo el mismo camino y superar casi el macizo cretácico para columbrar la boca de la cueva. La vertiente que se levanta al otro lado, de margas y areniscas cubiertas de hierba, forma escalones sucesivos hasta los llanos dominantes, en la lejanía de los cuales se distinguen animales cornudos que están pastando. Más allá, aguas arriba de la garganta, cerrando la trinchera del torrente, se escalonan, unas tras otras, las cumbres boscosas de las tierras altas.

La cueva de Los Hornos se abre en un ángulo de La Peña, a unos treinta metros por encima del camino que, a su vez, discurre unos quince metros por encima del torrente. La zona es abrupta, pero un sendero de curvas caprichosas conduce hasta la cavidad, después de muchos zigzags entre rocas y matorrales espinosos: es el sendero producido por las vacas que, durante el verano, se dirigen a ella lentamente al aproximarse las horas del mediodía, con el fin de aspirar el aire fresco que de ella sale y huir de las moscas feroces que las acosan sin cesar a pleno sol.

De *Cavernes de la région cantabrique*, págs. 85-111, figs. 82-101, láms. L-LVIII. El fragmento traducido en la pág. 85. En *Quatre cents siècles*, págs. 352-359, figs. 436-449.

Descubierta por H. Alcalde del Río el 27 de octubre de 1903, Hornos de la Peña es una cueva con importantes series de grabados. El número total de representaciones asciende a 40. En una roca aislada, en su entrada, existía un grabado de bisonte fuertemente inciso, junto con otras líneas. Todo ello desapareció en fecha indeterminada cuando se rompió dicho peñasco para arreglar el camino de acceso. Dentro de la gran sala vestibular, en su muro iz-



Caballo acéfalo (0,40 m) del santuario exterior de Hornos de la Peña.

quierdo, se ve la silueta de un caballo de profundo surco. Existen, por tanto, en Hornos de la Peña dos santuarios, uno exterior y otro interior.

En los años 1909 y 1910, el Institut de Paléontologie Humaine patrocinó las excavaciones del vestíbulo, dirigidas por H. Breuil, H. Obermaier, H. Alcalde del Río y J. Bouyssonie. Su estratigrafía: en la base Musteriense, luego Auriñaciense medio, Solutrense antiguo y Magdaleniense antiguo. El trabajo no llegó a publicarse y sólo se conoce la nota de H. OBERMAIER, *El Hombre fósil*, pág. 182.

Cf. infra: H. Alcalde del Río (págs. 152-154); en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); H. Alcalde del Río y L. Sierra en acción (págs. 226-229).

El Pindal (Pimiango)

La vía férrea que dejamos en la estación de Unquera, prosigue su trayecto hacia el oeste siguiendo una depresión longitudinal paralela a la costa —o sea en sentido este-oeste—, que corresponde a una faja ter-

ciaria numulítica. Ella separa la cresta cretácica de la Sierra de Fuera de una zona litoral de pequeñas mesetas de areniscas silúricas, cortadas de vez en cuando por riachuelos. Un suave contrafuerte de calizas numulíticas, denudado y salvaje, se adosa a la Sierra, y sirve de asiento a la villa de Colombres. La estación de ferrocarril de este nombre está situada al fondo de la depresión, entre esta población y una pintoresca aldea que se contempla hacia el noroeste sobre la meseta silúrica, destacando con sus muros blancos y sus tejados rojos sobre el oscuro verdor de los prados y el brezal.

Es la aldea de Pimiango a la que también se puede llegar desde Unquera en una hora de marcha por un sendero caprichoso. Una carretera completamente nueva sube hasta allí desde la estación de Colombres en dos kilómetros de suave pendiente.

Los habitantes, aún no acostumbrados a la proximidad de una línea construida hace poco, ignoran todavía —a excepción de la luz eléctrica—, las mínimas comodidades de la civilización. La chiquillería, sorprendida ante el paso de extraños, no deja de seguirles haciendo muy curiosas observaciones. Dejando a la derecha la vieja puerta de la aldea y la posada «La Moderna», descendemos, rectos hacia el norte, a través de la meseta silúrica. Desde ella se descubre toda la costa, curiosamente recortada y abigarrada, al lado del océano que se extiende hasta el horizonte. Hacia el sur y al oeste se levanta, con demasiada frecuencia oculta por espesas nubes, la elevada cadena de los Picos de Europa. Un barranco que corta la vertiente septentrional de la meseta, permite llegar, en rápido descenso, a un pequeño valle solitario, cuyo otro flanco es un colgajo de caliza carbonífera roído en casi su totalidad por el mar y coronado por el faro de la Tina Mayor. El fondo del vallejo está amojonado por anchas dolinas que siguen el contacto entre los dos terrenos. La tierra que las rellena está cultivada por unas pobres gentes cuya casucha está al lado. El reborde de las dolinas está marcado por una sombría línea de encinas. Allí se pierden los regatos corriendo hacia el fondo y continuando en el seno de la masa de caliza su camino hacia el mar.

Este jamás se retira y continuamente su oleaje bate contra el roquedo que cae verticalmente en las aguas profundas desde una altura de veinte metros. El flujo y el reflujo se observan tan solo en los charcos dejados al descubierto o cubiertos por la marea.

A la derecha, detrás de un grupo de cuatro chozas agrupadas junto a una pequeña capilla, en el borde de una dolina verdusca, la costa se aleja hacia Santander hasta donde alcanza la vista, bordeada por una estrecha faja de terreno carbonífero, ennegrecida por las encinas, todo ello dominado como por una muralla por la meseta gris y desnuda de las areniscas silúricas. El mar ha roído este lindero calcáreo formando una franja de arrecifes que dan a esta costa un carácter realmente salvaje. A poca distancia, el azul oscuro del océano queda cortado por una línea amarillenta, en particular cuando la estación ha sido lluviosa: es el Deva que vierte sus aguas limosas en la Tina Mayor.

A unos 300 metros del faro, el acantilado queda cortado por una profunda entalladura ocupada en gran parte por el mar. En su parte interna, formando terraza y dominando el océano desde una quincena de metros, se halla una especie de terraplén encajado por el lado de tierra por paredes rocosas verticales de ocho a diez metros de altura. La forma de esta especie de foso es un rectángulo de unos cuarenta metros de longitud, opuesto por uno de sus lados menores a las aguas marinas, a cuyo nivel se puede descender saltando de roca en roca.

Se accede a dicho lugar por una especie de escalera casi natural que se encuentra en su lado meridional. Una vez sobre el terraplén cubierto de hierba del fondo del foso, no se perciben del mundo exterior más que las paredes verticales con sus flecos de aulagas levantándose por todas partes y el mar, por el oeste, que viene a romper con estrépito contra las rocas.

Si, escapando de esta contemplación, se examina la pared opuesta a las aguas, se descubre la ancha boca de una caverna que ocupa todo el espacio por este lado. [Es la cueva del Pindal]

La cueva del Pindal, espectacular por su situación geográfica y notable por su arte, fue descubierta por H. Alcalde del Río en abril de 1908. Estudiada por él mismo y H. B. fue incluida en *Cavernes de la région cantabrique*, págs. 59-81, figs. 56-76 y láms. XXXIII-XLVI. La descripción paisajística aquí traducida corresponde a las págs. 59-62 de dicha obra y su redacción puede ser de 1909 o 1910. En *Quatre cents siècles*, págs. 485-492.

Existen nuevos estudios y revisiones posteriores, entre otros: F. JORDÁ CERDÁ y M. BERENGUER ALONSO, *La cueva de El Pindal (Asturias). Nuevas aportaciones* (Oviedo, IEA, 1954); y J. M. GÓMEZ-TABANERA, «Ictiofauna y arte prehistórico en la cueva del Pindal (Asturias)», *Ars Praehistorica*, VII-VIII, 1988-1989, págs. 97-105.

En el presente volumen: H. Alcalde del Río (págs. 152-154); en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); Alcalde del Río y Sierra en acción (págs. 226-229).

La Loja (El Mazo, Panes)

La última estación de la línea férrea que va de Santander a Oviedo en la primera de estas provincias, es el pueblo de Unquera, en la desembocadura del río Deva sobre una bella laguna circular de aguas salobres, la Tina Mayor, en la que el mar penetra por un paso estrecho, entre las elevadas colinas que siguen el litoral. Los hombres cuaternarios frecuentaron este paraje, puesto que, en los limos situados a unos 500 metros de la estación, hacia el este, encontramos un yacimiento de cuarcitas toscamente talladas, de apariencia claramente musterense con *Rhinoceros tichorhinus*.

Desde Unquera salen las diligencias con destino a Potes, en el centro del macizo de los Picos de Europa. La carretera que hasta allí llega sigue de continuo el valle del Deva. Una primera etapa de una decena de kilómetros sigue por los flancos ampliamente ondulados de un ancho y risueño valle, siguiendo la vasta depresión geológica que discurre paralelamente a la costa, entre la Sierra de Fuera y la Peña Mellera. El panorama es realmente alpestre, hasta el punto de poder pensar que se está viendo un valle del Tirol si no fuera que la tala de árboles ha asolado las cimas, dejando subsistir tan solo, en la *meseta* que las corona, las ruinas pintorescas de los viejos bosques de hayas.

A partir de Panes, la ruta penetra en los grandiosos desfiladeros de La Hermida que atraviesan la cadena de parte a parte, llegando hasta Potes, a los pies de los grandes picos, en el corazón de esta pequeña y fértil región que es la Liébana, cerrada por todas partes por altas cumbres. Los paleolíticos no temieron el desfiladero: un abrigo rico en sílex de aspecto magdaleniense final o aziliense se encuentra en una hondonada lateral de La Hermida. También escalaron las laderas de Peña Mellera por encima de Panes, puesto que un yacimiento del Paleolítico superior ocupa el vestíbulo de la cueva de Sel, donde se sume el riachuelo del mismo nombre.

Al pie de la escarpadura a la que se adosa Panes, se encuentran asimismo algunos abrigos poco profundos, cuyo suelo, habiendo perdido la mayor parte de sus antiguos depósitos, todavía permite recoger nu-

merosos fragmentos de cuarcita y de sílex. Hace muy poco, una feliz casualidad permitió al señor Alcalde del Río encontrar en los limos cuaternarios un vasto taller de cuarcitas talladas del Paleolítico antiguo.

A pesar de este entorno propicio, sólo una cavidad hasta ahora nos ha ofrecido una decoración parietal: es la cueva de La Loja, situada entre Buelles y Panes, cerca de la pequeña aldea de El Mazo, atravesada por la carretera. Debajo, el valle del Deva parece cortado de forma oblicua por una banqueta de caliza carbonífera: el río la atraviesa por su extremo norte, pero un pequeño llano que se extiende detrás de dicho obstáculo, a más de 800 metros hacia la derecha, atestigua los esfuerzos que el Deva hizo para atravesar la barrera rocosa por este lado. La pequeña planicie, a nivel del talveg, está plantada de maíz, cuyo crecimiento se ve favorecido por un suelo de fondo muy húmedo. Cuando se baja hasta allí desde El Mazo, se percibe la pequeña escarpadura carbonífera que se levanta bruscamente al final de los campos cultivados, con una altura de una quincena de metros, observándose numerosas pequeñas anfractuosidades que, a 3 o 4 metros, dominan el llano. Una de ellas, enmascarada por un denso matorral de laureles, es la cueva de La Loja, en la que encontramos grabados parietales. Desde el principio ya habíamos visto algunos sílex dispersos por los campos de maíz y este indicio nos hizo esperar lo mejor.

Traducido de *Cavernes de la région canthabrique*, págs. 53 y 55 (estudio de la cueva y sus bellas representaciones de seis bóvidos y un caballo grabados: págs. 53-59, fogs. 5-55, láms. XLVibis-XLIX). Los campesinos de la vecindad llaman al conjunto «la torada». Descubierta el 28 de agosto de 1908 por H. Alcalde del Río, H. Breuil y L. Mengaud. Escrito probablemente el mismo año. En *Quatre cents siècles*, págs. 376-377, figs. 483-484. Más tarde estudiada por J. M. GÓMEZ-TABANERA, *Arte rupestre de la cueva de La Loja, Peñamellera Baja, Asturias*, Oviedo, PDEU, 1979.

Dolmen de la Capilla de Santa Cruz (Cangas de Onís)

El monumento descrito en esta memoria se encuentra no lejos de Cangas de Onís (Asturias), en el interior de un túmulo formado por cantos rodados, encima del cual, en el siglo VIII, se edificó una capilla llamada de Santa Cruz que ha sido por completo reformada en fecha reciente.

El dolmen fue reconocido como tal en 1847 por don Manuel Assas. El túmulo fue explorado en 1871 por don Juan de la Rada y Delgado: éste menciona una excavación hecha diez años antes, con el hallazgo de armas de piedra, entre ellas un hacha alargada de fibrolita, y algunos objetos de cobre. Rada fue el primero en observar que uno de los montantes llevaba una decoración grabada. El Conde de la Vega del Sella hizo allí nuevas investigaciones en 1891. El monumento prehistórico, colocado bajo la entrada al coro de la capilla, mide 2,40 m de largo por 1,28 m de ancho. Se compone ahora de siete montantes dispuestos en trapecio que se estrecha por el lado de la entrada. Fue Juan Cabré quien, en 1915, descubrió las pinturas que acompañan a los grabados.

No seguiremos al autor en la parte de su obra dedicada a las comparaciones, de carácter general y por lo demás interesantes. Digamos, sin embargo, que cita otros dólmenes asturianos en cuya vecindad se edificó una capilla y que habrían servido de sepultura a príncipes godos.

Lo más notable del monumento de Santa Cruz es la decoración de la losa de cabecera, pintada y grabada. Pintura y grabado no coinciden de manera exacta, siendo a veces la pintura anterior y otras posterior a los grabados. Estos fueron hechos por raspado y martilleo, representando una serie de zig-zags paralelos. De derecha a izquierda, la pintura se compone de: 1º, una serie de siete triángulos con la parte superior roma y tocándose por su base aplicada al borde de la piedra, de forma rectangular; 2º, en el centro, dos bandas de dientes de lobo hechas con siete y ocho espigas; 3º, una banda de siete triángulos; 4º, otra línea de espigas, de las que subsisten seis por estar roto el ángulo superior derecho de la losa; y 5º, una tercera serie de triángulos aplicados al borde derecho del montante, más espaciados y pequeños, de los que quedan cinco y la fractura pudo arrastrar dos.

El autor compara esta decoración pictórica con las pinturas o esculturas femeninas de Peña Tu, de Portugal y de Francia, y también con las placas-ídolo en esquisto de los dólmenes portugueses en las que se ve la placa antropeidea degenerar en un rectángulo con decoración puramente geométrica, análoga al conjunto decorado descrito en este trabajo. Se hacen, asimismo, diversas comparaciones con ciertos motivos de New Grange (Irlanda) y con los ídolos cilíndricos del SE de España, en los que se ven, asociados con caras estilizadas, los zig-zags y los triángulos.

La losa grabada del Museo de Madrid, procedente del dolmen de Abamia, también es citada y representada a título de comparación, pero el autor no ha advertido —lo que nosotros sí hicimos—, que las figuras *martilleadas* de esta lastra son representaciones, sin relación con las caras grabadas, de figuras humanas estilizadas parecidas a las de muchos petroglifos al aire libre y probablemente anteriores y no posteriores (a mi parecer) a la construcción del monumento. La cabeza grabada parece haberlo sido con un utensilio de metal, y en un momento posterior a la construcción.

Otra de las piedras del dolmen de Santa Cruz lleva grabado un báculo, un dibujo en U y algunas líneas sinuosas que el autor compara acertadamente con los motivos grabados del dolmen de Petit-Mont (Bretaña) y otros pintados del de Salles (Portugal).

Recensión por H. B. del libro del Conde de la VEGA DEL SELLA, *El dolmen de la Capilla de Santa Cruz (Asturias)*, Memoria n.º 22 de la CIPP, Madrid, 1919. Publicada en *L'Anthrop.*, XXXII, 1922, págs. 308-309.

Breuil conocía este curioso monumento. Se ocupó de los dólmenes con pinturas y grabados en *Peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique*, vol. I, *Au nord du Tage* (1933), págs. 49-68, figs. 28-40. Examina doce casos portugueses y dos en el noroeste peninsular: Melon (Orense) y este de Santa Cruz en Cangas de Onís (págs. 50 y 61-62, fig. 37).

Aunque su especialidad era el Paleolítico en sus más diversos aspectos, el Abate mantuvo siempre un gran interés por las manifestaciones arqueológicas y monumentales de la Edad del Bronce, así como por su arte. El hecho puede relacionarse con sus primeros estudios y con los que ulteriormente dedicó al arte rupestre esquemático. En particular se debe señalar su profundo conocimiento del megalitismo en Bretaña, Portugal e Irlanda.

Cr. infra: ¿especialista en la Edad del Bronce? (págs. 48-49); en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); Z. Le Rouzic (págs. 151-152); Matarrubilla (págs. 272-274).

6. La Meseta

Torralba del Moral (Soria)

El Marqués de Cerralbo, habiendo tenido noticia de que cerca de la estación de Torralba, la construcción de la línea de ferrocarril de Bar-

celona a Madrid había dado lugar al descubrimiento de numerosas osamentas y defensas de elefantes, buscó y encontró el yacimiento olvidado. Asociados a los restos de proboscidios, recogió abundantes vestigios de industria chelense. Las materias empleadas son: diversas calizas, cuarcitas y calcedonias, sin sílex. Los tipos industriales son los del final de Chelense y de comienzos del Achelense: junto con tipos toscos, existen formas muy bien trabajadas de forma lanceolada, ovoide o de corte ancho. Las lascas estan retocadas como pequeños utensilios premusterienses. Los elefantes, identificados por E. Harlé, son el *antiquus*, incluida la forma arcaica de Tilloux y de Abbeville próxima al *meridionalis*: se extrajo una defensa de más de 3 m y poco curvada.

He visitado el yacimiento y he aquí cuales son mis impresiones sobre el modo en que se formó. En la época del elefante antiguo y de su variedad precedente, una tribu humana acampaba sobre las pendientes de la Sierra Ministra, cazaba estos paquidermos y se alimentaba con su carne (hay también ciervo, toro y caballo). Los huesos acumulados son los restos de cocina de esta tribu, como son sus utensilios las piedras talladas. No he visto ninguna señal de fuego.

La lluvia, abarrancando las pendientes cercanas de marnas irisadas triásicas coronadas por calizas del mismo período, formó en este punto un talud de materiales muebles, pedrizal de fragmentos de caliza y granos de yeso angulosos. Algunas piedras voluminosas cayeron hasta allí desde lo alto de las laderas: nada en absoluto está rodado, ni nada ha sufrido la acción del agua corriente.

En un cierto momento, antes de que los agentes atmosféricos hubieran rubificado y descalcificado el nivel óseo de los materiales muebles, el desplazamiento de un paquete bastante considerable de margas arcillosas iridiscentes resbaló sobre la pendiente y cayó sobre el yacimiento (o sobre el punto del yacimiento que subsiste). Los deslizamientos en este terreno son muy frecuentes y no tienen nada de misterioso. La cobertura de este paquete deslizado es la causa de la notable conservación de las osamentas del yacimiento de Torralba. Por otra parte, reconozco que la topografía, desde aquellos tiempos, ha sufrido importantes cambios lo que no es difícil concebir si se tiene en cuenta que las formaciones arcillo-margas no presentan ninguna resistencia a los agentes de erosión.

El yacimiento de Torralba es infinitamente precioso para la Prehistoria española. Hay que felicitarse de que esté en manos de una persona

tan culta y que dispone también de importantes medios de acción como el Marqués de Cerralbo. Su estudio, científico y metódico, va a proseguirse continuadamente. ¡Ojalá se encuentren los esqueletos de algunos cazadores de elefantes!

Parte del artículo de H. BREUIL, «Nouvelles découvertes en Espagne», *L'Anthrop.*, XXI, 1910, págs. 369-371. Casi igual en «Nous descobriments a Espanya: Batuecas, Albarracín, Torralba», *Butlletí del Centre Excursionista de Lleyda*, III, 1910, págs. 18-22.

A partir de 1909, E. Aguilera y Gamboa, Marqués de Cerralbo (1845-1919) excavó parcialmente los yacimientos de Torralba y Ambrona (Soria), lugares en los que ya se produjeron hallazgos a finales del siglo XIX. Presentó sus resultados en algunas publicaciones y en el congreso de Ginebra de 1913, interrogándose sobre —o acaso pidiendo— que Torralba fuese «la más antigua estación humana de Europa».

Entre 1961 y 1981 se practicaron nuevas y sistemáticas excavaciones dirigidas por F. Clark Howell, L. G. Freeman, E. Aguirre y M. Almagro Basch. Contaron con la colaboración de especialistas en fauna, sedimentología, paleobotánica y arqueología. Se publicaron diversos trabajos sobre estos aspectos parciales, pero sigue faltando una obra de conjunto. Entre otros: F. C. HOWELL, L. G. FREEMAN, «Ivory points from the Earlier Acheulian of the Spanish Meseta», *Libro de homenaje al Prof. Martín Almagro Basch* (Madrid, MC, 1983), 1, págs. 41-61; L. G. FREEMAN y K. W. BUTZER, «The Acheulian station of Torralba, Spain: a progress report», *Quaternaria*, 8, 1966, págs. 9-21, P. BIBERSON, «Torralba et Ambrona. Notes sur deux stations acheuléennes de chasseurs d'éléphants de la Vieille Castille», *Miscelánea*, I, págs. 201-248, 8 figs. XVIII láms.; E. AGUIRRE, «Revisión sistemática de los *Elephantidae* por su morfología y su morfometría dentaria», *Estudios Geológicos*, 24, 1968, págs. 109-167, y 25, 1969, págs. 123-177 y 317-367. Información y problemática: J. GONZÁLEZ ECHEGARAY y L. G. FREEMAN, *Le Paléolithique inférieur et moyen en Espagne*, Grenoble, J. Millon, 1998, con muchas referencias, pero en particular págs. 119-149.

Cf. infra: E. Harlé (págs. 133-136); en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); sesenta años de descubrimientos de hombres primitivos (págs. 310-320).

7. Peña de Francia

Las Batuecas

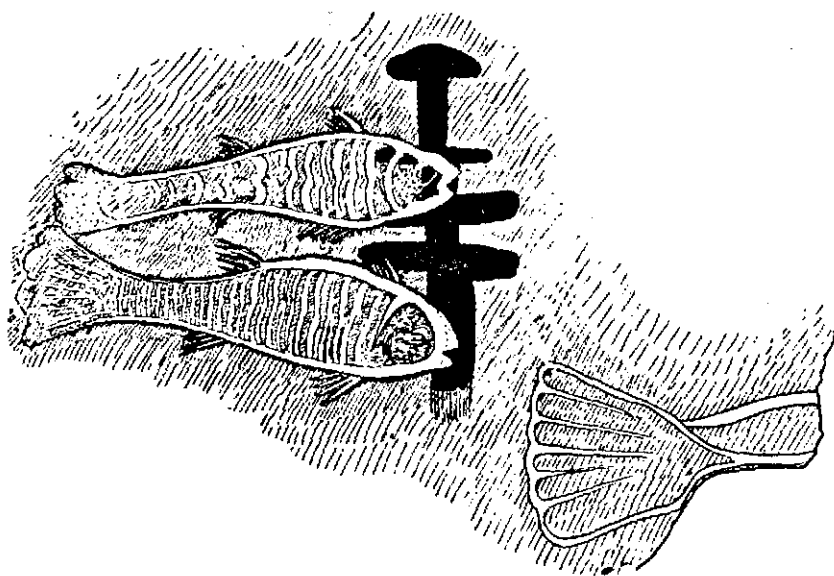
Aproveché el mes de abril último [1909] para ir a España con el fin de estudiar personalmente las pinturas rupestres que me había señala-

do mi colaborador y amigo Juan Cabré, y también para visitar el nuevo yacimiento paleolítico antiguo con osamentas de elefantes explorado por el Marqués de Cerralbo. He aquí en pocas líneas mis impresiones de viaje.

Rocas pintadas de Las Batuecas. El valle de Las Batuecas desciende de las más altas cimas de la Peña de Francia (1.700 m) y, aunque pertenece a la provincia de Salamanca, geográficamente forma parte de *Las Hurdes*, región especialmente salvaje y pintoresca del norte de la provincia de Cáceres, y donde toda la red hidrográfica es tributaria del Tajo. Este valle desierto y boscoso está a cinco horas de caballo de La Alberca (Salamanca), pueblo muy original que dista 12 horas a caballo y en diligencia de cualquier vía férrea. La situación bravía y apartada del país es desde hace mucho tiempo proverbial en España: *ir a las Batuecas* significa hacer un viaje absurdo o imposible. Fue en un autor literario, Lope de Vega, donde el señor Vicente Paredes, amable erudito de Plasencia, encontró la mención de los roquedos pintados de Las Batuecas. Pudo asegurarse de que realmente existían por un viejo originario del lugar; como su edad le impedía tan penosa excursión, publicó dicha noticia que fue origen de nuestros proyectos de exploración. Juan Cabré, a petición mía, fue el primero que viajó hasta allí. Con su información me decidí a ir con él. A pesar de las lluvias torrenciales y las nevadas pudimos llevar a cabo nuestro estudio.

La montaña en cuyo flanco se abre el valle de Las Batuecas está formada por asperón siluriano con huellas de bilobites, que forman las dos vertientes de la quebrada. Hacia la base, los bancos areniscos se interstratifican con niveles de pizarras cambrienses que predominan aguas abajo, antes de llegar a las masas granulíticas de La Alberca y especialmente de Plasencia.

El asperón silúrico, extremadamente duro y silíceo, da lugar a aspectos ruiformes con frecuencia de forma escalonada, con superficies verticales dominadas por pequeños voladizos. Bajo estos abrigos, la roca ha conservado su color natural y no está invadida por los líquenes y los musgos, siendo en estos lugares donde las pinturas se han conservado. Los habitantes del país, aunque llamaban a uno de estos abrigos el *Canchal de las Cabras pintadas*, desconocían la existencia de los frescos que estaban en el origen de este nombre. Ayudado por don Miguel, *guardia civil* de La Alberca, en el mes de marzo J. Cabré procedió a un exa-



Peces y signos en color blanco superpuestos a un signo rojo (mitad del tamaño natural). Del abrigo de Cabras Pintadas (Las Batuecas) (según H. Breuil, 1918).

men cuidadoso de todas las superficies susceptibles de conservar vestigios antiguos. El descubrimiento de una quincena de *canchales* con pinturas fue la recompensa de dos días de trepar bajo la maleza y las encinas, en un paraje poblado por jabalíes y lobos. Comprobé los hechos uno a uno, rectificando o añadiendo algunos detalles, pero tengo que rendir homenaje, y lo hago con viva satisfacción, al ojo penetrante y a la exploración minuciosa y consciente de mi joven colega.

Uno de los *canchales* en particular tiene un interés excepcional: presenta un gran número de pequeñas cabras (o más exactamente de íbices) pintadas en rojo, blanco y negro. Hay, asimismo, dos peces, un pájaro (fragmentado), muchos pequeños hombrecillos disparando el arco sobre ciervos y por último una buena cantidad de puntos y de trazos rojos alineados y agrupados en forma diversa como en los cantos coloreados de Mas d'Azil. Los animales, íbices, felinos, toros, se encuentran tan sólo en otro *canchal*. Lo que se observa en casi todos los demás, aparte de algunas estilizaciones de hombres y de animales, son puntuaciones, ba-

rras de estilo aziliense, así como otros símbolos más complicados, bandas, escaleriformes y ramiformes, junto con círculos provistos de rayos divergentes como un sol. De ordinario estos motivos son rojos, en ocasiones amarillos o negros; algunas veces muy visibles, con frecuencia desteñidos y medio borrados, siempre profundamente penetrados en la roca, estas figuras, absolutamente indelebles, pueden ser, sin inconveniente, frotadas y lavadas con agua.

No se percibe ningún vestigio de yacimiento: el suelo de arenisca no permite la conservación de los huesos y la región no tiene sílex u otra roca apta para ser trabajada, salvo la pizarra que se parte sin señal precisa de la causa que la ha dividido.

La ausencia total de cualquier tipo de cerámica excluye la posibilidad de una edad neolítica para estos frescos. Por otra parte, por los signos pintados se relaciona con los de El Pindal (Asturias) y de Niaux (Ariège). Las figuras de cérvidos esquemáticos y las humanas, recuerdan las imágenes de Cogul (Lérida) y de Albarracín (Teruel).

De H. BREUIL, «Nouvelles découvertes en Espagne», *L'Anthrop.*, XXI, 1910, págs. 369-371. Tras la ruptura de la colaboración con J. Cabré, el Abate publicó él solo el estudio de este lugar: H. BREUIL, «Les peintures rupestres de la Péninsule Ibérique. IX, La vallée peinte des Batuecas (Salamanca)», *L'Anthrop.*, XXIX, 1918-1919, págs. 1-27, 20 figs. y 2 láminas. Una versión del texto de 1910 fue publicada en catalán en H. BREUIL, «Nous descobriments a Espanya: Batuecas, Albarracín, Torralba», *Butlletí del Centre Excursionista de Lleyda*, III, 1910, págs. 18-22. Más tarde, los roquedales pintados de aquel lugar fueron ampliamente descritos por el Abate en *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique*, vol. I, *Au nord du Tage* (1933), págs. 5-31, figs. 1-18 y láms. I-XI.

Antes que H. B. publicara dicho artículo de 1918-1919, J. Cabré no incluyó en su obra una descripción del arte de Las Batuecas, limitándose a explicar cómo tuvo lugar su localización: J. CABRÉ AGUILÓ, *El arte rupestre en España*, Madrid, CIPP, 1915, pág. 78.

De cómo se trabajaba en 1915 en el fragoso valle: Raymond LANTIER, «Avec l'Abbé Breuil sur les routes d'Espagne», *Miscelánea*, II, págs. 1-4. Además de señalar las colaboraciones compartidas, explica algunas anécdotas. Así, una del viaje en tren de Madrid a Béjar, camino de Las Batuecas, cuando un grupo de jóvenes confundió al Abate con el torero Joselito y le interperaron.

Las Batuecas, si bien ahora, desde el punto de vista administrativo, corresponden a la provincia de Salamanca, forman con Las Hurdes una peculiar unidad geográfica que gravita particularmente hacia Extremadura. Aunque

H. B. había visto las representaciones esquemáticas presentes en el friso de Cogul, no se enfrentó con esta facies avanzada del arte rupestre peninsular hasta el «redescubrimiento» de Las Batuecas. Fue entonces cuando recordó que E. Cartailhac le tenía recomendado el libro de M. de GÓNGORA y MARTÍNEZ, *Antigüedades prehistóricas de Andalucía* (Madrid, Moro, 1868; edición facsímil, con estudio preliminar de M. Pastor Muñoz y J. A. Pachón Romero, Granada, Universidad, 1991). Su lectura fue el origen de expediciones posteriores muy fructíferas.

De aquel momento: E. RIPOLL PERELLÓ, «Las pinturas rupestres de Las Batuecas: cartas de Don Juan Cabré al Abate Henri Breuil», *Revista de Estudios Extremeños*, LIII, 1997, págs. 399-410; ID., «Historia de la investigación del arte rupestre en Extremadura», *Extremadura Arqueológica*, VII, 1997, págs. 13-21. Nuevos hallazgos en Las Hurdes: M. C. SEVILLANO S. JOSÉ, *Grabados rupestres en la comarca de Las Hurdes (Cáceres)*, Salamanca, Universidad, 1991. Para la fase esquemática del arte rupestre peninsular, con mapas muy ilustrativos: Pilar ACOSTA, *La pintura rupestre esquemática en España*, Salamanca, Universidad, 1968.

Véase, en estas mismas páginas: en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); Torralba (págs. 243-245); Cogul (págs. 252-256); Albarracín (págs. 256-260); El Arábí (págs. 260-263); Vélez-Blanco (págs. 263-266).

8. Levante

Calapatà (Cretas, Bajo Aragón)

Fue en 1903 cuando Juan Cabré, durante una excursión por el sur de Calaceite, observó por primera vez unas pinturas de animales pintadas bajo un abrigo rocoso poco profundo. Sorprendido por este descubrimiento, que para él no correspondía a nada conocido, no lo dijo a nadie. Pero, en 1906, puesto al corriente de las pinturas cuaternarias del norte de España y del sur de Francia por la publicación de H. Alcalde del Río sobre las cuevas de la provincia de Santander, comprendió el alcance de su observación y habló de su hallazgo a Santiago Vidiella, el simpático director del *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón*. Este se dio cuenta de su importancia y la subrayó al tomar la responsabilidad de dar él mismo la noticia y conferirle más resonancia (*Boletín*, marzo-abril de 1907, «Las pinturas rupestres del término de Cretas»). Gracias a esta publicación, puesta en conocimiento de H. Breuil por la amistad de H. Alcalde del Río, el primero se puso en contacto con San-

tiago Vidiella y Juan Cabré y pudo, en agosto y septiembre de 1908, llegar hasta allí para estudiar sus descubrimientos y aumentarlos con nuevos hallazgos.

Geológicamente, el paisaje de Cretas (Teruel), como el de Cogul (Lérida), corresponde a la cuenca terciaria del Ebro, vasta región con frecuencia casi desértica y completamente quemada por el sol. Sus suelos están contruidos por bancos arcillosos, areniscos y arenosos, fuertemente esculpidos por los abarrancamientos de las lluvias invernales.

Desde Zaragoza a Alcañiz, por la Puebla de Hajar, domina la facies arcillosa. Cuando se está cerca de los extremos de la cuenca, limitada al este por las montañas que bordean la costa, la facies arenisca domina progresivamente, se extiende por el sur de Calaceite y llega hasca el pie de los montes, recordando a veces el aspecto que tendrían el bosque de Fontainebleau o ciertas zonas de los alrededores de Villers-Cotterets si estos lugares no tuvieran vegetación: rocas de cimas redondeadas, cubiertas de roquedales en amontonamientos caóticos, pequeños valles abruptos, bordeados por el corte en vertical de los grandes bancos de arenisca. Al fondo de los vallejos se acumula la arcilla, multiplicándose los olivos y los almendros. En las zonas amesetadas, sembradas de asperón, los pinos y los robles constituyen la única vegetación, como vestigios dispersos de antiguos bosques.

El Calapatà inicia su curso cerca de Cretas, en el *partido* de Valderrobles y lleva sus aguas al Matarraña en unos quince kilómetros a través de los términos de Cretas, Calaceite y Mazaleón. Antes de la época romana, este *barranco* atravesaba una región salvaje, rica en pastos, cultivos y territorios de caza: todavía se encuentran, diseminados por toda la región, los vestigios de los poblados ibéricos. Estos ocuparon en particular todos los puntos elevados, encontrándose, apenas emmascarados por un poco de tierra, los cimientos de sus oppida que dominaban la llanura inmediata (S. Vidiella cita Mas de les Perchades, Barranc Fondo, Mas de Jasanada, Castellans, Mas de les Madelenes, Ferreres y San Antonio; este último ha sido excavado con cuidado por Juan Cabré).

A cinco kilómetros del nacimiento del Calapatà, pero en territorio de Cretas, en el lugar llamado La Tejería, y en la propiedad de Juan Antonio Villagrassa, a cincuenta metros del taller, entre rocas que dominan el barranco desde una altura de 7 u 8 metros, se observa una muralla ligeramente voladiza en forma de abrigo. En el país se le llama

Roca dels Moros y también *Roca dels Cuartos* [...]. Es allí donde se hallan las pinturas encontradas por J. Cabré y que ya eran conocidas desde hacía cincuenta años por el fabricante de tejas, su vecino.

H. BREUIL y J. CABRÉ AGUILÓ, «Les peintures rupestres du basin inférieur de l'Èbre. I, Les rochers peints de Calapatà, à Cretas (Bas Aragon)», *L'Anthrop.*, XX, 1909, págs. 1-8, figs. 1-5. El fragmento traducido en las págs. 1-3.

La pequeña noticia publicada por S. Vidiella en el *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón*, nº 7, 1907, pág. 68, se refería al hallazgo de las pinturas rupestres del barranco de Calapatà por el joven Juan Cabré Aguiló (1882-1947). Era el primer descubrimiento del arte rupestre al aire libre que enseña H. B. llamó «levantino». Gracias a las gestiones epistolares de H. Alcalde del Río, H. B. tuvo conocimiento de aquel hecho y se apresuró a trasladarse a Calaceite (agosto de 1908), visitando luego el lugar análogo de Cogul (cf. infra, págs. 252-256). Se iniciaba así el estudio de los abrigos con arte rupestre de las serranías orientales de la Península (RIPOLL, *Breuil*, págs. 111-127).

Juan Cabré dedicó su vida a la investigación arqueológica, primero como ayudante de H. B. y luego vinculado a los Museos de Madrid y a la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, bajo la protección del Marqués de Cerralbo. Con el Abate y sus colaboradores estudió, entre otros, los lugares con pinturas de Albarracín, Alpera, Vélez-Blanco y Las Batuecas. La exploración de este último paraje fue probablemente motivo del distanciamiento entre ambos.

Teniendo en cuenta las monografías de diversos autores y con sus propios hallazgos, Cabré publicó el primer libro español de conjunto sobre arte prehistórico: J. CABRÉ AGUILÓ, *El arte rupestre en España (regiones septentrional y oriental)* (Madrid, CIPP, 1915). El Abate hizo una severa crítica del mismo: H. BREUIL, «Algunas observaciones acerca de la obra de Juan Cabré titulada: El arte rupestre en España», *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, XVI, 1916, págs. 253-259 (manuscrito original entre los papeles breuilianos que conserva E. Ripoll), texto repetido de manera aproximada en *L'Anthrop.*, XXVII, 1916, págs. 588-597. Pero la amistad pervivió, como quedó demostrado durante la corta permanencia de H. B. en Madrid de paso para Lisboa (1941), en que Cabré le llevó a la cueva de Los Casares (Riba de Saelices, Guadalajara): J. CABRÉ AGUILÓ (con la colaboración de M. E. CABRÉ), «Las cuevas de Los Casares y la Hoz», *Archivo Español de Arte de Arte y Arqueología*, X, 1934, págs. 225-254, 4 figs. y XXXIV láminas. Este trabajo fue recensionado por H. B. en *L'Anthrop.*, XLVI, 1936, págs. 115-117. Más tarde: J. CABRÉ AGUILÓ, «Figuras antropomorfas de la cueva de Los Casares (Guadalajara)», *Archivo*

Español de Arqueología, XIV, 1940-1941, págs. 81-96, 4 figuras. El Abate incluyó Los Casares en *Quatre cents siècles*, págs. 388-391, figs. 506-511.

Respecto a Calapatà, véanse las págs. 72-73 y 129-152, figs. 70-78 y láms. V-IX, del citado *El Arte rupestre en España*. En fecha indeterminada, las principales figuras de la Roca dels Moros fueron arrancadas por Cabré y vendidas al Museo Arqueológico de Barcelona donde se conservan.

Cabré llevó a cabo muchos otros descubrimientos y excavaciones en yacimientos protohistóricos e históricos, produciendo una amplia bibliografía. Con motivo del centenario de su nacimiento se editó: A. BELTRÁN (ed.), *Juan Cabré y Aguiló (1882-1947), encuentro de homenaje* (Zaragoza, IFC, 1984), con diversas colaboraciones.

H. B. hace referencia al importante grupo de poblados ibéricos del Bajo Aragón, de cuyo conocimiento J. Cabré fue uno de los pioneros: J. CABRÉ AGUILÓ, «Excavaciones practicadas en el Monte de San Antonio de Calaceite», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, VII, 1907-1908, págs. 234-241, IV láms.; y en el mismo *Boletín* y año, «Objetos ibéricos con representaciones de figuras de animales, procedentes de la excavación de Calaceite», págs. 399-408 y 3 figuras. Los trabajos posteriores han sido muchos, destacando los del equipo de P. Bosch Gimpera y J. Colominas. Su encuadre en la cultura ibérica en: P. BOSCH GIMPERA, *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona, Alpha, 1932.

Otras referencias al arte de este lugar: P. BOSCH GIMPERA, «Les pintures del Barranc de Calapatà, de Cretas (Baix Aragó)», *Bulletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria*, II, 1924, págs. 131-146, 6 figs. y 4 láms.; M. ALMAGRO, A. BELTRÁN y E. RIPOLL, *Prehistoria del Bajo Aragón* (Zaragoza, IET, 1956), en la parte firmada por M. Almagro, págs. 44-50, figs. 19-27; E. J. VALLESPÍ, «Noticia de las pinturas rupestres del barranco Dels Gascons (Calapatà, en Cretas, Teruel)», *Caesaraugusta*, 9-10, 1957, págs. 133-136, 1 figura.

Cf. infra: en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); Cogul (págs. 252-256); Albarracín (págs. 256-260); El Arabí (págs. 260-263); textos de Lisboa (págs. 93-94); «testamento levantino» de Wartenstein (págs. 353-374).

Cogul (Lérida)

La vertiente septentrional del valle del Ebro, al sur de Lérida, presenta un aspecto menos salvaje y menos desolado que la llanura aragonesa. De Lérida a Cogul, la pista que siguen las carretas y las tartanas atraviesa vastas landas onduladas que un regadío racional permite cultivar en parte. Esta planicie está recortada por los cursos de agua en pro-



El Abate Breuil y el prof. M. Almagro Basch en la entrada del pequeño recinto que guardaba el friso pintado de Cogul (Lérida) en la época del descubrimiento (foto E. Ripoll, octubre de 1952).

fundos y estrechos pequeños valles en cuyas laderas aparece su poderosa osamenta de arenisca. El corte de los bancos forma pequeños escarpes, con numerosos abrigos en su parte baja. Las grandes rocas, en masas desprendidas, cubren las pendientes en todos los lugares donde los habitantes no las rompen para obtener materiales para la construcción o morrillos para las paredes de piedra seca que sostienen caminos o pequeñas terrazas cultivadas. La región es bastante fértil y por ello muchas de estas rocas han desaparecido.

A unos 300 m del pintoresco pueblo de Cogul, situado junto al río Set, a 18 km de Lérida, pero en la orilla derecha que mira a la población, se encuentra, al lado de otras análogas, una roca que descansa a media ladera y forma un pequeño abrigo. Desde tiempo inmemorial, los habitantes de Cogul sabían que unas figuras pintadas decoraban esta pequeña anfractuosidad, pero de su edad no tenían ninguna idea, aunque las atribuían a los moros. Don Ramón Huguet, el párroco de

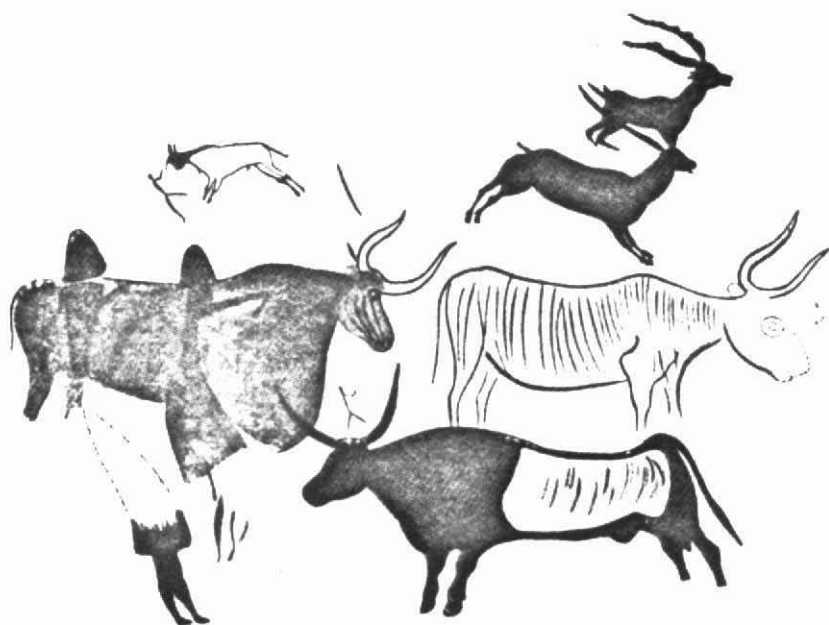
Cogul, llevaba hasta allí a curiosos. Fue él, de acuerdo con los secretarios de los municipios de Cogul y Albagés, quien las juzgó suficientemente notables para mencionarlas, en 1907, entre los monumentos y curiosidades del lugar, en una hoja manuscrita dirigida a una editorial de Barcelona y como respuesta a un cuestionario impreso que esta había distribuido. Informado por dicha editorial y entendiendo el interés del hecho, el señor Ceferí Rocafort llegó a Cogul provisto de la nota escrita por Ramón Huguet, que le llevó a la roca pintada. En otra excursión, en la que tomó parte el geólogo Juli Soler y Santaló, C. Rocafort pudo levantar calcos bastante exactos de las figuras y puso remedio a los peligros de destrucción levantando a sus costas un muro que cierra el abrigo y protege las pinturas contra el vandalismo que ya empezaba a manifestarse. Breuil y Cartailhac (*L'Anthrop.*, 1908, págs. 371-373) dieron noticia del artículo publicado por C. Rocafort («Les pintures rupestres de Cogul», *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, marzo de 1908 [...]).

Los señores Enric Arderiu y Gras de Esteva, del Centre Excursionista de Lleyda, tuvieron la amabilidad de proporcionar todas las indicaciones para facilitar la expedición, acompañándonos el segundo a Cogul. Agradezco a dichos señores y a los miembros del Centre Excursionista de Lleyda, su cordial acogida. Debo también al párroco de Cogul, don Ramón Huguet, la expresión de mi agradecimiento por su tan generosa y agradable hospitalidad. El desciframiento de todas las imágenes necesitó dos días de trabajo y pudo llevarse a cabo, al igual que en Calapatà, mojando la superficie rocosa examinada.

H. BREUIL, «Les peintures rupestres du bassin inférieur de l'Ebre. II, Les fresques a l'air libre de Cogul, province de Lérida (Catalogne)», *L'Anthrop.*, XX, 1909, págs. 8-21, figs. 6-9. El fragmento traducido en las págs. 8-9. De fecha anterior es el artículo en catalán: H. BREUIL, «Les pintures quaternaries de la roca de Cogul», *Butlletí del Centre Excursionista de Lleyda*, n.º 10, octubre de 1908, págs. 10-13 y 1 lám. en color.

De los dos leridanos que atendieron a H. B. hemos identificado a Enric Arderiu Valls (1868-1920), archivero y bibliotecario centrado en la historia de su tierra. Nota necrológica por L. V. T., en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, 1915-1920, págs. 849-850.

Después de C. Rocafort y H. Breuil, entre otros: L. MARIANO VIDAL, «Les pintures rupestres de Cogul», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, 1908, págs. 544-550, figs. 3-7 y 1 lám. (calco de C. Rocafort y L. Soler). En 1912, J. Cabré



Figuras centrales del friso de Cogul (Lérida) (según H. Breuil, 1909).

estuvo en Cogul con H. Obermaier y fue el primero en ver las inscripciones grabadas, aunque no las valoró ni citó en su libro: J. CABRÉ, *El Arte rupestre en España*, citado, págs. 170-179, láms. XII-XIV.

¿Cómo clasificar las manifestaciones artísticas al aire libre vistas en Calapatà y Cogul? Inmediatamente, siguiendo los esquemas mentales de su propio difusionismo, H. B. las identificó como una facies particular del gran arte paleolítico. Con H. Obermaier y Paul Wernert, defenderá esta teoría hasta el final de sus días (cf. infra: «testamento levantino» de Wartenstein, págs. 353-374).

El friso de Cogul era muy importante para esta cuestión crono-estilística. Pero no había entrado plenamente en la argumentación en favor de una edad postpaleolítica que el profesor E. Hernández-Pacheco, el primero, expuso en 1924: E. HERNÁNDEZ-PACHECO, *Las pinturas prehistóricas de las Cuevas de la Araña (Valencia). Evolución del arte rupestre en España*, Madrid, CIPP, 1924; expuesta de nuevo, pasados muchos años en ID., *Prehistoria del solar hispano, orígenes del arte prehistórico*, Madrid, Academia de Ciencias, 1959.

En 1952, en su viaje de regreso del Congreso Panafricano de Prehistoria de

Argel, el Abate quiso ver viejos y nuevos lugares con arte levantino (cf. infra: últimos viajes a España, págs. 100-102). El anfitrión era M. Almagro y les acompañamos en parte de la excursión. Almagro era entonces el principal representante de los investigadores españoles que defendíamos la edad postpaleolítica del arte levantino. H. B. quería que el debate tuviera lugar en Minateda, donde había establecido la estratigrafía pictórica en que basaba sus teorías. Visto el mal estado de este friso, ambos decidieron aplazar la deliberación hasta llegar a Cogul. Durante toda una jornada en el abrigo leridano se habló de la secuencia y en particular del pretendido bisonte y de los bóvidos. El Abate leyó con sorpresa algunos letreros en ibérico y en latín y dijo que en su tiempo había tomado las líneas grabadas como *gribouillis* (garabatos) presentes en tantas cavernas paleolíticas.

Aquel mismo año apareció la monografía de M. ALMAGRO BASCH, *El covacho con pinturas rupestres de Cogul (Lérida)* (Lérida, IEI, 1952) en la que, además del estudio de las pinturas y grabados reproducidos en un magnífico calco de Francisco Benítez Mellado, se retomaban y actualizaban los argumentos de Hernández-Pacheco y se introducían otros nuevos. El paso siguiente fue, en 1961, el simposio de Wartenstein.

Historia de la cuestión en RIPOLL, *Breuil*, págs. 161-175. Véase, además, en el presente volumen: Albarracín (págs. 256-260); El Arábí (págs. 260-263); el Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340).

Albarracín (Teruel)

[1910] Gracias a la distribución de nuestra separata del trabajo común sobre las pinturas de la cuenca inferior del Ebro, J. Cabré tuvo noticia de una serie de rocas, situadas a 3 ó 4 km al SSE de Albarracín, llamadas *Los Toricos*. Guiado por un viejo pastor encontró dos rocas adornadas con frescos en medio de los miles de abrigos esculpidos por la erosión en un macizo de arenisca roja triásica que ocupa todo el pintoresco barranco del Arriueta, afluente del Guadalaviar.

La primera de estas rocas, a unos 100 m a la derecha de una pequeña cueva llamada *La Cocinilla del Obispo*, es un abrigo profundo de varios metros. La pared vertical del fondo forma un friso bastante unido, pintado sobre unos cuatro metros con figuras de toros que se destacan, en color blanco amarillento y algo rosado, sobre el fondo rojo oscuro de la roca. Un solo toro, algo desvanecido y en parte recubierto de incrustaciones transparentes, fue pintado en rojo con un ribete blanco amarillento. Seis de estos toros son más o menos visibles. El instinto de



Gran toro y otras figuras en color blanco para destacar sobre la arenisca rojiza del «rodano», en el abrigo del Prado del Navazo (Albarracín, Teruel) (foto E. Ripoll).

imitación ha empujado a los pastores a pintarrapear con carbón unas groseras y absurdas siluetas que un sencillo y enérgico lavado será suficiente para hacer desaparecer.

El segundo abrigo con arte, maravillosamente situado en la cima de un farallón arenisco, está también pintado en la pared vertical del fondo, con un largo friso muy análogo al precedente por el predominio de toros pintados en color claro sobre el fondo más oscuro. La mayor parte de estas figuras tiene unos 0,80 m de longitud, pero hay otras menores, una de ellas en negro. En medio del friso, se halla un grupo de pequeños hombrecillos disparando el arco, unos negros y otros blancos.

Los frescos de Albarracín son de un estilo magnífico y de una ejecución impecable. Un grabado poco profundo acompaña al fresco ligeramente policromo. Se trata del mismo arte encontrado en Calapatà y en Cogul, pero con una paleta en la que predominan las tonalidades blancuzcas.

Al explorar los abrigos que hay a lo largo del barranco y a poca distancia del punto en que las areniscas desaparecen cerca de la desemboca-

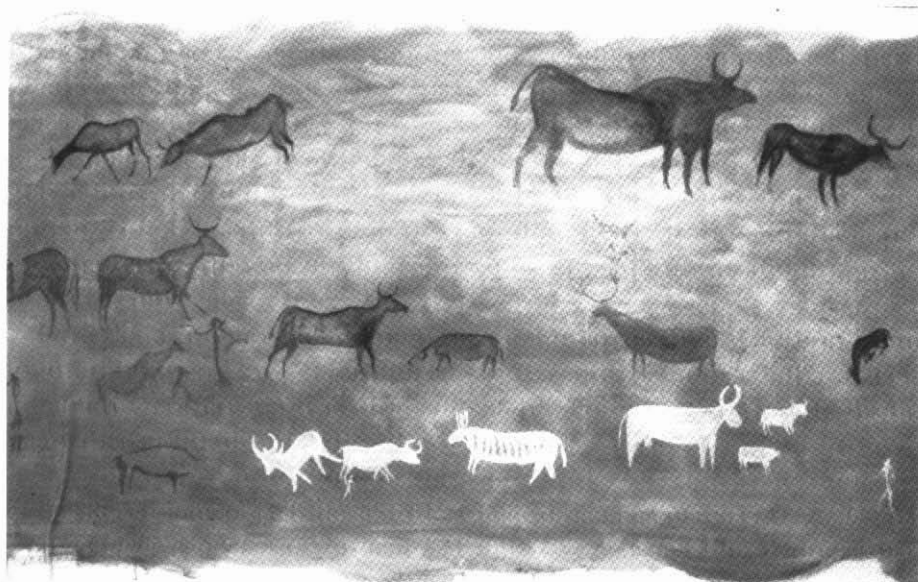
dura del Arriuela en el Guadalaviar, encontramos también un grabado rupestre, profundo, absolutamente patinado con el color general de la roca dura. Representa un caballo muy artísticamente realizado. Algunos pequeños sílex laminares, de aspecto magdaleniense, son los únicos vestigios hallados en la proximidad de los abrigos pintados. Su edad paleolítica no ofrece dudas.

[1911] La antigua y pintoresca ciudad de Albarracín, construida sobre un espolón jurásico que cierra el alto valle del Guadalaviar, tiene cerca un macizo de arenisca roja triásica, que domina todo el paisaje con sus rocas atormentadas. Un pequeño riachuelo, el Arriuela, tributario del Guadalaviar baja hasta éste por un *barranco* salvaje, profundamente tallado en los bancos de arenisca que se escalonan a cada lado en acantilados redondeados, en los que la erosión atmosférica ha labrado cornisas, abrigos y hasta pequeñas cuevas. El sendero que sube por el *barranco* es bastante malo y no tarda en perderse cuando desaparecen los últimos rodales de tierra arable y que el cauce queda reducido al lecho del torrente, atestado de bloques en amontonamientos caóticos.

Más arriba, el curso del riachuelo vuelve a ensancharse, en el contacto de las areniscas y las formaciones margosas del Jurásico, el talveg se ensancha formando una vasta cubeta cuya vertiente meridional se eleva en pendiente suave ocupada por los cultivos, mientras que la vertiente de arenisca se recorta en varios y espaciosos pequeños valles, bordeados por salientes en los que la erosión ha preparado sucesivas terrazas, abrigos sin número y multitud de pequeñas cuevas. Un bosque de pinos, desgraciadamente sometido a un desrame excesivo, y lo bastante escaso para no enmascarar la estructura del suelo, ocupa los fondos arenosos ...

Allí, a unos 4 km de la ciudad, están las rocas pintadas de que hablaremos y que los habitantes conocen desde siempre. Un botánico del siglo pasado que frecuentaba mucho la Sierra de Albarracín observó las figuras, constatando su aspecto antiguo. Los indígenas cuentan que él las había explicado como una especie de fotografías naturales, producidas durante una violenta tempestad, de un rebaño de toros salvajes que vivió en tiempos prehistóricos.

J. Cabré supo de las pinturas por don Salvador Gisbert, de Teruel, al que la lectura de nuestra descripción de los frescos de Calapatà y Cogul le aclaró el significado de las rocas pintadas de Albarracín conocidas con el nombre de *Los Toricos*. En octubre de 1909, Cabré fue a estudiarlas y



Hileras de bóvidos en blanco y negro, del abrigo del Barranco de las Olivanas (Albarracín, Teruel) (calco E. Ripoll).

se hizo guiar por un viejo pastor, en medio de los mil abrigos del barranco, hasta las dos rocas adornadas de frescos que, únicas en medio de otras semejantes, recibieron y conservaron su ornamentación. En mayo de 1910 el Abate Breuil fue allí en su compañía, con el fin de controlar y completar las descripciones y los dibujos que le habían enviado.

El primer abrigo pintado, señalado por un bosquecillo de jóvenes pinos aun no mutilados, se halla al pie de una masa rocosa, a unos centenares de metros de una cueva relativamente espaciosa que se abre a la misma altura y es conocida con el nombre de *Cocinilla del Obispo*. Los bancos rocosos más inferiores cedieron antaño a la acción de la gravedad y yacen delante de los puntos en que se desprendieron, dejando un espacio más o menos estrecho entre ellos y el fondo del abrigo, profundo de varios metros, a veces hasta cuatro, ancho de una veintena y continuándose por cada lado por otros menos definidos [...]

Como los textos traducidos de Torralba y Las Batuecas, el de 1910 en H. BREUIL, «Nouvelles découvertes en Espagne», *L'Anthrop.*, XXI, 1910, págs.

369-371. El de 1911 es del estudio monográfico: H. BREUIL y J. CABRÉ AGUILÓ, «Les peintures rupestres d'Espagne. III, Los Toricos de Albarracín (Teruel)», *L'Anthrop.*, XXII, 1911, págs. 641-648, 3 figs. y III láms. (lo traducido en las págs. 641-643).

Sin entender su antigüedad prehistórica, algunas de estas figuras ya fueron vistas a finales del siglo XIX por E. MARCONELL, «Los Toros de la Losilla», *Miscelánea turolense*, Madrid, 1892.

El espléndido paisaje del rodeneo de Albarracín (areniscas triásicas) tiene sus principales abrigos pintados en La Cocinilla del Obispo, Prado del Navazo, Abrigo del Arquero, Doña Clotilde, Barranco del Cabrerizo, Las Olivanas, Ceja de Piezarrodilla, Cerrada del Tío José (éstas tres publicadas por H. B. y Obermaier con la denominación de Tormón) y Tajadas de Bezas (tres abrigos). El conjunto forma parte ahora de un parque natural adecuadamente protegido: O. COLLADO VILLALBA, *Parque natural de Albarracín*, Zaragoza, 1992.

Algunos de aquellos lugares fueron publicados en diversos trabajos por el profesor Martín Almagro Basch. Entre otros: M. ALMAGRO BASCH, «Un nuevo grupo de pinturas rupestres en Albarracín: 'La cueva de Doña Clotilde'», *Teruel*, I, 1949, págs. 91-116, 12 figs. y II láms.; ID., «Tres nuevos covachos con pinturas en la comarca de Albarracín», *II Congreso Arqueológico Nacional, Madrid 1951*, Cartagena, 1951, págs. 113-122, IV láms.; ID., «Nuevas pinturas con una danza fálica en Albarracín», *Festschrift für Lothar Zolt*, Erlangen, 1960, págs. 13-18, 1 lám.; ID., «Cuatro nuevos abrigos rupestres con pinturas en Albarracín», *Teruel*, 51, 1974 (separata de 33 págs., 12 figs. y XXV láms.). Un magnífico estudio de conjunto en el libro del malogrado F. PIÑÓN VARELA, *Las pinturas rupestres de Albarracín (Teruel)*, Santander, CMA, 1982.

Cf. en el presente volumen: H. Obermaier (págs. 161-172); en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); Calapatà (págs. 249-252); Cogul (págs. 252-256); «testamento levantino» de Wartenstein (págs. 353-374).

El Arabí (Yecla, Murcia)

Fue don Pascual Serrano, el descubridor de los frescos de Alpera y Tortosilla, por desgracia fallecido en 1913, quien tuvo la primera idea de una excursión al Monte Arabí, elevada masa de roca arenisca que se alza entre Yecla (Murcia) y Montealegre (Albacete), a poca distancia del Cerro de los Santos, lugar bien conocido por las numerosas estatuas ibéricas allí encontradas.

H. Breuil ya dio cuenta (*L'Anthropologie*, 1914) de las circunstancias en que, tras haber visitado sin éxito la *Cueva del Tesoro*, descubrió con



Grupo de pinturas del abrigo mayor de Cantos de la Visera (El Arabí, Yecla)
(unos 3 metros de longitud) (según H. Breuil, 1915).

Marino Serrano, hijo de don Pascual, las pinturas del vasto *Abrigo del Mediodía*, de edad neolítica o eneolítica, no lejos de una pequeña colina ocupada por un campo de esta época cuyos alrededores están cubiertos de sílex y cerámica. La visita de las cuevas-abrigos, muy numerosos, de las laderas occidental y oriental no dio resultado y por ello parecía que no debían esperarse nuevos descubrimientos en este lugar. Pero no fue así, Miles Burkitt, de Cambridge, que acompañó a H. Breuil durante los tres primeros meses de 1914 en sus excursiones rupestres por las provincias de Cádiz, Málaga y Almería, quiso, al terminar su viaje, visitar las célebres rocas de Alpera y Tortosilla, incluyendo una rápida visita a la del Mediodía señalada por Breuil en 1913.

El 2 de abril de 1914, fue en tartana de Alpera al Monte Arabí, abordando esta montaña por el lado oriental. El azar hizo que buscando la cueva del Mediodía, a la que no pudo llegar por falta de tiempo, encontrase, al pie de la vertiente en que la buscaba erróneamente, debajo de otras vastas cavidades desprovistas de arte, dos abrigos pintados que escaparon a las primeras investigaciones. Son simples bloques, caídos antiguamente de la montaña y convertidos en abrigos por los agentes atmosféricos. Breuil los había percibido en 1913, pero el deseo de no

molestar a un cazador de perdices que estaba allí apostado, le hizo desviar unos metros de su itinerario y no llegó a divisar los pequeños abrigos, sólo visibles desde el lado opuesto. Miles Burkitt le informó inmediatamente del inesperado descubrimiento. Las indicaciones por él proporcionadas permitieron al segundo comprobar que se trataba de dos rocas con pinturas de estilo naturalista análogas a las de Alpera. Una nueva expedición fue inmediatamente acordada, efectuándola juntos en los primeros días de junio.

Los dos bloques achafanados que contienen pinturas en su abrigo llevan en el país el pintoresco nombre de *Cantos de la Visera*, a causa del aspecto de uno de ellos, cuyo voladizo recuerda la visera de una gorra. Están situados a un centenar de metros por debajo de amplias cavidades, la principal de las cuales, la Cueva de la Horadada, es reconocible por la perforación de su cúpula. La distancia que los separa de la Cueva del Mediodía no rebasa los 800 metros. El espacio entre ambos bloques es apenas de unos quince metros y a su alrededor el suelo está sembrado de lascas y hojitas de sílex de carácter muy diferente a los de la estación neolítica ya señalada: no se encuentra aquí ninguno de los elementos de hoz con bordes denticulados que allí abundan. Una pequeña excavación al pie del abrigo principal, que tiene unos 8 metros de anchura, nos permitió constatar la existencia, a poca profundidad, de un fino nivel de hogares negruzcos, conteniendo un cierto número de sílex de aspecto paleolítico. En el punto más interno del abrigo, el suelo estaba violado, encontrando los huesos de un niño de unos doce años. Este descubrimiento no tiene nada de prehistórico y corresponde al enterramiento furtivo de un pequeño cadáver en una época bastante reciente. Acaso se trata de un crimen ignorado, de siglos pasados, o de una criatura muerta naturalmente, perteneciente a una pobre familia de gitanos que encontró abrigo durante unos años en una cueva cercana, llamada por esto de *la Gitana*.

H. BREUIL y M. C. BURKITT, «Les peintures rupestres d'Espagne. VI, Les abris peints du Monte Arabí, près Yecla (Murcie)», *L'Anthrop.*, XXVI, 1915, págs. 313-327, 4 figuras. Los fragmentos traducidos en las págs. 313-317. En la pág. 73 del presente volumen ya se ha indicado que el estudio básico se encuentra en el tomo IV de *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique*.

El inglés Miles Crawford Burkitt (1890-1971) fue uno de los miembros del equipo internacional que excavó la cueva del Castillo. El 26 de septiembre de 1913, H. B. escribía al Coronel W. Verner: «... he pensado hacerme acompañar por un joven inglés que conocí el mes de febrero y que este año sigue las excavaciones de Obermaier y las mías» (Archivo E. R.). Colaboró con H. B. y W. Verner en los trabajos de exploración de la provincia de Cádiz y en los del mismo Abate y E. Cartailhac en el estudio de la cueva pirenaica de Gargas. Unos años después de la primera guerra mundial, en la que fue oficial en el frente francés, desempeñó la cátedra de Prehistoria en la Universidad de Cambridge. Escribió: M. C. BURKITT, *A Study of Early Cultures in Europe and the Mediterranean basin* (Cambridge, UP, 1921), con un prólogo de H. Breuil que también recensió el libro en *L'Anthrop.*, XXXII, 1922, págs. 524-525; ID., *The Old Stone Age* (Londres, 1933; Nueva York, 1963). En 1951, estuvimos con él en un viaje de estudio de las cuevas cantábricas. Colaboró con un breve texto en el homenaje póstumo al Abate: M. C. BURKITT, «The Abbé Breuil», *Miscelánea*, I, págs. 289-291.

Cf. infra: vivencias en la Laguna de la Janda y Sierra Morena (págs. 70-73); de nuevo en el Monte Arabí (págs. 73-74); W. Verner (págs. 136-137) Gargas (págs. 220-222); El Casúllo (págs. 232-234); «testamento levantino» de Wartenstein (págs. 353-354).

9. Andalucía

Vélez-Blanco (Almería)

Las rocas con pinturas naturalistas encontradas en España hasta el momento se distribuyen por toda la región oriental, desde Cogul (Lérida) hasta Alpera (Albacete) y El Arabí (Murcia). Gracias a las búsquedas que han realizado nuestros prospectores, hemos podido constatar que la zona de repartición de estos interesantes monumentos baja hasta las cercanías de Sierra Nevada, entrando un poco en el territorio del antiguo reino de Granada. Por desgracia, las superficies pintadas que se han conservado son muy escasas y la naturaleza de la roca de estos parajes no es favorable a la existencia de vastos abrigos como el de Alpera.

[...] En la zona de colinas de perfiles suaves que se extienden al norte de las altas montañas jurásicas de Vélez-Blanco, los riachuelos han abierto unos desfiladeros que ponen en comunicación dos zonas, la llanura de Topares y la de María. Dichos cortes están acompañados de

afloramientos de bancos con nódulos de sílex, que fueron explotados desde los tiempos del Paleolítico superior, como lo atestiguan diversos yacimientos bajo abrigo, el más importante de los cuales es la Cueva de Ambrosio. En estos lugares existen abrigos con pinturas, unos paleolíticos, otros, en mayor número, neolíticos. El lugar principal es llamado *Los Lavaderos de Tello*, cerca de los *Cortijos de Leiría*. El acantilado está horadado por un gran número de alveolos poco accesibles, en los que se ocultan las pinturas de estilo esquemático, pero en medio, en una pequeña cueva menos difícil de alcanzar, sobre la pared izquierda se pueden ver dos siluetas de ciervos enfrentadas y los fragmentos de otros varios.

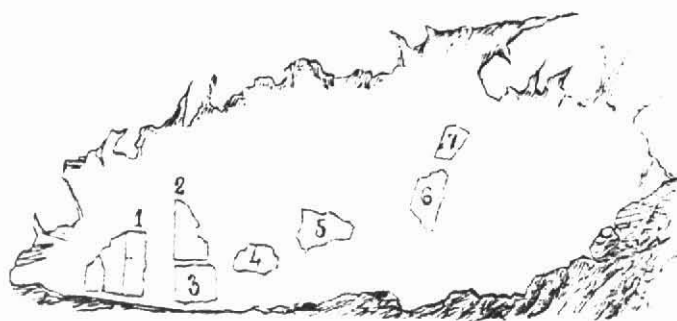
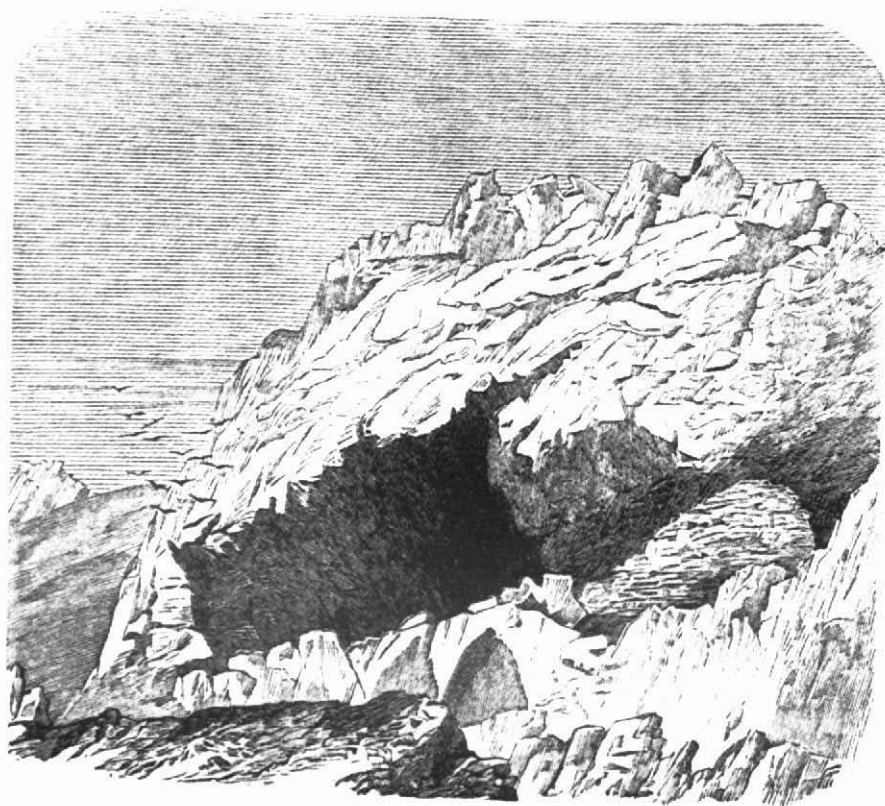
[...] El segundo grupo pictográfico se encuentra en la cortadura occidental, llamada *Estrecho de Santonje*. Se compone de tres cuevas con figuras [...]

La tercera localidad de este estilo que debemos describir es la *Cueva Chiquita*, cerca de los *Cortijos de los Treinta*, situada al pie de la vertiente meridional de la Sierra de María, al borde de la llanura de Chirivel. La cueva es una cámara en la que pudo habitarse de forma agradable y que contuvo un yacimiento parcialmente destruido por el arreglo de la cavidad para ser usada por los pastores y sus rebaños. Su pared del fondo, frente a la entrada, forma un friso bastante ancho de superficie extremadamente rugosa y, a pesar de ello, pintada con tres grandes ciervos de color rojo [...]

H. BREUIL y F. DE MOTOS, «Les peintures rupestres d'Espagne. VIII, Les roches peintes à figures naturalistes de la région de Vélez-Blanco (Almería)», *L'Anthrop.*, XXVI, 1915, págs. 332-336, figs. 8-10. Los fragmentos traducidos en las págs. 332 y 336.

H. B. hizo tres viajes a Vélez-Blanco para trabajar con Federico de Motos: junio de 1911, abril de 1913 y fecha indeterminada de 1914. En el vol. IV de *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique*, obra repetidamente citada, el Abate dedica a los abrigos pintados de la región velezana las págs. 9-34, figs. 2-9 y láms. IV-XXVII.

El arte rupestre esquemático peninsular fue señalado, con diversas interpretaciones, desde el siglo XVIII: Antonio Ponz, en *Las Batuecas*, 1728; J. Contador de Argote, en *Cachao da Rapa*, 1734; y F. J. López de Cárdenas, llamado «el Cura de Montoro», en *Fuencaliente*, 1783. Pero fue Manuel de Góngora y Martínez el primero que las interpretó, antes de 1868, como obra



Abrigo de la Cueva de los Letreros (Vélez-Blanco, Almería) y situación de los grupos de pinturas (según Góngora y Martínez, 1868).

de una población prehistórica al encontrar precisamente estas de la cueva de Los Letreros, valorando, además, los hallazgos del Cura de Montoro. En el ya citado libro de GÓNGORA Y MARTÍNEZ, *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, págs. 70-77, figs. 80-87. E. RIPOLL PERELLÓ, «Historiografía del arte prehistórico en la Península Ibérica: I, hasta 1914», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie I, 10, 1997, págs. 89-127.

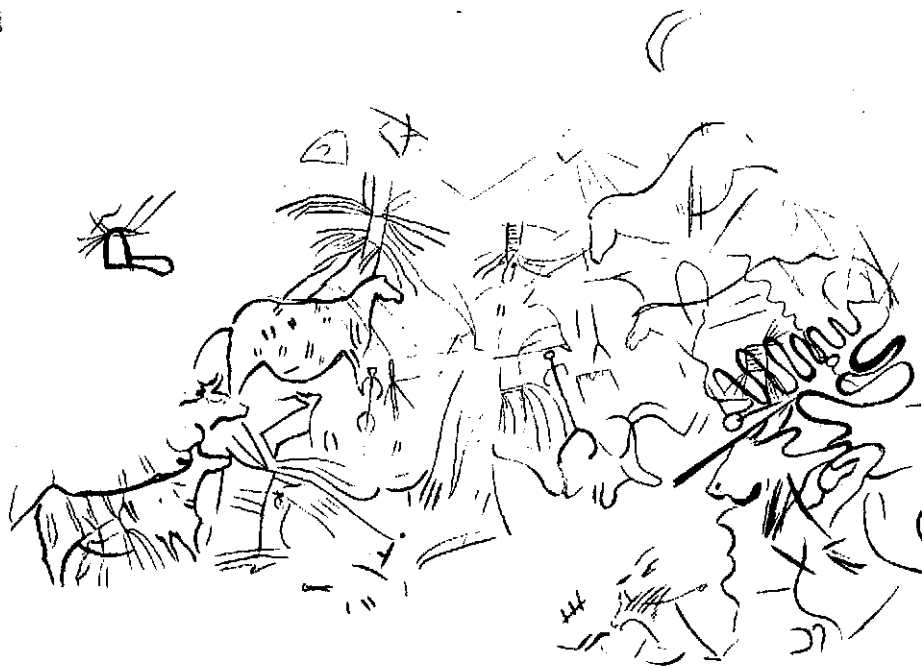
H. B. cita la Cueva de Ambrosio, para cuyo importante yacimiento solutrense remitimos aquí a las págs. 375-385 (comentario a: lección sobre el Solutrense). La bella región velezana y su arte rupestre siguen siendo objeto en tiempos recientes de nuevos estudios, por ejemplo: J. MARTÍNEZ GARCÍA, «Análisis de un sistema de parentesco en las pinturas rupestres de la cueva de Los Letreros (Vélez-Blanco, Almería)», *Ars Praehistorica*, VII-VIII, 1988-1989, págs. 183-193, 8 figuras.

Cf. en el presente volumen: viaje por Murcia, Valencia y Alicante (págs. 67-70); en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192).

La Pileta (Benaolan, Málaga)

En 1912 fui llamado a estudiar una caverna andaluza de difícil acceso en la sierra de Líbar, no lejos de Ronda (Málaga). En efecto, unos meses antes, había recibido de mi amigo inglés Horace Sandars tres fascículos de una revista inglesa [*The Saturday Review*] que contenía la pintoresca descripción del descubrimiento y de la visita a una gran caverna de la sierra de Líbar por un coronel inglés retirado que se dedicaba al estudio de los pájaros que anidaban en los roquedos: Willoughby Verner.

Gracias a una presentación de Horace Sandars que nos puso en relación, quedamos de acuerdo para una campaña en la primavera de 1912. Nos encontramos en Algeciras el 18 de marzo. Me acompañaban H. Obermaier, P. Wernert y Juan Cabré. Este había descubierto en 1903 las figuras de estilo levantino de Calapatà y yo quería entrenarle en la lectura de las representaciones de las cavernas oscuras. También llevaba las escaleras de cuerda que según el coronel eran necesarias para el estudio de la cavidad. Después de varios días en Gibraltar para comprar diversos elementos necesarios para nuestra exploración o para nuestra subsistencia, el coronel nos llevó a la pequeña aldea de Jimena, estación de ferrocarril de la línea de Ronda, donde había conseguido de la Compañía de los Ferrocarriles de Andalucía el permiso para poder utilizar



«Santuario» de la cueva de La Pileta (Benaolan, Málaga), con figuras de animales superpuestas a signos rojos (long.: 3,10 metros) (según H. Breuil, 1912).

una pequeña casa, cerca de la estación, destinada a albergar a los obreros cuando se trabajaba en las vías de las cercanías. Allí organizó los lugares para dormir e instaló una cocina sencilla. También aseguró los medios de ascensión a la cueva, y de descenso a la misma, para todo el tiempo de nuestro trabajo, con la ayuda de arrieros de borricos del terruño. Todo ello fue hecho de una manera notable.

El primer día subió a la cueva con nosotros, lo que representaba unas dos horas de trayecto a lomos de asno y por senderos extremadamente empinados. Nos hizo visitar la cueva para cuya entrada se necesitaban dos escaleras de 20 metros, una para descender a media cuesta de un abismo vertical cuya continuación podía ser bajada a pie entre desprendimientos de cascotes. Esta galería inferior se dividía en varias salas que contenían muchos paneles de signos eneolíticos trazados en negro y, en el suelo, bastantes restos óseos (en parte humanos) y fragmentos de cerámica con frecuencia decorados. En ellas no se encuentra ningún

dibujo naturalista. Volviendo a subir al pie de la primera escalera, después de escalar de nuevo algunos metros de desprendimientos, nos era necesario salvar un picacho de poco menos de 20 metros de altura, infranqueable para nosotros, pero no para Tomás José Bullón, labrador de algunos campos cercanos a una fuente que surgía de la cavidad vecina, y que trepaba como un gato utilizando las más pequeñas rugosidades de la pared. Una vez estuvo allá arriba, nos lanzó el extremo de una cuerda que había amarrado a una columna estalagmítica. Fijamos en ella la cabeza de nuestra segunda escalera que él izó y fijó sólidamente en la misma columna, haciendo que pudiéramos trepar hasta la entrada de la primera galería superior. Ésta, unos metros más adelante, encontraba un ancho corredor horizontal cuya parte izquierda alcanzaba con bastante rapidez el fondo taponado de un corredor cuya salida se abría al exterior en una galería de Las Vacas, donde algunos bóvidos se refugiaban ocasionalmente. Observamos en ellas espesas capas eneolíticas en las que Obermaier efectuó algunos sondeos sin llegar a atravesarlas. Hacia su mitad, una bajada perpendicular a la derecha necesitaba el uso de una cuerda o de una escalera de unos cuatro metros. El coronel Verner no había aún visitado esta galería descendente, como tampoco un estrecho reducto enmascarado por una barrera transversal de coladas estalagmíticas y que estaba completamente atiborrado de excelentes figuras de animales negros. Un poco más lejos se encontraba un verdadero lago a cuyo alrededor se acumulaban los trozos de numerosos grandes vasos sin adornos, seguramente fabricados allí mismo y cocidos con fuegos de paja o de hierbas, cuyo carbón teñía el suelo sobre un amplio espacio. Supongo que este punto de agua permanente había sido encontrado por los indígenas eneolíticos y que éstos habían fabricado en el mismo lugar estos enormes recipientes depositándolos quizá bajo las estalagmitas del salón que goteaban alrededor del lago en el que se acumulaban las aguas. Más allá las figuras se hacían más raras y, por lo general, pertenecían al estilo esquemático de la Edad del Cobre, pero todas en negro, al contrario de las de las numerosas rocas esquemáticas al aire libre de la región o de la España central. Una ancha sala final con bella decoración estalagmítica presenta, a unos pocos metros del gran abismo donde termina, y en el que los españoles descendieron después de mí, la bella representación de un gran pez de mar.

El trabajo en La Pileta se acabó el 18 de abril de 1912. Durante el mismo mes me dediqué a la búsqueda con el coronel Verner y ambos visitamos numerosas cuevas oscuras de la región sin resultados útiles: Las Motillas (Gaucín), Las Palomas (Alcalá de los Gazules), etcétera.

Del «Prefacio» del Abate en RIPOLL, *Breuil*, págs. 15-16. El de La Pileta era el primer descubrimiento de una cueva con arte paleolítico en el sur de España. La caverna rondeña obligaba a cuestionar la denominación «arte franco-cantábrico» que se daba al arte paleolítico. Para huir de la cuestión se consideró que se trataba de un *unicum*.

La monografía de la caverna apareció tres años más tarde: H. BREUIL, H. OBERMAIER y W. VERNER, *La Pileta à Benaolan, Málaga (Espagne)*, Mónaco, Vve. A. Chêne, 1915, VIII + 68 págs., 26 figs. y XXII láminas.

El Abate incluyó La Pileta en su *Quatre cents siècles*, págs. 392-395, figs. 513-519. Al final del texto correspondiente escribe: «Es lamentable que ni uno ni otro lugar [*La Pileta y la Baume-Latronne-Gard*] hayan proporcionado documentos sobre el período de su frecuentación. Sólo por la comparación con los *macaroni* y otras figuras trazadas sobre arcilla con los dedos, se les puede atribuir una edad auriñaciense.»

Sobre aquella exploración y sus protagonistas, cf. RIPOLL, *Breuil*, págs. 106-109 (con la traducción de una carta de W. Verner al Abate fechada el 20 de noviembre de 1911). Otros escritos en: E. RIPOLL, «Abate H. Breuil y Coronel W. Verner: textos sobre la cueva de La Pileta», *Actas del Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar»*, Ceuta, 1987, Madrid, UNED, 1988, t. I, págs. 173-181.

De nuestras visitas a la cueva andaluza, siempre atendidos por la familia Bullón, surgió nuestra opinión sobre la cronología de sus representaciones paleolíticas: E. RIPOLL PERELLÓ, «La cronología relativa del "Santuario" de la cueva de La Pileta y el arte solutrense», *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia, Universidad, 1961-1962, págs. 739-751, 6 figuras. Como queda dicho el Abate postuló siempre una edad auriñaciense para representaciones de La Pileta. Nuestra teoría se apoya en las analogías con El Parpalló.

Cf. en este volumen: W. Verner (págs. 136-137); H. Obermaier (págs. 161-172); en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).

Ardales y La Cala (Málaga)

El descubrimiento de las pinturas paleolíticas de la caverna de La Pileta, en Benaolan (Málaga) por el coronel W. Verner me dio la esperanza

de otros hallazgos análogos. Guiado por esta perspectiva, visité un cierto número de cavidades de las montañas calcáreas de las Sierras de Ubrique, de Grazalema, de Ronda y de los alrededores de Antequera, Loja y Granada. El resultado no correspondió a mis deseos: aunque muchas de ellas contenían abundantes vestigios de cerámica neolítica y eneolítica, no descubrí en ellas ningún vestigio de pinturas o de grabados.

Más favorecido me vi en 1918 durante una gira de conferencias científicas de influencia francesa que hice en Andalucía entre los meses de febrero y marzo. Descubrí esta vez, cerca de Málaga, decoraciones parietales anteriores al Neolítico en dos cavernas.

La cueva de Doña Trinidad (Doña Trinidad Brown, que edificó un palacio en Carratraca y era propietaria de la cueva en la época en que era muy visitada. Una calle de Málaga lleva también su nombre, sin duda a causa de sus legados en favor de la ciudad). Entre otras cavidades, ésta se halla cerca de Alora, entre Carratraca y Ardales y es la más importante. La visité de forma incompleta el 16 de marzo de 1918, completando su estudio, durante tres días, del 26 al 28 de abril siguientes.

La caverna está situada a 40 km de Málaga a vuelo de pájaro y a unos 45 de La Pileta, en territorio de Ardales pero a poca distancia de Carratraca, localidad balnearia antaño muy frecuentada, aunque en decadencia ahora. Los propietarios la arreglaron para facilitar, previo pago de una cantidad, el acceso a los bañistas ociosos, con un desfile de miles de visitantes en otro tiempo, de manera que es muy conocida en la región y su puerta está cerrada por una sólida reja y un candado. Se abre en el límite de las calizas identificadas como cambienses y las pizarras poco consistentes, en una colina a la derecha de la carretera de Carratraca a Ardales [...] La abertura se halla a poca distancia del pie de la colina, no lejos de una caudalosa fuente [...]

[*La Cala*] Cuando se deja Málaga por el camino que va a El Palo siguiendo el mar se observan macizos calizos, colinas y pequeñas mesetas que llevan el nombre de *Los Cantales*. En el principal, *El Cantal Gordo*, que forma una eminencia considerable, Miguel Such, de Málaga, descubrió una caverna muy interesante de gran interés por su yacimiento neolítico con abundantes cerámicas y brazaletes de mármol blanco. Bajo el depósito neolítico, descubrió otro nivel de aspecto paleolítico final [...]

En la parte llana situada frente a la Torre de la Cala y del cuartel de carabineros cercano, se abren dos pozos verticales que dan acceso a



Grupo de figuras grabadas de la cueva de Ardales (Málaga) (según H. Breuil, 1921).

galerías. Una de estas cavidades es conocida en la región bajo el nombre de Cueva del Suizo, en recuerdo de un suizo que hace tiempo efectuó allí trabajos importantes con la esperanza, se dice, de encontrar un tesoro oculto...

El otro pozo está muy cerca y necesita, como el primero, una escala de cuerda. Pero, mientras que el acceso a los corredores de la Cueva del Suizo es fácil, salvo un divertículo artificialmente colmatado por pedruscos, el corredor único que sigue el segundo pozo se prosigue por un agujero en hélice entre desprendimientos muy poco estables, acabándose por un pasillo de rápida pendiente que deja sólo el paso estrictamente indispensable. Luego la galería sube y es casi rectilínea [...] En

un divertículo que se abre en él, se constatan los restos de frescos de color rojo, demasiado fragmentarios para poder establecer su significado.

Del estudio de dichas cuevas malagueñas: H. BREUIL, «Nouvelles cavernes ornées paléolithiques dans la province de Málaga», *L'Anthrop.*, XXXI, 1921, págs. 239-253, 11 figuras. Los fragmentos traducidos en las págs. 239 y 250-251. En *Quatre cents siècles*, págs. 395 (La Cala) y 396-397, figs. 520-523 (Ardales).

Tras el descubrimiento y estudio de La Pileta, el Abate visitó gran número de cavidades andaluzas durante los años que van de 1913 a 1918. En este último descubrió la cueva de Ardales, o de Doña Trinidad, propietaria del vecino balneario de Carratraca. El Abate estudió la cueva y copió sus figuras en tres días (26, 27 y 28 de abril). Algunas de las figuras las dibujó simplemente a mano alzada («Prefacio» del Abate, págs. 18-20, de RIPOLL, *Breuil*). Visitada por los agüistas de dicho balneario, cuando la explotación de este quedó abandonada sufrió toda clase de vejámenes de visitantes desaprensivos. Pudimos comprobarlo en abril de 1957 cuando hicimos una revisión de sus figuras grabadas, reconociendo 30 de ellas. Felizmente el Ayuntamiento de Ardales cuida ahora del mantenimiento de la cueva.

Entre otras, publicaciones posteriores: S. GIMÉNEZ REYNA, «La cueva de Doña Trinidad, en Ardales», *Miscelánea*, I, págs. 435-447, 13 figs. y 1 lám.; J. RAMOS MUÑOZ, M. ESPEJO HERREROS, P. CANTALEJO DUARTE *et al.*, *Cueva de Ardales, su recuperación y estudio* (Ardales, Ayuntamiento, 1992).

Cf. infra: Maltravieso, la cueva no vista (págs. 110-111); en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); La Pileta (págs. 266-269).

Dolmen de Matarrubilla (Sevilla)

Esta obra de H. Obermaier, muy cuidada, como todas las publicaciones de este autor, se divide en cinco capítulos. El primero es una introducción general al problema dolménico, examinando la distribución de los dólmenes en el Viejo Mundo y en España (con un mapa de la Península Ibérica) y una clasificación de los monumentos de este género en dicho país.

Al Neolítico puro se atribuyen: 1º, cistas rectangulares o círculos sin cobertura; 2º, dólmenes sencillos, construidos con losas bastas, de planta cuadrangular o poligonal; y 3º, dólmenes con pequeño corredor y galerías cubiertas de reducidas dimensiones. Al Protoneolítico se atribuyen los dólmenes de corredor grande y las galerías cubiertas de tipo evolucionado, con frecuencia de planta trapezoidal, con los primeros

vasos campaniformes y falanges de animales utilizadas como figuras, a veces con grabados sencillos sobre sus losas. Al Eneolítico deben atribuirse las galerías con cúpulas del SO. de la Península, por lo general con largo corredor y pequeñas cámaras anejas, siendo sus muros de piedra pequeña o grande, sin cemento, presentando en algunas ocasiones grabados y pinturas. Los más antiguos están contruidos por completo con gigantescos bloques, mientras que los más recientes están únicamente cubiertos por estos, estando sus muros hechos de capas sucesivas de piedra e incluso juntas de arcilla alternando con ellas. En su interior se encuentran objetos de cobre, de bronce a veces, ídolos de alabastro, hueso y pizarra —grabados y pintados—, vasos muy adornados de tipo Ciempozuelos (incisiones profundas rellenas de yeso), objetos de oro, marfil, plomo, ámbar, etc., así como finas flechas de sílex. En la misma época, en la provincia septentrional, la arquitectura dolménica seguía con las galerías sencillas y cortas, rectangulares o trapezoidales.

La segunda mitad del primer capítulo examina en detalle los dólmenes de cúpula de la provincia meridional, presentando la planta y los alzados de los monumentos más célebres de esta región, entre ellos la Cueva de la Pastora, cercana a Sevilla, gran galería de unos 30 m de longitud, con muros de piedras pequeñas, cubierta con losas y acabada por una pequeña cúpula imperfecta.

El monumento descrito en el capítulo II y que ha dado su nombre al trabajo se halla a poca distancia del citado en último lugar. Consiste en una galería construida con pequeñas piedras en seco, con una longitud de unos 10 m, cubierta por losas y acabada en una cúpula, a su vez cubierta por una losa de aproximadamente 2,70 m de diámetro. El centro de esta cámara estaba ocupado por un bloque rectangular tallado, de marmol negro y blanco, cuyas dimensiones son 1,70 m de largo por 1,20 m de ancho y 0,50 m de alto. Su cara superior está ahuecada formando una pila aproximadamente rectangular que respeta de 18 a 20 cms de la superficie a lo largo de los bordes, y de una profundidad de 8 a 10 centímetros. Salvo un fragmento de brazaete de marfil, hay poco que decir del ajuar mueble encontrado en la exploración que incluye, como siempre, trozos de cerámica y huesos humanos.

El excepcional descubrimiento de una pila en el interior de la cámara con cúpula lleva al autor a revisar, en el capítulo III, los recipientes análogos conocidos en los dólmenes de cúpula peninsulares. En el de

El Romeral (Antequera) y el de Marcella (Algarve, Portugal), se ven losas que yacen en el suelo y pueden tener el mismo significado de mesa para depositar el cadaver y las ofrendas. En el dólmen análogo de Arrife (Algarve, Portugal) existía una losa de 0,60 x 0,90 m, de forma rectangular, sobre la cual aún se conservaban diversos huesos y objetos. Pero son las galerías cubiertas de Irlanda las que proporcionan las mejores comparaciones, con sus grandes cubas ovas colocadas en las cámaras de los monumentos célebres de New Grange, Dowth y Loughcrew. H. Obermaier recuerda asimismo la pila rectangular, adornada con espirales, del templo neolítico de Hal-Tarien (Malta).

El capítulo IV está dedicado al estudio de las relaciones entre España y Oriente durante la fase dolménica. El autor admite que la idea de los dólmenes simples nació en Oriente y llegó hasta Occidente siguiendo las costas, desarrollándose regionalmente en tipos más o menos complicados. Por ello las grandes galerías cubiertas han sido localizadas en el S. y SO. de la Península Ibérica, en el N., NO. y S. de Francia, en Irlanda y en regiones limitadas de la Gran Bretaña (en Suecia existen sólo algunos raros ejemplos). En cuanto a los dólmenes de cúpula, tienen aproximadamente la misma distribución. Su analogía con las tumbas de cúpula del Oriente clásico se deben a un fenómeno de convergencia, pues no son en absoluto coetáneas, puesto que las de Occidente dejaron de existir en la Edad del Bronce que es precisamente la época de las grandes sepulturas de Oriente. Siguen después algunas líneas acerca de la parte indígena, oriental y septentrional y acerca de los ajuares de los monumentos funerarios.

Recensión por H. B. del libro de Hugo OBERMAIER, *El dolmen de Matarrubilla (Sevilla)* (Madrid, CIPP mem. n.º 26, 1919), publicada en *L'Anthrop.*, XXXII, 1922, págs. 311-313.

El monumento de Valentina del Alcor fue el primero de los grandes megalitos excavados científicamente en España y por ello entró pronto en la bibliografía europea sobre el megalitismo. Se le relacionó con el grupo de la Bretaña que el Abate conocía muy bien.

Obra de conjunto sobre los dólmenes meridionales de la Península: G. y V. LEISNER, *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Erster teil: der Süden* (Römische-Germanische Forschungen, 17, Berlín, 1943).

Cf. infra: dolmen de la Capilla de Santa Cruz (págs. 241-243); Z. Le Rouzic (págs. 151-152); H. Obermaier (págs. 161-172).

10. *África*

Dandabari o Impey's Cave (Rhodesia del Sur)

Al este de Fort Victoria y a unos 64 km de la ciudad, el viajero dejará la carretera y seguirá pistas y senderos estrechos hasta la Iram Farm, que, en la época de nuestra visita, era propiedad del señor Miller. Unos grandes eucaliptos, visibles desde lejos, ayudan a situar la explotación. La roca pintada de Dandabari se halla en un lugar muy aislado a unos 4,8 km al nordeste de la finca, junto a la cabecera de un barranco que discurre hacia la llanura. En él se suman las aguas de lluvia y las de un manantial, formando un riachuelo perenne que, antes de entrar en las gargantas, alimenta diversas pequeñas y muy pintorescas cascadas.

Se puede llegar en automóvil hasta casi la misma roca. El estrecho sendero serpentea entre el bosque y el alto matorral, alcanza la cabecera del barranco y atraviesa un riachuelo que corre encima de una inmensa losa granítica. Los últimos cien metros presentan muy poca vegetación. En este punto, el valle hasta aquí bastante ancho y en el que se unen las aguas, se estrecha y remonta bruscamente para formar un collado desde el cual se extiende a lo lejos hacia las llanuras cercanas. Bajando a la derecha hasta el nivel de los últimos árboles y la zona matosa, se descubren las pinturas de Dandabari ocultas en un nicho poco profundo creado en la propia cortadura. Delante del mismo se extiende una estrecha terraza sembrada de grandes bloques de granito y, entre ellos, se descubren utensilios de cuarzo tallado y fragmentos de cerámica Matébélé en abundancia. Al mirar con más atención se observa que las fisuras horizontales de la roca fueron cuidadosamente cerradas con pequeñas piedras. No lejos de estas fisuras, descubrí en 1948 numerosos fragmentos de huesos humanos. Durante una segunda visita, en 1950, pude observar unos enterramientos recientes del mismo género, efectuados entre ambos momentos. En efecto, una aldea indígena está situada en la proximidad.

Dandabari fue mencionado por primera vez en un artículo de N. Wilson aparecido en el *Star* del 7 de mayo de 1927. El autor estaba interesado especialmente por el tipo de gentes que describía y que le parecían pertenecer a una raza blanca muy cercana, en ciertos aspectos, a la egipcia. El Dr. Impey, vivamente interesado por la prehistoria africana,

estudió también la roca e insistió en este punto. Fue el primero que hizo un calco de las pinturas, las publicó en la prensa cotidiana y tuvo la amabilidad de enviarme a Francia una acuarela de tamaño natural. El nombre de «Impey's Cave» se da a veces a este lugar en memoria de su primer copista.

En 1927, Miles Burkitt visitó las pinturas y publicó poco después una descripción de sus figuras. En 1932, Frobenius reprodujo una copia hecha por sus discípulos y en 1948 dio a conocer una nueva versión realizada por Walter Battiss.

Fue aproximadamente en esta época [hacia 1947] cuando, como consecuencia de mis trabajos en el Brandberg, empecé a sospechar la posibilidad de una relación entre el arte rupestre del Sudoeste africano y el de Rhodesia del Sur. Esto me llevó a visitar Dandabari y pasar allí varios días con el fin de copiar yo mismo las pinturas.

Las figuras se sitúan en la zona alta del muro, por encima de una superficie rocosa conexas en la que es difícil mantenerse de pie. Las siluetas policromas importantes están superpuestas a otras figuras monocromas, que están más diferenciadas a la derecha. [Sigue la descripción de una gran jirafa a la izquierda del panel, que H. B. copió pero no publicó].

Del ya citado libro póstumo: *Les roches peintes de la Rhodésie du Sud. Les environs de Fort Victoria et d'autres sites* (1966), pág. 13 y láms. 1 y 2.

Como puede verse, el Abate seguía madurando su teoría, afianzada en el Brandberg, acerca de la presencia de gentes mediterráneas en diversos lugares del África austral, lo que motivó que entrara en desacuerdo con ciertos investigadores locales.

Cf. infra: descubriendo el África austral (págs. 76-78); exilio en el África meridional (págs. 94-98); C. van Riet Lowe (págs. 178-183); la Dama Blanca del Brandberg (págs. 276-281); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340).

La Dama Blanca del Brandberg (Sudoeste Africano)

De 1947 a 1949 y de nuevo en 1951, me dediqué especialmente a algunas regiones desérticas y montañosas del Sudoeste Africano, donde, durante los seis meses que duraron mis tres expediciones, calqué pinturas en 150 lugares distintos. Entre todos ellos, el más hermoso y el más importante es el friso del Abri Maack, bautizado [por su personaje

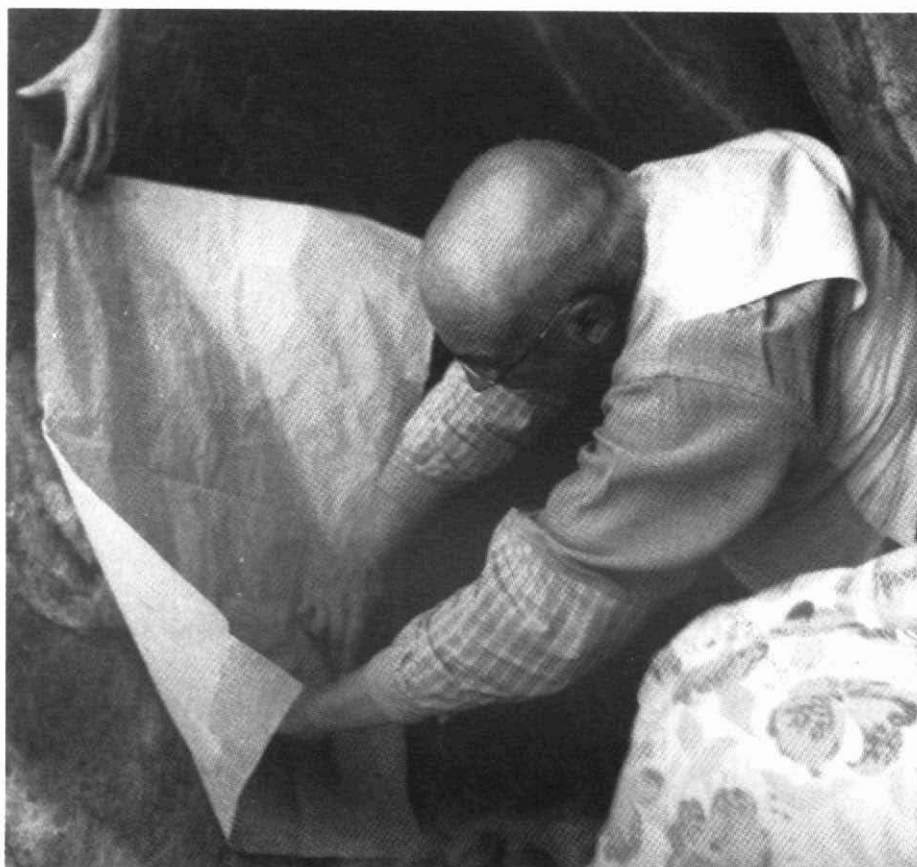


La Dama Blanca del Brandberg (foto A. Scherz).

central] como «La Dama Blanca del Brandberg», personaje cuyos rasgos netamente mediterráneos —en una región en la que es sabido ningún hombre blanco ha penetrado hasta los siglos recientes— había siempre despertado mi atención.

[Escrito en 1951] Quien pone en sus manos esta obra regresa de los confines de África donde le esperaba, pintada en el hueco de una roca desde hacía milenios, una muy antigua muchacha. Eternamente sigue allí su marcha, joven, hermosa y ágil, con un porte casi aéreo. En los viejos días, todos, entre los suyos, también anduvieron para contemplar su imagen adorada, y siguieron marchando durante siglos, y no solamente los hombres, también los orix, los sprigbuck, los avestruces, las jirafas, los elefantes y los rinocerontes que dirigía su magia.

A mi vez, anduve hacia ella desde el momento en que, por un pobre esbozo de su descubridor fatigado, conocí su imagen. Un día, me arrancó de la oscura noche de nuestras cavernas de Europa, y el gran J. Smuts me envió, al gran sol del Damaraland. A través de los desiertos, caminé hacia ella, al igual que mis amigos y mis guías. Cautivado por su gracia incomparable, procuré fijar sus rasgos. Viajé dos veces para volver a verla. Llevé hasta su figura a otros compañeros y hablé de su imagen al mundo de los vivos, tras haber soñado a sus pies acerca del infinito misterio de la historia de las migraciones antiguas. A ella, a sus acompañantes, a su pueblo, del que sólo nos hablan otros frescos, consagré muchos años. Allí aprendí una especie de evangelio maravilloso que me parece oportuno repetir en este mundo agitado: el de la importancia de esos esplendores inútiles para la vida material pero esenciales para la del Espíritu. Ahora, en tiempo de vacaciones, afluirán a los pies de la «Dama Blanca» los admiradores apresurados. Su serena y mágica belleza no sólo ha atravesado los desiertos y el Orange, sino que su fama se ha extendido hasta más allá de los océanos. ¿Y por qué todo esto? ¿Para qué, en estos tiempos difíciles, tomarse el trabajo de ir a contemplar los rasgos, mágicamente hermosos, de una jovencita de hace milenios? Ocurre que, como me decía una vez un discípulo en vena de agudo filósofo, el hombre es el ser del mundo que se apasiona por la más inútil (materialmente) y la más necesaria de las contemplaciones, con tal de que le haga, por el ensueño, franquear la estrecha barrera de lo inmediato, para hundirse en ese misterioso Cosmos de las cosas que no le conciernen y que no podría comer. [El discípulo era M. C. Burkitt]



El Abate Breuil calcando el friso de la Dama Blanca (foto A. Scherz).

[...] Con este mensaje para ser proclamado, dejé el esplendor de los soles africanos y el áspero y embriagador ambiente de silencio de las rocas pintadas donde anónimos artistas ocultaron, lejos de las miradas humanas, la hermosa «Dama Blanca», llegada hasta allí un día lejano, de los centros del norte de este continente. Que aporte a los que la visitan el culto de las cosas del Espíritu y de la Belleza, que les enseñe, como hicieron nuestros artistas animalistas, a volar, mediante ellas, por el cielo simbólico donde florecen, por encima del banal utilitarismo, las visiones del alma. Nuestra «Dama Blanca» llevó hasta muy lejos esta preciosa enseñanza que, antes, habían balbuceado nuestros pintores de la Edad

del Reno, hace cerca de 40.000 años. Es gracias a ellas que el hombre artista, dejando atrás a los toscos talladores de piedra sin arte de los comienzos, se ha convertido en el ser apasionado por el progreso, la perfección y la belleza, dejando atrás a los que le habían preparado el camino, a través de lucha encarnizada contra las fieras devoradoras y los poderosos brutos cuya carne, arrancada al precio de atroces persecuciones, sustentaba laboriosamente la existencia precaria. [...]

El primer párrafo es de HEIM, *Breuil*, pág. 60. El resto son fragmentos del prefacio de *Quatre cents siècles*, págs. 9-11. Pero la monografía básica para la «Dama Blanca» es: H. BREUIL, MARY BOYLE y E. R. SCHERZ, *The White Lady of the Brandberg*, Londres, Trianon Press, 1955, X + 33 págs. y 30 láminas.

El Abate escribió mucho sobre la «Dama Blanca», para él un símbolo y el principal de sus argumentos en favor de la presencia de gentes mediterráneas en el arte rupestre sudafricano. Hemos preferido el texto de *Quatre cents siècles* por su carácter «poético». Entre varios otros: H. BREUIL, «South African Races in the Rock Paintings», *Robert Broom Commemorative Volume, Special Publication of the Royal Society of South Africa*, Johannesburgo, 1948, págs. 209-216; *Id.*, «The White Lady of Brandberg, South West Africa, her Companions and her Guards. Presidential Adress to the South Africa Archaeological Society», *South African Archaeological Bulletin*, III, 1948, págs. 2-11, 3 láminas.

En el homenaje que organizamos en Barcelona, el Dr. Scherz, fiel colaborador del Abate, escribió sus recuerdos de como se estudió el friso de la Dama Blanca: E. R. SCHERZ, «Der Abbé Breuil besucht die Weise Dame in Brandberg, 1947», *Miscelánea*, II, págs. 355-362, IV láminas.

La interpretación dada por H. B. de la «Dama Blanca» y su cortejo, así como las figuras de otros frisos, desató una polémica con J.-F. Schofield –director del Museo de Durban– y C. van Riet Lowe. El primer reflejo de la misma es una nota de R. V(aufrey), «La Dame Blanche du Brandberg. L'âge des peintures sudafricaines», *L'Anthrop.*, LII, 1948, págs. 538-540, en favor de las opiniones de los investigadores sudafricanos. Respuesta del Abate en: H. BREUIL, «The Age and the Autors of the Painted Rocks of Austral Africa», *South African Archaeological Bulletin*, IV, 1949, págs. 19-27, y en el mismo volumen «Some foreigners in the Frescoes on Rocks in Southern Africa», págs. 39-49, 4 figs. y 3 láminas. Al mismo tiempo aparecía: J. F. SCHOFIELD, «L'Age des peintures rupestres du sud de l'Afrique», *L'Anthrop.*, LIII, 1949, págs. 20-32. En el mismo volumen de esta revista, la réplica del Abate: «Les rochers peints d'Afrique australe, leurs auteurs et leur âge», págs. 377-406. Unos años después: C. VAN RIET LOWE, «L'âge des peintures rupestres du Brandberg», *L'Anthrop.*, LX, 1956, págs. 154-155. También con contestación de H. B. en el

mismo volumen, «Reponse de M. l'Abbé Breuil à C. van Riet Lowe sur l'Age des peintures rupestres du Brandberg», págs. 155-157.

Acerca de la relativa rectificación de van Riet Lowe, cf. *infra*, págs. 179-183. Otros textos en este volumen: descubriendo el África austral (págs. 76-78); exilio en el África meridional (págs. 94-98); Dandabari (págs. 275-276); Philipp Cave (págs. 281-285); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340).

Philipp Cave (Ameib, Erongo, Sudoeste Africano)

Durante nuestra segunda expedición al suroeste de África en 1948, oí hablar de las pinturas rupestres cerca de la mina de Ameib, especialmente de una cueva que un granjero, Herr Emil Philipp, nos invitó a visitar y estudiar. Pero estaba ya muy avanzada la temporada y estábamos fatigados —después de dos meses de trabajo en el Brandberg, el nordeste de la cordillera de Erongo, y el Spitzkopje—, y renuncié a la idea de ir allí en aquel momento.

Durante nuestra tercera expedición, en 1950, aunque habíamos trabajado tanto en Kaokoveld, en el distrito de Omaruru, al este de Erongo, así como en el nordeste de la misma cordillera, pudimos ir con el Dr. Scherz y el señor R. Strey a la región de Ameib, donde el gran número de pinturas nos tuvieron ocupados durante varias semanas.

Al final tuvimos la ocasión de visitar a Herr Philipp en su granja de Ameib. Después de haber trabajado durante muchos años en las factorías de carne de cerdo de Chicago, Herr Philipp se había instalado en este aislado y remoto rincón del mundo, construyéndose una agradable casa en su granja de ganado ovino caracul en un buen lugar cerca del río, muy próximo a la carretera que va de Usakos a Karibi. Nuestros planes eran llegar al lugar sin ayuda, ya que éste se encuentra a varios kilómetros al sureste de una carretera por la que pueden pasar camiones. Pero desde allí, con la ayuda de los trabajadores de la granja, Herr Philipp organizó el transporte de nuestro material de acampada, cocina y trabajo, actuando él mismo como guía, todo ello con un agradable sentido del humor.

El Dr. Scherz me acompañó a la cueva, así como mi ayudante, Miss Mary E. Boyle, la cual me proporcionó su constante ayuda en todas mis expediciones por el África meridional. El señor Strey no pudo estar con nosotros, pues se había torcido el tobillo en una expedición anterior y estaba hospitalizado.

Cuando ya habíamos llegado a la cueva y dispuesto el material, Herr Philipp nos señaló el hecho de que en el grupo había personas de nueve nacionalidades diferentes: franceses, ingleses, alemanes, bergdamara, hotentotes, bosquimanos, ovambo, ovambo-portugueses, y lo que se conoce localmente como «bastardos», por ejemplo un hotentote-holandés. Este último era un carpintero, que solicitó participar en la fiesta y amablemente se ofreció a llevar algo de carga. El granjero decidió que, ya que era domingo, la expedición debía dedicarse al recreo, y no al trabajo, por lo que sacó cigarros, naranjas y dinero, y yo fui elegido para dar una charla en francés a nuestros porteadores, que era inmediatamente traducida al inglés por Miss Boyle, al afrikán por el Dr. Scherz y al alemán por Herr Philipp. En este discurso les agradecí su ayuda y les expliqué que pronto todo el mundo científico hablaría de la «Philipp Cave» y de sus fantásticos frescos.

El techo de la cueva, que mide 50 metros de largo y 20 de profundidad, se llenó pronto de las canciones de los ovambos, aprendidas de los misioneros. Hotentotes y bosquimanos también intentaron contribuir al concierto, que era dirigido por Herr Philipp con una larga vara, pero los misioneros que les enseñaron a cantar les habían abandonado hacía ya mucho tiempo y nunca habían sido reemplazados, por ese motivo el conocimiento de los cánticos era muy fragmentario. El «Stille Nacht, heilige Nacht» de los ovambos, cantada en un brillante amanecer, se llevó todos los premios.

Al pie de la colina, al empezar nuestro ascenso, Herr Philipp nos preguntó si nos había contado alguna vez la historia de cuando nos dio a conocer la cueva. Nos dijo que él bendecía ese día porque gracias a ello había podido pagar una gran deuda. Era una historia ya conocida por algunos. Cuando era un joven aprendiz, otro muchacho y él fueron a hacer un recorrido a pie por las fronteras de Francia, Suiza y Alemania. Cerca del final de sus vacaciones, cuando no disponían ya de mucho dinero, fueron una tarde a un pueblecito de la frontera francesa, y no teniendo suficiente dinero para comer y dormir en un hotel, preguntaron al alcalde si les podía encontrar un alojamiento barato. Éste los condujo a la comisaría de policía. Al cabo de poco más de una hora, un viajero francés abrió la puerta y les saludó diciéndoles: «Hola, chicos, ¿qué estáis haciendo aquí?». Ellos le contaron su historia. «¿Habéis cenado ya?». «No, no hemos comido nada en todo el día». El francés des-



Las manos del Abate Breuil calcando unas figuras de la Philipp Cave (Suroeste de África) (foto A. Scherz).

apareció, y poco después volvió trayendo pan, salchichas y cerveza. «Toda mi vida», continuó el granjero, «he estado buscando alrededor del mundo un francés hambriento, nunca he encontrado ninguno, y no podéis imaginar mi alegría por tener hoy la suerte de reparar mi deuda». Cada día, mientras trabajábamos en la cueva, un mensajero negro nos traía leche, crema de queso, lechuga, carne cocinada y pan; después, tenía que recorrer cerca de dos kilómetros hasta el más cercano

de los pozos para traernos dos cubos de agua. Sin la ayuda de Herr Philipp nos hubiera sido imposible sobrevivir en la cueva que ahora lleva su nombre, solamente podríamos pasar unas pocas horas, en lugar de los cuatro ocupados días que tuvimos, buscando el límite de esta gran, alta y enorme cueva en la región de Erongo, hacia el norte de la misma, al lado de las primeras agujas de las dentadas montañas.

La cara noroeste de la cueva, cerca de la cresta de un contrafuerte que es más bien incómodo de escalar, tiene a la vista un ancho valle con otra baja cadena de colinas entre ésta y el camino. Todas las rocas son graníticas, pero la pared en la parte posterior de la cueva parece un depósito estratificado. Sin embargo, el Dr. H. Martin, del Geological Survey, en Windhoek, me aseguró que era sólo la descomposición del granito lo que le daba esta apariencia estratificada. La visión desde el techo de la cueva y las rocas que continúan hacia el este, muestra una amplia vista de los horizontes hacia el nordeste y oriente, abrazando una gran parte de la cordillera del Erongo y la región hacia Omaruru. La cueva está magníficamente situada manteniendo una amplia visión del paisaje. En la parte anterior de la misma se extiende una terraza bastante ancha y en las partes horizontales de la *bare*, las duras rocas están completamente cubiertas con Middle Age Stone, conteniendo lascas del tipo musteroide. La cueva presenta una pronunciada pendiente del suelo desde la parte trasera del muro [...]. A la derecha, el declive del granito está completamente al descubierto y el suelo de la roca brilla con una especie de barniz natural conocido como *desertic*. A la izquierda, la roca está cubierta con capas de ceniza de color claro, aumentando de grosor en la parte inferior, donde en algunas zonas están solidificados por un depósito de limo aportado por el agua, proceso que ahora ha cesado.

El Dr. H. Martin, enviado allí recientemente por el Gobierno del Suroeste de África a petición mía, excavó una zanja para recoger carbones vegetales, que dicho depósito contenía en abundancia. Identificó tres niveles industriales posteriores a los utensilios del Middle Stone Age, que se habían deslizado sobre el suelo rocoso en pendiente en la terraza delantera mientras que esos niveles anteriores, que parecían de la Late Stone Age, seguramente Smithfield, sin cerámicas, eran sostenidos en una masa de conglomerado por el tufo calcáreo. Las filtraciones de agua de limo afectaron al nivel medio, produciendo un tipo de

tubo debido a una fuente, la cual advertí y en la que se habían conservado algunos huesos. Entre estos había un ejemplar de hueso tallado y pulido que fue encontrado por el Dr. Scherz.

Traducción del inglés por Albert Corbeto de las págs. 1-2 de H. BREUIL (con la colaboración de Mary BOYLE y E. R. SCHERZ), *Philipp Cave*, Londres, Abbé Breuil Publications, 1957, VI + 21 págs., 17 figs. y XXVIII láminas.

Como se ha dicho en la introducción del presente volumen, H. B. sintió gran interés por el método de datación por el C^{14} inventado por el Dr. W. F. Libby, con el que estuvo en contacto, aunque no alcanzó a conocer su desarrollo ulterior. Al laboratorio del Dr. Libby se sometieron muestras de carbones de Lascaux y de Philipp Cave. Estos últimos habían sido recogidos por el Dr. H. Martin, como indica el último párrafo traducido. Los resultados fueron comentados por H. BREUIL, «Les datations par C^{14} de Lascaux (Dordogne) et Philipp Cave (S. W. Africa)», *Bull. Soc. Préh. Française*, LI, 1954, págs. 544-549. En este artículo, el Abate subraya que, según el propio Libby, las dataciones anteriores a 10.000 años no eran seguras, lo que era cierto en aquellas primeras tentativas. Por ello rechazó la datación de 15.000 años para Lascaux. En cambio, aplaudió y comentó ampliamente la de 3.418 ± 200 BP para la Philipp Cave, fecha que concordaba con sus teorías que en este artículo vuelve a exponer.

Véase aquí mismo: descubriendo el África austral (págs. 76-78); exilio en el África meridional (págs. 94-98); C. van Riet Lowe (págs. 179-183); el Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340).

En el Congo belga, mayo-junio de 1948

Soy un poco como Diógenes. Yo también busco al hombre, pero se trata de uno o de unos hombres prehistóricos, hombres fósiles. Esto me ha llevado a pasearme por los cuatro confines del Viejo Mundo.

No todos los días se encuentra un hombre fósil pues sus huesos fueron destruidos por los agentes atmosféricos de infiltración. Pero, en cambio, se encuentran sus obras —o, al menos, algunas de ellas—, pues todo lo que no es piedra ha desaparecido. Por ello llegué a este inmenso Congo con el fin de visitar un cierto número de yacimientos descubiertos y magistralmente estudiados por el Dr. F. Cabu [y otros investigadores que cita]. Para contento de los visitantes ilustrados, bellas series representativas de estos yacimientos se exhiben en las vitrinas del Musée Leopold II, en Elisabethville [...].

Bosquejo de la Prehistoria del Congo austral fuera del Katanga industrial. En artículos precedentes he mencionado las conclusiones definitivas a las que he llegado en la verificación de los trabajos del Dr. Cabu y sus colaboradores en la región industrial de Katanga. Me resta presentar aquí, de forma sucinta, los hechos observados durante un viaje para conocer los hallazgos del Dr. Cabu en el Katanga del noroeste y en el Kasai.

Hemos identificado materiales en graveras de muy bajo nivel cerca de la carretera que lleva de Kamoa a Kafakumba Mission. En este trayecto, examinamos en primer lugar los areneros que hay junto a un embalse del alto río Lubudi. Se trata de materiales cuarcíticos de pequeño tamaño que contienen industria de la *Pebble Culture*, incluyendo cantos tallados intencionalmente y pequeñas lascas muy rodadas [...]. En Masuika Mission, en territorio de Luisa, de los indígenas asalampasu [...], encontramos en las graveras una hoja de laurel del Kaliniense [ahora Sangoense]. El Padre Adalbert Anciaux, que nos acompañaba, encontró otro lugar al Suroeste de la Mission [...] con lascas kalinienses.

En la misma región hemos visitado la mina de Mesefu. En la zona abierta destinada a la explotación de un filón de cuarzo aurífero, bajo la arcilla roja [...], se encuentran *in situ* bastantes utensilios kalinienses bien definidos.

Dejando Masuika en dirección a Tshidimba, al acercarnos al paso del Lulua, tomamos un camino que sigue en varios kilómetros una terraza de gravas que se extiende a ambos lados del mismo. Contiene numerosas lascas rodadas y cantos tallados que recuerdan la *Pebble Culture*. En superficie hay un taller del Kaliniense, no rodado, que nos proporcionó abundante material de extracción y de talla.

En Katende, en las cataratas del Lulua, al sur de la Mission de Hemptinne St. Benoit, encontramos una pequeña estación de la *Middle Stone Age*, subdivisión que corresponde, en Europa, al Paleolítico medio y una parte del Paleolítico superior. Pero en Katende se trata de una MSA extremadamente evolucionada y por tanto tardía. El mismo día examinamos un taller que aflora en la pendiente que domina desde unos 76/80 metros el río Lulua. Este notable taller kaliniense descansa sobre unas graveras probablemente terciarias [...].

De paso por el Gran Seminario de Kabwe, tuvimos ocasión de clasificar y estudiar las bellas colecciones recogidas por los Padres Callewaert, Van Hamme, etc. Además de un número limitado de muy viejas piezas

paleolíticas –Abbevillense y Achelense–, contiene una magnífica serie de puñales (ex Djokociense), puntas de venablo del Lupembiense y puntas de flecha (ex Tshitoliense), todo muy representativo de la industria Lupembiense, junto a piezas más antiguas del Kaliniense, muy bien representado. Entre los materiales lupembienses, procedentes del Alto Kasai, hay magníficas puntas de pedúnculo con una especie de alas laterales, representando los tipos más evolucionados de esta facies.

En los alrededores inmediatos o mediatos de Mikalayi-Luluabourg St. Joseph, existen numerosos lugares comparables a los ya descritos [...].

Fragmentos del primero y del último de los cuatro escritos que H. B. publicó en el periódico *Essor du Congo* durante los meses de mayo y junio de 1948. Fueron dados a conocer por el benedictino Dom Adalbert Anciaux de Faveaux, «Un témoignage de l'Afrique central», *Miscelánea*, I, págs. 137-152 (los textos del Abate en las págs. 139-152).

Escritas durante los itinerarios, los títulos de estas notas son los siguientes: «L'Abbé Breuil visite les gisements préhistoriques du Congo Belge» (9 de mayo), «Visite aux sites préhistoriques du charbonnage de Luena» (15 de mayo), «L'Abbé Breuil à Kansenia» (20 de mayo) y «Aperçu de la Préhistoire au Congo austral en dehors du Katanga industriel» (19 de junio). Son densas notas en las que H. B. utiliza una compleja terminología ya existente pero que él intenta acomodar y definir. Antes de su visita ya había planteado la problemática prehistórica de este inmenso territorio: H. BREUIL, «Le Paléolithique au Congo belge d'après les recherches du Dr. Cabu», *Transactions of the Royal Society of South Africa*, XXX, 1944, págs. 143-160. La mayoría de dichos problemas giran en torno al Sangoense que en el homenaje al Abate definió J. DESMOND CLARK, «The Sangoan Culture of Equatoria: the implication of its Stone equipment», *Miscelánea*, I, págs. 309-325, 2 figs. y III láminas.

En el texto de Dom A. Anciaux de Faveaux se explica la anécdota siguiente: «... una tarde, tras haber tenido una mañana muy ajetreada, avanzábamos a buena velocidad para llegar a nuestro albergue a una hora razonable. El Abate se había dormido (era una de sus formas de recuperarse en cualquier lugar y hora). En un momento dado el camino estaba literalmente sembrado de prehistoria. Por vergüenza nuestra, Cabu y yo nos callamos y salimos de este campo prehistórico sin despertar al Abate. Estábamos rendidos y quien sabe a qué hora habríamos llegado si le hubiéramos soltado sobre el terreno».

Desde el Congo el Abate viajó a Angola para conocer los yacimientos encontrados por su amigo el ingeniero J. Janmart. También este viaje generó

literatura especializada: H. BREUIL y J. JANMART, *Les limons et les graviers de l'Angola du Nord-Est et leur contenu archéologique*, Lisboa, 1950, 57 págs., 17 figs. y 19 láms. (publicado por la Compañía Diamang y el Museo de Dundo). Con carácter póstumo aparecieron: H. BREUIL y A. de ALMEIDA, «Introdução à Pré-historia de Angola» y «Das gravuras e das pinturas rupestres do deserto de Moçâmedes (Angola)», ambos en la obra colectiva *Estudios sobre Pré-historia do Ultramar português*, vol. II, Lisboa, 1964, págs. 157-163, 1 mapa y VII láms. y págs. 165-175, III láms., respectivamente.

II. Asia oriental

Chukutien y el Sinantropo

Desde el mes de marzo [de 1932], poco después de que se remplieran los trabajos en Chukutien, el Padre Teilhard estuvo allí y me escribió que el curso de las excavaciones permitía observar varios niveles con cenizas, parecidos a los que nosotros llamamos hogares en los yacimientos paleolíticos; habían encontrado muchos huesos ennegrecidos, semejantes al asta de ciervo que se ha descrito [cf. supra, págs. 78-80] y los jóvenes investigadores del *Geological Survey*, señores W.-C. Pei y C.-C. Young, recogían en los mismos abundantes lascas de cuarzo de pequeño tamaño, pero indiscutiblemente talladas. Se encontraban, asimismo, en gran número, en una brecha con huesos, a veces ennegrecidos o de un azul muy oscuro. Allí estaban por encima de los demás estratos y cubiertas a su vez por los escombros caídos del techo.

Tales eran las informaciones conocidas antes de mi llegada a Pekín. Estuve allí diecinueve días, tres de ellos ocupados por una excursión a Chukutien y casi todos los demás dedicados al examen de las piedras y huesos recogidos. Primero diré algo del yacimiento, luego presentaré mis observaciones sobre el material con huellas de uso, las particularidades de los hallazgos de restos del *Sinanthropus* y añadiré mis reflexiones acerca de los problemas que plantean estos descubrimientos.

Es bien sabido que un relleno de más de cincuenta metros de espesor cegó el sistema de hendeduras de la caliza ordoviense de la colina de Chukutien [continúa la descripción e interpretación geológica del lugar].

En mi corta visita al yacimiento, me limité a examinar algunos de los puntos más interesantes. Uno de ellos es la excavación del *locus* III, o



Actividades industriales en la cueva de Chukutien, cerca de Pekín, en un dibujo de H. Breuil de 1945 (de *Beyond the Bounds ...*).

cueva de Kôzetang (artificial y reciente), prolongación hacia abajo del yacimiento principal. Su techo está formado por la brecha que recubre el conjunto de la vertiente y forma un depósito de 12 m de altura. En su parte inferior existe un estrato poco compacto, rojizo, de apariencia arcillosa o arenosa, de 0,45 a 0,50 cm de espesor. Es el «horizonte 2», con cuarzos tallados. La falta de luz suficiente en este agujero profundo, me hizo renunciar a proseguir su excavación. [Sigue la descripción de la estratigrafía de otros sectores].

Estos hechos, confirmados también por el análisis químico de los huesos quemados, en París y en Pekín, demuestran que el fuego era ampliamente utilizado en Chukutien. Acaso, por la evidencia de que a cada masa de cenizas corresponde un único nivel carbonoso en la base, se puede deducir que el fuego, una vez encendido, era mantenido de forma constante durante períodos considerables.

Corresponde al Dr. J.-G. Anderson el honor de haber sospechado, hace diez años, que unos fragmentos de cuarzo recogidos por él mismo en las brechas de Chukutien y extraños a la vecindad inmediata, podían haber sido aportados por el hombre fósil. W.-C. Pei, en una memoria en prensa, de la que me dio una copia mecanografiada, menciona un fragmento de cuarzo tallado por percusión encontrado cerca del primer cráneo del Sinantropo, si bien no estaba seguro de si su fractura no fue debida a un golpe casual al extraerlo. [Sigue el largo estudio de conjunto de la industria de la *Kôtzetang Cave* y otros lugares, con sus paralelos].

Hasta hace pocos años se admitía generalmente que el hueso no entraba a formar parte del utillaje humano hasta el final del Musteriense. En realidad sólo a partir de esta época los yacimientos en cavernas o abrigos permiten una estimación gracias a una conservación suficiente y una abundancia real del material óseo. Pero, alemanes, suizos, italianos, rumanos y nosotros mismos, hemos observado en yacimientos más antiguos anteriores al Musteriense superior, en especial en las regiones pobres en material lítico, las pruebas de la utilización por el hombre de los despojos óseos de los animales en formas diversas [...].

Sea como sea, el artesano de Chukutien utilizó amplia y sistemáticamente el hueso, las astas de cérvidos y también los cuernos de rumiantes de pequeño tamaño (gacelas y otros). Éstas, como las astas de ciervos jóvenes, ramificadas o no, presentan una base trabajada por percusión que ha destruido lo que dificultaba la prensión: partes adheridas del cráneo, pedículo y, en ocasiones, la roseta de base del asta. [...] Las bóvedas craneanas y huesos frontales de los ciervos se trabajaron igualmente y de forma regular para servir como copas [...] Comprobando la ausencia de señales dentarias correspondientes a mordeduras, me aseguré que no se trataba de la acción de las hienas. Algunas partes occipitales presentaban una utilización análoga.

También se usaron otras partes de la cabeza de los ciervos. Se trata de los maxilares superiores e inferiores de una especie en la que son par-

ticamente sólidas. Los superiores, separados del cráneo y en sus dos mitades y someramente despojadas de las partes molestas, con seguridad se puede decir que sirvieron como tosca escofina. [Sigue la descripción de los huesos y cornamentas trabajados, con sus paralelos en el Paleolítico europeo].

A propósito de los restos del *Sinanthropus*. Se conocen en la actualidad dos bóvedas craneanas y varias otras partes del cráneo del Sinantropo, una media docena de maxilares, además de un buen número de dientes y dos pequeños huesecillos de las extremidades. Mientras que los restos de animales recogidos en la excavación se cuentan por decenas de millares y, salvo para los grandes paquidermos, corresponden a todas las partes del cuerpo, hasta el momento no se ha encontrado ningún hueso de las extremidades o del tronco de esta especie. Este hecho, en extremo turbador, si no se modifica por el decurso de las excavaciones, exige una explicación, pues tiende a mostrar una selección en los huesos del Sinantropo, así como un tratamiento especial en la forma en que los cadáveres fueron conservados. Se puede decir, como conclusión, que no fue comido y que sólo los cráneos, desprovistos de su carne por la putrefacción, se llevaron al lugar de habitación. Uno de ellos presenta una larga y ancha incisión, poco profunda, con seguridad debida a un instrumento cortante, en dirección hacia adelante y avanzando lentamente.

Varios distinguidos investigadores, independientemente uno de otro, me manifestaron su idea de que un ser tan alejado del hombre, aunque fuera un neandertalense, no pudo ser capaz de efectuar las acciones que acabo de describir. En este caso, los restos del Sinantropo podrían ser considerados como simples trofeos de caza. Estos, al igual que las señales de fuego y la industria corresponderían a un hombre verdadero, cuyos restos no han sido encontrados.

No sabemos casi nada de los grupos sociales que vivieron durante tres cuartas partes al menos de los tiempos en que el hombre ha vivido. Es probable que el Sinantropo esté en el origen de los neandertalenses y la mandíbula de Mauer [Baden-Würtemberg] sería la de un ser cuyo cráneo sería análogo a los de Chukutien. [Siguen a continuación los argumentos acerca de la situación crono-cultural de esta especie].

De H. BREUIL, «Le feu et l'industrie de pierre et d'os dans le gisement du "Sinanthropus" à Chou Kou Tien», *L'Anthrop.*, XLII, 1932, págs. 1-17, 1 figura. (Continuación de supra, págs. 78-80). Hemos seleccionado los fragmentos menos técnicos.

Antes del viaje de 1932, H. B. escribió el capítulo «Archéologie», págs. 103-136, figs. 30-53 y láms. XXI-XXX (en especial el paleolítico del Ordos, en la Mongolia meridional) de M. BOULE, H. BREUIL, E. LICENT y P. TEILHARD DE CHARDIN, *Le Paléolithique de la Chine*, Archives de l'Institut de Paléontologie Humaine, n^o 4, París, Masson, 1928, VIII + 138 págs., 53 figs. y XXX láminas.

Las industrias lítica y ósea fueron descritas con más detalle en H. BREUIL, «L'état actuel de nos connaissances sur les industries paléolithiques de Choukoutien», *L'Anthrop.*, XLV, 1935, págs. 740-746; y en *Bone and Antler Industry of the Choukoutien Sinanthropus site*, Pekín, Geological Survey of China, 1939, 40 págs. y 26 láminas.

Del artículo que hemos traducido en parte hay otras versiones más o menos abreviadas: *Bulletin of the Geological Society of China*, II, 1931 (1932), págs. 147-154; *Anthropos*, 27, 1932, págs. 1-10; *Investigación y Progreso*, VI (2), 1932, págs. 24-26; *Revue Scientifique*, 70, 1932, págs. 171-174; y *Proceedings of the First International Congress of Prehistoric and Protohistoric Sciences (1932)*, Londres, 1934, págs. 72-73.

El complejo prehistórico de Chukutien (ahora Zhukudian) formado por sucesivos desprendimientos de un sistema troglodítico, se halla a unos 40 km de Pekín (la actual Beijing). Los primeros restos humanos encontrados fueron dos dientes (1923). Los que permitieron la definición del Sinantropo se descubrieron a partir de 1927. En su estudio destacan las publicaciones de F. Weidenreich. Toda la colección desapareció durante la guerra chino-japonesa (1942). Los trabajos fueron reanudados por prehistoriadores chinos a partir de 1950.

En el grandioso yacimiento la fauna está representada por un centenar de especies —anfibios, reptiles, pájaros y mamíferos—, casi en su mitad extinguidas. La naturaleza del cuarzo utilizado, de talla difícil, explica el carácter toscó de la industria lítica. Con la tipología actual se puede reconocer una gran variedad de utensilios. En cuanto a la existencia del fuego «domesticado», idea rechazada entonces por muchos investigadores, los hallazgos del *Homo erectus* del África oriental han dado la razón al Abate. En los últimos años se ha avanzado en el conocimiento del singular yacimiento. La suma de los antiguos y nuevos hallazgos da el siguiente resultado: 6 cráneos completos, 9 fragmentos craneales, 6 fragmentos de huesos faciales, 15 mandíbulas, 152 piezas dentales y 7 fragmentos de extremidades, representando un total de 40 individuos.

Ahora el Sinantropo se interpreta como una variante del *Homo erectus*, acaso un poco más moderno que su pariente el Pitecantropo. Su talla era aproxima-

damente 1,55 m y su capacidad craneana oscilaba entre los 850 y los 1250 cm³. Se estima que estos homínidos vivieron en el Asia oriental entre 500.000 y 250.000 años.

El profesor K. P. Oakley se ocupó del fuego en la Prehistoria en numerosas notas; una de las últimas: K. P. OAKLEY, «On Man's use of the Fire, with Comments on Tool-Making and Hunting», en S. WASHBURN (ed.), *Social Life of Early Man* (VFP, 31), Nueva York, 1961, págs. 176-193. Estudios más recientes: Catherine PERLÈS, *Préhistoire du feu* (París, Masson, 1977); J. COLLINA-GIRARD, *Le feu avant les allumettes. Expérimentations et mythes techniques* (París, MSH, 1998).

Cf. infra: Chukutien (págs. 78-80); sesenta años de descubrimientos de hombres primitivos (págs. 310-320).